



“El significado de la monitorización familiar en el desarrollo adolescente (consumo de sustancias y bienestar psicológico)”

VI Premio Joven de Investigación de Familia 2008

Antonia M^a Jiménez Iglesias
Centro de Investigación y Estudios de Familia (CIFAM)

© **Documentos de Trabajo – Fundación Acción Familiar**

Glorieta de Quevedo, 7 – 6º Dcha.
28015 Madrid (España)

ISSN: 1989-2527

Reservados todos los derechos.

Queda prohibido, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo por escrito de la Fundación Acción Familiar. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

**EL SIGNIFICADO DE LA MONITORIZACIÓN
FAMILIAR EN EL DESARROLLO ADOLESCENTE
(CONSUMO DE SUSTANCIAS Y BIENESTAR
PSICOLÓGICO)**

Presentado por:

ANTONIA M^a JIMÉNEZ IGLESIAS¹

Sevilla, enero de 2009

A la familia

En el momento de la elaboración del presente trabajo, la autora se encuentra disfrutando una beca de Formación de Personal Investigador (FPI) propia de la Universidad de Sevilla en el Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación de la Universidad de Sevilla, con la Dra. Carmen Moreno como directora.

Agradecimientos

A veces, es complicado expresar con palabras lo que sentimos, pero pienso que resulta necesario intentarlo y dedicar un espacio en este trabajo de investigación a todas las personas que lo han hecho posible, para así poder mostrarles mi más sincero agradecimiento.

Ante todo, quiero agradecer a la Fundación Acción Familiar el premio Joven de Investigación de Familia que, desde hace ya varios años, conceden. Este premio supone un reconocimiento de gran valor a la labor dura, pero a la vez apasionante, de la investigación. Y, en este caso, dentro de una línea de trabajo maravillosa, como es la familia, en la que profundizamos en un contexto de desarrollo de gran relevancia social, para luego trazar propuestas de intervención que promuevan una mejora de las relaciones familiares y la calidad de vida de sus miembros.

En este trabajo, por ejemplo, que toma sus datos de los resultados obtenidos en la edición de 2006 del Estudio *Health Behaviour in School Aged Children (HBSC)* en España, se comenta que, fundamentalmente, si padres y madres poseen conocimiento de las experiencias de sus hijos e hijas adolescentes favorecerán un menor consumo de sustancias de estos y estas, si son afectuosos fomentarán un mejor bienestar psicológico adolescente, y si hacen uso de un procedimiento de monitorización que implique una comunicación bidireccional con sus hijos e hijas promoverán un menor consumo de sustancias y un mayor bienestar psicológico en ellos y ellas.

Y, como éste, miles de ejemplos de investigaciones en familia que permiten ampliar el conocimiento científico y, muy frecuentemente, definir intervenciones sociales. Investigaciones que requieren la labor de tantos profesionales y personas diversas que, la mayoría de las veces desinteresadamente, participan en nuestros proyectos para responder a nuestras inquietudes investigadoras y hacer posible trabajos como éste. Investigaciones que marcan el progreso de nuestra sociedad, amplían nuestros horizontes y nos ayudan a conseguir un mejor desarrollo y bienestar de toda la familia, sea como sea su forma.

Investigaciones que desde diferentes perspectivas de la familia se desarrollan dentro de mi grupo de investigación “Procesos de desarrollo y educación en contextos familiares y escolares”, dirigido por el profesor Jesús Palacios González, en el Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación de la Universidad de Sevilla. Grupo en el que me estoy formando con tan buenos profesionales que nos enseñan a lograr una investigación de calidad y, a la vez, a amar y disfrutar de nuestro trabajo.

Con todos ellos y ellas, mis compañeros y compañeras, debo compartir el premio concedido porque es suyo también. Y, muy especialmente, con mi directora Carmen Moreno, excelente profesional y maravillosa persona; así como con el resto del equipo HBSC español, que me ayudan día a día a caminar en la difícil carrera investigadora, sin dejar nunca de lado el apoyo y el interés por lo personal.

Y, por supuesto, con toda mi familia: mi Padre, mi Madre, mis dos Hermanas, Víctor, Carmen y Daniela,..., las personas más importantes e imprescindibles en mi vida, las que me llenan de felicidad. Gracias a su apoyo y cariño incondicionales es todo.

Finalmente, quisiera reiterar mi agradecimiento a la Fundación Acción Familiar por el premio concedido y por su labor de estimular la investigación en un contexto social tan relevante como lo es la familia.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	13
PARTE I: MARCO TEÓRICO.....	15
CAPÍTULO 1. LA ADOLESCENCIA: UNA ETAPA COMPLICADA Y FUNDAMENTAL.....	15
1. ¿QUÉ ES LA ADOLESCENCIA?.....	15
2. CAMBIOS QUE CONLLEVA LA ADOLESCENCIA.....	16
3. ESTILOS DE VIDA RELACIONADOS CON EL CONSUMO DE SUSTANCIAS Y EL BIENESTAR PSICOLÓGICO EN LA ADOLESCENCIA.....	18
3.1. Consumo de sustancias.....	19
3.2. Bienestar psicológico.....	25
CAPÍTULO 2. LOS CONTEXTOS DE SOCIALIZACIÓN: FAMILIA Y ADOLESCENCIA.....	30
1. EL SIGNIFICADO DE LA FAMILIA EN LA ADOLESCENCIA.....	30
1.1. Su importancia durante la adolescencia.....	30
1.2. Los cambios en el contexto familiar.....	31
1.3. Las diferencias de género.....	35
1.4. Los estilos y las prácticas parentales.....	36
1.5. Los estilos relacionales y el desarrollo adolescente.....	39
1.5.1. La importancia del estilo democrático y sus dimensiones.....	39
1.5.2. Las dimensiones de afecto y promoción de la autonomía de los vínculos parentales.....	43
1.5.3. En conclusión.....	44
2. AFECTO.....	46
2.1. ¿Qué es?.....	46
2.2. Evolución a lo largo de la adolescencia.....	47
2.3. Relación con conductas de riesgo y bienestar psicológico.....	49
3. PROMOCIÓN DE LA AUTONOMÍA.....	50
3.1. ¿Qué es?.....	50
3.2. Evolución a lo largo de la adolescencia.....	50
3.3. Relación con conductas de riesgo y bienestar psicológico.....	51
4. CONTROL.....	51

CAPÍTULO 3. LA MONITORIZACIÓN PARENTAL EN LA ADOLESCENCIA.....	55
1. EL CONCEPTO DE MONITORIZACIÓN.....	55
2. MODELOS SOBRE MONITORIZACIÓN.....	58
3. EVALUACIÓN DE LA MONITORIZACIÓN.....	63
4. EVOLUCIÓN A LO LARGO DE LA ADOLESCENCIA.....	70
5. DIFERENCIAS DE GÉNERO.....	72
6. REQUISITOS PARA LA CONSECUCCIÓN DE UN BUEN CONOCIMIENTO PARENTAL.....	75
7. RELACIÓN CON EL DESARROLLO ADOLESCENTE.....	78
CAPÍTULO 4. OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN.....	133
PARTE II: ESTUDIO EMPÍRICO.....	135
CAPÍTULO 5. METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN.....	135
1. PARTICIPANTES.....	135
2. INSTRUMENTO.....	136
3. PROCEDIMIENTO.....	144
3.1. Recogida de datos.....	144
3.2. Análisis de datos.....	145
CAPÍTULO 6. RESULTADOS DE LA INVESTIGACIÓN.....	148
1. EVOLUCIÓN DE LAS VARIABLES RELEVANTES DE LA INVESTIGACIÓN SEGÚN EL SEXO Y LA EDAD DE CHICOS Y CHICAS ADOLESCENTES.....	148
1.1. Conocimiento parental.....	148
1.1.1. Conocimiento materno.....	148
1.1.2. Conocimiento paterno.....	149
1.2. Afecto parental.....	150
1.2.1. Afecto materno.....	150
1.2.2. Afecto paterno.....	151
1.3. Procedimientos de obtención del conocimiento parental.....	152
1.3.1. Procedimientos de obtención del conocimiento materno.....	152
1.3.2. Procedimientos de obtención del conocimiento paterno.....	153
1.4. Consumo de sustancias.....	155
1.4.1. Consumo de tabaco.....	155

1.4.2. Consumo de alcohol.....	156
1.4.3. Consumo de cannabis.....	158
1.5. Salud positiva.....	159
1.5.1. Bienestar psicológico.....	159
<i>En resumen.....</i>	160
2. ESTUDIO DE LAS VARIABLES MÁS RELACIONADAS CON EL CONOCIMIENTO PARENTAL.....	162
2.1. Conocimiento y afecto parental, consumo de sustancias y bienestar psicológico.....	162
2.2. Conocimiento parental, procedimientos de obtención del conocimiento parental, consumo de sustancias y bienestar psicológico.....	163
<i>En resumen.....</i>	167
3. ANÁLISIS DE MODERACIÓN PARA EL CONSUMO DE SUSTANCIAS.....	168
3.1. Variables maternas.....	168
3.1.1. Consumo de tabaco.....	168
3.1.2. Consumo de alcohol.....	169
3.1.3. Consumo de cannabis.....	170
3.2. Variables paternas.....	171
3.2.1. Consumo de tabaco.....	171
3.2.2. Consumo de alcohol.....	172
3.2.3. Consumo de cannabis.....	173
<i>En resumen.....</i>	175
4. ANÁLISIS DE MODERACIÓN PARA EL BIENESTAR PSICOLÓGICO.....	176
4.1. Variables maternas.....	176
4.2. Variables paternas.....	177
<i>En resumen.....</i>	180
CAPÍTULO 7. DISCUSIÓN.....	181
1. EVOLUCIÓN DE LOS ESTILOS DE VIDA RELACIONADOS CON EL CONSUMO DE SUSTANCIAS Y EL BIENESTAR PSICOLÓGICO EN CHICOS Y CHICAS ADOLESCENTES.....	184
1.1. Consumo de sustancias.....	184
1.2. Bienestar psicológico.....	185
1.3. Algunas propuestas para la intervención.....	186

2. LA MONITORIZACIÓN FAMILIAR A LO LARGO DE LA ADOLESCENCIA.....	187
2.1. Afecto parental.....	187
2.2. Conocimiento parental.....	188
2.3. Procedimientos de obtención del conocimiento parental.....	190
2.4. Las relaciones entre las variables familiares analizadas.....	192
2.5. Algunas propuestas para la intervención.....	193
3. LA INFLUENCIA DE LA MONITORIZACIÓN EN EL DESARROLLO ADOLESCENTE: CONSUMO DE SUSTANCIAS Y BIENESTAR PSICOLÓGICO.....	194
3.1. Consumo de sustancias.....	194
3.2. Bienestar psicológico.....	197
3.3. Algunas propuestas para la intervención.....	198
4. LIMITACIONES Y FORTALEZAS DEL ESTUDIO.....	199
4.1. Limitaciones.....	199
4.2. Fortalezas.....	201
5. PRINCIPALES CONCLUSIONES E IMPLICACIONES PRÁCTICAS.....	201
REFERENCIAS.....	204

PRESENTACIÓN

La presente investigación toma sus datos de los resultados obtenidos en la edición de 2006 del Estudio sobre Conductas de los Escolares Relacionadas con la Salud o *Health Behaviour in School Aged Children (HBSC)* en España.

El HBSC se inicia como estudio internacional en 1982 con la iniciativa de investigadores de tres países (Finlandia, Inglaterra y Noruega). Poco tiempo después, es acogido como Estudio Colaborador por la Oficina Regional para Europa de la Organización Mundial de la Salud (WHO Collaborative Study) y en 1983-84 se inicia la primera recogida de datos en estos tres países, más Austria que se acababa de incorporar al proyecto. A partir de 1985, el HBSC ha consistido básicamente en planificar cada cuatro años una nueva recogida de datos que ha permitido conocer las tendencias evolutivas en cada uno de esos países respecto a determinados aspectos de los estilos de vida de los adolescentes y las comparaciones entre ellos. Con el paso del tiempo, el estudio ha ido incluyendo a más países y regiones europeos y extra-europeos.

España ha participado en el estudio desde el año 1985 en todas las ediciones (seis con la actual) excepto en la de 1997-98. El primer Equipo HBSC Español estaba dirigido por el Doctor Ramón Mendoza, quien ejerció como Investigador Principal desde la edición de 1985-86 hasta la de 1997-98. Desde la edición de 2001-02 hasta la actualidad, el Equipo HBSC Español está dirigido por la Doctora Carmen Moreno, miembro del Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación de la Universidad de Sevilla.

La última edición del estudio ha tenido lugar en 2006, en la que han participado 41 países y regiones occidentales (pertenecientes a la Comunidad Europea, Canadá, Estados Unidos y Groenlandia) centrada en el estudio de los hábitos de vida relacionados con la salud de los adolescentes de 11 a 15 años. En nuestro país se añade, como opción nacional, el grupo de edad de 17 años y el estudio de las edades intermedias, de manera que el estudio en España recoge a la población escolarizada desde los 11 a los 18 años.

El HBSC, además de estar auspiciado por la Organización Mundial de la Salud (O.M.S.), en España, su realización es posible gracias al Convenio de Colaboración firmado entre el Ministerio de Sanidad y Consumo y la Universidad de Sevilla.

En 2006 la muestra nacional ha estado constituida por más de 21000 adolescentes entre 11 y 18 años, de casi 400 centros educativos de todo el país; lo que ha supuesto un aumento de

más de 10000 adolescentes con respecto a la edición anterior de 2002. Ello se debe a que el muestreo en esta última edición, ha sido, además de nacional, por comunidad autónoma; lo que constituye un gran avance en la consolidación de este estudio en nuestro país, ya que permite afinar el alcance de las conclusiones y ser un instrumento preciso para el diseño de políticas de intervención a los gobiernos autonómicos que tienen competencias en sanidad y educación.

Resulta importante comentar que es una iniciativa única que trata de obtener una nueva panorámica interna y una mejora de la comprensión de la salud, el bienestar, las conductas relacionadas con la salud y el contexto social de los jóvenes a partir del estudio de sus estilos de vida y desde una perspectiva holista y multidisciplinar, que engloba la investigación de los escenarios familiares, de los compañeros/as y del entorno socioeconómico en el que crecen. Así, los fenómenos que se propone conocer el estudio HBSC corresponden a la diversidad de factores que influyen en el bienestar físico, mental y social del adolescente. Concretamente, el estudio se centra en los estilos de vida relacionados con la alimentación y la dieta, la higiene dental, la actividad física y el sedentarismo, el consumo de sustancias; por otra parte, analiza también el contexto familiar, escolar, la relación con los iguales y el uso del tiempo libre en la adolescencia; todo ello teniendo en cuenta las implicaciones en su salud y ajuste psicológico.

De la diversidad de temas tratados, esta investigación se centra en aspectos concretos del contexto familiar: el conocimiento parental, los procedimientos de obtención de dicho conocimiento y el afecto parental, así como en el consumo de sustancias y el bienestar psicológico de chicos y chicas adolescentes. Para su abordaje, en una primera parte, fruto de una revisión bibliográfica de la literatura científica, se presentará, a lo largo de cuatro capítulos, el marco teórico que aborda la temática de esta investigación, así como se plantearán sus objetivos e hipótesis. En una segunda parte, se desarrollará el estudio empírico, para ello en el capítulo quinto se describirá detalladamente la metodología utilizada (participantes, instrumento, recogida y análisis de datos); en el sexto capítulo, se presentarán los resultados obtenidos en esta investigación; y, finalmente, en la discusión se comentarán dichos resultados, y se reflexionará sobre las aportaciones que este estudio podría ofrecer tanto a la investigación en este ámbito, como a la intervención familiar enfocada a la etapa de la adolescencia.

PARTE I: MARCO TEÓRICO

La primera parte de esta investigación presenta, a lo largo de cuatro capítulos, una revisión de la literatura que aborda fundamentalmente la temática relacionada con el desarrollo adolescente, concretamente el consumo de sustancias y el bienestar psicológico, el contexto familiar, centrándose en la monitorización parental y las variables relacionadas, como el afecto parental, finalizando con el planteamiento de sus objetivos e hipótesis.

CAPÍTULO 1. LA ADOLESCENCIA: UNA ETAPA COMPLICADA Y FUNDAMENTAL

Este primer capítulo se centrará en la etapa de la adolescencia con el objetivo de abordar su significado, los cambios que en ella se suceden y el estilo de vida que chicos y chicas adolescentes asumen, especialmente relacionado con el consumo de sustancias y el bienestar psicológico.

1. ¿QUÉ ES LA ADOLESCENCIA?

La adolescencia es una etapa evolutiva que se inicia biológicamente a los 11-12 años con los cambios puberales, y concluye, aproximadamente, con el fin de la segunda década de la vida; estando este final definido culturalmente por la llegada a la adultez en términos de madurez emocional, finalización de los estudios y entrada al mundo laboral, matrimonio y formación de la familia, etc. Se trata de una etapa de transición en la que ni se es niño o niña, ni tampoco adulto, lo que Erikson (1968) denominó “moratoria social”, un periodo de espera en la asunción de responsabilidades adultas que la sociedad da a sus miembros jóvenes mientras se preparan para ejercer esos roles y responsabilidades adultas (cit. por Palacios y Oliva, 1999).

La caracterización de la adolescencia bien como una etapa de frecuentes conflictos familiares y de intensos problemas emocionales y conductuales, o como una transición evolutiva tranquila y sin especiales dificultades, ha sido uno de los principales debates teóricos en el campo de la psicología evolutiva. Los primeros planteamientos de autores como Stanley Hall o Anna Freud consideraron la adolescencia como una etapa conflictiva y complicada, propia de la visión catastrofista del *storm and stress* (tormenta y drama). Posteriormente, otros autores con

acercamientos más empíricos, como Coleman (1980) o Steinberg y Levine (1997), ofrecieron una visión más optimista de la adolescencia; si bien, también se han ido recolectando datos que muestran una imagen no tan favorable de este periodo evolutivo (cit. por Oliva, 2003).

De este modo, Arnett (1999) afirma que la adolescencia es una etapa más difícil (aunque no tan dramática como proponía la concepción de *storm and stress*) que la niñez o la adultez, tanto para el o la adolescente como para las personas que le rodean, relacionado con tres aspectos claves que se dan en determinados momentos críticos de este periodo:

a) conflictos con los padres y las madres, en la primera adolescencia, el número de conflictos diarios con los progenitores aumenta, a la vez que disminuye la percepción de proximidad y el tiempo compartido, relacionándose probablemente con variables adolescentes, como el ánimo depresivo, el consumo de sustancias, la maduración temprana de las chicas, etc.;

b) alteraciones del estado de ánimo, en la adolescencia media los chicos y chicas experimentan estados de ánimo más extremos y cambios de humor más bruscos, manifiestan más sentimientos de autoconciencia y vergüenza, torpeza, soledad, nerviosismo y sensación de sentirse ignorados que los adultos y preadolescentes;

c) conductas de riesgo, en la adolescencia tardía hay una mayor probabilidad de que chicos y chicas se impliquen en conductas temerarias, ilegales, antisociales, que causan alteraciones del orden social y en conductas perjudiciales para sí mismos o las personas que les rodean, como por ejemplo, conductas delictivas, consumo de sustancias y conducta sexual. Las diferencias individuales, como presencia de problemas de conducta, búsqueda de sensaciones e impulsividad contribuyen al grado de implicación en estas conductas.

2. CAMBIOS QUE CONLLEVA LA ADOLESCENCIA

La adolescencia es un momento del ciclo familiar en el que coinciden dos importantes transiciones evolutivas: la del hijo o hija y la del padre o madre, repercutiendo en el clima familiar (Moreno, Muñoz-Tinoco, Pérez y Sánchez-Queija, 2005a; Oliva, 2006).

En primer lugar, respecto al chico o chica adolescente, se enfrenta a un amplio rango de demandas, conflictos y oportunidades (que contribuyen positivamente a su propio desarrollo), así como a una serie de cambios físicos, psicológicos y sociales trascendentales (Musitu, Buelga, Lila y Cava, 2001).

Los cambios físicos y hormonales son los más llamativos y definen el periodo de la pubertad. Esta maduración física y sexual afecta a la imagen que chicos y chicas adolescentes

tienen de sí mismos, a cómo son vistos, tratados y se relacionan con los demás, a su estado emocional y a su comportamiento en general (Oliva y Parra, 2004).

Los cambios psicológicos en el ámbito cognitivo suponen un avance cualitativo fundamental. Entre los 12 y los 15 años comienza a aparecer el pensamiento operatorio formal que va a afectar a la manera en que los y las adolescentes piensan sobre ellos/as mismos/as y sobre los demás, permitiéndoles una forma diferente de apreciar, valorar y cuestionar las normas y el funcionamiento familiar, y de presentar argumentos más sólidos y convincentes en sus discusiones familiares que desafiarán la autoridad parental y les llevarán a solicitar una mayor autonomía para sí mismos. Al mismo tiempo, se muestran especialmente críticos con sus progenitores, a la vez que se produce la desidealización de los mismos, despojándoles de la imagen todopoderosa y omnisciente que tuvieron hasta entonces, para darles otra más realista que deja ver sus virtudes y defectos como padres o madres. Además, tiene lugar la construcción, consolidación y afirmación de la propia identidad personal, a través de un proceso de exploración y búsqueda que llevará al compromiso con una serie de valores ideológicos y sociales y con un proyecto de futuro. Si bien, dicha exploración y búsqueda de nuevas experiencias y el cálculo deficiente de los riesgos asociados a algunos comportamientos, pueden hacer más probables su implicación en conductas peligrosas (Musitu et al., 2001; Oliva y Parra, 2004).

Finalmente, en relación a los cambios sociales, chicos y chicas empiezan a pasar cada vez más tiempo con el grupo de iguales, que llegará a ser un contexto de socialización fundamental y les permitirá una mayor experiencia en relaciones igualitarias, con tomas de decisiones compartidas que pueden llevarles a desear el mismo tipo de relaciones en sus familias. Sin embargo, ello no siempre coincide con los deseos de sus progenitores, que no están dispuestos a otorgar a sus hijos e hijas mayor independencia o a perder su autoridad, aumentando, a veces, las restricciones que llevarán a la aparición de conflictos. Tras este primer momento, padres y madres suelen flexibilizar su postura, aumentando la capacidad de influencia de sus hijos e hijas en la familia, lo que llevará a una disminución de los conflictos parento-filiales (Musitu et al., 2001; Oliva y Parra, 2004).

En consonancia con lo comentado anteriormente, padres y madres, que pueden tener en torno a los 40 ó 50 años, también pueden estar experimentando cambios cuando sus hijos e hijas se encuentran en la adolescencia. Para los progenitores esta etapa se denomina *crisis de la mitad de la vida*, la cual supone, para algunos adultos, un momento difícil y de cambios significativos: cierto declive de la salud y el atractivo físico, reflexión acerca de la propia trayectoria vital y cuestionamiento de algunos de los objetivos y valores que habían guiado su

trayectoria personal o profesional, hacer frente a muertes o enfermedades de familiares, anhelo de ser “padres de un niño o niña” y de la juventud perdida, etc. (Moreno et al., 2005a; Oliva y Parra, 2004).

Por otro lado, según la teoría de la ecología del desarrollo humano de Bronfenbrenner (1979), el ambiente es un conjunto de estructuras anidadas, que van más allá del contexto inmediato del chico o chica y tiene gran efecto sobre su desarrollo. El contexto socio-histórico (el macrosistema) puede tener una influencia directa sobre lo que ocurre en los contextos inmediatos o microsistémicos de los y las adolescentes, influyendo sobre su desarrollo y ajuste psicológico, por lo que la sociedad actual y las transformaciones sociales que se están produciendo, implican nuevos retos que pueden hacer más complicada la etapa de la adolescencia (Oliva, 2003).

3. ESTILOS DE VIDA RELACIONADOS CON EL CONSUMO DE SUSTANCIAS Y EL BIENESTAR PSICOLÓGICO EN LA ADOLESCENCIA

Como se ha mencionado en páginas anteriores, durante el periodo de la adolescencia ocurren profundos cambios biológicos y físicos, avances en el desarrollo cognitivo y cambios en las expectativas sociales, circunstancias que obligan a los jóvenes a tomar una serie de decisiones conductuales que van a afectar a su salud, tanto a corto como a largo plazo. Concretamente, se trata de momentos en que los adolescentes van a encontrarse con nuevas situaciones que les ofrecerán la posibilidad de tomar bebidas alcohólicas, de fumar, de consumir drogas ilegales, así como de llevar a cabo otras conductas de riesgo, es decir de adoptar un estilo de vida no saludable o de riesgo para su salud.

Actualmente, el estudio del estilo de vida relacionado con la salud es uno de los temas más analizados en el ámbito de la salud, sobre todo desde que a lo largo del siglo XX, las enfermedades crónicas no infecciosas, como las enfermedades neoplásicas, las enfermedades cardiovasculares o la pérdida de facultades por accidente, se han convertido en las principales causas de muerte, enfermedades todas ellas muy asociadas a factores ambientales y a los estilos de vida de los individuos (Matarazzo, 1994; World Health Organization, 1986). En concreto, el análisis y modificación de los estilos de vida nocivos, así como la promoción de estilos de vida saludables adquiere una especial relevancia en la adolescencia, puesto que constituye una etapa decisiva en el aprendizaje y consolidación de los hábitos de salud que conforman los estilos de vida. Concretamente, la experimentación con las conductas no saludables suele iniciarse en la adolescencia temprana, incrementándose en la adolescencia

media y alcanzando su pico en la adolescencia tardía (Halperin, Bass, Mehta, y Betts, 1983; Pastor, Balaguer y García-Merita, 1999). Por tanto, la adolescencia es considerada la etapa más adecuada para evitar la adopción de hábitos no saludables y, si se han iniciado de forma experimental, intentar modificarlos antes de que se establezcan de forma definitiva, ya que van a condicionar, en gran medida, el desarrollo de estilos de vida saludables o no en la vida adulta (Elliot, 1993; Heaven, 1996; Sinha, 1993).

Por otro lado, y en relación con los hábitos de vida no saludables y con los problemas exteriorizados e interiorizados, es necesario tener en cuenta tres consideraciones: distinguir entre experimentación ocasional (común en la adolescencia) y patrones de conducta más establecidos y preocupantes; la distinción entre problemas que tienen sus orígenes e inicios en la adolescencia y los que comienzan en periodos más tempranos, aunque se muestren en esta etapa, lo cual suele ser habitual; y la transitoriedad característica de muchos de los problemas que se experimentan durante la adolescencia y se resuelven al comienzo de la adultez (Steinberg y Morris, 2001).

A continuación, se pasa a analizar uno de los estilos de vida de riesgo para la salud en la adolescencia que, actualmente, más preocupa a la comunidad científica y a los expertos en intervención, concretamente se trata del consumo de sustancias. Posteriormente, se analizarán aquellas variables más positivas relacionadas con el bienestar psicológico durante la adolescencia.

3.1. Consumo de sustancias

Una conducta de riesgo, como el consumo de sustancias, se refiere a cualquier acción que tiene el potencial para comprometer aspectos biológicos y psicosociales de un periodo del desarrollo, poniendo en peligro varias áreas del mismo: salud física, logro de tareas normales del desarrollo, realización de roles sociales esperados, logro de un sentimiento de adecuación y competencia, y preparación apropiada para el siguiente periodo del desarrollo del ciclo vital (Prekins y Borden, 2003). Sin embargo, también existe la idea del riesgo como oportunidad para el desarrollo, así la asunción de ciertos riesgos por el adolescente, como un consumo moderado, puede permitirle explorar más y con menos dificultades que los adultos, facilitando el desarrollo de su identidad, creatividad e iniciativa personal (Oliva, 2004).

El consumo de drogas es definido por la Organización Mundial de la Salud (OMS) como el uso de una sustancia que, cuando es introducida en el organismo, puede modificar sus funciones. Entre muchas de las taxonomías propuestas, una de las más simples y extendidas en

la literatura científica clasifica a las drogas de acuerdo con sus diferentes efectos farmacológicos en el sistema nervioso central en tres grupos: depresores, cuya función es relajar (alcohol, opiáceos, hipnóticos y sedantes); estimulantes, con la función de estimular el sistema nervioso (tabaco, cafeína, cocaína, anfetaminas y otras drogas sintéticas) y alucinógenos o psicodélicos, que producen alucinaciones o percepciones que van más allá de la realidad (derivados del cannabis, LSD, inhalantes). Respecto a la progresión en el consumo de sustancias y a la influencia del consumo de drogas legales (tabaco y alcohol) en la iniciación del consumo de otras sustancias ilegales, Kandel (1980) planteó un modelo conocido como la “Teoría de la Puerta de entrada”, donde señalaba la existencia de una secuencia de cuatro fases en el consumo: 1) vino y cerveza, 2) tabaco y bebidas con más alto contenido en alcohol, 3) cannabis y 4) otras drogas peligrosas como la cocaína o heroína; si bien, consumir una droga específica en una fase de la secuencia no implica el subsecuente consumo de otras sustancias (cit. por Buelga, Ravenna, Musitu y Lila, 2006).

Además, el consumo de sustancias es altamente variable en los y las adolescentes, tanto en la edad de inicio, la cantidad y frecuencia de uso, el número de sustancias usadas, la expresión de problemas relacionados con las sustancias, como en la razón por la cual progresan y desarrollan diferentes niveles de uso de las sustancias (Buelga et al., 2006). Duncan, Tildesley, Duncan y Hops (1995) investigaron las tendencias del desarrollo en el consumo de sustancias a lo largo del tiempo y los predictores de dichas tendencias, encontrando que los chicos y chicas que usaron altos niveles de una sustancia, tendieron a usar altos niveles de otras; así como, rápidos incrementos en el uso de una sustancia fue, a menudo, acompañado por rápidos incrementos en el uso de otras. Respecto a los predictores, un alto nivel de cohesión familiar predijo bajos niveles de consumo de sustancias, mientras que la implicación con iguales consumidores predijo altos niveles iniciales de consumo e incrementos en la razón del uso de sustancias a lo largo del tiempo.

Un estudio de carácter longitudinal realizado con 101 adolescentes españoles que fueron estudiados en 3 ocasiones: a los 13, 15 y 18 años de edad y que abordó el consumo de sustancias a lo largo de la adolescencia y sus consecuencias, encontró tres grupos de adolescentes según sus trayectorias en el consumo de sustancias: consumo bajo, consumo ascendente y experimentación precoz. Al compararlos, halló un mejor ajuste psicológico en la adolescencia tardía entre los chicos y chicas del grupo de experimentadores, mientras que los problemas de conducta fueron más frecuentes en los incluidos en el grupo de consumo ascendente; también, el consumo moderado de sustancias en la adolescencia temprana estuvo

relacionado con una autoestima más alta y menos problemas emocionales al final de la adolescencia, pero no con más problemas externos; si bien, cuando el consumo sucedió en la adolescencia media o tardía, se relacionó con problemas de conducta (Oliva, Parra y Sánchez-Queija, 2008).

Resulta relevante comentar que, según los autores del estudio, no es recomendable la generalización de los resultados (obtenidos con una muestra normalizada y no representativa), y que, probablemente, en poblaciones de riesgo habrían sido distintos. Quizás la experimentación hubiera tenido consecuencias más graves en el desarrollo, al tener un significado diferente y relacionarse con un estilo de vida menos saludable (Oliva, Parra y Sánchez-Queija, 2008).

Otro estudio longitudinal analizó la relación entre características psicológicas y consumo de drogas en chicos y chicas de 18 años, de una muestra estudiada desde preescolar. Los adolescentes que se habían implicado en experimentar con las drogas fueron los más ajustados en la muestra; pero quienes usaron las drogas frecuentemente mostraron un peor ajuste, marcado por la alienación interpersonal, pobre control de impulsos y angustia emocional; también, aquellos que a los 18 años nunca habían experimentado con drogas fueron relativamente ansiosos, emocionalmente constreñidos y escasos en habilidades sociales (Shedler y Block, 1990).

A continuación, se describen los datos empíricos más actuales en relación al consumo de diferentes sustancias durante la adolescencia.

En primer lugar, el tabaco es junto con el alcohol la droga más comúnmente usada entre los jóvenes. Según la Encuesta Estatal sobre Uso de Drogas en Estudiantes de Enseñanzas Secundarias (ESTUDES) 2006-2007 (la cual lleva realizándose en España de forma bial desde 1994 con adolescentes de 14 a 18 años), la media de edad que chicos y chicas tienen cuando se inician en el consumo de tabaco es de 13.1 años y de 14.2 la edad media de inicio en el consumo diario (Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas, 2007).

En cuanto a los datos de la última edición en España del estudio Health Behaviour in School-aged Children (HBSC)–2006, y en relación con el consumo de tabaco, se encuentra que a medida que aumenta la edad se observa con claridad el aumento de chicos y chicas que experimentan con esta sustancia. Así, a los 13-14 años ya lo ha hecho el 26% de los chicos y el 31% de las chicas y a los 15-16 años, el 48% de los chicos y el 57% de las chicas. Respecto al consumo actual, a los 15-16 años fuman a diario un 16.3% de las chicas y un 13.4% de los chicos, las diferencias de género aumentan con la edad y con el porcentaje de consumo, fumando a diario un 22.3% de las chicas frente al 14.1% de chicos de 17-18 años (Moreno et al.,

en prensa). Este consumo ha descendido claramente en ambos sexos en los últimos cuatro años, ya que, por ejemplo, en la edición anterior de 2002 consumían tabaco a diario un 25.7% de los chicos y un 37.4% de las chicas de 17-18 años (Moreno, Muñoz-Tinoco, Pérez y Sánchez-Queija, 2005b).

Los datos internacionales de la encuesta 2005/2006 del HBSC, muestran que el consumo de tabaco semanal se incrementa significativamente en todos los países de la encuesta de los 13 (3%) a los 15 años (14%), edades en las que el consumo de tabaco es similar entre chicos y chicas, siendo a los 11 años el consumo muy bajo en ambos (Currie et al., 2008).

El último informe del European School Survey Project on Alcohol and Other Drug Use (ESPAD-2003), entre estudiantes de 35 países europeos, mostró que los hábitos de consumo de tabaco han decrecido en los últimos 5 años, y que, actualmente, entre un 50% y un 80% de adolescentes han fumado alguna vez en su vida (Hibell et al., 2004).

En segundo lugar, excluyendo el tabaco, el alcohol es la droga más consumida y experimentada, tomando como referencia a los adolescentes de 14 a 18 años, comienzan a probar el alcohol a los 13.8 años y a los 15 años a iniciarse en el consumo semanal (Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas, 2007).

Datos del HBSC-2006 en España muestran que el porcentaje de abstemios desciende con la edad en chicos y chicas, encontrándose porcentajes muy parecidos en ellos y ellas en todos los tramos de edad (89% a los 11-12, 62% a los 13-14, 26% a los 15-16 y 13% a los 17-18 años). Tanto chicos como chicas se inician a los 13-14 años en la categoría de consumo “rara vez”, a los 15-16 años aumenta el consumo “mensual” y “semanal”, siendo este último el más frecuente a los 17-18 años. Las diferencias en las distintas categorías de frecuencia de consumo entre chicos y chicas no son llamativas, pero los chicos se han emborrachado más veces que las chicas (el 7% de los varones se ha emborrachado 10 ó más veces, frente al 4% de las chicas); y, la situación de las chicas resulta ser especialmente preocupante, por la rapidez con que evolucionan: en ellas es más rápido el descenso de no-consumo y el ascenso en los diferentes consumos (incluso en categorías en las que ellos ya se han estabilizado) (Moreno et al., en prensa).

Los datos internacionales de la encuesta 2005/2006 del HBSC muestran que el mayor incremento en el inicio del consumo semanal de alcohol se da entre los 13-15 años, siendo más común en chicos que en las chicas (Currie et al., 2008). Y según el informe del ESPAD-2003, un 90% de chicos y chicas han consumido alcohol alguna vez en su vida (Hibell et al., 2004).

En tercer lugar, respecto al consumo de drogas ilícitas, hay una relación curvilínea entre la edad y su consumo, ya que es muy bajo en frecuencia y cantidad hasta los 14 años y a medida que aumenta la edad se incrementa el consumo hasta alcanzar un punto máximo en la primera fase de la edad adulta, entre los 18 y los 25 años, a partir del cual el consumo disminuye de forma importante, coincidiendo con el momento en que en nuestro contexto se produce la adquisición de los roles y responsabilidades sociales adultos (Buelga et al., 2006).

Una excepción a esto sucede con el cannabis, ya que su consumo regular es muy usual hasta la edad de los 25 y aumenta entre adultos jóvenes de 25 y 34 años de edad, siendo la droga ilícita más frecuentemente consumida entre adolescentes y adultos (Buelga et al., 2006). Según ESTUDES 2006-2007, realizado con chicos y chicas de 14 a 18 años, la media de edad de inicio en el consumo de cannabis es de 14.6 años (Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas, 2007).

Los resultados del HBSC-2006 en España en relación con el consumo de cannabis, detectan un incremento muy leve del no consumo con respecto a 2002, sobre todo en los chicos (el 57% de los adolescentes en 2002 no había consumido cannabis en el último año, frente al 60% en 2006) y todas las categorías de consumo (recreativo –de tres a 39 veces- e intensivo – más de 40 veces) experimentan ligeros descensos, excepto el consumo experimental –una o dos veces-, que aumenta ligeramente (en 2002 el 12% de los adolescentes había probado el cannabis una o dos veces, frente al 13% en 2006) (Moreno et al., 2005b; Moreno et al., en prensa).

Datos de la encuesta internacional HBSC muestran que el uso del cannabis es más prevalente entre chicos en la mitad de los países, sin embargo, en el resto de países, entre los que se encuentra España, las chicas son tan probables de usar el cannabis como los chicos y en altas proporciones (Currie et al., 2008). El informe del ESPAD-2003, señala que la gran mayoría de chicos y chicas que han consumido alguna droga ilícita, ha sido el cannabis (Hibell et al., 2004).

Respecto al consumo de drogas ilícitas (distintas al cannabis), los datos españoles del estudio HBSC-2006 muestran un consumo casi inexistente de las mismas, ya que el porcentaje medio de adolescentes que dice no haber consumido nunca opiáceos, pegamentos, medicamentos para colocarse, drogas de diseño y anfetaminas es del 97.15%. Respecto al consumo de cocaína, específicamente, se observa un leve aumento global del no-consumo y un ligerísimo descenso de los otros consumos (experimental, recreativo e intensivo), aunque la

situación es muy similar a 2002 (en ese año el 92% de los adolescentes afirmaba no haber probado la cocaína, frente al 94% en 2006) (Moreno et al., 2005b; Moreno et al., en prensa).

En una investigación, tomando la muestra de adolescentes de 15 a 18 años del estudio HBSC-2002, se encontró que las tres sustancias de uso más frecuentes entre chicos y chicas fueron el tabaco, el alcohol y el cannabis. Respecto al tabaco, su consumo fue diario y más frecuente en las chicas; el consumo de alcohol fue semanal (más asociado al consumo de fin de semana, y a un uso recreativo y social) y más habitual entre los chicos; el cannabis fue la siguiente sustancia más consumida, más frecuente entre los chicos que entre las chicas. En cuanto a las sustancias de frecuencia de consumo intermedio, fueron las drogas de diseño, las anfetaminas y la cocaína, y las de consumo infrecuente los medicamentos utilizados para colocarse, los pegamentos y disolventes y los opiáceos; todas ellas más consumidas en los chicos que en las chicas. Por último, los resultados mostraron que quienes consumieron sustancias de uso frecuente en nuestro contexto (alcohol, tabaco y cannabis) tuvieron amistades que también realizaban estos consumos, mientras que quienes consumieron sustancias infrecuentes (pegamentos, medicamentos, opiáceos) tuvieron amistades que, además de consumir esas mismas sustancias, realizaron conductas antisociales (Sánchez-Queija, Moreno, Muñoz-Tinoco y Pérez, 2007).

Por su parte, Martínez Álvarez, Fuertes Martín, Ramos Vergeles y Hernández Martín (2003) encontraron que los chicos en comparación a las chicas informaron de un mayor consumo de alcohol y de otras drogas ilegales, de un mayor número de veces que habían estado embriagados, y de un inicio más temprano en el consumo de tabaco y alcohol. En cambio, las chicas manifestaron un consumo mayor de tabaco que los chicos.

Por último, los datos principales de la varias veces mencionada Encuesta Estatal sobre Uso de Drogas en Estudiantes de Enseñanzas Secundarias (ESTUDES) 2006-2007, indican (al igual que en la investigación anterior) que las drogas más consumidas por los estudiantes de 14 a 18 años son el alcohol, el tabaco y el cannabis. Un 79.6% había tomado bebidas alcohólicas alguna vez en la vida, un 46.1% tabaco y un 36.2% cannabis; y la proporción de consumidores de estas sustancias en los 30 días previos a la encuesta fue de 58% para alcohol, 27.8% para tabaco y 20.1% para cannabis. El uso del resto de sustancias (cocaína, éxtasis, alucinógenos, anfetaminas, sustancias volátiles, heroína) está mucho menos extendido, situándose la prevalencia alguna vez en la vida entre el 1% y el 5.7% y la de los últimos 30 días entre el 0.5% y el 2.3%. Al comparar estos datos con los resultados de las encuestas precedentes, se observa

una disminución de la prevalencia de consumo de la mayoría de las sustancias, sobre todo de tabaco, cannabis y cocaína (Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas, 2007).

Respecto a diferencias de género, los chicos consumen en mayor proporción que las chicas todas las drogas ilegales, mientras que el consumo de tabaco y tranquilizantes aparece más extendido entre ellas, y para las bebidas alcohólicas similar en ambos sexos; no obstante, la intensidad del consumo de tabaco y alcohol entre los consumidores es más elevada en los hombres que en las mujeres. En cuanto a las diferencias según la edad, la proporción de consumidores aumenta progresivamente con la edad, de forma que el consumo alcanza su máximo a los 17 y 18 años, dándose los mayores incrementos en el consumo de alcohol, tabaco y cannabis entre los 14 y los 16 años. Si bien, el consumo de drogas entre los estudiantes de 14 a 18 años continúa siendo experimental u ocasional, vinculado al ocio y al fin de semana (Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas, 2007).

3.2. Bienestar psicológico

En cuanto a la otra visión de carácter positivo de la adolescencia, en esta investigación se hará hincapié, como se dijo, en el bienestar psicológico. Según la Organización Mundial de la Salud, una buena salud implica una relativa ausencia de problemas emocionales, presencia de bienestar y evaluación general positiva de la salud, incluyendo como componentes principales al bienestar físico, psicológico y social (World Health Organization, 1986). En la actualidad, existe un creciente interés en la investigación sobre el bienestar psicológico, dado que es reconocido como un importante indicador de la salud (Ravens-Sieberer et al., 2005).

El bienestar psicológico, a veces etiquetado como felicidad, se refiere a la evaluación que hacen las personas de su vida e incluye aspectos afectivos y cognitivos, ambos íntimamente relacionados. Los indicadores de mayores niveles de bienestar referidos a sus aspectos cognitivos son: satisfacción vital general y satisfacción en dominios importantes de la vida (como la familia); mientras que los relacionados con los aspectos emocionales se refieren a experimentar altos niveles de afecto positivo (emociones agradables y placeres) y bajos niveles de afecto negativo (Diener, 2000; Myers y Diener, 1995).

Los chicos y chicas adolescentes definen su salud mental en términos de bienestar subjetivo, sentimientos de satisfacción y felicidad, con un predominio de los afectos positivos sobre los negativos. De esta forma, los componentes subjetivos de una positiva salud mental incluyen: una experiencia afectiva de bienestar subjetivo o felicidad personal, creencia en la

competencia personal o eficacia propia, sentido de control personal o autonomía y de relación con otras personas, y conductas dirigidas hacia metas personales relevantes (Compass, 1993).

A lo largo de esta etapa, existe una preocupación acerca de la salud mental y la enfermedad, yendo de un interés general a una preocupación más personal sobre la propia salud; además, según el género, las chicas informan más preocupaciones sobre su salud y experimentan más problemas relacionados con cuestiones emocionales y sociales que los chicos, más preocupados por su salud física, la cual suele ser positiva durante esta etapa, explicando que las chicas se perciben con una salud más pobre. En este ámbito, las preocupaciones comunes se refieren a: problemas médicos, como la apariencia (altura, peso, acné) y quejas físicas (dolor de cabeza, estómago, problemas de visión, dentales); y cuestiones psicosociales, tales como estado emocional (depresión, ansiedad), relaciones interpersonales (con progenitores, iguales y otros adultos) y escuela (trabajo escolar) (Millstein, 1993).

La exactitud con la que los adolescentes perciben su estatus de salud ha sido vista en términos contradictorios, por un lado parece que minimizan sus síntomas a través de la negación o no respondiendo a los síntomas apropiadamente, pero, por otro, son vistos como exagerando sus síntomas, debido a su gran autoconciencia, introspección y atención a su estado corporal; si bien, aunque ambas opciones son posibles, parece que los datos sugieren que en la adolescencia es más probable la exageración de los síntomas en la autopercepción de la salud (Millstein, 1993). Así, chicos y chicas adolescentes frecuentemente se caracterizan como *moodiness*, término que se refiere, por un lado, a un incremento en la frecuencia de emociones negativas (por ejemplo, sentirse triste o enfadado), y, por otro, a experimentar una gran variabilidad emocional. Los adolescentes que informaron de más emociones negativas y más emociones lábiles, informaron también de más síntomas depresivos y problemas exteriorizados de comportamiento. Además, menos regulación efectiva de estas emociones fueron relacionadas con ajuste adolescente; así, los y las adolescentes que usaron más la negación y la actuación impulsiva ante dichas emociones, informaron de más síntomas depresivos y problemas exteriorizados (Goossens, 2006).

En un estudio con adolescentes, con media de edad de 14 años, se encontró que la mayoría estaban satisfechos con sus vidas. Las chicas experimentaron peor bienestar que los chicos, si bien la satisfacción global fue prácticamente igual en ambos géneros. En cuanto a las variaciones con la edad, los chicos y chicas de edades menores tuvieron mejor bienestar que los mayores (Rask, Astedt-Kurki y Laippala, 2002). En otro estudio similar se halló que los predictores de la satisfacción global adolescente fueron: la percepción de altos niveles de

mutualidad y estabilidad en las relaciones familiares, ser chico y escasez de serios problemas y enfermedades en la familia (Rask, Astedt-Kurki, Paavilainen y Laippala, 2003).

En relación con lo anterior, Petersen, Sarigiani y Kennedy (1991) encontraron en su estudio longitudinal que las chicas mostraron significativamente más afecto depresivo y un tono emocional más pobre que los chicos a los 17 años, diferencia que apareció sobre los 13 años para ir incrementándose progresivamente a lo largo de la adolescencia. De forma similar, Twenge y Nolen-Hoeksema (2002) encontraron que las diferencias de género fueron estadísticamente significativas a los 13 años, cuando las chicas comenzaron a puntuar más alto en medidas de depresión. Dichas diferencias parecen estar relacionadas con cambios en la temprana adolescencia, referidos a cambios puberales previos o simultáneos a cambios en el contexto escolar, ambos más probables que ocurran simultáneamente en las chicas, lo cual las sitúan en un mayor riesgo para este tipo de problemas (Petersen et al., 1991). Ello podría llevar a que otros estudios muestren que los problemas interiorizados sean más frecuentes en las chicas y los exteriorizados en los chicos (Liu et al., 2001). Sin embargo, al tener en cuenta la edad a la que chicos y chicas desarrollan, Graber, Lewinsohn, Seeley y Brooks-Gunn (1997) hallaron que tanto las chicas que desarrollaron precozmente, como los chicos que lo hicieron tardíamente tuvieron más problemas de ajuste (como síntomas depresivos o problemas de conducta).

Los datos de la última edición en España del Estudio HBSC-2006 mostraron que los chicos tienen una mayor puntuación en bienestar psicológico que las chicas y en todos los grupos de edad; además, conforme aumenta la edad, los valores en bienestar disminuyen para ambos sexos (Moreno et al., en prensa). Datos internacionales del HBSC indicaron también que las chicas fueron más probables de informar de niveles más bajos de salud percibida y satisfacción vital, así como más frecuentemente de síntomas psicósomáticos, mientras que los chicos de haber tenido que ser atendidos por lesiones físicas; con la edad, la percepción de salud y satisfacción vital disminuyó progresivamente en ambos géneros y la aparición de síntomas fue más probable en chicos y chicas más mayores (Currie et al., 2008).

Por otro lado, en la evaluación del bienestar psicológico se han utilizado medidas diferentes, Andrews y Withey (1976) la evaluaban a través de un solo ítem (“¿Cómo te sientes generalmente con tu vida?”) con una escala de respuesta de siete puntos (cit. por Myers y Diener, 1995). Otras medidas más recientes del bienestar contienen múltiples ítems, por ejemplo *Positive and Negative Affect Scale (PANAS)* de Watson, Clark y Tellegen (1988) que incluye medidas de afecto positivo y negativo; *Students' Life Satisfaction Scale (SLSS)* de Huebner (1991), que mide la satisfacción vital global; *Satisfaction With Life Scale*, de Pavot y Diener

(1993), que evalúa la satisfacción vital (cit. por Diener, 2000); *The Berne questionnaire on subjective well-being/Youth form (BSW/Y)* de Grob (1995), compuesto por dos escalas: satisfacción y síntomas de enfermedad; *The Finnish questionnaire on adolescent values and subjective well-being*, de Rask et al. (2002), que consiste en cuatro escalas: dos referidas a los valores y otras dos sobre el bienestar psicológico (cit. por Rask et al., 2002).

Si bien, el proyecto Kidscreen fue el primero que produjo un índice para evaluar el bienestar mental y psicológico con una metodología para su uso tanto en la infancia como en la adolescencia. El KIDSCREEN es una medida genérica de calidad de vida relacionada con la salud (CVRS), en inglés *Health Related Quality of Life (HRQoL)*, que evalúa en niños/niñas y adolescentes su salud y bienestar subjetivo de la última semana. Fue desarrollado dentro del proyecto Screening and Promotion for Health-related Quality of Life in Children and Adolescents - A European Public Health Perspective, fundado por la Comisión Europea y en el que participaron, de 2001 a 2004, varios países europeos, asegurando la aplicabilidad y validez transcultural de los cuestionarios del KIDSCREEN (The KIDSCREEN Group Europe, 2006).

Así, se trata del primer instrumento de CVRS para población infantil y adolescente (entre los 8 y los 18 años) desarrollado simultáneamente en varios países (Aymericha et al., 2005). Este instrumento tiene formato de auto-informe estandarizado y existen tres versiones del cuestionario: KIDSCREEN-52 (con 52 ítems), KIDSCREEN-27 (con 27 ítems) y KIDSCREEN-10 index (con 10 ítems), que permiten información del perfil de salud para diferentes dimensiones. De este modo, el KIDSCREEN-52 evalúa diez dimensiones: bienestar físico, bienestar psicológico, estado de ánimo, auto-percepción, autonomía, relaciones con los progenitores y vida familiar, recursos económicos, amistades y apoyo social, entorno escolar y aceptación social; mientras que el KIDSCREEN-27 agrupa algunas de las dimensiones anteriores, midiendo cinco dimensiones en total: bienestar físico, bienestar psicológico (bienestar psicológico, estado de ánimo, auto-percepción), autonomía y relación con los progenitores (autonomía, relaciones con los progenitores y vida familiar, recursos económicos), amistades y apoyo social y entorno escolar; por último, el KIDSCREEN-10 index, proporciona un índice global de CVRS que contempla las dimensiones anteriores. Esta última versión, derivada de la versión KIDSCREEN-27 (The KIDSCREEN Group Europe, 2006), es la que se utiliza en la presente investigación y se describe detalladamente en el capítulo de metodología del estudio empírico.

En el estudio piloto del proyecto europeo del KIDSCREEN, en el que participaron niños y niñas de 8 a 11 años y adolescentes de 12 a 18 años de siete países diferentes, se encontró que, al comparar las puntuaciones de chicos y chicas en la adolescencia, los chicos informaron

de más bajo bienestar psicológico relacionado con la salud en bienestar físico, bienestar emocional y autoestima, mientras que las chicas mostraron mejor puntuación en aspectos relacionados con el apoyo social y las relaciones entre iguales (von-Rueden, Bruil, Detmar y Ravens-Sieberer, 2003). Respecto a la evolución con la edad, otro estudio encontró que los niños y niñas más pequeños informaron de muy buen bienestar psicológico; pero, tras los 12 años, el bienestar psicológico disminuyó en la mayoría de aspectos, siendo mayor el descenso en las dimensiones de bienestar físico y psicológico para las chicas (Bisegger et al., 2005).

Por último, conviene puntualizar que el hecho de que se hayan abordado dos aspectos del desarrollo adolescente, uno de ellos relacionado con una visión más negativa, el consumo de sustancias (y el otro referido a una visión positiva, como es el bienestar psicológico), no pretende reflejar un modelo de déficits focalizado en identificar problemas y necesidades de la población, requiriendo de recursos profesionales que llevan a altos niveles de dependencia de los mismos. Más bien, refleja la necesidad de optar por un modelo de competencias, que tiende a acentuar las habilidades, capacidades y aptitudes positivas para identificar problemas y activar soluciones; un modelo que, a su vez, promueve la autoestima de individuos y comunidades permitiendo una menor dependencia de los servicios profesionales de la salud. La competencia puede ser definida como cualquier factor o recurso que estimula la habilidad de los individuos, comunidades y poblaciones para mantener la salud y el bienestar y ayudar a reducir las desigualdades en salud, así como a prevenir problemas tales como el consumo de sustancias (Morgan y Ziglio, 2007).

Desde esta perspectiva, resulta importante promover un modelo que se centre en la competencia o en el desarrollo adolescente positivo, dirigido a prevenir los problemas (como el consumo de sustancias) y a fomentar el desarrollo de competencias sociales, cognitivas y emocionales (como el bienestar psicológico) (Oliva, 2007), cuya presencia y ausencia, respectivamente, en la mayoría de los casos, no es un signo de psicopatología, pero sí de una deficiencia en el desarrollo positivo (Larson, 2000). Así, modelos de este tipo podrían favorecer un desarrollo más positivo y saludable de chicos y chicas adolescentes.

Con todo, tras esta breve revisión y descripción de la etapa de la adolescencia, en los próximos capítulos se abordará, por un lado, la importancia de los contextos sociales, concretamente la familia durante este periodo evolutivo, y, a continuación, se profundizará en el concepto de la monitorización parental.

CAPÍTULO 2. LOS CONTEXTOS DE SOCIALIZACIÓN: FAMILIA Y ADOLESCENCIA

En este segundo capítulo se aborda la importancia de la familia como contexto de socialización fundamental, que continua ejerciendo gran influencia durante la adolescencia. Así, se realizará un breve recorrido por los cambios que se suceden en dicho contexto a lo largo de esta etapa, las diferencias de género en las relaciones familiares, se tratarán los estilos y prácticas educativas y, finalmente, se centrará brevemente en las tres dimensiones básicas del estilo democrático: afecto, promoción de la autonomía y control.

1. EL SIGNIFICADO DE LA FAMILIA EN LA ADOLESCENCIA

1.1. Su importancia durante la adolescencia

La familia constituye el contexto principal y fundamental de socialización de chicos y chicas, teniendo las relaciones parento-filiales una influencia clara y significativa sobre su desarrollo. Así, la evidencia disponible indica que el predictor más simple y consistente de la salud y el bienestar adolescente es la calidad de las relaciones de los y las adolescentes con sus progenitores. De acuerdo con Kuczynski y Grusec (1997), padres y madres están situados potencialmente en la mejor posición para proveer a sus hijos e hijas de una adecuada socialización, existiendo diferentes razones para esta influencia contextual. Desde el punto de vista biológico, la diada parento-filial nace con un sesgo determinado biológicamente favoreciendo la influencia parental. Y, desde una perspectiva cultural, los progenitores tienen una serie de derechos y responsabilidades legales: en el campo del cuidado de los hijos e hijas, desde el primer momento después del nacimiento, les alimentan, cuidan y protegen, siendo todas estas actividades promotoras de fuertes y significativas relaciones parento-filiales; además, juegan un papel fundamental en el proceso de socialización ya que tienen más oportunidades que cualquier otro agente socializador a la hora de controlar y guiar el comportamiento de sus hijos e hijas.

Entre las funciones de la familia, el proceso de socialización ha sido uno de los roles más ampliamente estudiados. La socialización familiar se refiere al conjunto de procesos interactivos que suceden en el medio familiar, propenso para estimular una serie de valores, normas y opiniones en torno a niños y niñas, que continua durante la adolescencia. Además, en esta etapa la familia juega un importante papel en aspectos importantes del desarrollo

adolescente, tales como la formación de la identidad, la adquisición de la autonomía y, en términos generales, el ajuste psicosocial del adolescente (Lila, van Aken, Musitu y Buelga, 2006).

Algunos de los retos más difíciles de la educación de los hijos e hijas durante la adolescencia son: renegociar la forma de relación con chicos y chicas sexualmente maduros, revisar y modificar las discusiones familiares, reglas y normas, negociar el nivel de supervisión y control, facilitar la socialización del adolescente con su grupo de iguales. Dichos cambios y retos requieren de la modificación en las propias prácticas y estilos parentales para que satisfagan las necesidades cambiantes del desarrollo del chico o chica (Musitu et al., 2001).

En resumen, tres premisas han emergido de la literatura científica sobre las influencias familiares durante la adolescencia: 1) las relaciones familiares son importantes para las relaciones del adolescente con sus iguales, profesorado y otros adultos, para las relaciones románticas, el funcionamiento escolar, así como eventuales ocupaciones y su éxito en ellas; 2) las relaciones con los progenitores experimentan transformaciones hacia interacciones menos jerárquicas cuando el chico o chica adolescente alcanza la adultez; 3) las variaciones contextuales y culturales forman significativamente las relaciones y experiencias en la familia del adolescente, afectando el curso y resultado del desarrollo durante y tras la adolescencia (Collins y Laursen, 2004).

A continuación, se abordarán los diferentes cambios que debe hacer la familia durante la adolescencia, las diferencias de género en las relaciones familiares y las definiciones de estilos y prácticas educativas.

1.2. Los cambios en el contexto familiar

A lo largo del ciclo vital, según la etapa evolutiva de sus miembros, la familia presenta distintas necesidades y respuestas a las mismas. Así, en todo momento debe equilibrar y adecuar sus necesidades de proximidad y unión familiar con las necesidades de diferenciación y autonomía de sus miembros. Esto sucede especialmente en la adolescencia, cuando la tarea de la maternidad o paternidad se hace especialmente complicada debido a los cambios que tienen lugar y en la que pueden coincidir, como ya se dijo en el capítulo anterior, dos importantes transiciones evolutivas: la de hijos e hijas y la de padres y madres (Moreno et al., 2005a; Oliva y Parra, 2004).

Durante la adolescencia, chicos y chicas experimentan cambios en el desarrollo (biológico, psicológico y emocional) unidos a cambios contextuales, que implican transformaciones en las estrategias de socialización y en las formas de relación parento-filiales,

que se traducen en un cambio en el sistema familiar. Ante tanto cambio, este periodo requiere un balance entre los deseos del adolescente de independencia y el de los progenitores de mantener un cierto control sobre las decisiones y actividades de sus hijos e hijas.

Existe cierto consenso en la literatura de considerar que son tres grandes dimensiones de las relaciones parento-filiales las que se transforman en mayor grado durante esta etapa: la autonomía, en qué medida los adolescentes están bajo el control de los progenitores, distinguiendo, por sus diferentes efectos sobre el desarrollo, entre control psicológico (de las opiniones, sentimientos y pensamientos del adolescente) y control conductual (de las actividades del adolescente); la armonía, en qué medida la relación es cálida, comprometida, y emocionalmente próxima; y el conflicto, en qué medida la relación es problemática y hostil, se trata de una perturbación normativa y temporal que es funcional para transformar las relaciones familiares (Steinberg y Silk, 2002).

Entre los cambios normativos en la adolescencia están los biológicos/hormonales. En torno a ellos, Paikoff y Brooks-Gunn (1991) postularon efectos directos o indirectos sobre las interacciones parento-filiales, a través de los cambios emocionales y/o conductuales o del valor de las señales de los cambios en los caracteres sexuales secundarios, concluyendo que la pubertad está asociada con mayor autonomía emocional y menor cercanía a los progenitores (cit. por Lila et al., 2006). Por su parte, Alsaker y Flammer (2006) mostraron que no solo la maduración puberal, también el *timing* puberal tuvo consecuencias para las familias de adolescentes: la temprana maduración de las chicas dio lugar a más conflictos y menos satisfacción en las relaciones con sus progenitores.

En cuanto a los drásticos cambios que se suceden en el dominio de la cognición social, Selman (1980) describió cómo estos cambios socio-cognitivos reflejan por sí mismos un cambio en la concepción de las relaciones parento-filiales. En la investigación de la autonomía emocional, la desidealización parental, el darse cuenta que los padres son personas independientes, con sus propias ideas, responsabilidades y defectos, son una consecuencia de este cambio que repercuten en dichas relaciones. Steinberg (1990) encontró que los conflictos entre progenitores e hijos/ hijas podrían resultar de estos cambios en el o la adolescente. En una revisión de Lamborn y Steinberg (1993) sobre el trabajo de Ryan y Lynch (1989), llega a ser clara que la percepción del apoyo en las relaciones con los progenitores podría ser un poderoso mediador en la relación entre autonomía y relaciones conflictivas, de este modo: en un contexto de apoyo, la autonomía emocional podría tener ventajas para el desarrollo, mientras que en un

contexto de relaciones caracterizadas por bajo apoyo tendría efectos negativos (cit. por Lila et al., 2006).

A lo largo la infancia, las interacciones sostenidas entre progenitores-hijos e hijas servirán para construir un estilo interactivo en cada díada (padre-hijo/a, madre-hijo/a), con todo el rango de patrones relacionales posibles, en el que predominará, según las díadas, un tipo de interacción más afectuoso, o bien más frío o más coercitivo, etc., relativamente estable. Sin embargo, debido a los cambios intrapersonales, ya comentados, tanto en progenitores como en adolescentes, la transición a la adolescencia va a representar un importante cambio del sistema familiar, que supondrá cierta inestabilidad y conflictividad del sistema, así como variedad de patrones de interacción diádicos posibles dadas las discrepancias entre las distintas necesidades y objetivos de progenitores-hijos e hijas. Tras esos momentos de desequilibrio inicial, el sistema se irá estabilizando progresivamente, dando lugar a un nuevo patrón relacional que pasará de la marcada jerarquización propia de la niñez a la mayor igualdad y equilibrio de poder que caracterizan las relaciones parento-filiales durante la adolescencia tardía y la adultez emergente; además, gozará de cierta estabilidad, y en gran parte estará condicionado por el clima existente antes del comienzo de las perturbaciones (Oliva y Parra, 2004; Smetana, Campione-Barr y Metzger, 2006). Todo ello sucederá cuando ambos, progenitores y adolescentes, encuentren la manera de renegociar una relación que se adecue a la cada vez más evidente apariencia adulta del adolescente, su intelecto y sus intereses sociales (Steinberg y Silk, 2002).

Uno de los cambios contextuales en la adolescencia es el proceso por el que otros contextos diferentes al de la familia aumentan su poder de influencia como medios de socialización: grupo de iguales, escuela, medios de comunicación, etc., gradualmente llegan a ser un referente y en ocasiones pueden entrar en conflicto con la familia. Socialmente, chicos y chicas adolescentes pasan a estar menos interesados por pasar tiempo con sus progenitores, mientras que su interés y energías sociales se dedican a los iguales del mismo y opuesto sexo (Lila et al., 2006). Así, incluso en diferentes países europeos, se ha encontrado que chicos y chicas de 15 años están menos implicados en actividades compartidas con sus progenitores que los de 13 años, disminuyendo, por tanto, el tiempo compartido con la familia a medida que los adolescentes son más mayores (Zaborskis, Zemaitiene, Borup, Kuntsche y Moreno, 2007).

Esto lleva asociado un aumento en el tiempo sin supervisión por parte de adultos, siendo el tiempo no constreñido o libre mayor durante la adolescencia que en cualquier otro periodo de la vida. Este incremento en actividad no supervisada, es el resultado tanto de una mayor búsqueda de autonomía por parte del adolescente, como de una pérdida de las restricciones

sociales y estructurales impuestas durante la infancia. La movilidad geográfica de los adolescentes y la menor supervisión hacen más difícil a los progenitores conocer dónde están sus hijos e hijas y controlar sus actividades, poniendo a prueba los límites de confianza dentro de la relación parento-filial, en la medida en que los progenitores deben permitir a sus hijos e hijas alguna libertad de acción para sus propias decisiones (y errores) en lo que atañe a cómo, dónde y con quién invierten su tiempo libre (Steinberg y Silk, 2002).

No obstante, padres y madres, desde edades tempranas de sus hijos e hijas, han de tener un rol activo en este aspecto: promoviendo la existencia de “tiempos de familia”, momentos de la semana dedicados a estar juntos realizando actividades; tratando de sincronizar sus propios ritmos horarios a los de sus hijos e hijas; ofreciendo modelos de conducta coherentes con los mensajes verbales que transmiten (por ejemplo, en relación al consumo de alcohol o tabaco); estimulando la realización de actividades de tiempo libre saludables, como los deportes, y estando pendientes de que dicho tiempo esté estructurado y supervisado (Moreno, Muñoz-Tinoco y Pérez, 2004).

Por otro lado, la transición de la escuela elemental a la secundaria está generalmente acompañada de mayores expectativas de autonomía y autodirección, así como los progenitores dependen más del propio hijo o hija que del profesorado para mantenerse informados sobre lo que pasa en la escuela, y para saber cuándo su apoyo es necesario; así, el padre o madre promueve la autodirección y la autonomía en asuntos académicos, pero también es frecuente que supervise las actividades educativas de los adolescentes lo suficiente como para asegurar que las necesidades académicas y potenciales están conseguidas (Steinberg y Silk, 2002).

En un estudio con jóvenes desde, aproximadamente, los 10 a los 17 años (del quinto al duodécimo grado), la cantidad de tiempo pasado con la familia y las actividades compartidas, tales como ver la televisión, decrecieron dadas las oportunidades de experiencias fuera de este contexto. No obstante, con la edad se dio un incremento en conversaciones familiares sobre cuestiones interpersonales, particularmente para las chicas, y una mayor percepción de iniciativa para las interacciones; así como, la cantidad de tiempo pasado solos con sus madres y la pequeña cantidad de tiempo pasado solos con sus padres, permaneció estable a lo largo de este periodo; además, tras un decremento en la adolescencia temprana, adolescentes más mayores informaron de relaciones más afectivas en la familia y de ser capaces de tolerar y disfrutar de la compañía de los progenitores, como un resultado de una mejor comunicación, gran comprensión y respeto mutuos (Larson, Richards, Moneta, Holmbeck y Duckett, 1996).

Con todo, la inmersión en estos nuevos contextos, supone para padres y madres un reto que implica encontrar la manera de conocer las actividades de los adolescentes, sin ser capaces de supervisar o controlar directamente estas actividades. Esto conlleva un equilibrio entre autonomía y control en las actividades cotidianas y académicas, que progenitores y adolescentes han de afrontar (Steinberg y Silk, 2002).

1.3. Las diferencias de género

En las relaciones parento-filiales, se han encontrado diferencias según el género del progenitor y del adolescente. La revisión de los estudios de estas relaciones muestra que chicos y chicas tienden a estar más próximos e invierten más tiempo solos con sus madres que con sus padres, así como se sienten más cómodos hablando con ellas sobre problemas y otros asuntos emocionales y privados, aunque hablar acerca de las cuestiones impersonales, como el trabajo escolar, planes futuros o cuestiones sociales, son igualmente probables de hacerlo con cualquiera de los dos progenitores. Además, curiosamente, suelen discutir más con sus madres que con sus padres, siendo la relación con la madre emocionalmente más intensa, con manifestaciones tanto positivas como negativas (Smetana, Campione-Barr, et al., 2006). Steinberg y Silk (2002) lo atribuyeron a la diferencia entre la percepción que los padres muestran como figuras de autoridad relativamente distantes, que proveen apoyo material e información “objetiva”, mientras que las madres se perciben como proveedoras de más apoyo emocional. Y, tanto chicos como chicas, otorgan puntuaciones más altas a sus madres en casi todas las dimensiones del estilo parental (Oliva, Parra, Sánchez-Queija y López, 2007).

Por otro lado, padres y madres solicitan más información de las chicas que de los chicos, y las chicas hablan más libremente sobre ello, así como experimentan más afecto que los chicos en la adolescencia media y en la tardía. Estas diferencias pueden estar reflejando unas prácticas de socialización distintas hacia unos y otras que fomentan la autonomía en ellos, y el mantenimiento de relaciones familiares estrechas en ellas (Parra y Oliva, 2006).

Al examinar en un estudio las actividades compartidas que padres y madres holandeses realizaban con sus hijos e hijas adolescentes, se encontró que, en general, las madres pasaban más tiempo con sus adolescentes que los padres, y estos solían pasar más tiempo con sus hijos que con sus hijas, mientras que con las madres sucedía al contrario; así como que mayor tiempo compartido en la adolescencia temprana permitía mejores relaciones al final de esta etapa (Dubas y Gerris, 2002).

1.4. Los estilos y las prácticas parentales

A lo largo del proceso de crianza y educación se forman relaciones interpersonales basadas en un compromiso y una implicación emocional entre padres, madres, hijos e hijas, que van creando y dando forma al clima afectivo y emocional de la familia; junto a ellas existen otras relaciones que se ven moduladas por la misión educativa de los progenitores de socializar a sus hijos e hijas en las normas y valores del entorno cultural próximo. Este conjunto de conductas son estrategias de socialización, ya que su objetivo es moldear, a través de la intervención educativa, el tipo de conductas que los padres valoran como apropiadas y deseables para sus hijos e hijas, para su desarrollo personal y para su integración social (Rodrigo y Palacios, 2004).

Ello implica distinguir entre estilos y prácticas parentales cuya formulación fue realizada por Darling y Steinberg (1993). El estilo parental hace referencia al clima emocional global que impregna la relación parento-filial, un contexto afectivo que establece el tono de las interacciones de los progenitores con su adolescente, independientemente del contenido de socialización, y que es comunicado al adolescente a través de aspectos indirectos como el tono de la voz o el lenguaje no verbal; mientras que las prácticas parentales, son los intentos específicos de los padres y madres dirigidos a metas para socializar al adolescente de una forma particular.

Esta distinción tiene relevancia, ya que una práctica educativa concreta puede tener efectos diferentes en función del clima emocional en el que ocurra, no importando sólo lo que los progenitores hacen, sino el contexto emocional en el que lo hacen. Así, Steinberg, Lamborn, Dornbusch y Darling (1992) señalan que la implicación parental en asuntos escolares de los adolescentes, es más probable que promueva el éxito escolar del chico o chica cuando ocurre en un contexto familiar democrático. Además, las influencias que ejercen sobre el desarrollo son diferentes: las prácticas parentales tienen un efecto directo en los resultados específicos del desarrollo; y el estilo parental influye en el desarrollo a través de dos vías: ejerciendo un efecto moderador en la relación entre prácticas y desarrollo y a través de su influencia en la apertura del adolescente a la socialización parental, la cual también modera la relación entre prácticas parentales y resultados de desarrollo (Darling y Steinberg, 1993; Steinberg y Silk, 2002).

Entre las diferentes aproximaciones utilizadas en la investigación que analizan la relación entre el estilo parental y el ajuste adolescente, Steinberg y Silk (2002) han diferenciado entre: el enfoque dimensional, que considera la influencia sobre el desarrollo de variables concretas del estilo, y el enfoque tipológico, que tiene en cuenta la relación entre estas dimensiones para clasificar a los progenitores según su estilo educativo, en democráticos, permisivos, autoritarios e indiferentes.

Una de las tipologías de estilos parentales más clásica y conocida es la que surge a partir de dos dimensiones básicas o factores de las conductas parentales: afecto parental y control parental. Diana Baumrind, en la década de los setenta, diferenció tres tipos de estilos parentales en función de la dimensión de control: el estilo autoritario (con un control restrictivo que impone el cumplimiento de las normas), el estilo permisivo (evita hacer uso del control, proporcionando toda la autonomía posible, siempre que no ponga en peligro la supervivencia física del hijo o hija) y el estilo democrático (caracterizado por un control que guía el cumplimiento de las normas, teniendo en cuenta las necesidades del hijo o hija). Posteriormente, en 1983, Maccoby y Martin redefinieron los estilos parentales en función de dos dimensiones subyacentes: control (exigencia y demanda) y afecto (responsividad, sensibilidad y calidez), dando lugar a cuatro estilos parentales: democrático (estilo responsivo que espera la respuesta a sus demandas-altos afecto y control-), autoritario (espera la obediencia a las reglas, que no se realicen demandas y usa el castigo físico- bajo afecto y alto control-), permisivo (responsivo evitando regular la conducta de hijos e hijas-alto afecto y bajo control-) y negligente (limita el tiempo que se invierte en las tareas parentales-bajos afecto y control) (cit. por Ceballos y Rodrigo, 2004; Lila et al., 2006; Musitu et al., 2001; Smetana, Campione-Barr, et al., 2006).

Así, los estilos de socialización son en realidad estilos de relación entre los progenitores e hijos/as, tratándose de un constructo multidimensional que incluye dos dimensiones: el tono emocional de la relación y la comunicación (aceptación/rechazo, calor/fríaldad, afecto/hostilidad, proximidad/distanciamiento) y las conductas puestas en juego para encauzar y controlar la conducta del hijo o hija (autonomía/control, flexibilidad/rigidez, permisividad/prohibición) (Rodrigo y Palacios, 2004).

En el estudio de Oliva, Parra y Arranz (2008) se presentó una tipología de estilos relacionales de padres y madres de adolescentes, que amplió el modelo clásico construido a partir de las dimensiones de afecto y control. Tomando esta vez seis dimensiones, un análisis de conglomerados reveló la existencia de tres grupos de padres y de madres: los padres y madres democráticos (el grupo más numeroso), se caracterizaron por el afecto, la promoción de autonomía, la revelación, el buen humor y el escaso control psicológico, mientras que el control conductual (definido como el establecimiento de límites y la monitorización del comportamiento del adolescente mediante preguntas directas) no se mostró como una dimensión relevante, quizás porque la revelación de información cumplió en la adolescencia un papel similar al que desempeñaba el control conductual durante la infancia, por lo que sería un elemento clave del estilo democrático a partir de la pubertad; los padres y madres estrictos, semejante al estilo

autoritario de la tipología clásica, con la diferencia de que el nivel de afecto, revelación, humor y promoción de autonomía solo estuvo ligeramente por debajo del mostrado por los progenitores democráticos, siendo el rasgo más característico de este estilo su alto nivel de control, tanto psicológico como conductual; y los padres y madres indiferentes, quienes obtuvieron bajas puntuaciones en todas las dimensiones, con la excepción del control psicológico.

A pesar de que aún goza de gran popularidad, la primera aproximación tiene una serie de limitaciones, la principal se refiere a su visión unidireccional de las relaciones, y a su consiguiente planteamiento de causalidad, ya que en la definición de estilos parentales subyace la idea de que son los progenitores los que a través de una determinada conducta ejercen su influencia directa sobre sus adolescentes. De este modo, minimizan el papel que chicos y chicas juegan en las relaciones parento-filiales por dos motivos: supone que el efecto de las prácticas educativas es el mismo independientemente de sus características y de las diferentes situaciones, y no tiene en cuenta su percepción sobre dichas prácticas (Oliva y Parra, 2004).

Baumrind ya había sugerido que hijos e hijas contribuyen a su propio desarrollo, a través de la influencia en padres y madres, lo que implica que la socialización es un proceso dinámico. El estilo parental usado altera la apertura de chicos y chicas a las acciones de los progenitores de socializarles. Así, por ejemplo, el estilo democrático hace los valores y comportamientos de padres y madres más salientes y atractivos para sus adolescentes, por lo que incrementa la efectividad parental para producir cambios en las características de hijos e hijas que, al mismo tiempo, refuerza las habilidades parentales para actuar como agentes socializadores. Ello implica que hijos e hijas también juegan un rol activo en el proceso de socialización, así no son meros sujetos pasivos y sí activos agentes que evalúan e interpretan las ideas de sus progenitores, seleccionándolas como apropiadas para ellos y ellas. De este modo, en las interacciones parento-filiales, ambas partes son influidas e influyen, además hijos e hijas poseen más poder en las relaciones con sus madres y padres que con cualquier otro adulto (Lila et al., 2006).

Una característica importante de la tipología propuesta por Oliva, Parra y Arranz (2008) es que incluye variables con un marcado carácter bidireccional o interactivo, como el humor o el afecto/comunicación, y otra variable, la revelación, cuya dirección es de hijos/hijas a progenitores y no al contrario como en el modelo tradicional. La utilización del término estilo relacional en lugar del clásico de estilo educativo tiene la finalidad de resaltar ese carácter interactivo, así como la existencia de dimensiones de relación más complejas que el afecto y la disciplina.

Un ejemplo que ilustra lo anterior se puede ver en que probablemente las relaciones entre la competencia adolescente y el estilo democrático pueda ser el resultado de un ciclo

recíproco en el que la madurez psicosocial del hijo o hija lleve a los progenitores a ser más cálidos, ofrecer una guía flexible e interacciones comunicativas, que a su vez dirige hacia un posterior desarrollo de la madurez; por el contrario, adolescentes agresivos, dependientes o menos maduros pueden provocar comportamientos en sus progenitores de pasividad, dureza o distanciamiento (Collins y Steinberg, 2006).

Todo ello muestra que quizás sea de mayor utilidad un modelo más complejo que tenga en cuenta diferentes aspectos: los estilos de madres y padres, las características del chico o la chica adolescente y de la situación concreta de interacción, así como sus percepciones e incluso sus valores, estereotipos o la presencia de redes de apoyo social. Sin olvidar, al mismo tiempo, que el estilo educativo depende de la relación parento-filial y que, siguiendo a Harris (1998), no es solo que los buenos progenitores produzcan buenos hijos e hijas, sino que los buenos hijos e hijas también producen buenos progenitores (cit. por Oliva y Parra, 2004).

1.5. Los estilos relacionales y el desarrollo adolescente

1.5.1. La importancia del estilo democrático y sus dimensiones

La investigación realizada en torno a los estilos relacionales durante la adolescencia indica que el estilo democrático, al menos en las culturas occidentales y en las sociedades industrializadas actuales, es el que reporta más beneficios al desarrollo adolescente, ya que las características que promueve (altos niveles de ajuste, madurez y competencia psicosocial, autoestima, autoconfianza, motivación de logro, autocontrol, desarrollo moral o rendimiento académico) son las más deseables y las que facilitan una mejor adaptación (Steinberg, 2001), tanto a nivel emocional como comportamental (Oliva, Parra y Arranz, 2008).

Hijos e hijas de progenitores que adoptan estilos democráticos son capaces de mostrar sus propias decisiones y formular planes adecuados, así como tomar decisiones que resultan más satisfactorias a sus progenitores, con quienes se sienten fuertemente identificados y han interiorizado sus reglas y valores. Son más responsables, más seguros, adaptables, creativos y curiosos, presentan niveles más altos de autoestima y de desarrollo moral, manifiestan un mayor interés hacia la escuela, un mejor rendimiento académico y una mayor motivación, consumen sustancias como alcohol o drogas con menor frecuencia, son menos conformistas ante la presión negativa del grupo de iguales, y presentan menos problemas de conducta y salud mental. Por el contrario, hijos e hijas de progenitores indiferentes tienden a presentar toda una gama de problemas emocionales y conductuales, debido a que: han carecido de un ambiente cálido y afectuoso, y no han tenido ningún tipo de guía ni control para su comportamiento. En niveles

intermedios aparecen los hijos e hijas de padres y madres autoritarios y permisivos; los adolescentes de hogares autoritarios tienen poca confianza en sí mismos, son más pasivos, menos adaptados socialmente, y presentan más problemas a nivel interno, como síntomas depresivos; mientras que adolescentes de hogares permisivos, son menos maduros, más irresponsables, más conformistas con sus iguales, menos capaces de asumir posiciones de liderazgo y presentan más problemas de conducta (Collins y Steinberg, 2006; Lamborn, Mounts, Steinberg y Dornbusch, 1991; Oliva y Parra, 2004).

Ejemplos distintos de lo comentado se han encontrado a lo largo de diferentes investigaciones.

Las relaciones entre apoyo, control familiar y ajuste adolescente fueron examinadas en 135 adolescentes afro-americanos de entre 14 y 19 años. El apoyo social de parientes estuvo significativamente relacionado con la independencia y el éxito escolar y negativamente asociado con problemas de conducta en adolescentes; las pobres relaciones de apoyo estuvieron asociadas con problemas psicológicos. Además, el apoyo familiar estuvo positivamente relacionado con la organización y la implicación parental en la escuela, lo que a su vez se asoció positivamente con independencia y éxito escolar, mientras que negativamente con problemas de conducta y psicológicos (Taylor, 1996).

En un estudio con 354 adolescentes de 14 años, chicos y chicas informaron de cuatro tipos de familias según el estilo parental: democráticas, autoritarias, permisivas y negligentes. Los resultados mostraron que los adolescentes de familias democráticas aplicaron más estrategias de logro adaptativas caracterizadas por bajos niveles de expectativas de fallo, conductas inadecuadas y pasividad, y el uso de atribuciones de auto-mejora; mientras que los de familias negligentes fueron los peor adaptados de los distintos tipos de familias, aplicaron estrategias mal adaptativas, caracterizadas por altos niveles de conductas inadecuadas, pasividad y escasez de atribuciones de auto-mejora (Aunola, Stattin y Nurmi, 2000).

Otro estudio con 1068 adolescentes de entre 11 a 16 años analizó la influencia directa de las relaciones familiares y de los problemas de ajuste en la escuela en el desarrollo de síntomas depresivos, ansiedad y estrés. Los resultados mostraron que los factores familiares y escolares se relacionaron entre sí y contribuyeron conjuntamente a la predicción del malestar psicológico. Una comunicación familiar negativa se relacionó con problemas de ajuste en la escuela, mientras que la percepción adolescente de una comunicación positiva y abierta con los progenitores se asoció positivamente con una mejor autopercepción de su funcionamiento escolar y negativamente con el malestar escolar. En cuanto a diferencias de género, los chicos

dieron menos importancia a los patrones ofensivos (que implica faltar el respeto, ofender o insultar) en la comunicación parento-filial, lo que para las chicas fue un síntoma evidente de una pobre comunicación (Estévez López, Musitu Ochoa y Herrero Olaizola, 2005).

En una investigación de carácter longitudinal llevada a cabo con 101 adolescentes entrevistados en tres momentos (a los 13, 15 y 17 años), se encontró que el desarrollo de chicos y chicas adolescentes mejoró cuando se ejerció control sobre sus conductas, unido a la promoción de su autonomía, dentro de un clima positivo que favorecía la comunicación con los progenitores de sus asuntos libre y espontáneamente (Parra y Oliva, 2006). En la misma dirección, en un estudio realizado con el objetivo de validar una escala elaborada para evaluar los estilos educativos parentales, según la percepción de sus hijos e hijas adolescentes, los resultados mostraron que el afecto, la promoción de autonomía, la revelación y el humor se relacionaron con un mejor ajuste interno y externo; el control psicológico se asoció a un peor ajuste; y el control conductual, presentó unas correlaciones muy bajas o no significativas con las variables de ajuste, sin embargo el mayor control conductual estuvo relacionado con un menor consumo, pero sólo cuando iba acompañado de un alto afecto, y por parte del padre, se mostró asociado a un mejor ajuste conductual en el adolescente (Oliva et al., 2007).

Después de analizar estos resultados parece obvio que tanto la responsividad tan bien como las demandas están asociadas con diferentes grupos de resultados en el desarrollo adolescente: la responsividad parece relacionada con la autoestima y las habilidades sociales, y las demandas con el incremento del autocontrol y la responsabilidad social (Lila et al., 2006).

La mayoría de los investigadores están de acuerdo en que la paternidad o maternidad democrática está compuesta de tres componentes principales: *calidez* (el grado en el que el adolescente es querido y aceptado), *estructura* (el grado en el que el adolescente es supervisado y hay expectativas y reglas para su conducta) y *apoyo a la autonomía* (el grado en el que los padres aceptan y animan la individualidad del adolescente) (Steinberg y Silk, 2002).

Gray y Steinberg (1999), con 8700 chicos y chicas de 14 a 18 años, estudiaron por separado las dimensiones del estilo democrático: estructura, promoción de la autonomía y calidez, en un esfuerzo por comprobar si cada una tenía un efecto independiente sobre el desarrollo saludable del adolescente. De este modo, encontraron que chicos y chicas adolescentes que percibieron en sus progenitores altos niveles de las tres dimensiones, evaluaron más positivamente sus propios comportamientos, desarrollo psicosocial y salud mental. Sin embargo, alcanzaron mejores resultados académicos cuando percibieron altos

niveles de afecto y promoción de la autonomía, además de bajos niveles de supervisión, siendo esta dimensión más importante contra los problemas de comportamiento.

La situación ideal para un adolescente es la de disponer de dos progenitores democráticos; sin embargo, la diferencia existente entre el ajuste psicológico y comportamental de estos chicos y chicas y el de quienes solo tienen un progenitor democrático, es bastante menor que la diferencia entre quienes tienen al menos un progenitor democrático y quienes no tienen ninguno. Así, a pesar de que durante la infancia la coherencia entre las prácticas y estilos educativos de padres y madres resulta fundamental, en la adolescencia esta coherencia resulta menos relevante que disponer de, al menos, un progenitor democrático (Steinberg, 2001).

Como se ha comentado, el estilo democrático es el que reporta más beneficios para el desarrollo de chicos y chicas. Padres y madres que manifiestan este estilo, además de ser cálidos y afectuosos con sus hijos e hijas y de supervisar y guiar su conducta, apoyan la autonomía adolescente, aceptando y animando su creciente independencia, algo especialmente importante durante la segunda década de la vida (Steinberg, 2001). Y es que tanto el afecto como la comunicación constituyen las dimensiones más relevantes para la promoción del ajuste adolescente, además, una buena comunicación es la mejor manera de monitorizar el comportamiento adolescente (Oliva, 2006).

Los chicos y chicas necesitan estructura o tener claras las reglas y expectativas, que pueden ser impuestas de forma que fomenten la autonomía o controlando, si bien quien lo hace de forma democrática, con explicaciones, tienen hijos e hijas más competentes. Alta implicación y alta promoción de la autonomía fomentan los resultados más positivos en el desarrollo; alta implicación con bajo apoyo a la autonomía reprime el desarrollo, mientras que baja implicación priva al chico o chica de recursos y asistencia (Bugental y Grusec, 2006).

Además, parece que el estilo parental es uno de los principales factores que afecta a la implicación de los adolescentes en el consumo de drogas, siendo el democrático un importante factor en la prevención del consumo de sustancias indirectamente a través de dos vías: disminuye la aparición de una autoimagen negativa mientras promueve la autoestima y reduce la excesiva dependencia de los adolescentes de su grupo de iguales. Así mismo, unas positivas relaciones parento-filiales, en las que los vínculos emocionales prevalecen, podrían actuar como un mecanismo de prevención en el uso de las drogas (Buelga et al., 2006). De este modo, un clima familiar cálido, de apoyo, caracterizado por fuertes vínculos emocionales entre los miembros y bajo nivel de conflicto familiar, predijo más bajo riesgo en la iniciación del consumo de drogas ilícitas durante la adolescencia; así como, un buen control y supervisión, una cercana

monitorización y unas reglas familiares claras, redujeron significativamente el riesgo para el inicio del consumo de sustancias ilícitas a lo largo de la adolescencia por afectar a las relaciones con iguales (Guo, Hill, Hawkins, Catalano y Abbott, 2002).

En otra investigación se encontró que chicos y chicas, que percibieron mayor afecto-apoyo y supervisión-control de sus padres y madres, se implicaron en menos conductas de riesgo asociadas al consumo de drogas; así, fue menor el consumo de tabaco, alcohol y otras drogas y se embriagaron menos que aquellos chicos y chicas que percibieron menor afecto y supervisión parental (Martínez Álvarez et al., 2003). De esta forma, progenitores democráticos hicieron menos probable la implicación de adolescentes con iguales consumidores que, a su vez, fueron menos probables de consumir sustancias (Adamczyk-Robinette, Fletcher y Wright, 2002).

1.5.2. Las dimensiones de afecto y promoción de la autonomía de los vínculos parentales

Una forma diferente de medir los estilos de cuidado parental es a través del instrumento *Parental Bonding Inventory (PBI)* de Parker, Tupling y Brown (1979), el cual es utilizado en esta investigación en su versión breve, *Parental Bonding Inventory-Brief Current form (PBI-BC)* (Klimidis, Minas y Ata, 1992), a partir de ahora HBSC-PBI (en el apartado de método se trata con más detalle), los cuales permiten el análisis de dos dimensiones: afecto y promoción de la autonomía de los vínculos parentales.

En un estudio con 365 adolescentes usando el PBI, se encontró que el afecto materno se relacionó significativamente con la autoestima y la autocrítica, y cuando se examinaron conjuntamente los estilos materno y paterno, el afecto materno fue el único que tuvo un efecto directo sobre la felicidad de sus hijos e hijas, mientras que el afecto paterno se relacionó indirectamente con felicidad a través de la autovaloración (Cheng y Furnham, 2004). Otras investigaciones que han utilizado la versión breve del PBI merecen ser comentadas.

En la investigación en la que se desarrolló el PBI-BC, los padres tendieron a ser percibidos por los chicos como más promotores de su autonomía, y las madres tendieron a ser percibidas más cariñosas que los padres y ligeramente más estimuladoras de la autonomía de sus adolescentes que los padres. No obstante, las puntuaciones reflejaron también una positiva percepción de las actitudes y conductas parentales: alto afecto y promoción de la autonomía, lo cual supone un apego óptimo (Klimidis, Minas y Ata, 1992).

En otro estudio, cuyo objetivo fue comprobar la validez del PBI-BC para predecir medidas positivas y negativas del autoconcepto, se encontró, como se esperaba, que un alto control y una baja autonomía fueron asociados con un autoconcepto más negativo, y que un alto

afecto y bajo rechazo se relacionó con uno más positivo; además, se halló que las medidas referidas a psicopatología estuvieron positivamente relacionadas con sobreprotección parental percibida y negativamente con alto afecto parental percibido (Klimidis, Minas, Ata y Stuart, 1992).

Datos del equipo HBSC de Suiza mostraron que las relaciones de apego familiar, medido con la versión breve del PBI (HBSC-PBI), estuvieron negativamente relacionadas con frecuencia de consumo de alcohol y borracheras, mayor para los adolescentes con progenitores bebedores y para aquellos que tuvieron un mayor consumo (Kuendig y Kuntsche, 2006).

Utilizando el mismo cuestionario con una muestra internacional representativa de ocho países diferentes, se encontró que la dimensión de sobreprotección mostró un patrón menos coherente y claro que la de afecto tanto en el padre como en la madre. Además, como se esperaba, el afecto especialmente el materno, estuvo negativamente relacionado con sentimientos negativos y conductas disfuncionales, mientras que fue positivamente relacionado con satisfacción vital; también, fue interesante que el afecto paterno pareció más fuertemente asociado con sentimientos, y el materno con conductas. Respecto a sobreprotección, se hallaron relaciones positivas con sentimientos y comportamientos negativos. Por último, se encontró que afecto materno y paterno se relacionaron fuertemente con comunicación, conocimiento parental y actividades familiares, mientras sobreprotección estuvo negativa y débilmente asociada con dichos indicadores parentales (Dallago et al., 2008).

Un ejemplo más de otra investigación con 847 estudiantes de instituto encontró que aquellos que informaron de alto afecto y baja sobreprotección (apego seguro) mostraron menos síntomas subjetivos, mejor bienestar y apoyo social que lo hicieron los otros grupos; en contraste, quienes informaron de bajo afecto y alta sobreprotección (control frío) tuvieron más síntomas de malestar y menos bienestar general y apoyo social (Canetti, Bachar, Galili-Weisstub, Kaplan De-Nour y Shalev, 1997).

1.5.3. En conclusión

Con todo, siguiendo a Steinberg y Silk (2002), tres son los motivos por los que el estilo democrático fomenta el bienestar adolescente: en primer lugar, los progenitores democráticos proveen un apropiado balance entre control y autonomía del adolescente, ofreciendo una guía que el chico o chica necesita, dando gradualmente más independencia conforme crecen, lo cual ayuda a desarrollar independencia y seguridad en sí mismo, promoviendo el desarrollo de la competencia adolescente y estimulando su habilidad para resistir a una variedad de influencias potencialmente negativas (como estrés o exposición a iguales antisociales). En segundo lugar,

estos progenitores son más propensos a los intercambios comunicativos que promueven tanto el desarrollo intelectual en concreto, como la competencia psicosocial más general; además, en las discusiones familiares, las reglas, decisiones y expectativas son comunicadas y explicadas de forma clara, ayudando al chico o chica a comprender los sistemas y relaciones sociales; todo ello resulta muy importante en el desarrollo de habilidades de razonamiento, asunción de roles, juicios morales y empatía, promoviendo su buen funcionamiento fuera del contexto familiar. Y, por último, la calidez y afecto de las relaciones parento-filiales democráticas facilitan los intentos de socialización de los progenitores, haciendo que sus hijos e hijas sean más receptivos a ellos y más probables de identificarse, admirar y formar fuertes vínculos con sus progenitores.

En definitiva, el medio familiar óptimo para el desarrollo y la autonomía del adolescente es aquel en el que las relaciones de progenitores, hijas e hijos combina el afecto con el favorecimiento de la individualidad y la comunicación, mediante conductas que estimulan la autonomía cognitiva y la iniciativa propia, como, por ejemplo, favoreciendo la discusión, el intercambio de puntos de vista entre progenitores y sus adolescentes y la adopción de opiniones propias por parte de estos. Del mismo modo, resultan imprescindibles el control, la supervisión de la conducta del chico o chica, el interés por sus actividades y lugares de salida, etc., que les permitan conocer quiénes son los amigos y amigas de sus hijos e hijas.

Y es que la adolescencia es un periodo de experimentación necesario pero con ciertos riesgos, siendo ideal que tenga lugar bajo la supervisión de adultos que puedan detectar situaciones de riesgo excesivo. No obstante, dicha supervisión no debe caer en una conducta demasiado controladora o sobreprotectora, perjudiciales para el desarrollo adolescente; por lo que se ha de incluir en la conducta educativa de los progenitores otra característica: la flexibilidad. El hecho de que durante la adolescencia chicos y chicas cambien rápidamente, hace que padres y madres deban mostrarse sensibles a estos cambios, modificando sus expectativas y las normas y prácticas educativas que rigen en la familia, para tratar de ajustarlas a las nuevas necesidades evolutivas del adolescente, manteniendo siempre abiertos los canales de comunicación parento-filiales, mostrándose atentos y receptivos ante las preocupaciones de sus hijos e hijas y proporcionándoles apoyo e información que les permita desarrollar habilidades útiles en áreas de especial riesgo durante esta etapa, estimulando que sean personas independientes y autónomas (Oliva, 1999).

En los siguientes apartados se tratarán las tres dimensiones que componen el estilo democrático: afecto, promoción de la autonomía y control. De estas dimensiones, la promoción de la autonomía será tratada brevemente por no ser objeto de análisis del presente estudio.

2. AFECTO

2.1. ¿Qué es?

El afecto puede ser considerado como la dimensión clave del estilo democrático también durante la adolescencia, ya que muestra una asociación muy significativa y clara con el desarrollo y el ajuste adolescente (Oliva, 2006). En una investigación se encontró que de todas las dimensiones, la de afecto/comunicación fue la más relevante por dos motivos: su asociación con todas las variables indicadoras de un buen ajuste adolescente y sus relaciones con otras dimensiones de los estilos materno y paterno, como el control, el humor, la revelación o la promoción de autonomía (Oliva et al., 2007).

Esta dimensión se refiere al tono emocional de la relación y ha sido calificada de muy diversas formas. De manera global, se puede denominar cercanía, que implica el grado en que uno afecta y es afectado por los demás a lo largo del tiempo. Los indicadores incluyen afecto, cohesión, compañerismo, interdependencia, intimidad y confianza (Collins y Laursen, 2004; Laursen y Collins, 2004).

Otra denominación se trata de calidez, conceptualizada como un sistema recompensante, el cual facilita las relaciones cohesivas con la familia y la inversión de los progenitores en los hijos e hijas; además, facilita la confianza y la aceptación de valores adultos por parte de hijos e hijas, y es visto como uno de los varios sistemas discretos que subrayan el desarrollo de la personalidad (MacDonald, 1992).

Como apoyo social, es definido a modo de comportamiento que es responsivo a las necesidades de otros y sirve a las funciones de confort, estímulo, cariño y/o a la promoción de la resolución efectiva de problemas o asistencia tangible, siendo de las funciones más importantes que realizan las familias (Gardner y Cutrona, 2004). Los tres tipos de apoyo fundamentales que suelen considerarse son: a) apoyo emocional, permite compartir sentimientos, pensamientos, temores o ilusiones, su finalidad es la de poder expresar y ser escuchado y la percepción de este apoyo implica que la persona se sienta querida y apreciada; b) apoyo informativo, consejo e información útil que se puede recibir de otras personas del entorno, situándose en un plano cognitivo; c) apoyo material, ayudas tangibles que se sitúan en un plano conductual. Los

miembros de la familia más próximos suelen ser la principal fuente de apoyo, a la vez que las amistades son cada vez más relevantes en la adolescencia (Musitu et al., 2001).

Un término relacionado con el afecto es el de comunicación. En cuanto a los temas sobre los que suelen versar los intercambios comunicativos parento-filiales, el empleo del tiempo libre y las normas y regulaciones familiares ocupan los primeros lugares, mientras que otros temas como política, religión, sexualidad y drogas son infrecuentes. Si bien, es importante hablar de temas que preocupen e interesen al adolescente, y que los progenitores compartan con su hijo o hija algunos sentimientos y preocupaciones de carácter más personal, es importante que se muestren menos directivos y les ayuden a reflexionar, animándoles a buscar alternativas ante un problema o una situación determinada, evitando sugerirles demasiado pronto las soluciones y mostrar una actitud receptiva (Oliva y Parra, 2004)

Mostrar afecto, apoyo y establecer una buena comunicación durante la adolescencia es tan importante como en la infancia, ya que en estos años chicos y chicas han de hacer frente a distintas tareas evolutivas y retos que podrán generarle mucho estrés, necesitando todo el apoyo que sus progenitores les puedan proporcionar en estos difíciles momentos (Oliva y Parra, 2004).

2.2. Evolución a lo largo de la adolescencia

Existe una considerable continuidad entre las relaciones de la infancia y de la adolescencia, así aquellos niños y niñas que sostienen intercambios cálidos y afectuosos con sus progenitores durante la infancia, son quienes mantienen una relación más estrecha, cálida y de apoyo cuando llega la adolescencia. Si bien, la continuidad coexiste con cambios significativos en las interacciones, tanto en la cantidad, contenido y percepción del significado de las relaciones, como en expresiones de afecto positivo y negativo entre progenitores y sus adolescentes, en las percepciones de ambos y en sus relaciones, de forma que se adapten al nivel de madurez y necesidades de cambio del adolescente.

Los cambios indican una disminución durante la adolescencia de la cercanía emocional, manifestada en formas que difieren de la niñez, por ejemplo la intimidad expresada en abrazos, mimos e interacciones juntos decrece, mientras las conversaciones en la que se comparte información y se expresan sentimientos aumentan; además, la cantidad de tiempo que progenitores, hijos e hijas pasan juntos disminuye, comparados con los preadolescentes, los adolescentes perciben menos compañía e intimidad con sus progenitores, informan de más bajos sentimientos de aceptación por estos y menos satisfacción con la vida familiar; así como, ambos, progenitores y adolescentes informan de menos frecuentes expresiones de emociones

positivas y más frecuentes expresiones de emoción negativa, comparados con progenitores y preadolescentes (Collins y Laursen, 2004; Laursen y Collins, 2004). Como se ha dicho, este descenso de cercanía es probable que se manifieste en un incremento de la privacidad por parte del adolescente y una disminución del afecto físico parento-filial, más que en cualquier pérdida sería de amor o respeto (Steinberg y Silk, 2002).

La comunicación también suele experimentar un ligero deterioro en torno a la pubertad, reflejándose en que chicos y chicas hablan menos espontáneamente de sus asuntos e interrumpen más frecuentemente. Sin embargo, este deterioro suele ser pasajero, recuperándose en la mayoría de las familias a lo largo de la adolescencia. Y, aunque existen ligeras diferencias de género en los niveles globales de afecto y comunicación, ya que las chicas se sitúan por encima de los chicos a todas las edades, la disminución seguida de la posterior recuperación suele darse de forma similar en ambos sexos (Oliva, 2006).

Un estudio longitudinal con adolescentes españoles, mostró pocos cambios del afecto a lo largo de los años. Aunque algunos jóvenes señalaban cierta disminución entre la adolescencia media y la tardía, la mayoría describieron unos niveles semejantes; además, las posiciones relativas de los sujetos tendieron a mantenerse constantes, lo que implicó que aquellos que ocupaban las posiciones más altas en la adolescencia inicial, siguieron manteniéndolas en los años intermedios y los tardíos (Parra y Oliva, 2006).

Otra investigación longitudinal, con 1330 gemelos de 11 años en el primer momento y 1176 de estos tres años más tarde, informó que la calidad y calidez de las relaciones parento-filiales declinó consistente y moderadamente entre los 11 y los 14 años, mientras que el conflicto se incrementó, siendo los cambios significativamente mayores para chicas que para chicos (McGue, Elkins, Walden y Iacono, 2005).

A pesar del decremento temporal en el afecto positivo y en el intercambio positivo entre progenitores y adolescentes, el relativo nivel de cohesión emocional a través de las familias permanece, por lo general, sin cambios durante la adolescencia. Es decir, los niños y niñas que tuvieron relaciones cálidas con sus padres y madres durante la preadolescencia, es probable que permanezcan próximos y conectados a sus progenitores durante la adolescencia, incluso a pesar de que la frecuencia y cantidad de las interacciones positivas disminuya; no obstante, la magnitud del declive en el afecto positivo es pequeña. Y, aunque algunos adolescentes y sus progenitores tienen serios problemas interpersonales, la mayoría se sienten cercanos a ellos, respetan sus opiniones y decisiones, sienten que les quieren y cuidan, y les tienen consideración y respeto como individuos (Steinberg y Silk, 2002).

2.3. Relación con conductas de riesgo y bienestar psicológico

Los progenitores son proveedores de la primaria fuente de apoyo para sus hijos e hijas, dicho apoyo supone numerosas ventajas para su desarrollo, ya que está asociado con mejor salud mental y adaptación al estrés, mejor funcionamiento escolar, más alta autoestima, creencia en la propia competencia, menos problemas de comportamiento y de delincuencia; además, puede amortiguar los efectos negativos del conflicto en las relaciones parento-filiales. Del mismo modo, está relacionado con mejores relaciones entre iguales, ya que de esta forma chicos y chicas adquieren habilidades acerca de cómo apoyar a otros, desarrollan un estilo de apego seguro, lo que les capacita para confiar y ser más cercanos (Gardner y Cutrona, 2004).

En el mismo estudio longitudinal mencionado anteriormente con adolescentes españoles, se encontró que aquellos que vivían en un ambiente cálido y afectuoso tuvieron menos problemas conductuales, y, a lo largo de toda la adolescencia, consumieron drogas con menor frecuencia (Parra y Oliva, 2006).

En una investigación con una muestra de 2918 adolescentes holandeses de entre 12 a 24 años, se analizó la relación entre apoyo parental y apoyo de amigos y amigas con respecto a problemas emocionales. Los resultados indicaron que ambos apoyos fueron relativamente independientes y cambiaron en la dirección esperada en la adolescencia temprana: el apoyo parental disminuyó, mientras que el de iguales aumentó; además, el apoyo parental fue el mejor indicador de problemas emocionales durante la adolescencia, así como el apoyo de los iguales pareció depender de éste: a mayor apoyo parental más apoyo de iguales y a menor apoyo parental menor de iguales. Así, el apoyo parental fue negativamente asociado con la depresión, pobre bienestar, infelicidad y pensamientos suicidas entre adolescentes. Las relaciones fueron significativas para todos los grupos de edad, aunque más débiles para adolescentes mayores y más fuertes para las chicas que para los chicos (Helsen, Vollebergh y Meeus, 2000).

Los datos de otro estudio con 214 adolescentes mostraron que quienes se sintieron emocionalmente cercanos y aceptados por sus progenitores tuvieron más altos niveles de auto-competencia que quienes lo sintieron menos; además, en chicos la aceptación paterna predijo de forma significativa la auto-competencia, mientras que en las chicas lo hizo la aceptación materna, y las correlaciones entre aceptación parental y auto-competencia fueron significativas para las chicas pero no para los chicos. Por otro lado, la competencia académica predijo significativamente la aceptación parental para chicos y la competencia social predijo la aceptación materna para las chicas, siendo las relaciones entre las conductas parentales y las conductas de los hijos e hijas bidireccionales (Ohannessian, Lerner, Lerner y von Eye, 1998).

En términos generales, se puede concluir que los chicos y chicas que dicen tener una relación más cálida y afectuosa con sus progenitores, suelen mostrar un mejor ajuste o desarrollo psicosocial, incluyendo confianza en sí mismos, competencia conductual y académica, autoestima y bienestar psicológico, menos síntomas depresivos y menos problemas conductuales. Además, cuando el afecto impregna las relaciones parento-filiales es más probable que los hijos e hijas: se muestren receptivos a los intentos socializadores por parte de sus progenitores y no se rebelen ante sus estrategias de control, así como puntúen más bajo en medidas de problemas psicológicos o sociales (incluyendo consumo de drogas, depresión, conducta desviada y control de impulsos) (Oliva y Parra, 2004; Steinberg y Silk, 2002).

3. PROMOCIÓN DE LA AUTONOMÍA

3.1. ¿Qué es?

La concesión o fomento de la autonomía es una dimensión del estilo democrático que adquiere especial relevancia durante la adolescencia. Se trata de aquellas prácticas o actividades que van encaminadas a que el chico o chica adquiera y desarrolle una mayor autonomía, mayor capacidad para pensar, formar opiniones propias y tomar decisiones por sí mismo, sobre todo mediante las preguntas, los intercambios de puntos de vista y la tolerancia ante las ideas y elecciones discrepantes (Oliva y Parra, 2004).

El término autonomía es utilizado diferencialmente por los autores. La autonomía emocional se refiere a los aspectos de la independencia que están relacionados con cambios en las relaciones estrechas del chico o chica con sus progenitores, siendo menos dependientes de éstos y teniendo más confianza en sí mismos. Y la autonomía conductual se refiere a la capacidad para tomar decisiones independientes y llevarlas a cabo (Steinberg y Silk, 2002).

3.2. Evolución a lo largo de la adolescencia

El cambio hacia una mayor autonomía en la adolescencia es probablemente el cambio más destacable entre todos los relacionales. La adquisición de la autonomía es una de las tareas más relevantes en el proceso de alcanzar una identidad adulta estable y positiva, siendo el principal elemento de esta tarea la gradual separación en las relaciones con los progenitores, lo que implica vencer la dependencia parental, inevitable en la niñez (Lila et al., 2006). Así, en la mayoría de las familias, se produce durante la adolescencia un movimiento que va desde patrones de influencia e interacción asimétricas y desiguales, a otros en los que los progenitores y sus adolescentes están en una posición más igualitaria (Steinberg y Silk, 2002).

Un típico elemento relacionado con esto es el incremento del conflicto familiar y uno de los elementos conflictivos a estas edades está relacionado con las diferentes visiones adoptadas por progenitores y adolescentes sobre la cantidad y grado de control parental sobre diferentes aspectos de sus vidas (Lila et al., 2006). Los progenitores suelen mostrarse más tolerantes y promueven antes la autonomía del adolescente en asuntos personales que cuando se trata de comportamientos que pueden tener consecuencias negativas para la salud (Oliva, 2006).

3.3. Relación con conductas de riesgo y bienestar psicológico

La individuación saludable y la salud mental positiva se ven promovidas por relaciones familiares próximas. Los progenitores que permiten la autonomía y aceptan a sus adolescentes tienen hijos e hijas más individualistas, con mejor ajuste y competencia social; y, al mismo tiempo, les ayudan a desarrollar y afirmar sus propias ideas a través de preguntas, explicaciones y la tolerancia ante diferencias de opinión; los intercambios verbales frecuentes servirán para estimular el desarrollo cognitivo y la habilidad para la adopción de perspectivas, así como influirán positivamente sobre su rendimiento académico (Oliva, 2006; Steinberg y Silk, 2002).

En contraste, los progenitores que no aceptan la individualidad de sus hijos e hijas reaccionan de forma negativa ante sus muestras de pensamiento independiente (construyendo, juzgando o devaluando), van a tener hijos e hijas más ansiosos, depresivos, con dificultades relacionales y en el logro de la identidad personal (Oliva, 2006; Steinberg y Silk, 2002).

4. CONTROL

El control es otra dimensión fundamental del estilo parental que ha generado una importante cantidad de investigación. A pesar de ello, los investigadores no se han puesto de acuerdo con respecto a qué aspectos incluir bajo esta etiqueta: exigencia de responsabilidades, establecimiento de límites, castigo, vigilancia, supervisión, monitorización y conocimiento de la vida diaria de hijos e hijas, etc. Además, la mayor parte de las investigaciones no diferencian entre estas diversas dimensiones del control parental, siendo complicado conocer cómo se relacionan con el ajuste de sus hijos e hijas (Oliva et al., 2007).

Algunos autores han diferenciado dos dimensiones: control psicológico y conductual. Las primeras referencias al control psicológico se encuentran en los trabajos de Schaefer (1965), con su descripción del factor autonomía *versus* control; sin embargo, en la década de los 90 del siglo pasado se alcanza mayor auge con la distinción entre control psicológico y conductual realizada por Steinberg (1990) (cit. por Parra y Oliva, 2006) y Barber, Olsen y Shagle (1994).

El control psicológico de los progenitores es un tipo de control intrusivo y manipulador de los pensamientos y sentimientos de hijas e hijos. Se caracteriza por la utilización de métodos como la inducción de culpa o la retirada de amor; además, interfiere en la formación del sentido de identidad e inhibe la autonomía del chico o chica, sin ser sensible ni responsivo a sus necesidades psicológicas y emocionales. Se le ha relacionado con el término autonomía (comentado anteriormente), sin embargo, diferentes estudios han encontrado bajas correlaciones entre ellas, por lo que son variables independientes; así, un bajo control psicológico no es sinónimo de autonomía, ya que un padre o una madre puede no controlar y tampoco promocionar la autonomía de su hijo o hija (Barber et al., 1994; Parra y Oliva, 2006).

El control conductual, se trata de un control por el que padres y madres ponen límites, reglas, regulaciones y restricciones, así como guían y supervisan la conducta de sus hijos e hijas, con el fin de facilitarles un desarrollo más saludable, realizan preguntas o bien les observan para conocer aspectos de su vida diaria (actividades, lugares que transitan, amistades, etc.), incluyendo así la monitorización parental (Barber et al., 1994; Parra y Oliva, 2006).

Estos dos tipos de control son independientes, ya que no correlacionan entre ellos, por lo que ambos pueden ser utilizados de diversas formas por madres y padres. Además, tienen efectos diferentes sobre el ajuste adolescente: el control psicológico lleva a la aparición de problemas interiorizados como baja autoestima, baja independencia, sentimientos depresivos, ansiedad o soledad, dificultades en el rendimiento académico; sin embargo, como puede manifestarse de muy diferentes formas y tener consecuencias diversas, el hecho de que haya un control intrusivo sin manipular emocionalmente puede ser un indicativo de cariño, predictivo, posiblemente, de resultados positivos en el desarrollo (Barber et al., 1994). En cuanto al control conductual, previene los problemas de comportamiento llevando a un mejor ajuste externo, así bajos niveles de este control han sido relacionados con problemas exteriorizados, como uso de drogas, hacer novillos y conducta antisocial (Barber et al., 1994; Parra y Oliva, 2006).

En un estudio en el que se distinguieron diferentes dimensiones del control: control conductual, control psicológico y revelación, se encontró que eran independientes, ya que presentaron correlaciones bajas entre sí, refiriéndose a aspectos diferenciados del estilo parental, y sus relaciones con el ajuste adolescente fueron distintas. El control psicológico fue poco aconsejable, al asociarse de forma significativa con el desajuste interno y externo del adolescente. El control conductual, que incluyó el establecimiento de límites y la monitorización de la conducta del adolescente, mostró unas relaciones más complejas: se relacionó débilmente con variables de ajuste, incluso tuvo una relación positiva con problemas internos; solo fue eficaz

con afecto y comunicación, en ausencia de estas variables no previno los problemas de conducta y se asoció con desajuste emocional. Y respecto a la revelación espontánea de chicos y chicas a sus progenitores, se relacionó positivamente con el ajuste y desarrollo adolescente, por lo que, como se comentará más adelante, puede ser considerada la mejor estrategia de cara a prevenir problemas exteriorizados durante los años de la adolescencia (Oliva et al., 2007).

De las diferentes dimensiones de control mencionadas, el presente estudio se centrará en el control conductual, concretamente en la monitorización.

Brevemente, resulta interesante comentar las principales aportaciones de Kerr y Stattin (Kerr y Stattin, 2000; Stattin y Kerr, 2000) en torno a este concepto: según estos autores, la forma de medir el control en el estilo educativo ha consistido fundamentalmente en evaluar lo que los progenitores *saben* sobre el comportamiento de sus hijos e hijas, entendiendo que *control* es sinónimo de *conocimiento* sin diferenciar entre ambos; tampoco se han detenido en analizar *cómo* obtienen dicha información, lo cual resulta relevante. Así, estos autores diferencian tres formas por la que padres y madres consiguen conocimiento de sus hijos e hijas: auto-revelación, interés y control parental; además, esta distinción es fundamental a raíz de sus hallazgos, por dos motivos: el mayor conocimiento por parte de los progenitores se relaciona principalmente con lo que los hijos e hijas cuentan espontáneamente y la auto-revelación es la que mejor predice el ajuste adolescente.

Con todo, durante la adolescencia, resulta recomendable que padres y madres estén informados sobre las actividades, amistades y lugares de salida de sus hijos e hijas, siendo la mejor forma a través de una relación parento-filial cercana, comunicativa y de confianza, llevando a resaltar la importancia del afecto y la comunicación, incluso como estrategias de supervisión para prevenir problemas conductuales.

Además, especialmente en la adolescencia inicial, continua siendo fundamental que los progenitores pongan límites, exijan responsabilidades y monitoricen las actividades que realizan sus hijos e hijas. Y en la medida en que la sociedad se torna más dinámica, como la actual, padres y madres resultan esenciales en su papel de guías de sus adolescentes, los cuales pueden sentirse muy desorientados ante tanto cambio. No obstante, conforme transcurra esta etapa, el control será cada vez menos necesario, y deberá ir dando paso a una relación más igualitaria, que otorgue al adolescente más libertad y autonomía (Oliva, 2006).

En el próximo y último capítulo se profundizará en el término *monitorización*, al que se denominará, como Stattin y Kerr (2000) sugirieron, si es esta dimensión la que se evalúa, *conocimiento parental*.

CAPÍTULO 3. LA MONITORIZACIÓN PARENTAL EN LA ADOLESCENCIA

En este tercer y último capítulo se realiza una revisión bibliográfica sobre el concepto de monitorización y su desarrollo histórico, su evolución a lo largo de la adolescencia y su relación con el desarrollo adolescente, especialmente el consumo de sustancias y el bienestar psicológico.

1. EL CONCEPTO DE MONITORIZACIÓN

La monitorización ha recibido diferentes definiciones a lo largo de su desarrollo científico. Las raíces históricas de la monitorización parental pueden ser encontradas en las primeras investigaciones sobre delincuencia. Un tema común de esta literatura es la consideración de los progenitores de chicos y chicas que cometen actos delictivos, como vigilantes indiferentes que tienden a tener un limitado conocimiento de las compañías, lugares de salida y actividades diarias de sus hijos e hijas (Patterson y Stouthamer-Loeber, 1984). Los estudios de Glueck y Glueck (1950, 1962) consideraron el impacto no solo de características familiares demográficas, también de la disrupción familiar, las relaciones afectuosas, la disciplina y el conocimiento parental de las actividades de tiempo libre de sus adolescentes. Posteriormente, Patterson y sus colegas, a finales de los setenta, publicaron una serie de trabajos en los que formularon la monitorización parental, como un constructo latente, usando dos elementos para identificarlo: la red de reglas y las expectativas que los progenitores tienen concernientes a la información que requieren de su adolescente; conceptualizándolo, como una conducta parental, y no como una propiedad diádica de la relación parento-filial. Si bien, fue definido como un término más amplio que supervisión (presencia o ausencia de un adulto) y dieron importancia a la monitorización parental en la etiología de la delincuencia (cit. por Crouter y Head, 2002).

En una comprensiva revisión de la literatura en monitorización parental, Dishion y McMahon (1998) la definieron, de forma amplia como “un grupo de comportamientos parentales correlacionados, que implican atención a y seguir la pista de los hijos e hijas acerca de sus lugares de salida, actividades y adaptaciones” (p. 61). Esta definición considera equivalente la monitorización con un grupo de comportamientos parentales; los buenos monitores son vistos como efectivos en seguir la pista y ser vigilantes, con la suposición de que parece ser que padres y madres están actuando a propósito. Previendo la dirección de algunas investigaciones actuales en el área, Dishion y McMahon también anotaron que la base de la monitorización

parental es la calidad de la relación progenitor-hijo/a: “una positiva relación parento-filial estimula la motivación parental de monitorizar a su hijo o hija y usar prácticas de manejo de la conducta saludables” (p. 64). De nuevo el progenitor es visto como el actor y el niño o niña como el objeto de las acciones parentales; sin embargo, desde otra perspectiva, se pone más atención al niño o niña como un actor, enfatizando que los progenitores no llegan a ser o permanecer siendo concedores si sus hijos e hijas dejan de revelar o si deliberadamente mienten, distorsionan u omiten información crucial (Crouter y Head, 2002).

Recientemente Stattin y Kerr (Stattin y Kerr, 2000), de acuerdo a la forma en la que la monitorización había sido evaluada, la definieron “como el conocimiento general que padres y madres tienen de sus hijos e hijas acerca de dónde van cuando salen, de sus actividades y amistades” (p. 1074). Ellos discutieron, como se dijo en el capítulo anterior, que la monitorización había sido medida como el conocimiento parental de la actividad adolescente, más que como esfuerzos en vigilar y seguir la pista, considerando al conocimiento como sinónimo de monitorización (no como lo que es, su consecuencia), y sin analizar el modo por el que los progenitores conseguían dicho conocimiento. De este modo, estos autores, en una serie de estudios de auto-informes, diferenciaron tres formas por la que padres y madres consiguen conocimiento de sus hijos e hijas: auto-revelación del adolescente, acto espontáneo por el que provee información al padre o madre sobre sus experiencias; interés parental, los progenitores preguntan directamente a su hijo o hija o a sus amistades lo que ha estado haciendo; y control parental, que supone la imposición de reglas y restricciones en las actividades y asociaciones de su hijo o hija, controlando la libertad que tienen para hacer cosas sin contarles. De estas tres formas, la contribuyente más importante al conocimiento parental y al ajuste adolescente fue la auto-revelación (Kerr y Stattin, 2000; Stattin y Kerr, 2000).

Estos resultados sugieren que el término monitorización debe ser reservado para medidas que actualmente usan esfuerzos activos de los progenitores para conseguir, entre otras, información de sus hijos e hijas. Así, si el conocimiento parental es medido debe ser etiquetado como tal, ya que el término monitorización es inapropiado si se utiliza para referirse a medidas que traten de conocer el alcance del conocimiento parental, además de porque es una actividad compartida entre progenitores e hijos o hijas (Stattin y Kerr, 2000).

Los hallazgos de Kerr y Stattin (Kerr y Stattin, 2000; Stattin y Kerr, 2000) son provocadores, ya que desafían a la conclusión bien establecida de que la monitorización o el control parental son esenciales para el éxito del desarrollo adolescente; subrayando el rol activo de chicos y chicas adolescentes en su propio desarrollo. Aunque las perspectivas teóricas

actuales enfatizan la interacción recíproca entre progenitores, hijos e hijas, y la importancia de la confianza del adolescente para ser socializado, la idea es que la dirección de los efectos es de los progenitores a los hijos e hijas. Así, el debate sobre cómo definir la monitorización parental no está aún resuelto, pero subraya la necesidad de comprender mejor las estrategias del adolescente para manejar la información y las implicaciones de la auto-revelación y el secreto para la paternidad o maternidad y el desarrollo adolescente, los hallazgos también sugieren poner gran atención en cómo los progenitores adquieren conocimiento y actúan con ese conocimiento (Smetana, Campione-Barr, et al., 2006).

Además, este concepto se ha definido de diversas formas en función de las áreas de investigación en las que se ha utilizado. En el área de estudio de la conducta antisocial y el consumo de sustancias (con muestras de adolescentes) se ha limitado típicamente su definición al conocimiento parental sobre el grupo de iguales de sus adolescentes y los lugares que frecuenta en el vecindario. Investigaciones en la prevención de daños (usualmente con muestras de niños y niñas y preadolescentes) se han centrado en el concepto amplio por el cual los progenitores supervisan a sus hijos e hijas en el hogar, a través de sus opiniones y valores, más que con las prácticas. Y los estudios sobre rendimiento académico (frecuentemente realizados con niños y niñas) han definido la monitorización parental de formas más diversas que en otras áreas; por ejemplo, distinguiendo entre contactos cercanos parento-filiales (supervisión) e influencias parentales más distantes, como vía telefónica (monitorización) (Dishion y McMahon, 1998).

La monitorización parental (tipo de control conductual), ampliamente definida, es una habilidad parental relevante desde la infancia a la adolescencia e incluso en los inicios de la adultez, que otorga mayor autonomía al adolescente y permite, junto con la auto-revelación, conseguir conocimiento parental de su hijo o hija (acerca de sus actividades, relaciones con iguales y lugares de salida) (Smetana, Campione-Barr, et al., 2006). Es decir, el conocimiento parental (lo que saben los progenitores de sus hijos o hijas) es consecuencia, en parte, de la monitorización (lo que hacen los progenitores para conseguir información). Y, aunque los métodos para obtener el conocimiento parental varían según el periodo del desarrollo, ya que deben de ser evolutivos, contextuales y culturalmente apropiados, su función es esencialmente la misma: facilitar el conocimiento parental de las actividades de chicos y chicas que preocupan a padres y madres (Dishion y McMahon, 1998).

2. MODELOS SOBRE MONITORIZACIÓN

Diferentes modelos han sido formulados con el objetivo de explicar la influencia de los progenitores sobre sus hijos e hijas, como el de estilos parentales, comentado en el capítulo anterior. A continuación, se describen varios modelos dentro del estudio de la monitorización.

Dishion y McMahon (1998) propusieron un modelo triádico (ver Figura 1) con tres dimensiones parentales dinámicamente interrelacionadas, relevantes para la prevención: a) motivación, representa el sistema de creencias parental (el marco socio-cognitivo), incluyendo normas, valores y metas parentales, muy relevantes e influyentes en las prácticas parentales; b) monitorización parental, seguir la pista y estructurar las actividades y los contextos del chico o chica; y c) conducta directiva, intentos parentales activos que posibilitan resultados positivos en chicos y chicas, como el uso de incentivos, reforzamiento positivo, creación de límites y negociación. Estas tres dimensiones están incorporadas dentro de las relaciones parento-filiales y se influyen mutuamente para favorecer unas positivas relaciones.



Figura 1. *El modelo triádico de Dishion y McMahon (1998)*

El modelo de proceso propuesto por Hayes, Hudson y Matthews (2003) incorpora todos los elementos de las relaciones parento-filiales que se relacionan con monitorización (al contrario de los tradicionales que solo incluían conocimiento y supervisión), conceptualizada como un proceso interactivo y dinámico entre progenitores, adolescentes y su medio, debiendo ser evaluada a niveles macro y microsociales. Este modelo comprende una serie de elementos: a) una evaluación del comportamiento de los progenitores y del adolescente, mediante el análisis de los antecedentes y consecuentes de la conducta, la explicación de las contingencias de reforzamiento y la repetición de las conductas; b) hipótesis sobre la función de sus comportamientos y su proceso cíclico, siendo probable que conductas positivas como la auto-revelación, la comunicación y las reglas claras que exponen las consecuencias influirán en reforzar la monitorización, mientras que la evitación y el escalamiento llevarán a una pobre

monitorización, teniendo un poderoso efecto en la conducta del adolescente y de los progenitores; c) una evaluación de las características parentales que contribuyen a las interacciones de monitorización; d) una evaluación de las características del adolescente; e) la interacción del contexto familiar con otros contextos (iguales, escuela, comunidad, cultura, área geográfica y socioeconómica).

El funcionamiento de este modelo es el siguiente: en primer lugar, antes del tiempo libre del adolescente, padres y madres realizan una serie de conductas que consisten, por ejemplo, en poner reglas sobre su salida, como la hora de llegada; en segundo lugar, cuando el chico o chica regresa a casa, padres y madres suelen preguntar, interesarse, propiciar la revelación del adolescente, etc.; y, en tercer lugar, se dan las respuestas parentales a la auto-revelación del chico o chica (por ejemplo: “darle el sermón” o vociferarle) que son seguidas de las respuestas del adolescente (por ejemplo, asintiendo o desafiando). Todas estas respuestas dentro de cada episodio influirán los comportamientos parento-filiales próximos, siendo el paso final la clave elemental en la comprensión de la dirección y evolución de las conductas del conocimiento parental (Hayes et al., 2003). La Figura 2 representa el modelo de proceso de estos autores.

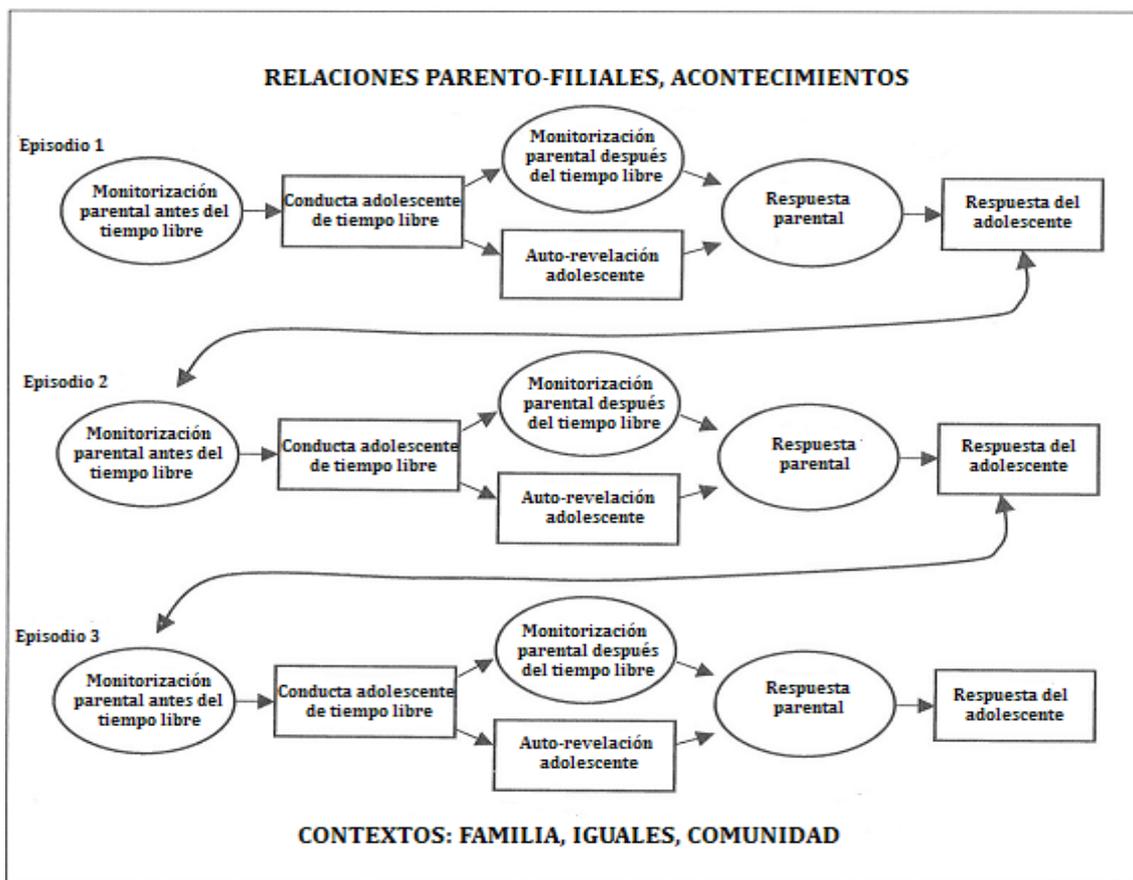


Figura 2. El modelo de proceso de Hayes et al. (2003)

Los resultados al aplicar el modelo con chicos y chicas adolescentes fue que las reglas (componentes de la monitorización parental anterior al tiempo libre del adolescente), la supervisión (componente de la monitorización parental posterior al tiempo libre del adolescente) y los conflictos (medida de la calidad de las respuestas parento-filiales) mostraron relaciones significativas con problemas de comportamiento. Pocas reglas predijeron una pobre supervisión y alto conflicto, que, a su vez, fueron predictores de los problemas de comportamiento del adolescente. Así, unas reglas claras y adecuadas parecen crear la base de una mejor supervisión y menor conflicto y, por tanto, bajos niveles de problemas de conducta (como rebeldía, consumo de sustancias, etc.). Respecto a las diferencias de género no fueron importantes, salvo para la relación reglas-conflicto, así ante reglas menos rígidas fue más probable un alto conflicto en chicas que en chicos. Las implicaciones de las relaciones entre reglas, supervisión y conflicto en este modelo, supone que un incremento del conocimiento parental podría no ocurrir solo porque padres y madres soliciten más información cuando chicos y chicas regresan a casa tras su tiempo libre; también, depende de reducir los conflictos y mejorar las reglas y la comunicación. Todo ello, teniendo en cuenta la edad y características del chico o chica (Hayes, Hudson y Matthews, 2004).

Kerr, Stattin, Biesecker y Ferrer-Wreder (2003), propusieron un modelo de interacciones parento-filiales de carácter bidireccional que subyacen al conocimiento parental (en la Figura 3 aparece representado). En dicho modelo, sugieren que padres y madres pueden mostrar interés (solicitando información) y ejercer control parental sobre su adolescente (pudiendo generar, ambas conductas, conocimiento parental directamente), así como calidez; estos tres aspectos influyen en los sentimientos que el chico o chica tiene hacia sus progenitores, los cuales también se generan por reacciones negativas de padres y madres y por sentimientos de percibirse controlado del chico o chica. Todo ello influye en la auto-revelación o no del adolescente que dará lugar a un mayor o menor conocimiento parental, el cual, a su vez, fomentará en un sentido positivo o negativo la confianza parental, iniciándose de nuevo el proceso. Kerr, Stattin y Trost (1999) propusieron que como el tiempo que los adolescentes pasan fuera de la supervisión de sus progenitores se incrementa, la confianza parental debe llegar a ser importante y está basada primariamente en el conocimiento parental, además si dicho conocimiento viene de la revelación espontánea del adolescente estará más cercanamente relacionado con la confianza parental de que sus adolescentes toman buenas decisiones.

Según el modelo, los progenitores consiguen más información de las actividades diarias de sus adolescentes a través de su discurso espontáneo; estando sus esfuerzos activos para

conseguir información débilmente relacionados con su conocimiento. Y dicha auto-revelación es más probable en aquellos chicos y chicas cuyos progenitores rara vez reaccionan negativamente a sus comentarios y no se sienten controlados por ellos. Además, las estrategias de los progenitores para controlar el comportamiento adolescente, así como los esfuerzos activos por obtener información no están relacionados con un mejor ajuste, incluso muestran una relación positiva con algunos indicadores de un pobre ajuste. Al mismo tiempo, los chicos y chicas que cuentan voluntariamente a sus progenitores sus actividades y relaciones, están mejor ajustados en una variedad de aspectos (menor implicación en comportamientos antisociales, menor ajuste escolar, menor humor depresivo, alta autoestima, mejores relaciones con padres y madres, etc.), y, a su vez, si los progenitores poseen mucho conocimiento de las actividades de sus hijos e hijas, pueden darse cuenta más fácilmente si cometen pequeñas infracciones, pudiendo parar estos pequeños problemas antes de que sean problemas mayores (Kerr et al., 2003).

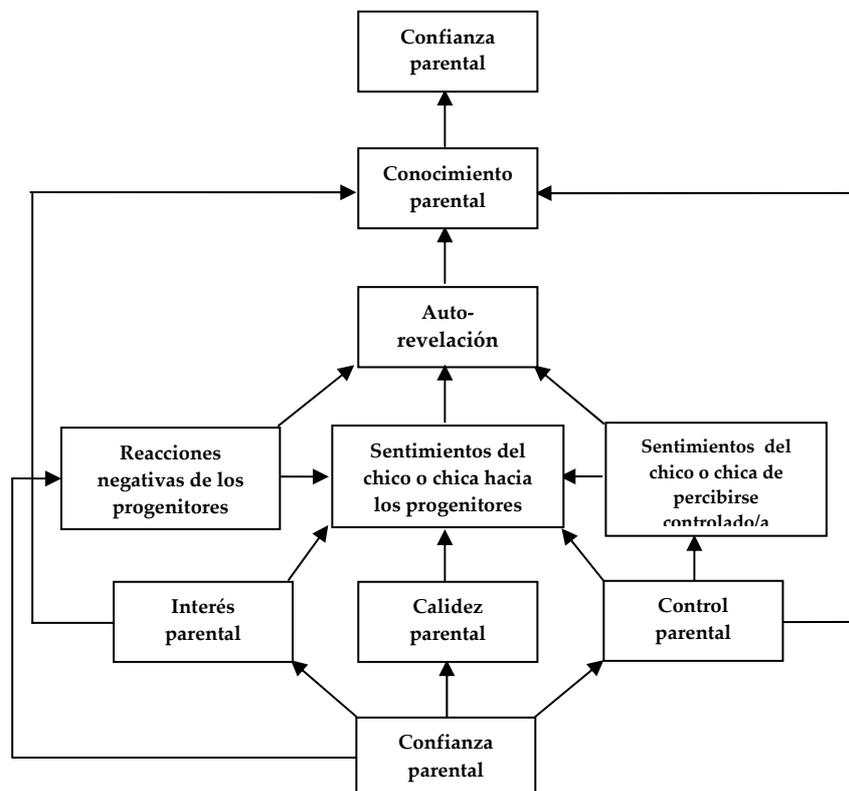


Figura 3. El modelo bidireccional de Kerr et al. (2003)

Fletcher, Steinberg y Williams-Wheeler (2004) propusieron dos modelos alternativos para re-analizar los hallazgos de investigaciones anteriores: uno de relaciones indirectas, en el que las variables calidez, monitorización y control parental influyen indirectamente, a través de la relación positiva con conocimiento parental, en los problemas de conducta de chicos y chicas adolescentes (consumo de sustancias y delincuencia medidos a lo largo de dos años); así, unas

relaciones afectivas hará más probable que chicos y chicas revelen espontáneamente información a sus padres y madres, una monitorización efectiva permitirá a los progenitores conseguir más conocimiento y progenitores que ejercen altos niveles de control sobre las actividades de sus hijos e hijas llegarán a tener más conocimiento de estos. Y un segundo modelo que añade a las relaciones indirectas, la posibilidad de que se den relaciones directas, de la monitorización y el control parental a los problemas de conducta adolescente. En la Figura 4 aparecen representados los dos modelos. Tras comprobarlos, los resultados mostraron que la calidez parental afectó a los problemas de conducta indirectamente a través del conocimiento parental, mientras que la monitorización y el control parental tuvieron efectos directos e indirectos (a través del conocimiento parental) sobre los problemas de conducta de chicos y chicas en los dos años que fueron evaluados (Fletcher et al., 2004).

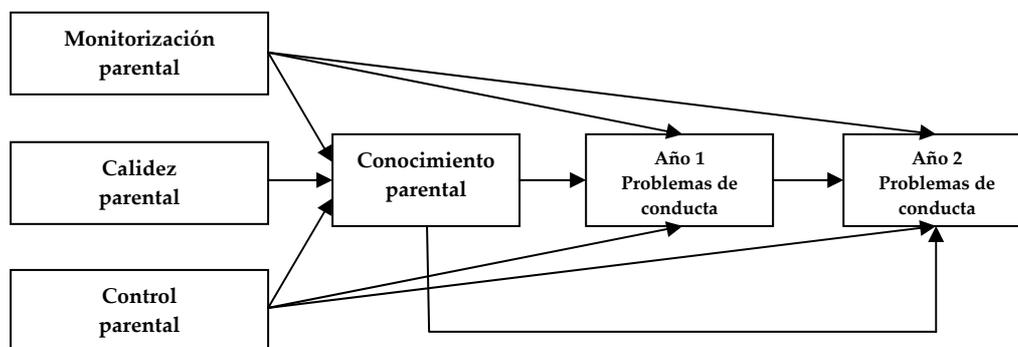


Figura 4. El modelo de Fletcher et al. (2004)

Otro modelo de relaciones directas e indirectas fue propuesto por Soenens, Vansteenkiste, Luyckx y Goossens (2006), con el objetivo de comparar las relaciones entre paternidad, maternidad, auto-revelación, conocimiento parental percibido y problemas de conducta (ver Figura 5). En este modelo, las dimensiones parentales (responsividad, control psicológico y control conductual) afectaron al conocimiento parental y a los problemas de conducta (consumo de sustancias, delincuencia, amistades con iguales que consumen, amistades con iguales delinquentes) a través de la revelación de chicos y chicas (alta responsividad y control conductual tuvieron efectos positivos en el conocimiento parental), así como de forma directa influyeron en el conocimiento parental percibido. Cada una de las tres dimensiones indicadas predijeron auto-revelación adolescente, si bien el efecto de la responsividad fue dos veces mayor que el del control psicológico y conductual, quizás porque crea un clima cálido, comprensivo y positivas relaciones parento-filiales que hacen que chicos y chicas sean más probables de hablar espontáneamente sobre sus actividades.

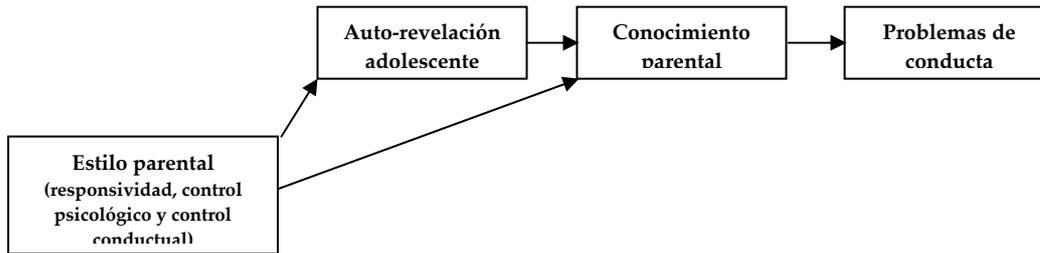


Figura 5. *El modelo de Soenens et al. (2006)*

3. EVALUACIÓN DE LA MONITORIZACIÓN

En los primeros estudios sobre monitorización de Glueck y Glueck (1950, 1962) en los que comparaban chicos delincuentes y no delincuentes, analizaron el acuerdo parento-filial sobre sus patrones de actividad relacionados con el conocimiento parental, pero no evaluaron estimaciones individuales de progenitores e hijos o hijas sobre dicho conocimiento; su aproximación fue adoptada por un puñado de estudios, pero viró en muchos otros (Crouter y Head, 2002).

Patterson y Stouthamer-Loeber (1984) midieron la monitorización parental de forma sofisticada, probando diferentes métodos y usando múltiples informantes que permitían triangular la información. Las cuatro medidas de monitorización utilizadas fueron: entrevista al chico o chica (con preguntas relacionadas con los lugares que frecuenta y la cantidad de información compartida con los progenitores), entrevista a la madre (con dos preguntas acerca de la importancia de la supervisión y la supervisión tras la escuela), impresión del chico o chica para el entrevistador/a (razonamiento acerca de si el chico o chica parece que está bien supervisado por sus progenitores), y entrevistas telefónicas repetidas (comparación entre la entrevista telefónica al padre o madre y la entrevista telefónica al chico o chica, para conocer lo bien que el progenitor está informado acerca de las actividades de su hijo o hija). Las medidas evaluaban conocimiento parental de las actividades del hijo o hija, así como el tiempo que pasaban juntos.

Crouter, MacDermid, McHale y Perry-Jenkins (1990) usaron una estrategia de medida basada en un elemento de la aproximación original de Patterson y Stouthamer-Loeber (1984): entrevistas telefónicas con el chico o chica y los progenitores para analizar las discrepancias parento-filiales respecto a las actividades diarias de adolescentes y el conocimiento parental. A través de siete entrevistas telefónicas realizadas una hora antes de irse a la cama el niño/a o adolescente, preguntaban a padres y madres una serie de cuestiones sobre las experiencias de su hijo o hija en ese día específico; diferentes cuestiones eran hechas cada noche para que no

se pudieran preparar sus respuestas. Después de la entrevista con el padre o madre, se preguntaban al chico o chica las mismas cuestiones.

En contraste, la mayoría de estudios llevados a cabo en los últimos 20 años han confiado en los datos de auto-informe, usualmente de sólo un informador. Algunas veces, niños/as y adolescentes son preguntados por una serie de cuestiones sobre cuánto saben sus padres y madres acerca de lo que hacen y con quién pasan el tiempo; en otros estudios, los progenitores son preguntados acerca de cuánto saben sobre las actividades, lugares a los que van y compañías de sus adolescentes. No obstante, con esta aproximación hay al menos dos problemas: adolescentes y progenitores no tiene porqué ser acertados en los juicios sobre el conocimiento parental; y estos ítems suelen evaluar, como se dijo anteriormente, conocimiento parental de las actividades de sus hijos e hijas, pero rara vez vigilancia y seguir la pista activa o cómo los padres consiguen esa información, todo ello sin tener en cuenta las opiniones familiares, las cogniciones sociales y las normas para comportamientos aceptables. Además, las cuestiones son generales y el tiempo al que se refieren indefinido, por lo que unos y otros podrían referirse a distintos eventos cuando completan el cuestionario (Crouter y Head, 2002; Hayes et al., 2003). Como apuntan Collins y Steinberg (2006), es especialmente importante que investigadores interesados en monitorización, se aseguren de que la medida de este constructo es precisa, y que el conocimiento parental de la conducta del hijo o hija y cómo este es obtenido, sean medidos de forma separada.

Por otro lado, en el caso de que chicos y chicas y progenitores sean exactos en sus afirmaciones sobre el conocimiento parental, sus informes deben ser altamente correlacionados el uno con el otro, pero ello no suele suceder, relacionándose solo modestamente. Esto no es sorprendente, dado que la presión de la deseabilidad social puede llevar a algunos padres y madres y a sus hijos e hijas a distorsionar sus estimaciones; no obstante, los adolescentes son usualmente considerados más precisos que madres y padres (que tienden a expresar unas relaciones más positivas con sus hijos e hijas de lo que realmente son), aunque son una medida de la percepción adolescente del comportamiento parental, más que el comportamiento actual y pueden mostrar atribuciones negativas prejuiciosas, por ejemplo si tienen problemas familiares (Crouter y Head, 2002; Hayes et al., 2003). No obstante, la opinión de adolescentes parece estar menos influenciada por la deseabilidad social, y al coincidir en mayor medida con las observaciones de evaluadores externos, es más realista y objetiva (Parra y Oliva, 2006).

Ante estas dificultades, las observaciones comportamentales o la grabación de estudios prospectivos son necesarios para realzar los datos del auto-informe (Hayes et al., 2003), así

como para obtener mayor validez de los hallazgos, gracias a las observaciones de expertos entrenados en las interacciones parento-filiales (Engels, Finkenauer, Kerr y Stattin, 2005).

De este modo, y a pesar de que la observación directa de la monitorización resulta más complicada de la niñez a la adolescencia, diferentes autores han desarrollado protocolos de observación para chicos y chicas más mayores que emplean interacciones estructuradas parento-filiales; por ejemplo, Reid (1993) desarrolló una breve discusión de las actividades del chico o chica en la escuela; mientras que la adaptación de este procedimiento de Antony, Nelson y McMahon (1996), consistió en la discusión de un acontecimiento reciente en el que progenitores e hijos/hijas son separados, siendo de interés en estas tareas el conocimiento de padres y madres de las actividades de sus hijos e hijas y las habilidades de comunicación parentales (cit. por Dishion y McMahon, 1998). De forma parecida, el protocolo de Dishion y Kavanagh (2003) promovió la descripción detallada por parte del adolescente de un acontecimiento reciente con iguales sin la presencia de adultos, tras lo que padres y madres podían clarificar o discutir los eventos. Con este procedimiento se pretende evaluar el proceso de monitorización, que incluye escuchar y compartir información, tan bien como una clara y constructiva comunicación de guías y reglas.

A continuación se presentan diferentes estudios que han seguido la tradición del uso de auto-informes en la evaluación de la monitorización parental.

Steinberg, Fletcher y Darling (1994) evaluaron la monitorización parental como conocimiento, con un cuestionario que ha mostrado ser un excelente predictor de delincuencia entre chicos adolescentes, usado en estudios previos: Patterson y Stouthamer-Loeber (1984), como parte del factor Rigidez/Supervisión de la escala de estilos parentales de Lamborn et al. (1991) y de Brown, Mounts, Lamborn y Steinberg (1993). El cuestionario consta de cinco preguntas “¿Cuánto sabe realmente tu padre o madre acerca de...: quiénes son tus amistades?, dónde vas por las noches?, en qué gastas el dinero?, qué haces en tu tiempo libre?, dónde estás la mayor parte de la tarde después de la escuela? ”, respondiendo en una escala de tres puntos “No sabe”, “Sabe un poco”, “Sabe mucho”. Adaptaciones de esta escala han sido utilizadas en diferentes investigaciones, Forehand, Miller, Dutra y Watts Chance (1997), Laird, Criss, Pettit, Dodge y Bates (2008), Laird, Pettit, Dodge y Bates (2003), Pettit, Keiley, Laird, Bates y Dodge (2007), Pettit, Laird, Dodge, Bates y Criss (2001).

Así mismo, fue utilizada por Fletcher et al. (2004) y por Wood, Read, Mitchell y Brand (2004), salvo que denominaron a la escala conocimiento parental, mientras que monitorización la midieron con los mismos ítems cambiando el enunciado inicial, quedando de la siguiente forma:

“¿Cuánto intenta conocer tu padre o madre acerca de...: quiénes son tus amistades?, dónde vas por las noches?, en qué gastas el dinero?, qué haces en tu tiempo libre?, dónde estás la mayor parte de la tarde después de la escuela?” con tres opciones de respuesta: “No lo intenta”, “Lo intenta un poco” y “Lo intenta mucho”. De este modo, distinguieron entre los esfuerzos de padres y madres por obtener información (monitorización) y el conocimiento actual; también, incluyeron medidas del control parental referidas a quién (si los progenitores o los adolescentes) toma la decisión en una serie de actividades y conductas adolescentes: “Hasta qué hora puedo estar fuera de casa por la noche”, “Con qué amistades paso mi tiempo libre”, “Cómo gasto mi dinero”, “Si puedo o no beber alcohol”, “Cuánto tiempo paso con mis amistades” y “Cuándo puedo empezar una relación”.

Al igual que estos autores, Abar y Turrise (2008), midieron diferencialmente la monitorización y el conocimiento parental con tres ítems similares a los anteriores referidos al tiempo libre, donde va por la noche y después del colegio. Oliva et al. (2007), en una escala de estilos educativos elaborada para su investigación, diferenciaron tres dimensiones de control: control psicológico, control conductual, que incluye la monitorización (“Intenta saber a dónde voy cuando salgo”, “Si vuelvo tarde a casa me pregunta por qué y con quién estuve”, “Cuando salgo un sábado por la noche debo decirle antes dónde voy y cuándo volveré”, “Intenta saber qué hago en mi tiempo libre”, “Pone límites sobre la hora a la que debo volver a casa”, “Me pregunta en qué gasto el dinero”) y revelación (“Le cuento lo que hago en mi tiempo libre”, “Le cuento lo que hago cuando salgo”, “Le hablo sobre los problemas que tengo con mis amigos y amigas”, “Cuando llego de la escuela le cuento cómo me ha ido el día”, “Aunque no me pregunte, le cuento cómo me va en las diferentes asignaturas”).

Barnes, Hoffman, Welte, Farrell y Dintcheff (2006), tomaron la escala utilizada por Barnes y Farrell (1992) de dos ítems “¿Con qué frecuencia le cuentas a tu padre/madre dónde vas después de la escuela?” y “¿Con qué frecuencia le cuentas a tu padre/madre dónde vas realmente cuando sales por las noches y los fines de semana?”, a la que le añadieron tres ítems nuevos: “¿Con qué frecuencia hablas con tu padre/madre acerca de los planes que has hecho con tus amigos o amigas?”, “Cuando sales fuera, ¿con qué frecuencia tu padre/madre te pregunta dónde vas?” y “Si vas a llegar tarde a casa o cambias tus planes, ¿llamas a tus padres para que lo sepan?”. Todos estos ítems tenían cinco elecciones de respuestas desde “0 (nunca)” hasta “4 (siempre)”.

A pesar de la gran cantidad de investigación que indica la importancia del conocimiento parental, la comunicación familiar y la monitorización parental para prevenir la conducta de

riesgo adolescente, existen pocos instrumentos bien validados que ayuden a evaluar estas importantes dimensiones parentales.

Uno de estos instrumentos, es el *Parental Monitoring Instrument (PMI)* de S.A. Cottrell et al. (2007), cuyo objetivo es indicar con qué frecuencia padres y madres emplean una variedad de estrategias de monitorización específicas. Para desarrollar una lista completa de dichas estrategias y comprobar su validez, se implementaron diferentes grupos de trabajo. Los informes de padres, madres y adolescentes identificaron siete subescalas de estrategias que se podrían usar para monitorizar a chicos y chicas: restrictiva (una característica de la monitorización), directa, indirecta (las formas de obtener conocimiento parental), escuela, salud, ordenador y teléfono (focos de las estrategias). Estas escalas tenían cuatro opciones de respuestas (“1 = 0 veces”, “2 = 1 a 2 veces”, “3 = 3 a 4 veces”, “4 = 5 veces o más”) según el número de veces, en los últimos cuatro meses, que el chico o chica o progenitor hubiera realizado cada una de las afirmaciones expuestas en los ítems. Además, se encontraron correlaciones moderadas entre el PMI y variables teóricamente relacionadas, como la comunicación familiar y el conocimiento parental; siendo la dirección de estas correlaciones, consistente con las relaciones teóricas del conocimiento parental y las interacciones parento-filiales (por ejemplo, se hallaron correlaciones negativas entre conductas restrictivas y comunicación abierta). Todos estos hallazgos sugirieron la fiabilidad y validez del PMI, así como que su administración podría contribuir a la comprensión de cómo la monitorización parental se relaciona con las actividades y conductas de riesgo del chico o chica adolescente, e informar de estrategias para mejorar las relaciones parento-filiales.

Otro instrumento es el *Parental Monitoring Assessment (PMA)*, desarrollada inicialmente por Silverberg y Small en 1991 y adaptada y validada por Li et al. (2000); además, ha sido utilizada en diferentes estudios, Borawski, levers-Landis, Lovegreen, y Trapl (2003), L. Cottrell et al. (2003, 2007), Rai et al. (2003), Supple y Small (2006), Yang et al. (2007). Evalúa la percepción adolescente acerca del grado en el que los progenitores conocen dónde, con quién está y las actividades en las que se implica. Y está compuesta por seis ítems con cinco opciones de respuesta desde “1 (nunca)” hasta “5 (siempre)”: “Mi padre/madre conoce dónde estoy después de la escuela”, “Si voy a llegar tarde a casa, llamo a mi padre/madre para que lo sepa”, “Antes de salir, le cuento a mi padre/madre con quién voy a estar”, “Cuando salgo de noche, mi padre/madre conoce dónde estoy”, “Le cuento a mi padre/madre los planes que hago con mis amigos y amigas”, “Cuando salgo fuera, mi padre/madre me pregunta dónde voy”.

Kerr y Stattin (Kerr y Stattin, 2000; Stattin y Kerr, 2000) usaron para evaluar el conocimiento parental un auto-informe de 9 preguntas, similar al de Steinberg et al. (1994), para

responder con una escala *likert* de cinco puntos tanto adolescentes como progenitores. Las preguntas para los chicos y chicas fueron las siguientes: “¿Conocen tus padres...: qué haces en tu tiempo libre?, a quiénes tienes como amigos en tu tiempo libre?, qué tipo de tarea escolar tienes?, en qué gastas tu dinero?, cuándo tienes un examen?, qué haces en las diferentes asignaturas de la escuela?, dónde vas cuando sales con tus amigos/as?, dónde vas y qué haces después de la escuela?”, “Y en el último mes, ¿tuvieron tus padres idea de dónde estabas por la noche?”. Padres y madres respondieron a las mismas cuestiones con pequeños cambios, donde era necesario, en la formulación de las preguntas. Esta escala ha sido utilizada en otros trabajos, como en los de Barnett y Gareis (2007), McCrystal, Percy y Higgins (2007) o Soenens et al. (2006), que utilizan diferentes ítems para monitorización y conocimiento.

En cuanto a la evaluación de los tres procedimientos de obtención del conocimiento parental considerados por estos autores, usaron diferentes ítems para cada procedimiento con una escala *likert* de cinco puntos (desde “no, nunca” hasta “sí, siempre”), diferenciando según debieran responderlos los adolescentes o los progenitores, si bien eran las mismas cuestiones, salvo con ligeras modificaciones. Las que se presentan son las dirigidas a adolescentes.

En auto-revelación, “¿Hablas en casa sobre cómo vas en las diferentes asignaturas en la escuela?”, “¿Hablas en casa, usualmente, de cómo te fue en la escuela (cómo hiciste los exámenes, tus relaciones con el profesorado, etc.)?”, “¿Guardas muchos secretos a tu padre/madre sobre aquello que haces en tu tiempo libre?”, “¿Ocultas mucho a tu padre/madre sobre lo que haces durante las noches y en los fines de semanas?”, “Si sales fuera por la noche, cuando vuelves a casa, ¿le cuentas a tu padre/madre qué has estado haciendo?”.

Para interés parental, las cuestiones son “En el último mes, ¿ha hablado tu padre/madre con el padre/madre de tu amigo o amiga?” “¿Con qué frecuencia habla tu padre/madre con tus amigos y amigas cuando vienen a casa (qué hacen, qué piensan y sienten sobre las diferentes cosas)?”, “Durante el último mes, ¿con qué frecuencia tu padre/madre tiene una conversación contigo sobre tu tiempo libre?”, “¿Con qué frecuencia tu padre/madre inicia una conversación sobre cosas que te han sucedido un día normal en la escuela?”, “¿Te pregunta usualmente tu padre/madre sobre las cosas que te suceden durante tu tiempo libre (con quién estás, actividades de tiempo libre, etc.)?”.

Y para evaluar control parental los ítems que utilizaron fueron: “¿Necesitas pedir permiso a tu padre/madre para salir fuera una noche de fin de semana?”, “¿Necesitas preguntar a tu padre/madre antes de decidir con tus amigos y amigas qué hacer una tarde de sábado?”, “Si has estado fuera una noche hasta muy tarde, ¿tu padre/madre te exige que le expliques con quién

has estado y qué has hecho?”, ¿Tu padre/madre siempre te exige que le cuentes dónde has estado durante la noche, con quién, y qué hicisteis juntos?”, “Antes de salir un sábado por la noche, ¿tu padre/madre te exigen que le cuentes dónde vas a ir y con quién?” (Kerr y Stattin, 2000; Stattin y Kerr, 2000).

Con todo, hay tres vías por las que los investigadores se han aproximado a medir el constructo referido como monitorización parental: conocimiento parental percibido (evaluaciones de progenitores o adolescentes sobre cuánto saben los primeros acerca de las actividades, compañías y lugares de salida de sus adolescentes), conocimiento actual parental (comparación de las respuestas de progenitores y adolescentes a cuestiones referidas sobre las actividades diarias de los hijos e hijas) y monitorización parental (comportamientos parentales tales como vigilancia, supervisión, etc.). De estos tres fenómenos, solo el tercero puede ser referido acertadamente a la paternidad o maternidad, mientras que los otros se refieren a los resultados de esta conducta. Además, según Stattin y Kerr (Kerr y Stattin, 2000; Stattin y Kerr, 2000) resulta necesario poner más atención a cómo el chico o chica contribuye a la relación, sugiriendo un cuarto fenómeno, comentado anteriormente, la auto-revelación del adolescente. También es importante examinar al padre y a la madre separadamente para preguntar cuestiones sobre cómo las circunstancias de uno u otra forman la habilidad del otro para llegar a ser más conocedor y mantener ese nivel de conocimiento y comportamiento (Crouter y Head, 2002).

Algunos consejos son importantes a tener en cuenta en las medidas de monitorización, como el que deben reflejar las variaciones evolutivas y ecológicas de chicos y chicas, debiendo ser distintas en función de estas características. Así, en la infancia y la niñez temprana los contextos claves son el hogar y las estrategias de medida utilizadas suelen ser informes de progenitores, otros significativos, tareas estructuradas y con visitantes en el hogar pudiéndose observar diferentes procesos: sincronización, cuidados, seguridad, respuestas a la separación, andamiaje, obediencia. Una vez que niños y niñas comienzan a ir a la escuela, otros contextos cobran relevancia, como es el caso de la escuela o el vecindario, pudiéndose usar medidas de maestros y maestras, vecinos y vecinas, otros niños y niñas, siendo relevante observar las reglas, la adaptación a la escuela, las actividades supervisadas y el tiempo no supervisado con iguales. Ya en la adolescencia, se añade la influencia de la comunidad y se señalan como relevantes la observación de exposición a zonas conflictivas, tiempo libre, actividades rutinarias, comunicación y resolución de problemas (Dishion y McMahon, 1998).

Además, es importante señalar que la fuente de información que se utilice (progenitores, iguales, etc.) debe ser estratégicamente seleccionada en función del aspecto de monitorización

que se esté evaluando y la etapa evolutiva del chico o chica. Así mismo, el tiempo de recuerdo debe ser acorde con las metas de la investigación, siendo más exitosas cuando se utiliza en un marco de tiempo específico, como, por ejemplo, “el último día” o en “las pasadas 12 horas” (Dishion y McMahon, 1998).

Por último, resulta necesario comentar la evaluación de la monitorización que se utiliza en esta investigación, la cual se refiere al conocimiento parental y se sitúa dentro del bloque de familia del cuestionario del Estudio sobre Conductas de los Escolares Relacionadas con la Salud (Health Behaviour in School-aged Children, HBSC) de la edición 2005/2006. Los ítems sobre el conocimiento parental son tomados directamente de la escala de cinco ítems de monitorización parental del estudio de Brown et al. (1993), la cual como se ha comentado anteriormente, es similar a la que ha sido utilizada en estudios previos y posteriores ya mencionados. Esta escala fue introducida como un paquete opcional en la edición anterior (2001/2002) del cuestionario HBSC, junto con la escala sobre vínculos parentales, el HBSC-PBI (ya comentado en un capítulo anterior), y diez países incluyeron este paquete en sus cuestionarios en la edición 2001/2002, el cual se consideró relevante para volver a ser utilizado sin cambios en la última edición, de la que esta investigación toma sus datos (Moreno et al., 2005).

Al mismo tiempo, durante la preparación del instrumento para la última edición y de acuerdo con los últimos hallazgos en este ámbito, el grupo *Family Culture* del HBSC consideró necesaria la inclusión de nuevos ítems sobre la monitorización parental, concretamente los ítems de procedimientos de obtención del conocimiento parental. En España, se incluyeron por primera vez en el cuestionario de la edición 2005/2006 como un paquete de opción nacional (Moreno et al., 2005). En el apartado de métodos se detallan cuáles son los ítems específicos.

4. EVOLUCIÓN A LO LARGO DE LA ADOLESCENCIA

Como se ha visto en el capítulo anterior en el caso del afecto y la promoción de la autonomía, la monitorización que realicen los progenitores y su conocimiento acerca de sus hijos e hijas variará a lo largo de la adolescencia; de este modo, podrá adaptarse a las nuevas necesidades y capacidades de los adolescentes y estimular su desarrollo, etapa en la que la monitorización es más efectiva que el apoyo parental, más importante en la niñez.

En el estudio de Patterson y Stouthamer-Loeber (1984), se encontró un sustancial declive en la monitorización, quizás por el uso de múltiples informantes y múltiples métodos que llevaron a una disminución más pronunciada, que cuando se usa un solo informante de un constructo latente.

Por su parte, en la edición 2002 del estudio HBSC, conforme chicos y chicas fueron más mayores, el conocimiento parental percibido disminuyó progresivamente (Moreno et al., 2005b).

Como un proceso familiar, la monitorización es más saliente durante la niñez tardía-media y en los años de la adolescencia temprana a media, cuando padres y madres comienzan a tener menos control directo sobre sus hijos e hijas, quienes empiezan a tomar sus propias decisiones, y formas más distales de supervisión se vuelven más importantes.

Las variaciones que, a lo largo de la adolescencia, se dan en la monitorización parental, probablemente son consecuencia de factores familiares que comienzan temprano. En concreto dos factores han sido asociados con estabilidad y cambio de la monitorización, así como con su efectividad para la consecución del conocimiento parental; dichos factores se refieren a: las percepciones que los progenitores tienen de las respuestas de sus hijos e hijas al control y la implicación de los progenitores en una filosofía de cuidado preventiva y proactiva (que provee, de forma anticipada, un contexto familiar caracterizado por ofrecer guía y estructura, enseña habilidades de resolución de conflictos, etc.). Así, la monitorización disminuyó más en familias con progenitores menos efectivos para manejar la conducta de sus hijos e hijas y, sobre todo, con chicos y chicas más resistentes. Sin embargo, una paternidad o maternidad proactiva más alta, baja resistencia al control parental por parte de chicos y chicas, y esfuerzos exitosos de los progenitores para cambiar la conducta de sus hijos e hijas fueron asociados con más altas puntuaciones de monitorización y conocimiento parental, así como con una disminución modesta de ellos a lo largo del tiempo (Pettit et al., 2007).

Longitudinalmente, la monitorización y el conocimiento parecen disminuir a lo largo de la adolescencia (Yang et al., 2007). Laird, Pettit, Dodge, et al. (2003) encontraron dos posibles factores relacionados con la disminución de la monitorización y el conocimiento parental: la conducta antisocial que, aunque no implicó decrementos en el conocimiento parental a lo largo del tiempo, más conducta antisocial antes de empezar el instituto predijo que los progenitores mantuvieran menor monitorización y más bajos niveles de conocimiento durante los años de instituto. Y un segundo referido a las opiniones del adolescente sobre el conocimiento parental, aunque en este caso los resultados no fueron en la dirección esperada: mayores opiniones de que padres y madres deben poseer conocimiento acerca de sus experiencias diarias, predijo decrementos a lo largo del tiempo en conocimiento parental; tal vez por un efecto techo, ya que chicos y chicas que informaron de la conveniencia del conocimiento, indicaron igualmente altos niveles de conocimiento parental.

Sin embargo, otros estudios del mismo tipo han mostrado que el conocimiento parental permanece estable a lo largo del tiempo (Li, Stanton y Feigelman, 2000); al igual que otra investigación con datos longitudinales y transversales, en la que la fortaleza y dirección de las influencias parentales no cambió significativamente a lo largo de los años (Rai et al., 2003). Frente a esto, estudios transversales han encontrado que el conocimiento tendió a decrecer a lo largo de la adolescencia (Li, Feigelman y Stanton, 2000), y adolescentes más mayores fueron menos monitorizados que los más jóvenes, indicando su mayor autonomía (Richards, Miller, O'Donnell, Wasserman y Colder, 2004). Además, con la edad, chicos y chicas se vieron a sí mismos como menos obligados a revelar a padres y madres sobre sus conductas (Smetana, Metzger, Gettman y Campione-Barr, 2006) y guardaron más secretos a sus progenitores (Finkenauer, Engels y Meeus, 2002).

5. DIFERENCIAS DE GÉNERO

Diversas investigaciones han mostrado diferencias de género en la percepción de la monitorización y el conocimiento parental. A continuación, se comentan los resultados obtenidos en algunas de ellas.

Stattin y Kerr (Kerr y Stattin, 2000; Stattin y Kerr, 2000) encontraron que las relaciones entre las diferentes formas de obtener información y el conocimiento parental fueron las mismas para chicos y chicas. Si bien, las chicas revelaron libremente más cosas a sus padres y madres y percibieron en mayor grado la monitorización de estos y estas, mientras que los chicos informaron de una mejor relación con sus padres y madres. Según informes de adolescentes: los padres y madres solicitaron más información y controlaron más a las chicas; sin embargo, los padres y madres informaron controlar más a sus chicos. No obstante, las diferencias entre chicos y chicas fueron pequeñas.

En el estudio de Smetana, Metzger, et al. (2006), en el caso del padre, chicos y chicas no se diferenciaron en su revelación o secreto de ninguna de las cuestiones; mientras que con la madre, las relaciones madre-hija fueron más cercanas que las de madre-hijo, y ellas revelaron más a sus madres, mientras que ellos guardaron más secretos sobre cuestiones personales; si bien, ambos revelaron más a las madres que a los padres y las madres sobrestimaron la revelación de las chicas (Smetana, Metzger, et al., 2006). En relación, Engels, Finkenauer y van Kooten (2006) encontraron que los chicos mintieron más a menudo que las chicas.

Lo anterior se relaciona con que, en la edición 2002 del estudio HBSC, el conocimiento materno percibido fuera mayor para las chicas que para los chicos; además, de con el hecho de

que las madres estuvieran más informadas de las experiencias de sus hijos e hijas que los padres (Moreno et al., 2005b).

Parra y Oliva (2006) en su investigación longitudinal, varias veces comentada en este estudio, encontraron que las chicas se sintieron más monitorizadas que sus compañeros varones, especialmente en la adolescencia media y tardía. Quizás podría ser que madres y padres realmente monitorizaran más a sus hijas que a sus hijos, que por otra parte coincide con una imagen social que atribuye a la mujer un carácter más vulnerable y una mayor necesidad de protección. No obstante, podría ser también que las chicas percibieran más monitorización porque, al mismo tiempo, demandan más libertad al madurar generalmente antes que sus compañeros, lo cual, a su vez, puede dar lugar a un aumento de la vigilancia y el seguimiento.

En otro estudio longitudinal, se encontró que los problemas de conducta delincuente informados por progenitores se relacionaron con una gran reducción en el conocimiento parental informado por adolescentes solo entre los chicos; tal vez, porque padres y madres son menos probables de solicitar información de chicos delincuentes que de chicas o bien porque estos son menos probables de proveer información a sus progenitores (Laird, Pettit, Bates y Dodge, 2003).

En otros estudios se ha encontrado que las chicas percibieron mayor monitorización y conocimiento parental que los chicos (Li, Feigelman, et al., 2000; Richards et al., 2004), y, sobre todo, a los 13 años (Rai et al., 2003). Aunque también ellas fueron más probables de compartir información voluntariamente sobre sus actividades con sus progenitores, que lo fueron los chicos (Waizenhofer, Buchanan y Jackson-Newsom, 2004).

A veces, padres y madres se diferencian en la forma en la que monitorizan a sus hijos e hijas y obtienen conocimiento de las experiencias de sus adolescentes.

Shek (2005), con estudiantes de secundaria de China, encontró que las madres ejercieron más control conductual (indicado por expectativas de control, monitorización, disciplina, demandas y conocimiento parental) y menos control psicológico que los padres, tanto en chicas como en chicos (excepto en control psicológico en los chicos). Si bien, las chicas percibieron mayor conocimiento materno y más demandas parentales que los chicos; y, aunque no difirieron mucho en las expectativas de control paterno, los chicos tuvieron puntuaciones más altas, quizás porque los padres ejercieran más control en chicos que en chicas.

Y Webb, Bray, Getz y Adams (2002) hallaron que los padres no monitorizaron diferencialmente a los hijos y a las hijas, si bien, las madres monitorizaron más a las hijas. De forma similar, Crouter, Bumpus, Davis y McHale (2005) o Waizenhofer et al. (2004), encontraron que las madres conocieron más de las actividades de los adolescentes, siendo más probables

de ganar información por supervisión activa o auto-revelación espontánea de chicos y chicas; mientras que los padres, recibieron más información de las esposas. Además, tanto en el caso de las madres como de los padres, fueron más conocedores de las hijas que de los hijos, las cuales informaron de menos conductas desviadas.

Por último, una posible explicación al hecho de que las madres suelen tener mayor conocimiento de las actividades de sus hijos e hijas que los padres, pueda estar en cómo les influye a una y a otro las experiencias laborales en su vida familiar. Bumpus, Crouter y McHale (2006) encontraron que los padres que percibieron su trabajo interfiriendo más y afectando negativamente a su vida en casa fueron menos conocedores de las actividades diarias, lugares a los que va y experiencias de sus hijos e hijas preadolescentes, independientemente del sexo del chico o chica o de su nivel educativo; en este tipo de padres, la aceptación parento-filial y su centralidad en las actividades diarias de sus hijos e hijas, predijeron indirectamente su conocimiento acerca de dichas actividades. Sin embargo, todo ello no se mantuvo en el caso de las madres (a pesar de que tanto padres como madres fueron igualmente probables de tener experiencias negativas en el trabajo que afectan a su vida familiar), menos dadas a responder a experiencias estresantes laborales con la retirada de las obligaciones familiares, haciendo posible que permanezcan conocedoras de las actividades y experiencias de sus hijos e hijas (Bumpus et al, 2006).

En otro estudio, Barnett y Gareis (2007), con 55 parejas en la que ambos trabajaban (madre con horario de tarde o de mañana y el padre con horario a tiempo completo) y tenían al menos un hijo o hija de entre 8 a 14 años, se encontró que el horario de las madres no afectó a: la cantidad de tiempo compartido con su hijo o hija, el conocimiento de sus actividades, su revelación espontánea y las habilidades maternas. Sin embargo, sí afectó a las conductas paternas y a sus habilidades, específicamente en familias con madres con horario de tarde, los padres pasaron más tiempo con su hijo o hija, quienes les revelaron espontáneamente más información, conocieron más de sus actividades y tuvieron mejores habilidades paternas. A la hora de generalizar estos hallazgos, resulta importante tener en cuenta las limitaciones de este estudio realizado con progenitores de nivel educativo alto y con horario de trabajo establecido.

6. REQUISITOS PARA LA CONSECUCCIÓN DE UN BUEN CONOCIMIENTO PARENTAL

En apartados anteriores ya se han dado claves para la consecución de un adecuado conocimiento parental, si bien merece la pena dedicar un apartado a los factores que hacen posible que padres y madres estén bien informados de sus hijos e hijas.

La calidad de las relaciones parento-filiales es probablemente el más importante aspecto que correlaciona con monitorización y conocimiento parental. No sólo unas relaciones de calidez y apoyo motivan a que la madre o el padre esté informado, también crean un contexto en el que el niño/a o adolescente pueda sentirse libre para revelar a sus progenitores. Además, los progenitores tienen un amplio repertorio de herramientas, no solo preguntar, para conocer aspectos de sus hijos e hijas. Por ejemplo, la vigilancia y el cuestionamiento de hechos (de una forma que promueva la autonomía) ayudan a madres y padres a encarar los problemas y a responder a signos de peligro. También es importante darse cuenta de si ha tenido un mal día, de su tono de voz, o de un cambio repentino de comportamiento, observando y atendiendo a detalles relevantes sobre sus hijos o hijas. Escuchar también resulta clave, si chicos y chicas piensan que pueden auto-revelar pero sienten que sus progenitores están demasiado ocupados, no lo harán. Así, darse cuenta y escuchar son dos comportamientos parentales claves que permitirán al adolescente afirmar que sus padres y madres conocen sobre sus actividades diarias, que podría ser equivalente a decir que se sienten cuidados por ellos (Bugental y Grusec, 2006; Crouter y Head, 2002).

En un estudio que examinó qué factores pueden estar asociados al conocimiento parental, se encontró que tanto en el caso del padre como de la madre, el conocimiento de las actividades de sus hijos e hijas fue predicho, en gran parte, por la forma en la que padres y madres fueron centrales y altamente implicados en las actividades de sus hijos e hijas (Bumpus et al., 2006).

Laird, Pettit, Dodge, et al. (2003), en su estudio longitudinal con adolescentes, hallaron que mayores niveles de conocimiento parental fueron asociados, además de con menos conductas antisociales, con más informaciones por parte de los progenitores de relaciones de disfrute e implicación, mayor tiempo compartido parento-filial e informes de adolescentes con más fuertes creencias acerca de la conveniencia de la monitorización parental; al contrario, más problemas antisociales estuvieron relacionados con menos conocimiento parental a través de menos relaciones parento-filiales agradables, escasez de seguimiento e implicación parental,

progenitores y adolescentes con menor tiempo compartido y adolescentes informando de más débiles opiniones sobre la conveniencia de la monitorización.

Stattin y Kerr (Kerr y Stattin, 2000; Stattin y Kerr, 2000) hallaron que adolescentes y progenitores estuvieron de acuerdo en que la información que obtenían estos de sus hijos e hijas debía venir de la auto-revelación de chicos y chicas, ya que fue la que más y mejor predijo el conocimiento parental, mientras que el interés parental añadió una pequeña cantidad.

Estos autores propusieron dos explicaciones para la consecución de una alta auto-revelación y, con ella, un mejor comportamiento. En primer lugar consideraron la explicación temperamental: el temperamento podría ser una variable que causa buen comportamiento y confianza en contar cosas a los progenitores. La otra explicación se refiere a que padres y madres han hecho algo para construir un tipo de relaciones que facilita la comunicación, siendo estas relaciones las que previenen el mal comportamiento; de este modo, cómo los progenitores reaccionaron en el pasado, cómo aceptan y son cálidos con sus hijos e hijas, puede hacer más probable la auto-revelación como una actividad habitual en la vida familiar del chico o chica. Los progenitores que son buenos monitores han hecho el esfuerzo de establecer con sus hijos e hijas buenos canales de comunicación y, como resultado de ello, conocen sus experiencias diarias; así, el interés parental no es suficiente, el adolescente debe tener confianza en compartir sus experiencias con sus progenitores (Kerr y Stattin, 2000; Stattin y Kerr, 2000).

La confianza de chicos y chicas adolescentes en compartir información con sus progenitores es un proceso central a través del cual estos ganan conocimiento de las vidas de sus adolescentes. Un contexto de mutua confianza, obligaciones percibidas de revelar y, para cuestiones personales, más aceptación parental predijeron mayor revelación espontánea a sus progenitores sobre cualquier cuestión; en contraste, el secreto se relacionó con menor confianza en las relaciones parento-filiales (Smetana, Metzger, et al., 2006)

En un estudio sobre auto-revelación con adolescentes, se encontró que ocultar activamente información a padres y madres fue central para la percepción del adolescente acerca de que sus progenitores tenían poco conocimiento de sus actividades diarias. Además, los adolescentes que describieron a sus padres y madres como democráticos fueron más probables de revelar y los que informaron implicación en actividades de tiempo libre desaprobadas por los progenitores fueron menos probables de hacerlo. Estos chicos y chicas, sobre todo si eran de familias menos democráticas, fueron más probables de mentir que de ocultar información cuando decidían no auto-revelar (Darling, Cumsille, Caldwell y Dowdy, 2006).

Por otro lado, Waizenhofer et al. (2004), propusieron que los métodos activos de monitorización (preguntando al hijo o hija directamente, atendiendo a eventos en los cuales están implicados, etc.) predijeron más conocimiento entre madres de familias en las que padre y madre trabajaban, y para padres de toda las familias. Recibir información voluntariamente del hijo o hija no predijo más conocimiento una vez que otros métodos fueron controlados. Tal vez, porque las formas activas de conocimiento, utilizadas en este estudio, fueran menos intrusivas y más efectivas, en comparación con los cuestionamientos directos usados en los trabajos de Stattin y Kerr; también, por las características de la muestra: nivel educativo alto y adolescentes implicados en actividades estructuradas bien conocidas por padres y madres.

En general, los progenitores que estaban más integrados en el mundo de sus adolescentes (conocían sus rutinas, hablaban con gente de fuera que interactuaban con sus adolescentes y activamente preguntaban sobre las actividades y conductas de sus adolescentes), fueron más conocedores de las experiencias diarias de ellos. La única excepción a esto sucedió en las madres de hogares biparentales que no trabajaban fuera de casa; para estas madres ninguno de los métodos de obtención del conocimiento fue relacionado con el conocimiento actual. Quizás porque, al dedicarse al cuidado de hijos e hijas, pasaban más tiempo con ellos, llegando a ser más conocedoras de sus experiencias diarias sin necesidad de usar uno u otro método para obtener conocimiento (Waizenhofer et al., 2004).

En resumen, la investigación muestra que hay tres factores asociados comúnmente con la monitorización en general y con la adquisición del conocimiento en particular: habilidades parentales para solicitar información del hijo o hija o de otras fuentes; la tendencia del chico o chica a revelar espontáneamente información sobre sus actividades; y la calidad de la relación parento-filial (sobre todo confianza y comunicación). También, otras características familiares, no tratadas en este trabajo, como el nivel educativo y socioeconómico de los progenitores, sus actitudes o problemas y condiciones laborales (como se vio en un apartado anterior), parecen ser antecedentes de la monitorización y del conocimiento parental (Crouter y Head, 2002).

Con todo, la monitorización y el conocimiento parental se relacionan con un estilo educativo más democrático (Rai et al., 2003), con calidad del clima familiar percibido, facilidad en la comunicación con los progenitores, mayores vínculos y con una buena o muy buena relación familiar (Granado-Alcón, Pérez, Ramos, Rivera y Moreno, 2008). Y han sido identificados como importantes componentes de una efectiva paternidad y maternidad durante la niñez y la adolescencia que muestra preocupación, interés y atención; así como factores relevantes para la consecución de un desarrollo más saludable de chicos y chicas. Por lo que la monitorización y el

conocimiento parental (conseguido, en parte, gracias a la primera) podrían ser considerados como estrategias de intervención y prevención para problemas presentes y futuros de estos y estas (Laird, Pettit, Dodge, et al., 2003), como en el siguiente apartado se abordará.

7. RELACIÓN CON EL DESARROLLO ADOLESCENTE

Las razones que justifican la importancia del control conductual para el desarrollo y ajuste del adolescente tienen que ver, por un lado, con la estructura que proporciona, y que poco a poco sería interiorizada por el o la adolescente, y, por otro, con que los esfuerzos de seguimiento y monitorización serían necesarios para mantener a chicos y chicas alejados de las amistades conflictivas y de conductas desviadas, promoviendo patrones de conducta deseables y amistades con grupos de iguales prosociales (Brown et al., 1993; Oliva y Parra, 2004).

La monitorización y el conocimiento parental, consecuencia en parte del primero, han sido identificados como importantes componentes de una efectiva paternidad y maternidad durante la niñez y la adolescencia, estando relacionados con un mejor ajuste en la adolescencia.

Datos de diferentes investigaciones han mostrado consistentemente que es un moderador de un amplio rango de comportamientos incluyendo: problemas internos, problemas escolares, conducta antisocial, consumo de drogas, temprana iniciación a la actividad sexual, uso de métodos anticonceptivos y prácticas de sexo seguro. En investigaciones longitudinales, el poder predictivo más alto de la monitorización estuvo asociado con 2 años de retraso en el inicio del consumo de drogas, medido en un estudio de 4 años que comenzó en la niñez media (8-10 años), así como disminuyó la trayectoria ascendente en el consumo de alcohol (Chilcoat y Anthony, 1996). Todo ello muestra que la monitorización es un factor crucial en el desarrollo de los problemas del comportamiento adolescente (Hayes et al., 2003), y ha sido considerado como un componente central de la prevención (Graber, Nichols, Lynne, Brooks-Gunn y Botvin, 2006).

Además, el conocimiento parental sobre las actividades de tiempo libre de sus hijos e hijas está relacionado con experiencias positivas y de interés y, por tanto, saludables para un buen desarrollo de chicos y chicas (Sharp, Caldwell, Graham y Ridenour, 2006).

Así, la monitorización y el conocimiento parental son especialmente importantes durante la adolescencia, etapa en la que aumentan las oportunidades para participar en actividades problemáticas y disminuye la supervisión parental directa, haciendo posible estar al tanto de las experiencias diarias del chico o chica y fomentar un mejor desarrollo (Jacobson y Crockett, 2000).

Resulta importante señalar, que se ha de ser precavido en generalizar la información de investigaciones que se refieren a subgrupos específicos, como de alto riesgo o de bajo estatus socioeconómico, asociados con pobre monitorización y supervisión. Así, por ejemplo, recientes investigaciones han encontrado que en familias adineradas se ha incrementado el riesgo al consumo de sustancias, ansiedad y depresión, debido a la escasez de monitorización y supervisión y cercanía emocional a los progenitores (Smetana, Campione-Barr, et al., 2006).

Respecto al procedimiento de obtención de conocimiento más efectivo en el ajuste, Stattin y Kerr (Kerr y Stattin, 2000; Stattin y Kerr, 2000) han demostrado que un alto conocimiento parental derivado de la auto-revelación del adolescente, predijo más fuertemente ajuste positivo adolescente, en comparación con el control parental de las actividades del adolescente. Así, encontraron que ni las estrategias de los progenitores para controlar el comportamiento del adolescente, ni sus esfuerzos para obtener información sobre las experiencias de sus adolescentes se relacionaron con el ajuste, e incluso aparecieron asociados a algunos indicadores negativos. Solo la revelación mostró una relación negativa con los problemas de conducta. A la inversa, sucede que adolescentes que se implican en conductas negativas son menos probables de querer divulgar información y más de mentir a sus progenitores. La confianza de los chicos y chicas para proveer información permite a los progenitores guiar las decisiones y conductas de sus adolescentes; de esta forma, fomentan su habilidad para proteger a sus adolescentes del riesgo físico o psicológico. Si chicos y chicas no comparten esta información, continuarán implicados en conductas de riesgo sin considerar las consecuencias negativas de ello. Así, la confianza en contar cosas a sus padres y madres o bien de mentirles son dos procesos implicados en el conocimiento parental (Marshalla, Tilton-Weaver y Bosdet, 2005).

De este modo, una forma por la que chicos y chicas pueden reducir el conocimiento de sus progenitores es teniendo secretos, lo cual no es meramente opuesto a la auto-revelación (compartir información con otros/as), implicando propósito e intención para proteger información secreta y prevenir que otros la conozcan (por la omisión, la mentira, etc.) (Frijns, Finkenauer, Vermulst y Engels, 2005). En cuanto a la mentira, chicos y chicas que mintieron frecuentemente a sus padres y madres mostraron menos auto-revelación, altos niveles de secreto, patrones más pobres de comunicación, menos confianza parento-filial y más alienación. Además, mentir frecuentemente se relacionó con menos conocimiento, control e interés parental, sobre todo con el primero; y, también, con medidas de ajuste emocional y conductual, ya que chicos y chicas que a menudo mintieron a sus padres y madres, informaron de más problemas conductuales y

emocionales (Engels et al., 2006). Así, la auto-revelación tuvo una implicación positiva para el ajuste, mientras que el secreto lo hizo de forma negativa (Smetana, Metzger, et al., 2006).

Finkenauer et al. (2002) en su estudio transversal mostraron que guardar secretos a padres y madres tuvo efectos mixtos e independientes: se asoció con desventajas físicas y psicológicas (humor depresivo), sin embargo, también se relacionó con la autonomía emocional en la adolescencia. De forma similar, en un estudio posterior de carácter longitudinal, Frijns et al. (2005) encontraron que tener secretos para los progenitores, se asoció con sustanciales desventajas psicosociales (baja autoestima, humor depresivo y estrés) y conductuales (agresión, delincuencia) en la adolescencia, incluso después de controlar la comunicación, confianza y apoyo de padres y madres; además, estuvo negativamente asociado con sentimientos de autocontrol, siendo un importante factor de riesgo para el bienestar psicosocial y el ajuste conductual. Todo ello, de alguna forma, al conllevar un menor conocimiento por parte de padres y madres de las actividades de sus hijos e hijas, vuelve a demostrar la relevancia del conocimiento parental para el desarrollo adolescente.

Por otro lado, unas relaciones parento-filiales positivas y una buena monitorización y conocimiento parental facilitarían la implicación de chicos y chicas en actividades estructuradas positivas de tiempo libre que disminuyen el riesgo de la implicación en conductas antisociales; así como, también es factible la relación inversa de que unas actividades estructuradas facilitan unas mejores relaciones parento-filiales (Mahoney y Stattin, 2000).

Así, el lugar donde pasan su tiempo libre es relevante; si están en cualquier lugar resulta muy difícil monitorizar y estructurar el tiempo de chicos y chicas, de los que no se conoce dónde están y es inalcanzable saberlo; mientras que si chicos y chicas están en un lugar conocido, puede ser más posible para padres y madres monitorizar su comportamiento, sabiendo dónde están y qué hacen, reduciendo la oportunidad de implicarse con iguales desviados quienes podrían llevarles a comportamientos desviados (Flannery, Williams, Vazsonyi, 1999).

La relación entre monitorización parental y problemas de conducta en el chico o chica adolescente ha sido establecida en tres áreas: seguridad y daño, conducta antisocial y consumo de sustancias (Dishion y McMahon, 1998). Parece claro que la falta de control o monitorización parental está más relacionada con los problemas conductuales que con los emocionales, que dependerían más del afecto y la comunicación familiar. Así, la monitorización parental del comportamiento adolescente ha emergido como un factor central, el cual influye en la ocurrencia de problemas de comportamiento de niños/as y adolescentes y previene el consumo de sustancias (Bray, Adams, Getz y Stovall, 2001).

Ello se ve demostrado por la gran cantidad de estudios encontrados que relacionan la monitorización y el conocimiento parental que conlleva con las conductas de riesgo en la etapa de la adolescencia; si bien, estudios que solo aborden el bienestar o ajuste psicológico como dependientes de la monitorización, han resultado más difíciles de encontrar, salvo cuando trataban conjuntamente ambos aspectos, conductas de riesgo y salud psicológica.

Respecto a la relación entre la monitorización y el conocimiento parental con el bienestar psicológico, los resultados encontrados son diversos: desde no hallar relación o hacerlo de forma débil hasta los que sí la demuestran de forma destacada. Si bien, como ya se ha comentado y se mostrará en diferentes estudios, la mayoría apuntan a que una buena monitorización y un buen conocimiento parental ejercen efectos positivos sobre la salud psicológica de chicos y chicas adolescentes.

Volviendo a la relación de la monitorización con las conductas de riesgo, la primera se trata de una estrategia apropiada para los intentos de los progenitores de disuadir a sus adolescentes de implicarse en el consumo de sustancias, por lo que una efectiva monitorización, que da lugar a un mayor conocimiento parental, puede proteger a chicos y chicas de iniciarse en el consumo de drogas, incluso cuando han sido expuestos a amistades y a otros individuos en su vecindario que usan una variedad de sustancias; así, es una efectiva herramienta en la prevención del consumo de sustancias y en la disminución de su uso, con un efecto protector que parece ser similar independientemente del género, raza, etnia y procedencia (Chilcoat y Anthony, 1996; Steinberg et al., 1994). Además, dicho efecto protector parece ser doble, ya que una alta monitorización y conocimiento hacen que, por un lado, chicos y chicas adolescentes sean menos probables de iniciarse en conductas de consumo y, por otro, de relacionarse con iguales que son consumidores (Steinberg et al., 1994).

El hecho de que la monitorización influya en un menor consumo es quizás una forma de representar la interiorización por parte de los adolescentes de los valores parentales percibidos. Este patrón representa un mecanismo legítimo por el cual los progenitores pueden y hacen mantener su influencia a lo largo de la adolescencia. Los hallazgos sugieren que padres y madres y los programas de prevención deben trabajar para incrementar activamente la monitorización y el conocimiento parental de las conductas de los adolescentes, mientras fomentan el rechazo parental hacia un consumo inadecuado de alcohol. Además, esfuerzos de este tipo en los años de instituto podrían tener su impacto en los años de la universidad (Abar y Turrissi, 2008), así como tendrán efectos no solo a nivel individual, sino también comunitarios, ya

que reduciría, por ejemplo, el número de adolescentes implicados en el consumo de sustancias que son una influencia potencial para otros iguales (Steinberg et al., 1994).

El Family Check-Up (FCU) (Dishion, Nelson y Kavanagh, 2003) es una breve intervención de dos o tres sesiones, diseñada para incrementar la motivación parental de implicarse en prácticas parentales apropiadas para monitorizar las conductas y el desarrollo de su adolescente. En la primera sesión se realiza una evaluación intensa y estructurada del chico o chica y su familia, usando medidas con comparaciones normativas; en la segunda sesión se devuelve a la familia la información de la primera sesión, discutiendo sus fortalezas y debilidades, dando apoyo a la confianza del padre o madre para el cambio y ayudando a la familia a proponerse metas realistas; finalmente, en una sesión de devolución de información, se genera una lista de opciones de cambio basada en los recursos familiares. Respecto a los efectos preventivos de esta intervención, se comprobó que son mediados por los cambios en la monitorización parental, pudiendo ser relevantes para prevenir el inicio de problemas, como el consumo de sustancias, por lo que se hace importante la implicación en la intervención y el mantenimiento de la monitorización.

Las relaciones parento-filiales marcadas por la aceptación, una comunicación abierta y el monitoreo de las actividades son importantes componentes en intervenciones para prevenir o reducir el consumo de alcohol, tanto directamente como mediado por la influencia de los iguales (Nash, McQueen y Bray, 2005); así mismo, la prevención del conflicto familiar, el fomento de la implicación familiar y la estimulación de la monitorización y el conocimiento parental podrían contribuir a la prevención del consumo de tabaco (Biglan, Duncan, Ary y Smolkowski, 1995).

La comunicación parento-filial ha sido identificada como un excelente vehículo para una efectiva transmisión de los valores parentales y del conocimiento parental, así aunque la comunicación no influye directamente en conductas de riesgo, su importancia en el proceso de monitorización es fundamental (L. Cottrell et al., 2007).

De manera complementaria, otras investigaciones han encontrado que las familias con un alto nivel de conflicto y pobres relaciones parento-filiales fueron más probables de desarrollar un contexto social caracterizado por una inadecuada monitorización parental y asociaciones con iguales desviados, lo cual se relacionó con implicación en problemas de conducta (conductas sexuales de riesgo, fracaso escolar y consumo de sustancias). Un hallazgo interesante fue que, a pesar del incremento de la influencia de los iguales en la adolescencia, la influencia parental continuó siendo importante durante la adolescencia (Ary, Duncan, Duncan y Hops, 1999).

Brevemente, resulta interesante comentar, que similares procesos que se observan en la adolescencia suceden en la infancia. En un estudio longitudinal con niños y niñas de guardería (5.5 años) hasta la escuela elemental (9.5 años), se encontró que la calidez, la comunicación y la vigilancia parental en la guardería estuvieron asociadas con más bajos niveles de problemas de conducta, una efectiva monitorización y conocimiento parental años más tarde. Así, relaciones parento-filiales iniciales caracterizadas por la calidez, la vigilancia y la comunicación positiva podrían servir como precursores del interés parental y la auto-revelación del chico o chica, centrales en la monitorización y, como tales, importantes a la hora de disminuir la implicación de chicos y chicas en problemas futuros (Patrick, Snyder, Schrepferman y Snyder, 2005).

Todo lo anterior, realza la importancia de la monitorización y el conocimiento parental, incluso durante la infancia, dentro de unas positivas relaciones parento-filiales que podrían ver su continuidad en años posteriores, como en la adolescencia, repercutiendo en un desarrollo físico, psicológico y social más saludable.

A continuación, se presentan en formato de tabla diferentes estudios que han relacionado específicamente la monitorización y el conocimiento parental, con las conductas de riesgo, como el consumo de sustancias, y con aspectos relacionados con el bienestar psicológico, tales como sentirse bien consigo mismo, ajuste psicológico, etc. En la Tabla 1 aparecen los estudios relacionados con las conductas de riesgo y en la Tabla 2 aquellas investigaciones que combinan datos sobre el ajuste conductual y el psicológico, acompañados todos ellos de una breve descripción de la metodología utilizada, así como de los resultados obtenidos, concretamente, en relación a la monitorización y al conocimiento parental subsecuente.

Tabla 1. Estudios que relacionan la monitorización parental con las conductas de riesgo

Autores	Participantes-Diseño	Resultados
Abar y Turrisi (2008)	392 estudiantes del primer año de Universidades de las costas este y oeste de Estados Unidos. Longitudinal de un año con tres medidas de auto-informes.	Las conductas parentales tuvieron un impacto directo en la selección de las amistades por parte de los adolescentes durante la escuela; así, chicos y chicas que informaron de mayor conocimiento parental percibido acerca de su tiempo libre y de intentos parentales por conocer sus actividades (monitorización), fueron los que menos tendieron a asociarse con iguales bebedores y consumieron menos alcohol.
Barnes y Farrell (1992)	699 adolescentes y sus familias en Buffalo, Nueva York. Transversal con auto-informes.	El apoyo y la monitorización, medida como conocimiento parental, fueron importantes predictores del desarrollo adolescente, siendo factores claves en la prevención del consumo de alcohol. No desarrollar problemas de conducta estuvo relacionado con formas más concretas de control parental, tales como proveer específicas reglas de comportamiento y conocer las amistades y lugares que frecuentan los hijos e hijas. Además, cuando las relaciones parento-filiales fueron más problemáticas, la influencia de los iguales resultó importante con el riesgo de perder la influencia de familiares.
Barnes et al. (2006)	Adolescentes de 13-16 hasta los 18-22 años, de Nueva York. Longitudinal con seis medidas anuales, desde 1989 hasta 1996, mediante entrevistas.	El conocimiento parental, relacionado con la auto-revelación de chicos y chicas, y el apoyo parental predijeron significativamente niveles iniciales de consumo de alcohol y delincuencia, así como el incremento de los tres problemas de conducta tenidos en cuenta: consumo de alcohol, consumo de drogas ilícitas y delincuencia; altos niveles de auto-revelación y apoyo predijeron más bajos niveles de problemas de conducta. Además, la auto-revelación amortiguó el efecto de iguales desviados en consumo de alcohol y delincuencia
Biglan et al. (1995)	643 adolescentes de 14 a 17 años y sus progenitores del área metropolitana del Noroeste del Pacífico. Longitudinal de 18 meses con tres medidas mediante auto-informes.	El conflicto familiar y la escasez de implicación parental con sus hijos e hijas fueron factores de riesgo para una adecuada monitorización y supervisión parental y mejor conocimiento, lo cual hizo más probable que chicos y chicas se asociaran con iguales desviados y fueran más probables de fumar.
Borawski et al. (2003)	692 adolescentes de noveno y décimo grado, con una media de edad de 15.7 años, de seis institutos urbanos. Transversal con auto-informes.	Chicos con un alto conocimiento parental fue asociado con menor uso de alcohol y uso del preservativo, lo cual no sucedió en chicas; en relación a la confianza parental percibida, funcionó como un factor protector contra la conducta sexual, el consumo de tabaco y marihuana en las chicas y el consumo de alcohol en los chicos.
Bowman, Prellow y Weaver (2007)	135 afro-americanos urbanos de entre 13 y 19 años. Transversal con auto-informes.	Cuando las madres fueron altamente implicadas en el día a día de sus hijos e hijas, se dio un efecto positivo en la monitorización y el conocimiento maternos, que funcionaron como un factor protector contra conductas delinquentes entre las chicas, pero no en los chicos; en ellos solo fue significativa la relación entre iguales desviados y problemas de conducta, pero el impacto de la monitorización materna fue insuficiente para los chicos en esta etapa.
Bray et al. (2001)	7540 adolescentes de una muestra multiétnica de Houston, Texas, del sexto al octavo grado (11-13 años).	Estrés, conflicto familiar, monitorización y conocimiento parental interactuaron con separación reduciendo la influencia de esta en el incremento del consumo de alcohol; así, en el caso del conocimiento parental sobre las actividades de sus adolescentes, mitigó el impacto negativo del desapego y la separación de la familia que pudieron incrementar el uso del

	Longitudinal de tres años con tres medidas de auto-informes.	alcohol.
Chilcoat y Anthony (1996)	926 chicos y chicas urbanos desde la niñez (8-10 años) hasta la temprana adolescencia. Longitudinal con medidas anuales desde 1989 hasta 1992 de auto-informes.	Los jóvenes que habían sido cercanamente supervisados y monitorizados en la niñez media fueron menos probables de comenzar a tomar cocaína, marihuana y/o drogas inhalantes durante los últimos años de la niñez o la temprana adolescencia (comparados con jóvenes con bajos niveles de supervisión y monitorización); así como, se retrasaron en el uso de tabaco y alcohol que pudo conllevar, igualmente, una disminución en la implicación con otras drogas más fuertes, incluso cuando habían sido expuestos a otros iguales y a un vecindario donde se usaba una variedad de diferentes drogas.
Cleveland, Gibbons, Gerrard, Pomery y Brody (2005)	714 adolescentes afro-americanos, con media de edad en el primer momento de 10.51 años, y sus progenitores. Longitudinal de más de cinco años con tres medidas mediante entrevistas y auto-informes.	Una efectiva paternidad o maternidad caracterizada por conocimiento de las actividades del hijo o hija, comunicación sobre drogas y calidez parental se relacionó con consumo de sustancias (alcohol, tabaco y marihuana) cinco años más tarde, a través de las relaciones con dos elementos cognitivos: imagen negativa del riesgo y confianza conductual. Además, estos factores protectores fueron mayores entre familias residentes en vecindarios de alto riesgo.
Cohen, Richardson y LaBree (1994)	1034 estudiantes de quinto y 1266 de séptimo grado de Los Ángeles (10-12 años). Longitudinal de cuatro años para estudiantes de quinto y de tres años para los de séptimo, con medidas anuales de auto-informes.	La monitorización, como una medida del establecimiento de límites y el conocimiento parental, fueron características principales en la prevención del consumo de sustancias, específicamente en el inicio del consumo de alcohol y tabaco, y, junto con unas positivas relaciones parento-filiales, conformaron dos patrones independientes a través de los cuales los progenitores influyeron en el consumo de sustancias y la susceptibilidad a su uso de sus adolescentes.
L. Cottrell et al. (2003)	270 diadas de progenitores y adolescentes de entre 12 a 16 años, de comunidades rurales del oeste de Virginia. Transversal con auto-informes.	Informes de adolescentes sobre el conocimiento parental fueron negativamente correlacionados con consumo de alcohol, marihuana y conducta sexual de riesgo en chicos y chicas; más, que la percepción de padres y madres acerca de sus esfuerzos en monitorizar a sus adolescentes, siendo solo predictoras del consumo de tabaco adolescente.
L. Cottrell et al. (2007)	647 diadas de madres y adolescentes de entre 9 y 13 años de las Bahamas. Transversal con auto-informes.	Valores maternos de protección fueron positivamente asociados con mayor comunicación parento-filial, y esta con gran conocimiento materno para ambos géneros. Además, el conocimiento influyó en la implicación del adolescente en conductas de riesgo, que parecieron diferir según el género del adolescente; así, altos niveles de conocimiento materno fueron asociados con limitada o no implicación en conductas de riesgo solo entre las diadas madre-hijo, tal vez por la baja implicación en conductas de riesgo de las chicas de esta muestra.
Crouter et al. (1990)	77 y 75 familias con doble y una única fuente de ingresos, respectivamente, en la que el hijo o hija más mayor tuvo entre 9 y 12 años.	Los chicos y chicas menos monitorizados y con progenitores con más bajo conocimiento sobre su vida diaria, recibieron más bajas calificaciones escolares que otros; además en familias con ambos progenitores trabajando, los chicos percibieron más problemas de conducta.

	Longitudinal de tres semanas con siete medidas mediante entrevistas telefónicas y una entrevista en el hogar.	
Dick et al. (2007)	Adolescentes gemelos de 11 a 14 años de Finlandia y sus progenitores. Longitudinal de tres años aproximadamente, con dos medidas de auto-informes.	Al estudiar el rol del conocimiento parental, en la etiología genética o medioambiental del consumo de tabaco, aunque tuvo solo pequeños efectos principales, su efecto de moderación fue importante: con altos niveles de conocimiento parental, las influencias ambientales fueron predominantes en la etiología del consumo de tabaco adolescente; peor con bajos niveles, las influencias genéticas asumieron gran importancia. Por lo que la etiología del consumo de tabaco varió dramáticamente en función de la paternidad o maternidad.
DiClemente et al. (2001)	522 adolescentes de 14 a 18 años de vecindarios de bajo estatus socioeconómico. Transversal con auto-informes, entrevistas.	Chicos y chicas adolescentes que percibieron menos conocimiento parental fueron más probables de informar de tener relaciones sexuales de riesgo y consumir sustancias, como alcohol o marihuana.
Engels et al. (2005)	1279 adolescentes suecos con una media de edad de 14.42 años y 1357 holandeses de 11 a 14 años, y sus progenitores. Longitudinal: 1998-2000 en Suecia y 2000-2001 en Holanda, con medidas de auto-informes.	Los datos suecos mostraron que chicos y chicas que más auto-revelaron a sus progenitores fueron menos probables de comenzar a fumar, mientras que interés y control parental no fueron relacionadas con el inicio de un consumo de tabaco regular. En los datos holandeses, al igual que en el estudio sueco, no se encontraron asociaciones entre indicadores de control e interés parental en el inicio del consumo. Esto implicó que controlar el consumo de tabaco no pareció tener éxito; pero sí lo que chicos y chicas auto-revelaron a sus padres y madres.
Flannery et al. (1999)	1170 adolescentes con una media de edad de 12.7 años. Transversal con auto-informes.	El tipo de actividad que los adolescentes realizaron tras la escuela estuvo relacionado con monitorización y conocimiento parental; los adolescentes que pasaron su tiempo tras la escuela con iguales sin adultos informaron de más bajos niveles de monitorización paternal, además de más altos niveles de comportamientos delictivos, agresión, uso de sustancias y susceptibilidad a los iguales, que aquellos adolescentes que pasaron más tiempo en casa con un adulto presente; si bien, entre los adolescentes solos en casa, no se dieron diferencias significativas con respecto a que estuviera o no un adulto presente.
Fletcher et al. (2004)	2568 estudiantes de entre 14-18 años de Wisconsin y California. Longitudinal durante dos cursos académicos (1987-1988 y 1988-1989) con medidas de auto-informes.	El más fuerte predictor de la implicación del adolescente en problemas de conducta (consumo de sustancias y delincuencia) fue el control de los progenitores sobre el comportamiento de sus hijos e hijas. Chicos y chicas adolescentes fueron menos probables de involucrarse con las drogas cuando sus progenitores fueron cálidos e implicados en sus vidas, intentaron obtener información acerca de sus actividades y proveer altos niveles de control. Altos niveles de conocimiento parental solo sirvió como un mecanismo, explicando asociaciones entre control, calidez, monitorización y problemas de comportamiento del adolescente. Además, control y monitorización parental también fueron relacionados directamente: el control parental fue asociado con bajos niveles de implicación en problemas de comportamiento; y altos niveles de monitorización fueron asociados con más consumo de sustancias, sin observarse este efecto longitudinalmente, sugiriendo que, aunque los progenitores son más probables de monitorizar a chicos y chicas más consumidores, tal monitorización no incrementa o disminuye lo que harán en el futuro. Los resultados indican que calidez y monitorización disuaden de la implicación en problemas de comportamiento realizando el conocimiento

		parental de las actividades, lugares que frecuenta y compañías de su adolescentes.
Forehand et al. (1997)	907 adolescentes de 14 a 16 años y sus madres de cuatro muestras: americanos negros de Montgomery (Alabama) y el Bronx (Nueva York), e hispanos del Bronx (Nueva York) y San Juan (Puerto Rico). Transversal con entrevistas y auto-informes.	Altos niveles de conocimiento parental, pero no comunicación parento-filial, predijo bajos niveles de conducta desviada relacionadas con bajo rendimiento escolar, conductas sexuales coitales, consumo de sustancias, implicación en peleas físicas, uso de armas, etc., en adolescentes de cada una de las muestras.
Griffin, Botvin, Scheier, Diaz y Miller (2000)	228 estudiantes de sexto grado (11 años aproximadamente) de escuelas públicas de Nueva York y uno de sus progenitores. Transversal con auto-informes y entrevistas telefónicas.	Mayor monitorización y conocimiento parental, fueron asociadas con menor delincuencia en general y consumo de tabaco en ambos géneros, así como, sólo en chicos con un menor consumo de alcohol (quizás porque sus niveles de consumo fueron más altos); además, de todos los factores parentales, tuvieron el mayor efecto protector.
Laird et al. (2008)	504 adolescentes desde los 12 hasta los 16 años y sus progenitores. Longitudinal de cinco años con medidas anuales de auto-informes.	Adolescentes del subgrupo caracterizado por bajos niveles de conocimiento parental informaron de más conductas delincuentes y más amistades antisociales en la adolescencia temprana, así como informaron de un gran incremento en conductas delincuentes y amistades antisociales desde la adolescencia temprana a la media, comparados con el subgrupo caracterizado por altos niveles de conocimiento parental. Además, altos niveles de conocimiento parental suprimió la probabilidad de que adolescentes delincuentes formaran amistades con iguales de ideas afines y de que amistades con iguales antisociales permitieran la escalada de conductas delincuentes.
Laird, Pettit, Bates, et al. (2003)	426 adolescentes desde los 12 hasta los 16 años y sus progenitores. Longitudinal de cinco años con medidas anuales. En este estudio solo del grado noveno al duodécimo mediante entrevistas y auto-informes.	Se dieron relaciones longitudinales entre la percepción de los adolescentes acerca de la cantidad de conocimiento de los progenitores sobre sus actividades y su implicación en conductas delincuentes durante los años de instituto. La conducta delincuente se incrementó sobre el tiempo y chicos, pero no chicas, informaron de decrementos del conocimiento parental; los cuales fueron asociados con incrementos en los informes de los progenitores de conducta delincuente de sus adolescentes. Por su parte, el conocimiento parental pareció inhibir las futuras implicaciones del adolescente en conductas de riesgo. Además, longitudinalmente, la escalada en conductas delincuentes estuvo relacionada con reducciones en el conocimiento parental, sugiriendo que, en estos casos, los progenitores encuentran mayor dificultad para obtener información; al contrario, más bajos niveles de implicación en conductas delincuentes se relacionó con más alto niveles de conocimiento parental que pudieran estar reflejando unas positivas relaciones parento-filiales.
Li, Feigelman, et al. (2000)	Adolescentes de 9 a 17 años de áreas urbanas de bajos ingresos. Tres estudios transversales de auto-informes: 1992, 1994 y 1996 (455, 355 y 349 adolescentes respectivamente).	Bajos niveles de conocimiento parental percibido fue asociado con mayor implicación en conductas de riesgo para la salud, incluyendo conducta sexual, consumo de sustancias, tráfico de drogas, hacer novillos en la escuela y comportamientos violentos.
Li, Stanton, et al. (2000)	383 adolescentes afro-americanos de entre	El conocimiento parental fue inversamente relacionado con las tres conductas de riesgo evaluadas: sexo inseguro,

	9 a 15 años. Longitudinal de cuatro años con siete medidas de auto-informes.	consumo y tráfico de drogas.
McCrystal et al. (2007)	3919 adolescentes de 14 a 15 años del norte de Irlanda. Transversal con auto-informes.	Consumidores frecuentes de cannabis informaron de una pobre comunicación parento-filial, incluyendo bajos niveles de auto-revelación de información, conocimiento y control parental.
Mott, Crowe, Richardson y Flay (1999)	2352 estudiantes de Los Ángeles y San Diego de grado noveno (alrededor de 14 años). Transversal con auto-informes.	Altos niveles de conocimiento parental percibido y un estilo parental no permisivo fueron asociados con bajos niveles de consumo de tabaco.
Pettit, Bates, Dodge y Meece (1999)	438 desde los 12 hasta los 16 años, sus progenitores y profesorado. Longitudinal de cinco años con medidas anuales. En este estudio solo del grado sexto al séptimo con entrevistas telefónicas, en el hogar y auto-informes.	Contacto con iguales no supervisado, escasa seguridad en el vecindario, baja monitorización y conocimiento parental, predijeron altos niveles de problemas exteriorizados en chicos y chicas.
Pettit et al. (2001)	440 desde los 12 hasta los 16 años, sus progenitores y profesorado. Longitudinal de cinco años con medidas anuales. En este estudio solo del grado octavo con auto-informes y entrevistas en el hogar.	Altos niveles de monitorización y conocimiento maternos en la adolescencia temprana fue asociado con menos problemas de conducta delincuente entre chicas que entre chicos, tal vez porque son monitorizadas más cercanamente, tanto en la niñez media como en la adolescencia.
Rai et al. (2003)	Seis cohortes que involucran a 1279 adolescentes de 13 a 16 años afro-americanos de familias de bajos ingresos. Transversal y longitudinal según cada cohorte mediante auto-informes.	Los resultados mostraron un incremento significativo con la edad de la actividad sexual, el consumo de tabaco, alcohol y marihuana, y venta de drogas, más frecuentes en los chicos que en las chicas. Además, se produjo una asociación protectora entre conocimiento parental percibido y conductas de riesgo, siendo significativas las relaciones entre alto conocimiento y decremento del sexo no seguro, violencia y consumo de sustancias; si bien, no aumentó el uso del preservativo o protegió contra venta y compra de drogas.
Reitz, Prinzie, Deković y Buist (2007)	457 adolescentes de 13 a 14 años. Longitudinal de un año con tres medidas de auto-informes.	El conocimiento parental tuvo efectos directos negativos e indirectos (a través del contacto con iguales) en niveles iniciales de conductas agresivas y delinquentes (sobre todo en esta última). A lo largo del tiempo, disminuyó el conocimiento parental que llevó a incrementar las conductas delinquentes, y a disminuciones más lentas de las conductas agresivas.
Richards et al. (2004)	205 adolescentes afro-americanos (10-13 años) y sus progenitores. Longitudinal desde el grado quinto al	Adolescentes más jóvenes que son monitorizados por sus progenitores, con mayor conocimiento de sus hijos e hijas, tendieron a implicarse en menos delincuencia, consumo de sustancias y agresión.

	octavo con auto-informes.	
Romero y Ruiz (2007)	56 adolescentes de entre 11 a 15 años, la mayoría de ascendencia mejicana. Longitudinal de seis semanas con dos medidas de auto-informes.	Chicos y chicas que informaron pasar más tiempo con la familia en actividades positivas fueron más probables de informar de más altas razones de monitorización, conocimiento y disciplina en un tiempo posterior, además cercanía, monitorización y conocimiento parental fueron asociados con menor implicación en conductas de riesgo, tales como consumo de sustancias.
Soenens et al. (2006)	690 adolescentes de tres escuelas de instituto belgas. Transversal mediante auto-informes.	Alta responsividad (en un clima cálido y de afecto) y control conductual (con normas y expectativas claras y suficientes) y bajo control psicológico redujeron los problemas de sus adolescentes solo porque estas dimensiones fomentaron la auto-revelación de chicos y chicas y el conocimiento parental; además, dicho conocimiento predijo menos problemas de conducta, como consumo de sustancias, delincuencia, amistades con iguales que consumen o son delincuentes.
Stattin y Kerr (2000)	703 adolescentes de 14 años y sus progenitores del centro de Suecia. Transversal con medidas de auto-informes.	Altos niveles de auto-revelación dio lugar a bajos niveles de incumplimiento de reglas y contacto con la policía, independientemente del interés parental y del control; en los informes de adolescentes estuvo fuertemente relacionado con baja violación de las normas sin depender de si salía o no por las noches; al igual que en los informes de progenitores, si bien quienes salieron a menudo fueron menos probales de revelar y más probales de romper las normas. Para control e interés parental las conexiones con incumplimiento de las normas fueron menos claras y consistentes: control parental informado por adolescentes estuvo relacionado con bajos niveles de incumplimiento de las normas, pero no los informes de los progenitores, mientras que interés parental estuvo relacionado con más altos niveles de ruptura de normas. Estos resultados fueron sostenidos por los informes de adolescentes y progenitores, para ambos sexos, e independientemente de si chicos y chicas habían exhibido problemas de comportamiento o no.
Steinberg et al. (1994)	6500 adolescentes de entre 14-18 años de Wisconsin y California. Longitudinal durante dos cursos académicos (1987/1988 y 1988/1989) mediante auto-informes.	Altos niveles de conocimiento parental disuadieron a chicos y chicas de iniciarse en el uso de las drogas, así como chicos que estuvieron muy implicados en el consumo de sustancias disminuyeron su implicación y las chicas que estuvieron experimentando con las drogas dejaron de usarlas.
Webb et al. (2002)	1672 estudiantes del séptimo a décimo grado de cuatro escuelas de suburbanas cerca de Houston, Texas. Longitudinal de un año con dos medidas de auto-informes.	Adolescentes más conocidos por sus progenitores, monitorizados cercanamente y con progenitores preocupados por su comportamiento, fueron menos probables de implicarse en una variedad de problemas de comportamientos, incluyendo consumo de alcohol, borracheras y exhibición de problemas en la escuela.
Wetherill y Fromme (2007)	2003 adolescentes con una media de edad de 18.4 años en el primer momento. Longitudinal de 4 años con dos medidas anuales de auto-informes vía internet.	Conocimiento y cuidado parental estuvo negativamente asociado con cantidad y frecuencia de consumo de alcohol durante el último curso del instituto y el primer semestre de la Universidad, y no en aquellos adolescentes que no tuvieron esa percepción de conocimiento y cuidado parental. Longitudinalmente, se encontró que el patrón de consumo de alcohol de chicos y chicas durante el primer semestre universitario fue asociado con conocimiento y cuidado parental durante los últimos tres meses de instituto y dicho primer semestre.
Wood et al. (2004)	556 adolescentes a comienzos de entrar en	Monitorización y permisividad del consumo mostraron asociaciones significativas directas con negativas consecuencias

	la universidad con media de edad de 18.1 años. Longitudinal con tres medidas (en este estudio es la primera) de auto-informes.	en el consumo de alcohol y problemas derivados del mismo; mientras que desaprobación parental del consumo fue asociada con más bajos niveles de episodios de mucho consumo. Las relaciones entre el consumo de alcohol y ofrecimientos de alcohol tuvieron consecuencias negativas robustas con niveles más bajos de monitorización parental y no significativo con niveles superiores de monitorización. Si bien, no lo hizo apoyo parental, tal vez porque afectara solo indirectamente
Yang et al. (2007)	817 adolescentes afro-americanos y sus progenitores de 35 comunidades de bajos ingresos de Baltimore. Longitudinal desde 1999 hasta 2003 con cinco medidas de auto-informes.	El conocimiento parental tuvo un importante efecto protector en la implicación de los adolescentes en conductas de riesgo en dos años de observación, sobre todo en la implicación de las chicas en conductas sexuales de riesgo.

Tabla 2. Estudios que relacionan la monitorización parental con las conductas de riesgo y el bienestar psicológico

Autores	Participantes-Diseño	Resultados
Amato y Fowler (2002)	1331 adolescentes y sus progenitores. Auto-informes. Longitudinal con dos medidas en 1987-88 (evaluación de progenitores de hijos e hijas de 5-18 años) y en 1992-94 (evaluación de los chicos y chicas de 10-17 años).	Una monitorización parental temprana ayudó a chicos y chicas a abstenerse de implicarse en conductas potencialmente peligrosas durante los años de la adolescencia, quizás porque un control parental firme facilitó la interiorización de valores parentales y el autocontrol; además, cuando padres y madres pasaron tiempo con sus hijos e hijas, les ayudaron en sus tareas escolares, hablaron de sus problemas y mostraron afecto, chicos y chicas estuvieron mejor ajustados; mientras que si utilizaron una disciplina dura, el ajuste adolescente declinó en rendimiento académico y mayores problemas de conducta.
Barnett y Gareis (2007)	55 familias biparentales (ambos progenitores trabajaban) de Boston, con un hijo o hija de 8 a 14 años. Transversal mediante entrevista y cuestionarios enviados por correo electrónico a los progenitores.	Los chicos y chicas cuyos padres y madres tuvieron habilidades parentales altas, conocieron más sobre sus actividades y auto-revelaron más, mostraron significativamente menos conductas de riesgo; mientras que el tiempo compartido con los padres se relacionó con menos problemas exteriorizados e interiorizados.
Fröjd, Kaltiala-Heino y Rimpelä (2007)	17643 adolescentes de Finlandia de 14 a 16 años. Transversal con auto-informes.	Padres y madres que menos conocieron a las amistades de sus adolescentes y sus lugares de salida, tuvieron hijos e hijas con más problemas exteriorizados (tales como consumo de sustancias diversas) e interiorizados (como peor salud percibida, síntomas depresivos, ansiedad).
Graber et al. (2006)	1174 adolescentes desde el sexto al séptimo grado (11-12 años). Longitudinal de tres años con medidas anuales mediante auto-informes.	El conocimiento parental acerca de lo que hacen sus hijos e hijas, con quiénes están, etc., resultó ser un factor parental fundamental para contrarrestar las trayectorias de riesgo de chicos y chicas adolescentes, además de para proteger contra declives en la autoestima y mantener conductas asertivas a lo largo del tiempo.
Jacobson y Crockett	424 adolescentes desde el séptimo al	El conocimiento parental, se relacionó con todos los indicadores de ajuste evaluados, así un alto conocimiento parental

(2000)	duodécimo grado (12-17 años) de una escuela rural de Pensilvania. Transversal con auto-informes.	predijo bajos niveles de depresión, menor delincuencia y actividad sexual, y buen rendimiento académico, tanto en chicas como en chico, salvo depresión en chicos.
Kerr y Stattin (2000)	1186 adolescentes de 14 años y sus progenitores del centro de Suecia. Transversal (primera medida de un estudio longitudinal) con auto-informes.	Un alto conocimiento parental fue relacionado con múltiples medidas de buen ajuste, independientemente del sexo y el informante. De este modo, los esfuerzos activos de los progenitores por mantenerse al tanto y vigilar a sus adolescentes (interés y control parental) estuvieron relacionados con menos delincuencia, problemas escolares y mejores relaciones con los escolares; si bien, la auto-revelación estuvo más estrechamente relacionada con todo ello, así como con menos síntomas depresivos, mejor autoestima, mejores relaciones con ambos progenitores (especialmente con las madres) e incluso con tener menos amigos desviados. Al contrario, altos niveles de control parental se relacionaron con sentimientos de ser controlado que pudieron llevar a síntomas depresivos, baja autoestima y más expectativas de fracaso.
Nash et al. (2005)	2573 adolescentes de 14 a 17 años. Longitudinal de cinco años con medidas semestrales desde 1997 hasta 2001 mediante auto-informes.	Un medio familiar positivo (con buena monitorización-conocimiento parental, aceptación y comunicación parento-filial) atenuó el negativo impacto potencial de iguales consumidores en la conducta de uso de alcohol de adolescentes, así como incrementó la autoeficacia para rechazar el alcohol y disminuyó el estrés, lo cual fue relacionado con menos problemas de consumo de alcohol.
Simpkins y Parke (2002)	88 adolescentes con una media de edad de 11.85 años y sus madres. Una medida de un estudio longitudinal mediante observaciones, auto-informes y entrevistas telefónicas.	La monitorización, como una comunicación parento-filial en el que el componente activo es la auto-revelación del adolescente sobre sus actividades, se relacionó con menos amistades conflictivas, aceptación de iguales y calidad de las relaciones; con menos sentimientos depresivos, menor timidez y conductas agresivas. En contraste, se asoció negativamente con conducta prosocial, tal vez porque esté más cercanamente relacionado con relaciones diádicas, que con habilidades individuales como conducta prosocial.
Supple y Small (2006)	4209 adolescentes hmong y europeo-americanos de los grados séptimo a duodécimo (12-17 años). Transversal realizado de 1997 a 1998 mediante auto-informes.	Apoyo y conocimiento parental y decisiones tomadas democráticamente se asociaron con mayor autoestima, rendimiento escolar y más bajas conductas de riesgo.
Waizenhofer et al. (2004)	95 adolescentes de 10 a 17 años y sus progenitores. Longitudinal de 2 ó 3 semanas con cinco medidas mediante entrevistas telefónicas y un auto-informe previo.	El conocimiento por sí mismo fue el único predictor de la conducta adolescente desviada, altos niveles de conocimiento materno fue relacionado con bajos niveles de conductas desviadas tanto en chicos como en chicas adolescentes; si bien, no predijo depresión o autoestima.

CAPÍTULO 4. OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN

El recorrido bibliográfico realizado en las páginas anteriores ha resaltado la relevancia de la familia en la etapa de la adolescencia y su continuidad como contexto de socialización fundamental, ofreciendo una visión tanto positiva como negativa de dicho periodo y enfatizando cómo el clima familiar y las relaciones parento-filiales pueden o no ser importantes promotores de un desarrollo físico, psicológico y social saludables para chicos y chicas adolescentes.

En esta línea, el objetivo más general de esta investigación radica en: analizar cómo y en qué sentido, a lo largo de la adolescencia, la relación entre el conocimiento paterno y materno de sus hijos o hijas y el consumo de sustancias, por un lado, y con el bienestar psicológico, por otro, se ve moderada por el afecto y por los procedimientos de obtención del conocimiento parental, concretamente: auto-revelación, interés parental, procedimiento no comunicativo y procedimiento comunicativo bidireccional. En la Figura 6 se representan estas relaciones.

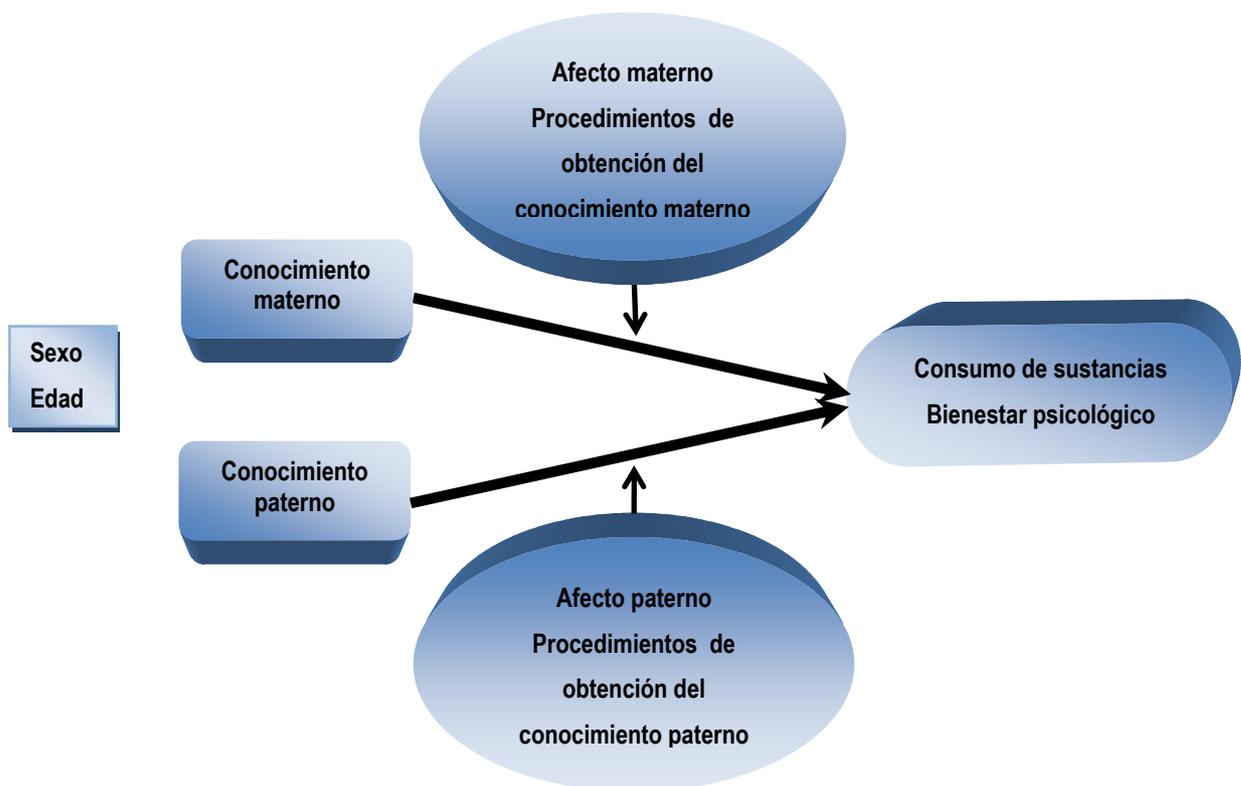


Figura 6. *Modelo de las relaciones entre las variables de la investigación*

En cuanto a los objetivos específicos que se pretenden conseguir son:

1. Conocer de forma general cómo evolucionan según el sexo y la edad de chicos y chicas adolescentes: el conocimiento parental, los procedimientos de obtención de dicho conocimiento, el afecto parental, el consumo de sustancias y el bienestar psicológico.

2. Estudiar qué variables se encuentran más relacionadas con el conocimiento parental.
3. Conocer cómo es el consumo de sustancias y el bienestar psicológico en función de los procedimientos de obtención del conocimiento parental.
4. Analizar cómo la relación entre conocimiento y consumo de sustancias se ve moderada por el afecto y los procedimientos de obtención del conocimiento parental, tanto en el caso del padre como de la madre.
5. Examinar la relación entre conocimiento y bienestar psicológico, y cómo esta relación se ve moderada por el afecto y los procedimientos de obtención del conocimiento parental, diferenciando igualmente los resultados paternos de los maternos.

A continuación se exponen las hipótesis que subyacen a los objetivos específicos:

1. Conforme avance la edad durante la adolescencia y de forma similar para ambos sexos, el conocimiento y el afecto paternos y maternos, así como el bienestar psicológico disminuirán, mientras que el consumo de sustancias aumentará progresivamente. Y, en cuanto a los procedimientos de obtención del conocimiento, los procedimientos comunicativo bidireccional y auto-revelación serán percibidos en mayor grado por las chicas, mientras que el interés parental lo será por los chicos.
2. El conocimiento materno y paterno estarán relacionados entre ellos, con el afecto parental y con los procedimientos de obtención del conocimiento parental de tipo comunicativo bidireccional y auto-revelación; respecto a las variables dependientes, el conocimiento parental se relacionará más con el consumo que con el bienestar, este último estará más asociado con el afecto parental.
3. El procedimiento comunicativo bidireccional y la auto-revelación supondrán más bajos niveles de consumo de sustancias y mejor bienestar psicológico, mientras que el procedimiento no comunicativo implicará lo contrario.
4. Una vez controlados los efectos del sexo y de la edad de chicos y chicas, niveles más altos de conocimiento parental supondrán un menor consumo de sustancias y un mejor bienestar psicológico. Además, esta relación se verá reforzada ante un mayor afecto parental y procedimientos de obtención del conocimiento de los tipos: auto-revelación y comunicativo bidireccional.
5. Las tendencias en las relaciones comentadas serán similares para la madre y el padre; si bien, la influencia y los valores de las variables maternas serán mayores que las paternas.

PARTE II: ESTUDIO EMPÍRICO

En la segunda parte de esta investigación se presentará su estudio empírico a lo largo de tres capítulos. En el capítulo quinto se describirá la metodología utilizada (participantes, instrumento, recogida y análisis de datos); en el siguiente capítulo, se mostrarán los resultados obtenidos en esta investigación; y, en el séptimo y último capítulo, se hará una discusión de dichos resultados, y se reflexionará sobre las aportaciones que este estudio podría ofrecer tanto a la investigación en este ámbito, como a la intervención familiar enfocada a la etapa de la adolescencia.

CAPÍTULO 5. METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN

1. PARTICIPANTES

Los participantes en este estudio proceden de una muestra representativa de la población total de adolescentes españoles de 11 a 18 años. Para ello, se utilizó una estrategia de muestreo aleatorio polietápico estratificado por conglomerados, teniendo en cuenta: la edad de los adolescentes, la zona geográfica (comunidad autónoma), el hábitat (rural y urbano) y la titularidad del centro educativo (público y privado).

La muestra resultante de este proceso de selección estuvo compuesta por un total de 21811 sujetos, 46.9% chicos y 53.1% chicas, de edades comprendidas entre los 11 y los 18 años: 26.9% de 11-12, 25.2% de 13-14, 26.3% de 15-16 y 21.6% de 17-18 años. Para llegar a esta muestra se realizaron varios filtros sobre la muestra original, concretamente:

- En el estudio internacional las edades diana son 11, 13 y 15 años, si bien en España se aumentó el rango de edad incluyendo los 17 y las edades intermedias 12, 14 y 16 años.
- El modo de captar a las submuestras siguió el siguiente razonamiento:
 - 5º y 6º de Primaria: Edad comprendida entre los 10 y los 12 años.
 - 1º y 2º de ESO: Edad comprendida entre los 13 y los 14 años.
 - 3º y 4º de ESO: Edad comprendida entre los 15 y los 16 años.
 - 1º y 2º de Bachillerato y 1º y 2º curso de formación ocupacional de grado medio: Edad de 17 años en adelante.

El número de colegios participantes en la investigación fue de 375, de los que 82 eran públicos (72.8%) y 102 privados (27.2%). En relación al hábitat, 5691 sujetos (36%) procedían de hábitat rural (municipios con menos de 10000 habitantes o con un número de habitantes

comprendido entre los 10000 y los 25000 que cuenten con una densidad de población inferior a 100 habitantes por kilómetro cuadrado, no siendo en ningún caso capitales de provincia) y el resto, 10102 (64%) procedían de hábitat urbano (capitales de provincia, municipios con más de 25000 habitantes o con un número de habitantes comprendido entre los 10000 y los 25000 y una densidad de población superior o igual a 100 habitantes por kilómetro cuadrado).

Para esta investigación, dado que algunas de las variables que se utilizan solo fueron aplicadas a chicos y chicas de 13 años en adelante, no se analizará el grupo de edad 11-12 años. En la Tabla 3 se contabiliza detalladamente la frecuencia y los porcentajes teniendo en cuenta el grupo de edad y el sexo de los chicos y chicas participantes que se estudian en esta investigación.

Tabla 3. Distribución por edad y sexo de la muestra del estudio

	Frecuencia	Porcentaje
Chico 13 - 14 años	2780	17.44%
Chico 15 - 16 años	2724	17.09%
Chico 17 - 18 años	1934	12.13%
Total de chicos	7438	46.66%
Chica 13 - 14 años	2719	17.06%
Chica 15 - 16 años	3009	18.87%
Chica 17 - 18 años	2776	17.41%
Total de chicas	8504	53.34%
Total de participantes	15942	100%

2. INSTRUMENTO

En sus inicios, el estudio HBSC diseñó un instrumento común que permitía conocer los hábitos de vida relacionados con la salud de los preadolescentes y adolescentes escolarizados. En la actualidad, cada país además de incluir en su cuestionario un repertorio de preguntas obligatorias, que se consideran centrales en el estudio internacional, también puede incluir preguntas optativas propuestas por cada uno de los grupos especializados en un ámbito temático, o bien preguntas de opción nacional. En este sentido, a pesar de que cada recogida de datos introduce sus peculiaridades, hay un conjunto de temas y de preguntas asociadas a esos temas que se mantienen de una edición a la siguiente (lo que permite examinar las tendencias evolutivas en cada país y entre ellos); otro conjunto de preguntas son también centrales, pero de esa edición en concreto, y a ellas se añaden otras de carácter optativo, cuya inclusión o no deciden los equipos investigadores de cada país. Queda también al criterio de cada país la

posibilidad de añadir preguntas propias relacionadas con asuntos que respondan a preocupaciones o demandas sociales del momento.

Por otra parte, el cuestionario HBSC para esta edición 2006 ha superado los requisitos exigidos por el Comité Ético de Experimentación de la Universidad de Sevilla para la experimentación en sujetos humanos y en animales, ajustándose a la normativa vigente en España y en la Unión Europea.

En cuanto a los temas que se investigan son: variables demográficas; alimentación y dieta; actividad física y sedentarismo; consumo de sustancias y salud sexual; accidentes, violencia y maltrato entre iguales; relaciones y clima familiar; iguales (red social, ocupación del tiempo libre, etc.); entorno escolar; salud positiva y ajuste psicológico.

Por último, de acuerdo al ámbito de esta investigación, los ítems que se han usado y el bloque temático al que pertenecen se detallan a continuación.

- Bloque de demográficas:
 - *Sexo*, con dos valores: *chica* y *chico*.
 - *Edad*, en los análisis descriptivos se usa la edad con tres valores: *13-14*, *15-16*, *17-18* y en los análisis de correlaciones y regresión la edad en su forma continua con valores desde los *13* hasta los *18 años*.
 - *Combinaciones de sexo y edad*, con ocho valores: *chico 13-14*, *chico 15-16*, *chico 17-18*, *chica 13-14*, *chica 15-16*, *chica 17-18*.

 - Bloque de familia:
 - *Conocimiento parental sobre su hijo o hija adolescente*, medido de forma cuantitativa desde *5 (bajo conocimiento)* hasta *15 (alto conocimiento)*. Esta variable se ha creado como una escala de una serie de ítems; en la escala del conocimiento materno los ítems son los siguientes:
 - ¿Qué sabe realmente tu madre acerca de quiénes son tus amigos?
 - ¿Qué sabe realmente tu madre acerca de cómo gastas tu dinero?
 - ¿Qué sabe realmente tu madre acerca de dónde estás después del colegio o instituto?
 - ¿Qué sabe realmente tu madre acerca de dónde vas por la noche?
 - ¿Qué sabe realmente tu madre acerca de qué haces en tu tiempo libre?
- Y para la escala del conocimiento paterno, los ítems han sido:
- ¿Qué sabe realmente tu padre acerca de quiénes son tus amigos?

- ¿Qué sabe realmente tu padre acerca de cómo gastas tu dinero?
- ¿Qué sabe realmente tu padre acerca de dónde estás después del colegio o instituto?
- ¿Qué sabe realmente tu padre acerca de dónde vas por la noche?
- ¿Qué sabe realmente tu padre acerca de qué haces en tu tiempo libre?

Estas dos escalas de conocimiento parental evalúan la percepción de los chicos y chicas acerca del conocimiento que sus progenitores tienen de su tiempo libre tras la jornada escolar, siendo usada como un indicador del nivel de la monitorización parental (Brown et al., 1993).

Para la construcción de cada escala se siguen de igual forma los siguientes pasos: 1) En el primer paso se elimina el cuarto valor de los ítems: *no tengo o no veo a mi madre/padre*, manteniendo el resto de valores: *sabe mucho, sabe poco y no sabe nada*. 2) Se recodifican los ítems para ordenar los valores, quedando en el siguiente orden: *no sabe nada, sabe poco, sabe mucho*. 3) Sumatorio de los diferentes ítems que componen la escala. 4) Por último, se etiquetan los valores de las dos escalas desde *5 bajo conocimiento* hasta *15 alto conocimiento*.

Respecto a la fiabilidad de la escala original de Brown et al. (1993), en la que se preguntaba conjuntamente por el conocimiento de ambos progenitores, no de forma separada como en este estudio, fue alta, así el Alfa de Cronbach tuvo un valor de .80. En la muestra de esta investigación, la fiabilidad es muy parecida a la de la escala original, de .75 y .84 respectivamente para la madre y el padre, y la fiabilidad de la escala completa es de .86.

- *Afecto parental*, medido de forma cuantitativa desde 1 (*bajo afecto*) hasta 3 (*alto afecto*); esta variable se ha creado como una escala (basada en la dimensión *afecto* del *Parental Bonding Inventory-Brief Current form (PBI-BC)* de Klimidis, Minas y Ata, 1992), el HBSC-PBI ya mencionado. Los ítems de los que se han obtenido la escala del afecto materno son:

- Mi madre me ayuda tanto como lo necesito.
- Mi madre es cariñosa.
- Mi madre comprende mis problemas y preocupaciones.
- Mi madre consigue hacerme sentir mejor cuando estoy triste.

Y los ítems de la escala de afecto paterno son los siguientes:

- Mi padre me ayuda tanto como lo necesito.
- Mi padre es cariñoso.
- Mi padre comprende mis problemas y preocupaciones.

- Mi padre consigue hacerme sentir mejor cuando estoy triste.

El *Parental Bonding Inventory (PBI)* evalúa el concepto de vínculo parental, el cual está conectado con los conceptos de apego y de estilos parentales; es definido como un sentimiento de cercanía e intimidad hacia uno de los progenitores y se refleja en la supervisión percibida, en la comunicación, implicación y actividades compartidas en la familia (Dallago et al., 2008). Permite el análisis de dos dimensiones independientes y fundamentales de los vínculos parentales: afecto (calidez, atención, cercanía, etc.) y sobreprotección (control, intrusión, bajo respeto a la autonomía de hijos e hijas, etc.) o promoción de la autonomía, que hacen posible la clasificación del apego en cuatro categorías: afecto constreñido (alto afecto y sobreprotección), control frío (bajo afecto y alta sobreprotección), apego seguro (alto afecto y baja sobreprotección) y ausencia de vínculos o negligente (bajos afecto y sobreprotección) (Parker et al., 1979).

Una versión corta de la escala, el *PBI Parental Bonding Instrument-Brief Current form (PBI-BC)*, fue desarrollada dentro del contexto de un amplio estudio de inmigrantes y refugiados adolescentes con antecedentes australianos. Se hizo necesaria por dos motivos: la necesidad de brevedad para poderse evaluar las medidas de cuidado/rechazo y control/autonomía junto con otras diferentes; y de evaluar la actual percepción del estilo parental. El PBI-BC se basó en ítems derivados del instrumento original con ciertas modificaciones, quedando en una escala con ocho ítems. El primer factor reflejó la dimensión de cariño versus rechazo, mientras que el segundo factor reflejó la dimensión de control versus autonomía. Las escalas derivadas de estos factores fueron bastante fiables y las diferencias de género generalmente replicaron a las del cuestionario original (Klimidis, Minas y Ata, 1992). Además, tiene una adecuada validez y es considerado como una válida aproximación de la versión completa de la escala, especialmente con población adolescente (Klimidis, Minas, Ata y Stuart, 1992), como es el caso del estudio HBSC.

En cuanto al HBSC-PBI (con la misma estructura del PBI-BC), el estudio de Dallago et al. (2008) encontró un adecuado ajuste entre los datos observados y la estructura de dos dimensiones de la escala en una muestra internacional representativa de ocho países, lo que supone la equivalencia conceptual y estructural del HBSC-PBI en diferentes países. Además, no hubo diferencias notables entre la escala materna y la paterna, salvo que la versión materna funcionó mejor que la paterna.

En este estudio, solo se utiliza la dimensión afecto de la escala HBSC-PBI, tanto materna como paterna, con un Alfa de Cronbach, respectivamente, de .75 y .81, así como de .83 para la subescala de afecto completa, por lo tanto con fiabilidad alta. No se dispone de la fiabilidad de la escala HBSC-PBI dado que se encuentra en proceso de validación; si bien, la

muestra de esta investigación, al ser amplia y representativa de los adolescentes españoles de 13 a 18 años, permite calcular acertadamente el índice de fiabilidad de la escala.

La construcción de ambas escalas es similar a la del conocimiento parental, así consta de los siguientes pasos: 1) En el primer paso se elimina el cuarto valor de los ítems: *no tengo o no veo a mi madre/padre*, manteniendo el resto de valores: *casi siempre*, *algunas veces* y *nunca*. 2) Se recodifican los ítems para ordenar los valores, quedando en el siguiente orden: *nunca*, *algunas veces*, *casi siempre*. 3) Sumatorio de los diferentes ítems que componen la escala y división entre el número de ítems. 4) Por último, se etiquetan los valores de las dos escalas desde *5 bajo afecto* hasta *3 alto afecto*.

- *Procedimientos de obtención del conocimiento parental*, siguiendo los ya citados hallazgos de Stattin y Kerr y con la intención de comprobar qué supone una forma u otra de obtención del conocimiento parental, se crearon cuatro grupos a partir del cruce de dos variables referidas a procedimientos: interés parental y auto-revelación, con cuatro valores cada una: *nunca*, *casi nunca*, *casi siempre* y *siempre*. Los enunciados de los ítems de interés materno y auto-revelación son, respectivamente:
 - En general, lo que tu madre sabe sobre estas cosas es porque ella te lo pregunta y tú se lo cuentas.
 - En general, lo que tu madre sabe sobre estas cosas es porque tú se lo cuentas, aunque ella no te lo pregunte.

En el caso paterno son los siguientes:

- En general, lo que tu padre sabe sobre estas cosas es porque él te lo pregunta y tú se lo cuentas.
- En general, lo que tu padre sabe sobre estas cosas es porque tú se lo cuentas, aunque él no te lo pregunte.

Al cruzar estos dos ítems, de forma separada para el padre y la madre, se obtuvieron cuatro grupos de chicos y chicas cuya denominación y número de casos (entre paréntesis) aparecen en las Tablas 4 y 5.

Tabla 4. *Procedimientos de obtención del conocimiento materno*

		En general, lo que tu madre sabe sobre estas cosas es porque tú se lo cuentas, aunque ella no te lo pregunte				
		Nunca	Casi nunca	Casi siempre	Siempre	Total
En general, lo que tu madre sabe sobre estas cosas es porque ella te lo pregunta y tú se lo cuentas	Nunca	No comunicativo (n = 1280)		Auto-revelación (n = 1428)		2708
	Casi nunca					
	Casi siempre	Interés parental (n = 5582)		Comunicativo bidireccional (n = 7223)		12805
	Siempre					
Total		6862		8651		15513

Tabla 5. *Procedimientos de obtención del conocimiento paterno*

		En general, lo que tu padre sabe sobre estas cosas es porque tú se lo cuentas, aunque él no te lo pregunte				
		Nunca	Casi nunca	Casi siempre	Siempre	Total
En general, lo que tu padre sabe sobre estas cosas es porque él te lo pregunta y tú se lo cuentas	Nunca	No comunicativo (3682)		Auto-revelación (1770)		5452
	Casi nunca					
	Casi siempre	Interés parental (4506)		Comunicativo bidireccional (5043)		9549
	Siempre					
Total		8188		6813		15001

Cada uno de estos grupos se ha constituido a través de la selección de los cuatro valores de los dos ítems comentados, del modo en que sigue:

- El grupo **auto-revelación** está formado por aquellos chicos y chicas que informaban que *casi siempre o siempre* auto-revelaban, y *nunca o casi nunca* sus progenitores les preguntaban sobre sus actividades (interés parental). Esto implica que lo que los padres y madres de estos chicos y chicas conocen sobre sus hijos e hijas, se debe a la revelación espontánea por parte de estos y estas.
- El grupo de **interés parental**, se refiere a aquellos chicos y chicas que puntuaron que *nunca o casi nunca* auto-revelaban, pero que *casi siempre o siempre* percibían interés parental por parte de sus padres y madres. Ello supone que el procedimiento, utilizado por los padres y madres de este grupo de chicos y chicas, es el de preguntarles para conocer sobre sus actividades.
- El grupo **no comunicativo** está formado por aquellos chicos y chicas que afirmaron que *nunca o casi nunca* auto-revelaban ni sus progenitores se interesaban por sus

actividades. Así, ni padres o madres preguntaban a sus hijos e hijas, ni estos o estas les contaban a sus progenitores.

- El grupo **comunicativo bidireccional**, son los chicos y chicas que *casi siempre o siempre* auto-revelaban y, al mismo tiempo, percibían interés parental, por lo que es el mecanismo opuesto al anterior.

Estos cuatro grupos en el caso del padre y de la madre conforman las variables: procedimientos de obtención del conocimiento paterno y procedimientos de obtención del conocimiento materno, respectivamente.

- Bloque de conductas de riesgo:
 - *Consumo de tabaco*, con valores desde *nunca a todos los días* (de 0 hasta 30); esta variable se ha creado de la recodificación en valores numéricos referidos al consumo mensual, del siguiente ítem:
 - ¿Con qué frecuencia fumas tabaco en la actualidad?, con cuatro valores: *no fumo, menos de una vez a la semana, al menos una vez a la semana, pero no todos los días, todos los días.*
 - *Consumo de alcohol*, igualmente con valores desde *nunca a todos los días* (de 0 hasta 30); también, se ha creado de la recodificación en valores numéricos, correspondientes al consumo mensual, del ítem:
 - Máxima frecuencia de consumo actual de bebidas alcohólicas, variable creada a partir de la suma de las variables de frecuencia de consumo de cada bebida (cerveza, vino, licores tomados solos o combinados con refresco, combinados de refresco y alguna bebida alcohólica que se compran hechos), con cinco valores: *nunca, rara vez, todos los meses, todas las semanas, todos los días.*
 - *Consumo de cannabis*, con valores desde *nunca a 40 veces o más* (de 0 hasta 40); está tomado del ítem siguiente, referido al consumo de cannabis en los últimos 30 días:
 - ¿Has tomado alguna vez en los últimos 30 días cannabis (hachís o marihuana, "porros")?, con los siguientes valores: *nunca, 1 ó 2 veces, de 3 a 5 veces, de 6 a 9 veces, de 10 a 19 veces, de 20 a 39 veces, 40 veces o más.*

La razón de tomar estas tres sustancias es debido a que según el estudio HBSC, que provee los datos de este trabajo, son las más consumidas entre los y las adolescentes españoles de 13 a 18 años de edad.

- Bloque de salud positiva:
 - *Bienestar psicológico*, medido de forma cuantitativa desde 1 (*nunca*) hasta 5 (*siempre*); esta variable se ha creado como una escala, basada en el cuestionario *KIDSCREEN-10 index* (The KIDSCREEN Group Europe, 2006), de los siguientes ítems:
 - En la última semana, ¿te has sentido bien y en forma?
 - En la última semana, ¿te has sentido lleno/a de energía?
 - En la última semana, ¿te has sentido triste?
 - En la última semana, ¿te has sentido solo/a?
 - En la última semana, ¿has tenido suficiente tiempo para ti mismo/a?
 - En la última semana, ¿has podido hacer las cosas que querías en tu tiempo libre?
 - En la última semana, ¿tus padres te han tratado de forma justa?
 - En la última semana, ¿te has divertido con tus amigos/as?
 - En la última semana, ¿te ha ido bien el colegio o instituto?
 - En la última semana, ¿has podido prestar atención, concentrarte?

El KIDSCREEN-10 index provee un índice global de CVRS con 10 ítems que cubren las facetas física, psicológica y social de la salud subjetiva y el bienestar en la última semana; recomendable para usar en amplias encuestas, como es el caso del *HBSC*. Respecto a la fiabilidad de esta escala es alta, con un Alfa de Cronbach de .82 (The KIDSCREEN Group Europe, 2006). Valor muy parecido al Alfa de Cronbach obtenido en la muestra de esta investigación, de .80.

Los ítems de las versiones KIDSCREEN-10 cumplen con las asunciones del modelo de Rasch. Para que la interpretación sea más aplicable, las puntuaciones de las escalas Rasch son traducidas a valores T. Los pasos a seguir son los siguientes: 1) El primer paso es recodificar los ítems formulados negativamente; si bien, la mayoría de los ítems están formulados positivamente y tienen concordancia en la puntuación, es decir que más alta puntuación refleja más alto bienestar psicológico. 2) Sumatorio de los ítems de la escala que permite la obtención de las puntuaciones directas. 3) Transformación de las puntuaciones directas en puntuaciones tipificadas Z, restando a cada puntuación directa la media (calculada para la validación internacional de ese cuestionario) y dividiendo este resultado por la desviación típica (calculada en el mismo estudio). 4) Una vez obtenida la puntuación Z, se recodifica en una escala derivada (puntuación T), con media 50 y desviación tipo 10, más aconsejable y fácil para su posterior

manejo e interpretación, implicando que más altos valores indican un mejor bienestar psicológico (The KIDSCREEN Group Europe, 2006).

Las diversas deficiencias de la fase de recogida de datos del proyecto KIDSCREEN en España, relacionadas con el método de muestreo, de recogida de cuestionarios (mediante el método CATI –encuesta telefónica asistida por ordenador- y auto-administración del cuestionario por correo) y de representatividad de la muestra (muestra válida final de 924, correspondiendo a un 23% de los adolescentes con los que se intentó contactar en un principio), hicieron optar por la creación de las puntuaciones T a partir de los datos generados por la muestra del estudio HBSC en España, ya que por sus dimensiones (21811 adolescentes), el método de muestreo (que garantiza la representatividad de los adolescentes españoles) y el método de recogida de datos (con entrevistador cualificado y garantizando el anonimato) hacían más fiable este procedimiento que el aconsejado en la publicación original del cuestionario.

3. PROCEDIMIENTO

3.1. Recogida de Datos

En el procedimiento de recogida de información, el organismo internacional del estudio HBSC señala que deben cumplirse tres condiciones básicas. En primer lugar, los propios escolares debían de ser quienes respondieran al cuestionario; en segundo lugar, se había de asegurar y respetar escrupulosamente el anonimato de las respuestas y, por último, la administración de los cuestionarios debía de realizarse dentro del contexto escolar.

Con el objetivo de que estos supuestos se cumplieran con rigor, en la primavera de 2006 el equipo coordinador desplazó a encuestadores, debida y específicamente entrenados para aplicar este instrumento, a las aulas de los centros educativos que habían sido seleccionados al azar (y con cuya dirección se había concretado previamente el momento de la visita), dichos encuestadores efectuaron la administración de los cuestionarios dentro del horario escolar (solía ocupar un módulo de una hora) y ofrecieron al alumnado garantías totales de anonimato (por ejemplo, al finalizar el cuestionario, lo incluían ellos mismos en un sobre que se les facilitaba).

Las instrucciones dadas al personal del trabajo de campo indicaban que tras la entrada en el aula y una vez repartidas las encuestas a los participantes que quisieran responderla, leyesen una breve explicación sobre su objetivo y su forma de respuesta. Los encuestadores de aquellas zonas con más de un idioma oficial, entregaron un formato dúo de cuestionario, de modo que en la portada aparecía el cuestionario completo en un idioma y en la contraportada, el mismo cuestionario pero en el otro idioma, para que así cada alumno o alumna escogiese

libremente y de forma anónima el idioma con el que se sintiera más cómodo para realizar el cuestionario.

Tras la explicación inicial de la encuesta, los chicos y chicas participantes comenzaban a responder de forma individual. El personal encargado del trabajo de campo tenía instrucciones de contestar las preguntas sobre cuestiones de formato, pero no responder a las que se refiriesen a contenido.

3.2. Análisis de Datos

La presente investigación es de carácter transversal, ya que los datos fueron recogidos en un único momento temporal para cada participante. Consta de dos variables independientes: conocimiento paterno y conocimiento materno sobre el hijo o hija adolescente; e incluye diferentes variables moderadoras: afecto paterno y materno y procedimientos de obtención del conocimiento parental: auto-revelación, interés parental, no comunicativo y comunicativo bidireccional, tanto para el caso del padre como de la madre. Además, las variables dependientes se refieren al consumo de sustancias, concretamente de tabaco, alcohol y cannabis, y al bienestar psicológico. Y, como variables de control, se introducen dos variables demográficas: sexo y edad.

Tras la creación, comentada anteriormente, de los cuatros grupos de procedimientos de obtención del conocimiento parental, se llevaron a cabo los análisis estadísticos.

En primer lugar, se realizaron análisis descriptivos bivariados con sus correspondientes pruebas de significación en función del tipo de variables, con el objetivo de conocer las variaciones de las diferentes variables independientes, dependientes y moderadoras con respecto a las demográficas (sexo, edad y combinaciones de sexo y edad) utilizadas en este trabajo. En los casos en los que la variable dependiente fue cuantitativa y la independiente cualitativa con dos grupos independientes se utilizó la prueba *t*, que permite contrastar hipótesis referidas a la diferencia entre las medias de la variable dependiente en los dos grupos distintos de la variable independiente (Martín, 2001). Cuando la cualitativa tuvo más de dos grupos independientes, se realizaron análisis de varianza (ANOVA) de un factor, que sirve para comparar varios grupos en una variable cuantitativa, siendo una generalización de la prueba anterior. En este caso, la estrategia que permite probar la hipótesis de igualdad de medias consiste en obtener el estadístico *F*, el cual refleja el grado de parecido existente entre las medias que se están comparando (Tejedor, 1999). Respecto al tamaño de efecto (índice que indica la magnitud de una relación), en el primer tipo de prueba se usó como tamaño de efecto la

d de Cohen, que permite comparaciones entre pares de grupos; y en el segundo caso, al tener la variable cualitativa más de dos valores, se optó por utilizar la eta cuadrada (η^2) (Vacha-Haase y Thompson, 2004).

Por último, cuando las dos variables (dependiente e independiente) fueron cualitativas, se realizaron tablas de contingencia y la prueba utilizada fue la chi-cuadrado o χ^2 , que analiza el grado de asociación entre dos variables categóricas y permite contrastar la hipótesis de que los dos criterios de clasificación utilizados (las dos variables categóricas) son independientes. En este caso, para conocer la magnitud de la asociación se utilizó la V de Cramer (V), ya que, al menos una de las variables, tuvo más de dos valores (Aguilera del Pino, 2001).

En segundo lugar, se realizaron correlaciones entre las variables cuantitativas utilizadas en este estudio (conocimiento y afecto parental, consumo de sustancias y bienestar psicológico); para ello se calculó el coeficiente de correlación de Pearson, medida de asociación lineal que permite estudiar el grado de variación conjunta existente entre dos o más variables cuantitativas y la dirección de su relación (Hopkins, Hopkins y Glass, 1997). En el caso de las variables cualitativas (procedimientos de obtención del conocimiento parental), se analizaron las medias y desviaciones típicas en relación al conocimiento parental y a las variables dependientes, y se efectuaron las pruebas de significación y tamaños de efecto acordes a las variables.

En tercer lugar, se llevaron a cabo análisis de regresión múltiple jerárquica, iguales para cada una de las variables dependientes utilizadas y diferenciando para el caso del padre y de la madre. El método para seleccionar las variables independientes fue “introducir”, el cual construye la ecuación de regresión utilizando todas las variables seleccionadas en la lista, y por pasos, incluyendo las variables en diferentes momentos.

Los pasos seguidos en este trabajo fueron tres: la edad y el género se controlaron estadísticamente incluyéndolas en la primera etapa en la ecuación de regresión. En el segundo paso se incluyeron las variables: conocimiento, afecto parental y procedimientos de obtención de dicho conocimiento, concretamente auto-revelación, interés parental y procedimiento no comunicativo (no se incluye el procedimiento comunicativo bidireccional, ya que los cuatro procedimientos conforman una variable con cuatro categorías que requiere el uso de tres variables dicotómicas en forma de códigos binarios, para introducir su información en la ecuación). En un tercer paso, para examinar el efecto moderador de los procedimientos y del afecto, se introdujeron las interacciones entre dichas variables con conocimiento parental.

El análisis de regresión lineal múltiple es un conjunto de técnicas que permiten analizar la relación entre una única variable dependiente cuantitativa y varias variables independientes

cuantitativas o ficticias (*dummy*). El procedimiento implica, básicamente, obtener la ecuación que mejor expresa la relación entre ambas variables y estimar mediante el coeficiente de determinación R^2 , la calidad de la ecuación de regresión obtenida, es decir el grado de ganancia que se puede obtener al predecir una variable a partir del conocimiento que se tiene de otras variables; así como, mediante el estadístico F analizar la significatividad de la ganancia o incremento obtenido al introducir variables en la ecuación. Además, con los coeficientes *Beta* estandarizados (β) (que representan el incremento de la variable dependiente cuando aumenta en una unidad el valor de la variable independiente) se obtiene información de la importancia relativa de cada variable independiente en la ecuación de regresión, cuanto mayor es, más peso tiene la variable en la ecuación y si es significativamente distinta de cero (lo cual se observa en el nivel crítico asociado a cada prueba t) informa sobre las variables realmente relevantes (Etxebarria, 1999).

Por otro lado, cuando la interacción entre la variable independiente y la moderadora es significativa, es indicativo de que las pendientes de las rectas son estadísticamente distintas; pero para conocer cuál de las pendientes es significativa se lleva a cabo un test de pendientes simples basado en el estadístico t de Student (Aiken y West, 1996). Resulta necesario comentar que esta prueba solo se llevará a cabo cuando las interacciones entre conocimiento y afecto parental sean significativas, dado que en el caso de los procedimientos de obtención del conocimiento parental, al ser variables cualitativas, la pendiente significativa será la que esté indicándose en los datos.

Finalmente, lo anterior ha de ir unido a una comprobación del cumplimiento de los supuestos que avalan la validez del procedimiento. Brevemente, estos supuestos son: linealidad, implica que el cambio de la variable dependiente asociado con la variable independiente es constante en el rango de sus valores, se observa en el gráfico de dispersión; independencia, es decir que los residuos son independientes entre sí, y se observa con el estadístico de Durbin-Watson o DW (valores entre 1.5 y 2.5 indican que los residuos son independientes); homocedasticidad, para cada valor de la variable independiente la varianza de los residuos es constante, pudiéndose observar con un gráfico de dispersión; normalidad, para cada valor de la variable independiente los residuos se distribuyen normalmente con media cero y puede observarse en un gráfico tipo histograma con curva normal; no-colinealidad, no existe relación lineal exacta entre ninguna de las variables independientes y puede comprobarse en los valores de tolerancia (muy pequeños indican que esa variable puede ser explicada por una combinación lineal del resto de variables, lo que significa que existe colinealidad) (Etxebarria, 1999).

CAPÍTULO 6. RESULTADOS DE LA INVESTIGACIÓN

Tras describir las características metodológicas de esta investigación, en este sexto capítulo se presentan los resultados obtenidos en cuatro grandes apartados: evolución en chicos y chicas adolescentes de las variables relevantes de la investigación, estudio de las variables más relacionadas con el conocimiento parental, análisis de moderación para el consumo de sustancias y análisis de moderación para el bienestar psicológico.

1. EVOLUCIÓN DE LAS VARIABLES RELEVANTES DE LA INVESTIGACIÓN SEGÚN EL SEXO Y LA EDAD DE CHICOS Y CHICAS ADOLESCENTES

Este primer apartado de resultados se centra en describir las variables independientes, moderadoras y dependientes de este estudio, según el sexo, la edad y las combinaciones de ambas variables, con el objetivo de conocer cómo son estas relaciones y su relevancia.

1.1. Conocimiento parental

1.1.1. Conocimiento materno

En la Tabla 6 se presentan los resultados del análisis descriptivo de la variable conocimiento materno.

Como se observa en la Tabla 6, el conocimiento materno fue significativamente mayor en chicas que en chicos, $t(14745) = 10.81, p < .001$, si bien el tamaño de efecto fue pequeño, $d = 0.2$. Respecto a la edad se dieron igualmente diferencias significativas, $F(2, 15391) = 5.89, p = .003$, sobre todo entre los 15-16 y los 17-18 años, con mayor conocimiento materno en el grupo de edad más alto seguido por el grupo de 13-14 años; no obstante, dichas diferencias carecieron de efecto, $\eta^2 = .001$. En cuanto a las combinaciones de sexo y de edad, en el caso de los chicos se observa que, conforme aumentó la edad, disminuyó el conocimiento materno, mientras que en el caso de las chicas aumentó progresivamente, teniendo en todas las edades valores más altos de conocimiento que los chicos (estas tendencias se observan claramente en la Figura 7); dichas diferencias a pesar de que fueron significativas, $F(5, 15388) = 32.85, p < .001$, tuvieron un tamaño de efecto pequeño, $\eta^2 = .01$.

Tabla 6. Valores medios de conocimiento materno según sexo, edad y combinaciones de ambos

		N	Media	Desviación típica	Mínimo	Máximo
Total		15395	13.52	1.84	5	15
Sexo	Chica	8238	13.67	1.77	5	15
	Chico	7157	13.35	1.90	5	15
Grupo de edad	13 - 14 años	5180	13.53	1.87	5	15
	15 - 16 años	5595	13.47	1.87	5	15
	17 - 18 años	4619	13.59	1.77	5	15
Combinaciones de sexo y edad	chico 13 - 14 años	2601	13.47	1.85	5	15
	chico 15 - 16 años	2647	13.30	1.90	5	15
	chico 17 - 18 años	1909	13.26	1.96	5	15
	chica 13 - 14 años	2579	13.58	1.88	5	15
	chica 15 - 16 años	2948	13.61	1.82	5	15
	chica 17 - 18 años	2711	13.83	1.59	5	15

1.1.2. Conocimiento paterno

La Tabla 7 muestra que en el conocimiento paterno, según el sexo de chicos y chicas, sucedió lo contrario, ya que fue significativamente mayor en chicos que en chicas, $t(14682) = -5.41$, $p < .001$, si bien el tamaño de efecto fue pequeño, $d = 0.1$. Las diferencias de edad fueron igualmente significativas, $F(2, 14824) = 12.17$, $p < .001$, disminuyendo de los 13-14 años a los 15-16 años significativamente para luego aumentar ligeramente a los 17-18 años, aunque con valor más bajo que a los 13-14 años; no obstante, dichas diferencias carecieron de efecto, $\eta^2 = .002$.

Tabla 7. Valores medios de conocimiento paterno según sexo, edad y combinaciones de ambos

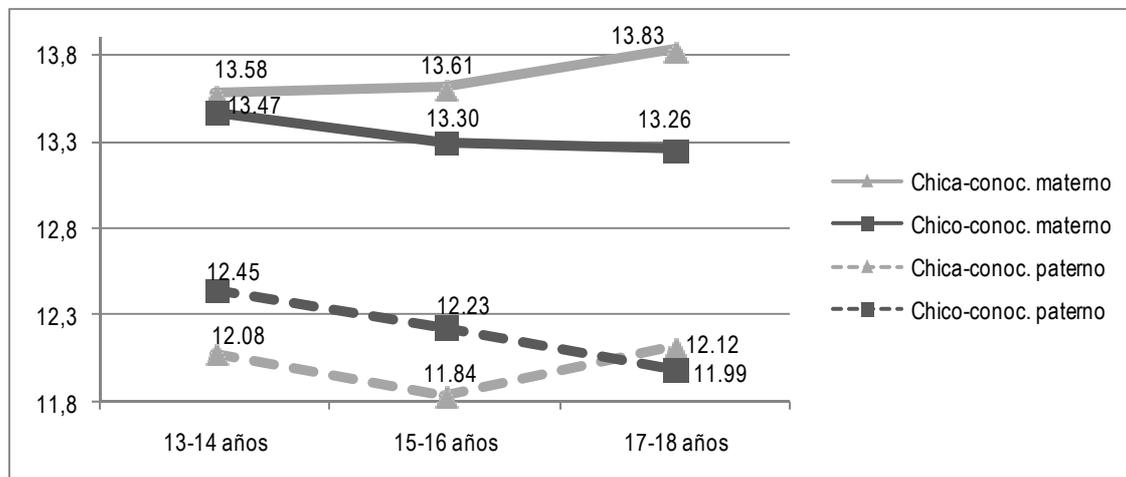
		N	Media	Desviación típica	Mínimo	Máximo
Total		14827	12.12	2.64	5	15
Sexo	Chica	7915	12.01	2.68	5	15
	Chico	6912	12.24	2.59	5	15
Grupo de edad	13 - 14 años	5010	12.27	2.68	5	15
	15 - 16 años	5354	12.03	2.67	5	15
	17 - 18 años	4463	12.06	2.56	5	15
Combinaciones de sexo y edad	chico 13 - 14 años	2526	12.45	2.61	5	15
	chico 15 - 16 años	2546	12.23	2.53	5	15
	chico 17 - 18 años	1840	11.99	2.62	5	15
	chica 13 - 14 años	2484	12.08	2.74	5	15
	chica 15 - 16 años	2808	11.84	2.78	5	15
	chica 17 - 18 años	2623	12.12	2.52	5	15

Respecto a las combinaciones de sexo y de edad, la Figura 7 ilustra estas relaciones junto con las del conocimiento materno. En el caso de los chicos se observa una disminución progresiva conforme aumentó la edad del conocimiento paterno, mientras que en el caso de las

chicas disminuyó de los 13-14 años a los 15-16, para aumentar a los 17-18 años incluso con valor medio más alto que en el grupo de edad más pequeño; dichas diferencias a pesar de que fueron significativas, $F(5, 14821) = 15.95, p < .001$, tuvieron un tamaño de efecto pequeño, $\eta^2 = .01$.

La Figura 7 representa la evolución en chicos y chicas del conocimiento materno y del conocimiento paterno, anteriormente comentados. Como puede observarse, los valores medios del conocimiento materno fueron superiores a los del conocimiento paterno, sucediendo ello tanto en chicos como en chicas de todas las edades.

Figura 7. Valores medios de conocimiento materno y paterno según combinaciones de sexo y edad



1.2. Afecto parental

1.2.1. Afecto materno

En la Tabla 8 se observa que el afecto materno fue similar tanto para chicos como para chicas. Así, a pesar de que se dieron diferencias de medias significativas, $t(15413) = -2.77, p = .01$, carecieron de efecto, $d = 0.0$. En cuanto a las diferencias de edad, significativas con una $F(2, 15548) = 74.52, p < .001$, el afecto materno disminuyó de los 13-14 a los 15-16 años para luego mantenerse estable, si bien dichas diferencias tuvieron un tamaño de efecto pequeño, $\eta^2 = .01$.

Respecto a las combinaciones de sexo y edad (en la Figura 8 aparecen representadas junto con las del afecto paterno), tanto en chicos como en chicas, el afecto materno percibido fue significativamente más alto a los 13-14 años y más bajo, en el caso de los chicos, a los 17-18 y, en el de las chicas, a los 15-16 años. Dichas diferencias, a pesar de que fueron significativas, $F(5, 15545) = 34.65, p < .001$, tuvieron un tamaño de efecto pequeño, $\eta^2 = .01$.

Tabla 8. Valores medios de afecto materno según sexo, edad y combinaciones de ambos

		N	Media	Desviación típica	Mínimo	Máximo
	Total	15552	2.64	0.41	1	3
Sexo	Chica	8308	2.63	0.42	1	3
	Chico	7244	2.65	0.40	1	3
Grupo de edad	13 - 14 años	5325	2.70	0.39	1	3
	15 - 16 años	5611	2.61	0.43	1	3
	17 - 18 años	4615	2.61	0.41	1	3
Combinaciones de sexo y edad	chico 13 - 14 años	2678	2.72	0.37	1	3
	chico 15 - 16 años	2658	2.62	0.42	1	3
	chico 17 - 18 años	1908	2.60	0.41	1	3
	chica 13 - 14 años	2648	2.67	0.41	1	3
	chica 15 - 16 años	2953	2.61	0.43	1	3
	chica 17 - 18 años	2707	2.62	0.41	1	3

1.2.2. Afecto paterno

La Tabla 9 muestra que el afecto paterno medio fue significativamente mayor para los chicos con respecto a las chicas, $t(14730) = -5.77$, $p < .001$, si bien dichas diferencias de género tuvieron un tamaño de efecto pequeño, $d = 0.1$.

Conforme la edad aumentó, disminuyó significativamente el afecto paterno, $F(2, 14890) = 117.73$, $p < .001$, siendo mayores las diferencias entre el grupo de 13-14 años con los grupos de edad de 15-16 y 17-18 años; no obstante, estas diferencias tuvieron un tamaño de efecto pequeño, $\eta^2 = .02$.

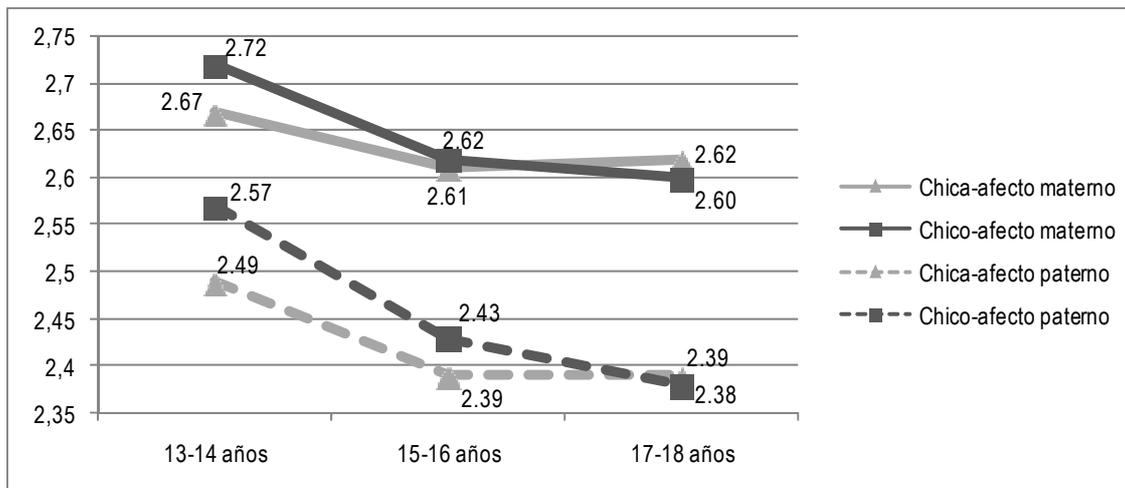
Tabla 9. Valores medios de afecto paterno según sexo, edad y combinaciones de ambos

		N	Media	Desviación típica	Mínimo	Máximo
	Total	14894	2.44	0.51	1	3
Sexo	Chica	7914	2.42	0.52	1	3
	Chico	6980	2.47	0.51	1	3
Grupo de edad	13 - 14 años	5085	2.53	0.49	1	3
	15 - 16 años	5365	2.41	0.52	1	3
	17 - 18 años	4444	2.39	0.51	1	3
Combinaciones de sexo y edad	chico 13 - 14 años	2581	2.57	0.48	1	3
	chico 15 - 16 años	2566	2.43	0.51	1	3
	chico 17 - 18 años	1833	2.38	0.52	1	3
	chica 13 - 14 años	2505	2.49	0.50	1	3
	chica 15 - 16 años	2799	2.39	0.53	1	3
	chica 17 - 18 años	2610	2.39	0.51	1	3

Respecto a las combinaciones de sexo y de edad, en chicos el afecto paterno disminuyó progresivamente con la edad, y en las chicas lo hizo de los 13-14 años a los 15-16 años para luego mantenerse con los mismos valores de afecto a los 17-18 años; estas variaciones, aunque fueron significativas, $F(5, 14887) = 55.08, p < .001$, tuvieron un efecto pequeño, $\eta^2 = .02$.

En la Figura 8 aparecen representados los valores medios de afecto paterno y de afecto materno según el sexo y la edad de chicos y chicas.

Figura 8. Valores medios de afecto materno y paterno según combinaciones de sexo y edad



Como muestra la Figura 8, y al igual que sucedía en el caso del conocimiento parental, los valores medios de afecto materno fueron superiores a los de afecto paterno en chicos y chicas de todas las edades.

1.3. Procedimientos de obtención del conocimiento parental

1.3.1. Procedimientos de obtención del conocimiento materno

En la Tabla 10 se observa el número de chicos y chicas y el porcentaje correspondiente en los procedimientos de obtención del conocimiento materno, según el sexo, el grupo de edad y las combinaciones de sexo y edad.

En cuanto al sexo, el procedimiento más elegido por los chicos fue el interés parental (42.34%) y el que menos la auto-revelación (6.94%); mientras que en las chicas, el procedimiento de obtención del conocimiento de tipo comunicativo bidireccional (51.89%) fue el más seleccionado y el que menos el no comunicativo (6.48%). Estas diferencias fueron significativas, $\chi^2(3, N = 15514) = 402.93, p = .001$, aunque con un grado de asociación pequeño, $V = .16$.

Respecto a diferencias con la edad, fueron significativas con una χ^2 (6, N = 15513) = 95.67, $p < .001$, pero con una magnitud de la asociación pequeña, $V = .06$. En todas las edades, el procedimiento de obtención del conocimiento con mayor porcentaje fue el comunicativo bidireccional (seleccionado por un 44 a un 49%, aproximadamente, de chicos y chicas), mientras que el menos elegido a los 13-14 años fue la auto-revelación (8.84%) y de los 15 a los 18 años de edad el no comunicativo (entre un 5 y un 10% aproximadamente).

Tabla 10. Porcentajes de los procedimientos de obtención del conocimiento materno según sexo, edad y combinaciones de ambos

		Auto-revelación		Interés parental		No comunicativo		Comunicativo bidireccional	
		N	%	N	%	N	%	N	%
Sexo	Total	1428	9.21%	5582	35.99%	1280	8.25%	7223	46.56%
	Chica	926	11.18%	2523	30.45%	537	6.48%	4300	51.89%
	Chico	502	6.94%	3060	42.34%	743	10.28%	2923	40.44%
Grupo de edad	13 - 14 años	467	8.84%	1719	32.53%	517	9.78%	2582	48.85%
	15 - 16 años	498	8.87%	2149	38.26%	494	8.79%	2476	44.08%
	17 - 18 años	463	10.04%	1714	37.18%	269	5.83%	2165	46.95%
Combinaciones de sexo y edad	chico 13 - 14 años	193	7.23%	972	36.47%	286	10.72%	1214	45.57%
	chico 15 - 16 años	172	6.45%	1173	44.07%	312	11.72%	1005	37.76%
	chico 17 - 18 años	137	7.23%	915	48.12%	145	7.64%	704	37.01%
	chica 13 - 14 años	275	10.47%	748	28.52%	232	8.83%	1368	52.18%
	chica 15 - 16 años	326	11.05%	976	33.03%	182	6.15%	1470	49.78%
	chica 17 - 18 años	326	12.02%	799	29.50%	124	4.56%	1461	53.93%

Por último, la Figura 9 (en la Tabla 10 se completa su información) muestra que en todas las chicas de todas las edades, el procedimiento comunicativo bidireccional se dio con mayor porcentaje y el no comunicativo con menor. Y en el caso de los chicos, en todas las edades el procedimiento de obtención del conocimiento con menor porcentaje fue la auto-revelación, mientras que el mayor a los 13-14 años fue el procedimiento comunicativo bidireccional y en los grupos de edad 15-16 y 17-18 años, el interés parental. Todas las variaciones mencionadas fueron significativas, χ^2 (15, N = 15515) = 544.32, $p < .001$, pero con efectos pequeños, $V = .11$.

1.3.2. Procedimientos de obtención del conocimiento paterno

La Tabla 11 presenta el número de chicos y chicas y el porcentaje correspondiente en la variable procedimientos de obtención del conocimiento paterno, según el sexo, el grupo de edad y las combinaciones de sexo y edad.

Respecto al sexo, el procedimiento más elegido por chicos y chicas fue el comunicativo bidireccional (36.67% y 30.96% respectivamente) y el que menos la auto-revelación (10.11% de chicos y 13.27% de chicas). Las diferencias fueron significativas, $\chi^2 (3, N = 15000) = 95.08, p < .001$, pero con un grado de la asociación pequeño, $V = .08$.

En cuanto a diferencias con la edad, todas fueron significativas, $\chi^2 (6, N = 15000) = 191.03, p < .001$, aunque con efecto pequeño, $V = .08$. En los tres grupos de edad, el procedimiento de obtención del conocimiento con menor porcentaje fue la auto-revelación (seleccionada por un 10 a un 13%, aproximadamente, de chicos y chicas), y la que más de los 13 a los 16 años fue el procedimiento comunicativo bidireccional (elegido por un 30 a un 40% aproximadamente), y a los 17-18 años de edad el interés parental (33.76%).

Tabla 11. *Porcentajes de los procedimientos de obtención del conocimiento paterno según sexo, edad y combinaciones de ambos*

		Auto-revelación		Interés parental		No comunicativo		Comunicativo bidireccional	
		N	%	N	%	N	%	N	%
	Total	1770	11.80%	4506	30.04%	3682	24.54%	5043	33.62%
Sexo	Chica	1063	13.27%	2352	29.36%	2116	26.41%	2480	30.96%
	Chico	706	10.11%	2154	30.82%	1566	22.40%	2563	36.67%
Grupo de edad	13 - 14 años	558	10.88%	1340	26.12%	1162	22.65%	2071	40.36%
	15 - 16 años	615	11.39%	1658	30.69%	1459	26.99%	1671	30.93%
	17 - 18 años	596	13.34%	1508	33.76%	1061	23.76%	1301	29.13%
Combinaciones de sexo y edad	chico 13 - 14 años	244	9.44%	660	25.52%	516	19.95%	1166	45.09%
	chico 15 - 16 años	246	9.55%	828	32.20%	624	24.28%	873	33.97%
	chico 17 - 18 años	217	11.83%	666	36.35%	426	23.23%	524	28.59%
	chica 13 - 14 años	314	12.34%	680	26.73%	646	25.39%	905	35.55%
	chica 15 - 16 años	370	13.06%	830	29.31%	834	29.46%	798	28.18%
	chica 17 - 18 años	379	14.40%	842	31.96%	635	24.13%	777	29.51%

Por último, como muestra la Figura 10, en todas las edades tanto en chicos como en chicas la auto-revelación fue el procedimiento de obtención del conocimiento paterno menos seleccionado. Respecto al procedimiento más seleccionado: a los 17-18 años fue, en ambos sexos, el interés parental; en chicos de 13 a 16 años y en chicas de 13-14 años de edad fue el procedimiento comunicativo bidireccional; y en chicas de 15-16 años de edad el no comunicativo. Todas las variaciones comentadas fueron significativas, $\chi^2 (15, N = 15000) = 309.83, p < .001$, si bien la magnitud de la asociación fue pequeña, $V = .08$.

Figura 9. Porcentajes de los procedimientos de obtención del conocimiento materno según combinaciones de sexo y edad

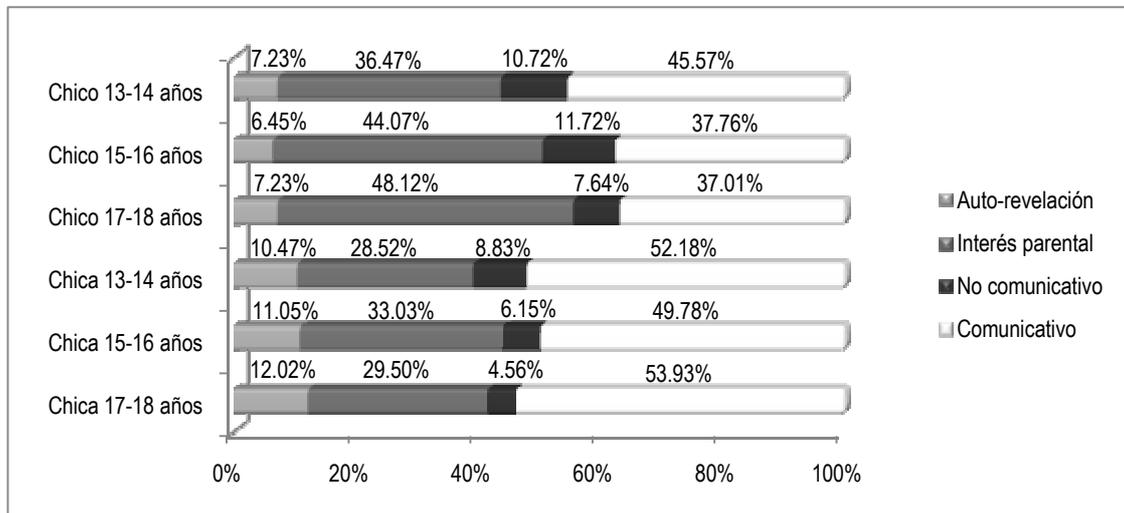
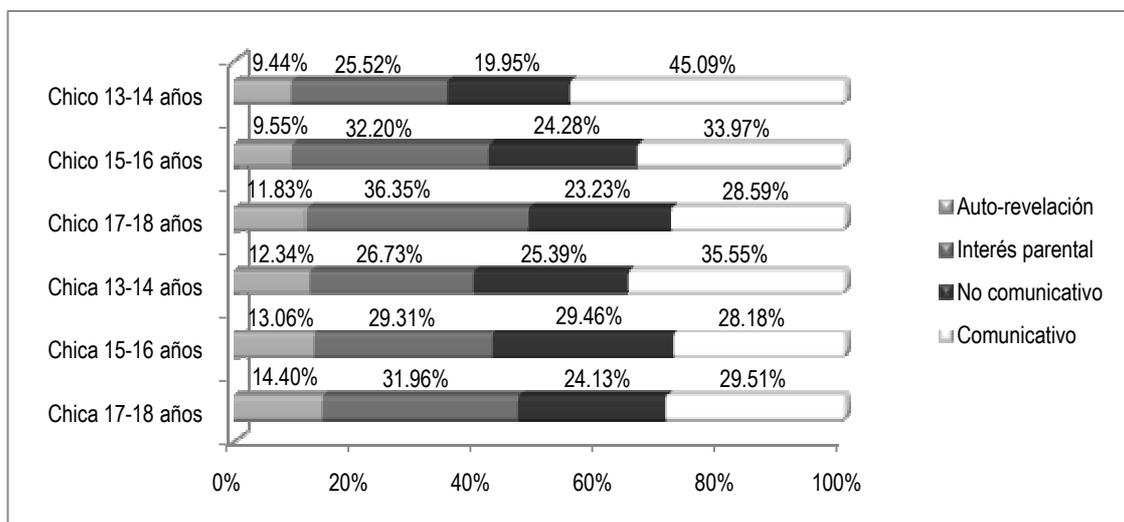


Figura 10. Porcentajes de los procedimientos de obtención del conocimiento paterno según combinaciones de sexo y edad



1.4. Consumo de sustancias

1.4.1. Consumo de tabaco

La Tabla 12 muestra que respecto al género, las chicas tuvieron valores medios más altos de consumo de tabaco que los chicos, siendo las diferencias significativas, $t(15621) = 10.84$, $p < .001$ pero con tamaño de efecto pequeño, $d = 0.2$. Conforme aumentó la edad, el consumo de

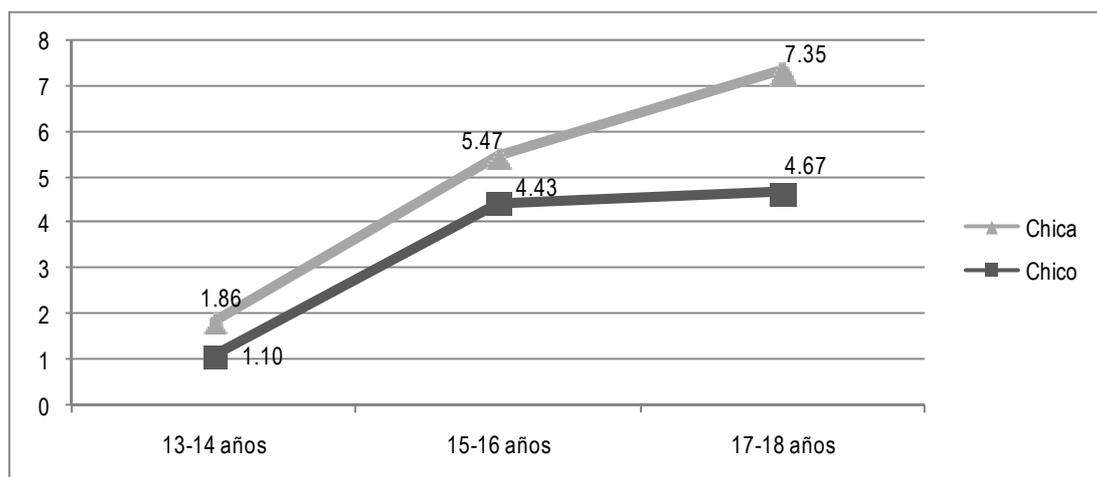
tabaco medio aumentó progresivamente a lo largo de la adolescencia, siendo las diferencias significativas entre todos los grupos de edad, $F(2, 15647) = 337.79$, $p < .001$, y con efecto medio-bajo, $\eta^2 = .04$. Dicho aumento progresivo sucedió significativamente, $F(5, 15644) = 158.36$, $p < .001$, tanto en chicos como en chicas (en estas, los valores medios de consumo fueron mayores en todas las edades) y con un tamaño de efecto medio-bajo, $\eta^2 = .05$.

Tabla 12. Valores medios de consumo de tabaco según sexo, edad y combinaciones de ambos

		Recuento	Media	Desviación típica	Mínimo	Máximo
	Total	15650	4.15	9.86	0	30
Sexo	Chica	8333	4.94	10.56	0	30
	Chico	7317	3.25	8.90	0	30
Grupo de edad	13 - 14 años	5380	1.47	5.96	0	30
	15 - 16 años	5646	4.97	10.64	0	30
	17 - 18 años	4623	6.25	11.64	0	30
Combinaciones de sexo y edad	chico 13 - 14 años	2729	1.10	5.18	0	30
	chico 15 - 16 años	2693	4.43	10.21	0	30
	chico 17 - 18 años	1895	4.67	10.41	0	30
	chica 13 - 14 años	2652	1.86	6.65	0	30
	chica 15 - 16 años	2954	5.47	11.00	0	30
	chica 17 - 18 años	2728	7.35	12.31	0	30

En la Figura 11 se observa la evolución del consumo medio de tabaco a lo largo de la adolescencia, tanto en chicos como en chicas.

Figura 11. Valores medios de consumo de tabaco según combinaciones de sexo y edad



1.4.2. Consumo de alcohol

En la Tabla 13 se observa que los chicos tuvieron valores medios de consumo de alcohol significativamente más altos que las chicas, $t(13473) = -5.23$, $p < .001$, pero con tamaño de efecto pequeño, $d = 0.1$.

Respecto a la edad, el consumo de alcohol medio aumentó progresivamente a lo largo de la adolescencia, siendo las diferencias entre los grupos de edad significativas, $F(2, 15369) = 691.45$, $p < .001$, y con efecto medio, $\eta^2 = .08$.

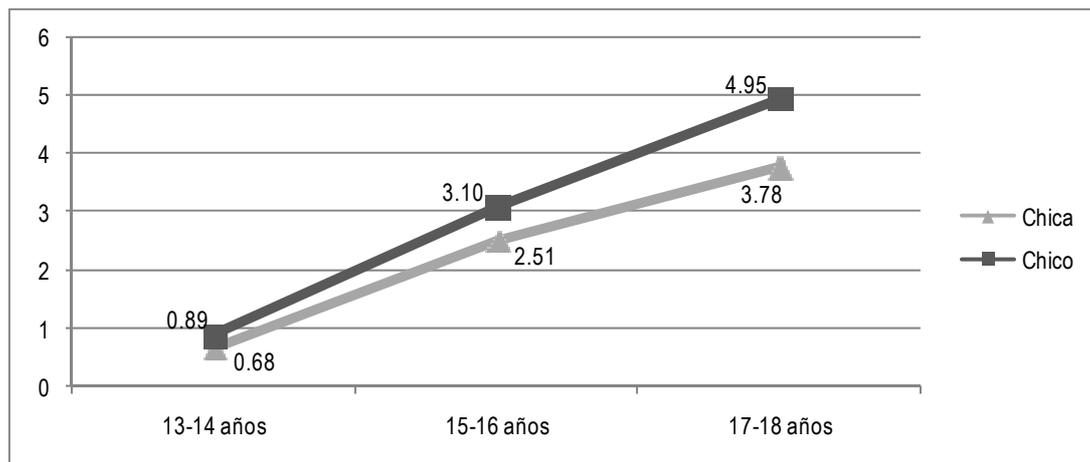
El aumento progresivo de consumo de alcohol a lo largo de la adolescencia, se dio significativamente, $F(5, 15366) = 297.75$, $p < .001$, tanto en chicos como en chicas, siendo los valores medios de consumo en todas las edades más altos para los chicos que para las chicas, y con un tamaño de efecto medio, $\eta^2 = .09$.

Tabla 13. Valores medios de consumo de alcohol según sexo, edad y combinaciones de ambos

		Recuento	Media	Desviación típica	Mínimo	Máximo
	Total	15372	2.56	4.86	0	30
Sexo	Chica	8182	2.37	4.24	0	30
	Chico	7190	2.79	5.47	0	30
Grupo de edad	13 - 14 años	5152	0.79	3.37	0	30
	15 - 16 años	5558	2.79	4.98	0	30
	17 - 18 años	4662	4.26	5.41	0	30
Combinaciones de sexo y edad	chico 13 - 14 años	2619	0.89	3.87	0	30
	chico 15 - 16 años	2660	3.10	5.57	0	30
	chico 17 - 18 años	1911	4.95	6.26	0	30
	chica 13 - 14 años	2533	0.68	2.76	0	30
	chica 15 - 16 años	2898	2.51	4.35	0	30
	chica 17 - 18 años	2751	3.78	4.67	0	30

En la Figura 12 se representan los valores medios de consumo de alcohol según la edad y el sexo de chicos y chicas adolescentes.

Figura 12. Valores medios de consumo de alcohol según combinaciones de sexo y edad



1.4.3. Consumo de cannabis

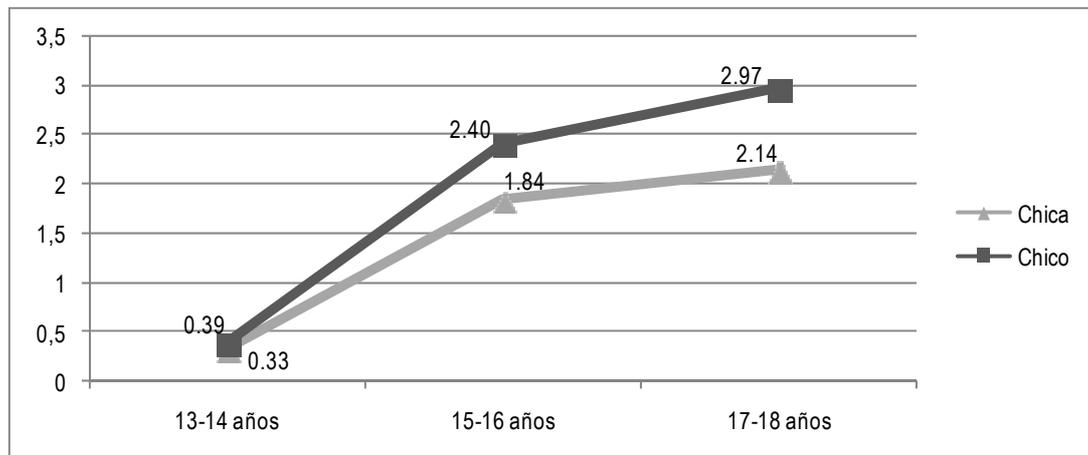
En la Tabla 14 se presentan los valores medios de consumo de cannabis según las variables demográficas estudiadas. Como se observa, los chicos consumieron más cannabis que las chicas en valores medios; estas diferencias fueron significativas, $t(14153) = -3.37$, $p = .001$ y con tamaño de efecto pequeño, $d = 0.1$.

Tabla 14. Valores medios de consumo de cannabis según sexo, edad y combinaciones de ambos

		Recuento	Media	Desviación típica	Mínimo	Máximo
Sexo	Total	15517	1.61	6.27	0	40
	Chica	8308	1.45	5.74	0	40
	Chico	7209	1.80	6.82	0	40
Grupo de edad	13 - 14 años	5366	0.36	2.77	0	40
	15 - 16 años	5594	2.10	7.22	0	40
	17 - 18 años	4557	2.48	7.62	0	40
Combinaciones de sexo y edad	chico 13 - 14 años	2693	0.39	3.05	0	40
	chico 15 - 16 años	2646	2.40	7.89	0	40
	chico 17 - 18 años	1870	2.97	8.56	0	40
	chica 13 - 14 años	2673	0.33	2.46	0	40
	chica 15 - 16 años	2948	1.84	6.54	0	40
	chica 17 - 18 años	2687	2.14	6.87	0	40

Respecto a la edad, el consumo de cannabis fue significativamente mayor, $F(2, 15514) = 172.16$, $p < .001$, conforme aumentó la edad y con efecto bajo, $\eta^2 = .02$. Además, tanto en chicos como en chicas aumentó progresivamente el consumo de cannabis de forma significativa, $F(5, 15511) = 72.24$, $p < .001$, e, igualmente con tamaño de efecto bajo, $\eta^2 = .02$. La Figura 13 muestra la evolución del consumo de cannabis según el sexo y la edad de chicos y chicas.

Figura 13. Valores medios de consumo de cannabis según combinaciones de sexo y edad



1.5. Salud positiva

1.5.1. Bienestar psicológico

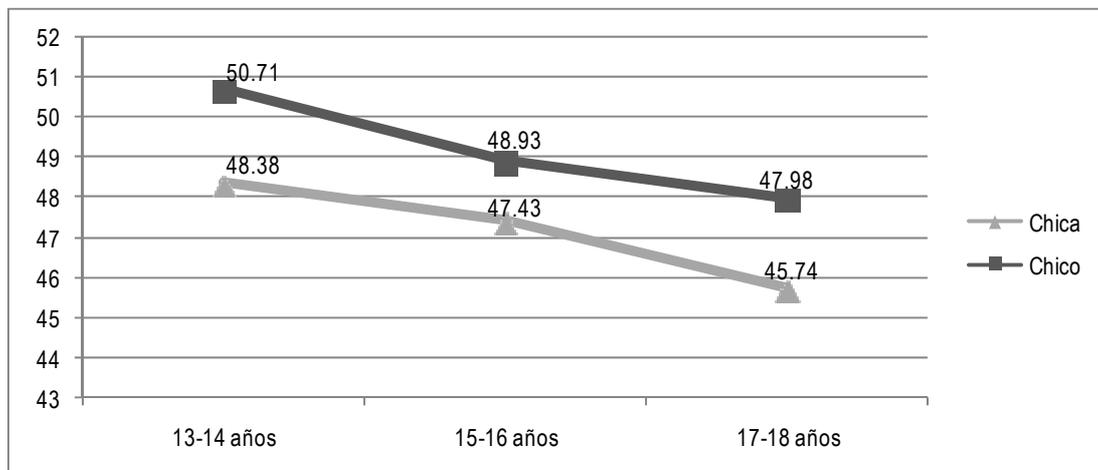
La Tabla 15 muestra que el bienestar psicológico medio fue significativamente mayor en chicos que en chicas, $t(14647) = -13.72, p < .001$, pero con tamaño de efecto pequeño, $d = 0.2$. Respecto a la edad se volvieron a dar diferencias significativas, $F(2, 15082) = 107.99, p < .001$, con mayor bienestar en el grupo de edad más pequeño; aunque, carecieron de efecto, $\eta^2 = .01$.

Tabla 15. Valores medios de bienestar psicológico según sexo, edad y combinaciones de ambos

		N	Media	Desviación típica	Mínimo	Máximo
Sexo	Total	15085	48.15	9.68	-0.98	83.09
	Chica	8128	47.16	9.54	-0.98	83.09
	Chico	6957	49.31	9.71	-0.98	83.09
Grupo de edad	13 - 14 años	5000	49.54	10.45	-0.98	83.09
	15 - 16 años	5477	48.14	9.10	11.63	83.09
	17 - 18 años	4608	46.66	9.24	-0.98	83.09
Combinaciones de sexo y edad	chico 13 - 14 años	2497	50.71	10.40	-0.98	83.09
	chico 15 - 16 años	2579	48.93	9.10	11.63	83.09
	chico 17 - 18 años	1881	47.98	9.32	-0.98	72.58
	chica 13 - 14 años	2504	48.38	10.38	-0.98	74.68
	chica 15 - 16 años	2898	47.43	9.03	13.73	70.48
	chica 17 - 18 años	2727	45.74	9.08	13.73	83.09

En cuanto a las combinaciones de sexo y de edad, tanto en chicos como en chicas el bienestar psicológico medio disminuyó progresivamente, teniendo los chicos en todas las edades mayor bienestar; estas variaciones fueron significativas, $F(5, 15079) = 77.54, p < .001$, y con tamaño de efecto medio-bajo, $\eta^2 = .03$. La Figura 14 presenta la evolución del bienestar psicológico, en valores medios, según la edad y el sexo de chicos y chicas adolescentes.

Figura 14. Valores medios de bienestar psicológico según combinaciones de sexo y edad



En resumen...

En general, los resultados de las variables de este estudio mostraron características positivas, tanto los valores medios de conocimiento como de afecto parental se encontraron en valores medio-altos, el consumo de sustancias se dio en niveles bajos y el bienestar psicológico medio fue positivo.

Conocimiento parental,

- el conocimiento materno, fue percibido en mayor grado por las chicas, mientras que el paterno lo fue para los chicos.
- fue más bajo en el grupo de edad de 15-16 años y más alto, en el caso del conocimiento materno, a los 17-18 años y, en el paterno, a los 13-14 años.
- en el caso de los chicos, disminuyó progresivamente conforme avanzó la edad; mientras que en las chicas, el conocimiento materno aumentó con la edad y el conocimiento paterno disminuyó de los 13-14 a los 15-16 años y aumentó a los 17-18 años, teniendo valores más altos que el grupo de edad más pequeño.

Afecto parental,

- el afecto materno fue similar para chicos y chicas y el paterno algo mayor en chicos.
- el afecto materno disminuyó de los 13-14 a los 15-16 años manteniéndose estable luego; y el afecto paterno disminuyó progresivamente a lo largo de la adolescencia.
- en los chicos los valores de afecto descendieron con la edad; en el caso de las chicas disminuyó de los 13-14 años a los 15-16 años, en el caso del afecto materno volvió a

aumentar ligeramente a los 17-18 años y en el afecto paterno se mantuvo con el mismo valor que a los 15-16 años.

Procedimientos de obtención del conocimiento parental,

- en el caso del conocimiento materno, el procedimiento más elegido por los chicos fue el interés parental y, el que menos, la auto-revelación; en las chicas, el procedimiento comunicativo bidireccional fue el más seleccionado y, el que menos, el no comunicativo. Para el conocimiento paterno, en ambos sexos el procedimiento que obtuvo mayor porcentaje fue el comunicativo bidireccional y el que menos la auto-revelación.
- con la edad, el procedimiento de obtención del conocimiento con menor porcentaje fue la auto-revelación en el caso del conocimiento paterno y en el del materno solo a los 13-14 años y, de los 15 a los 18 años de edad, el no comunicativo. El más referido fue el procedimiento comunicativo bidireccional, en el caso del conocimiento materno y en el paterno de los 13 a los 16 años, mientras que a los 17-18 años de edad lo fue el interés parental.
- para el conocimiento materno, en las chicas de todas las edades y en los chicos de 13-14 años el procedimiento comunicativo bidireccional se dio con un mayor porcentaje, así como en los chicos de 15-16 y 17-18 años lo fue el interés parental. En el caso del conocimiento paterno, el procedimiento más seleccionado fue a los 17-18 años, en ambos sexos, el interés parental; en los chicos de 13 a 16 años y en las chicas de 13-14 años de edad, el procedimiento comunicativo bidireccional y en las chicas de 15-16 años de edad, el no comunicativo.

Consumo de sustancias,

- las chicas consumieron más tabaco y los chicos más alcohol y cannabis.
- conforme aumentó la edad, el consumo de tabaco, alcohol y cannabis fue progresivamente mayor.
- dicho incremento en el consumo con la edad, sucedió tanto en chicos como en chicas, y, sobre todo, de los 13-14 a los 15-16 años.

Bienestar psicológico,

- tuvo valores medios más altos en chicos.
- en el grupo de edad más pequeño se dio un mayor bienestar psicológico.
- tanto en chicos como en chicas, el bienestar psicológico disminuyó progresivamente con la edad.

NOTA: Todas las relaciones comentadas fueron significativas pero tuvieron un tamaño de efecto pequeño, salvo las referidas al consumo de tabaco y alcohol y edad y combinaciones de sexo y edad, donde se dieron tamaños de efecto medianos.

2. ESTUDIO DE LAS VARIABLES MÁS RELACIONADAS CON EL CONOCIMIENTO PARENTAL

En este segundo apartado de resultados se pretende conocer qué variables de esta investigación se encuentran más relacionadas con el conocimiento parental. Para ello, en primer lugar se hallan las correlaciones entre las variables cuantitativas de este estudio, mientras que en el segundo punto, al quedar una variable cualitativa por estudiar, se analizan los datos descriptivos en relación al conocimiento parental, al consumo de sustancias y al bienestar psicológico.

2.1. Conocimiento y afecto parental, consumo de sustancias y bienestar psicológico

Como se observa en la Tabla 16, ambos tipos de conocimiento parental estuvieron muy relacionados entre ellos, de forma que a más conocimiento materno, más conocimiento paterno y viceversa, siendo el valor correlacional de la tabla más alto.

Los siguientes valores más altos fueron los correspondientes a las relaciones entre conocimiento y afecto materno y conocimiento y afecto paterno, en sentido positivo y significativo. Además, también fueron significativas, pero con valores más bajos, las relaciones entre el conocimiento de un progenitor y el afecto del otro.

Respecto al consumo de sustancias, tanto el conocimiento materno como el paterno se relacionaron de forma significativa y en sentido negativo, de modo que a mayor conocimiento parental menor consumo de sustancias. Además, el valor del conocimiento materno fue mayor que el paterno en los tres casos de consumo de sustancias.

En cuanto al bienestar psicológico, sucedió lo contrario, el conocimiento parental se asoció en sentido positivo y significativamente, así a mayor conocimiento parental mejor bienestar psicológico. En este caso, los valores para el conocimiento materno y paterno fueron similares, siendo el paterno ligeramente superior; aparte de ello, como se aprecia en la Tabla 16, el afecto materno y paterno tuvo valores de correlación más altos con el bienestar psicológico que el conocimiento paterno y materno.

Tabla 16. Correlaciones entre las variables cuantitativas de la investigación

Variable	1	2	3	4	5	6	7	8
1. Conocimiento materno	1	.61**	.40**	.27**	-.21**	-.22**	-.23**	.21**
2. Conocimiento paterno		1	.31**	.54**	-.17**	-.14**	-.15**	.23**
3. Afecto materno			1	.50**	-.11**	-.10**	-.10**	.31**
4. Afecto paterno				1	-.11**	-.10**	-.08**	.29**
5. Consumo de tabaco					1	.37**	.45**	-.12**
6. Consumo de alcohol						1	.34**	-.07**
7. Consumo de cannabis							1	-.05**
8. Bienestar psicológico								1

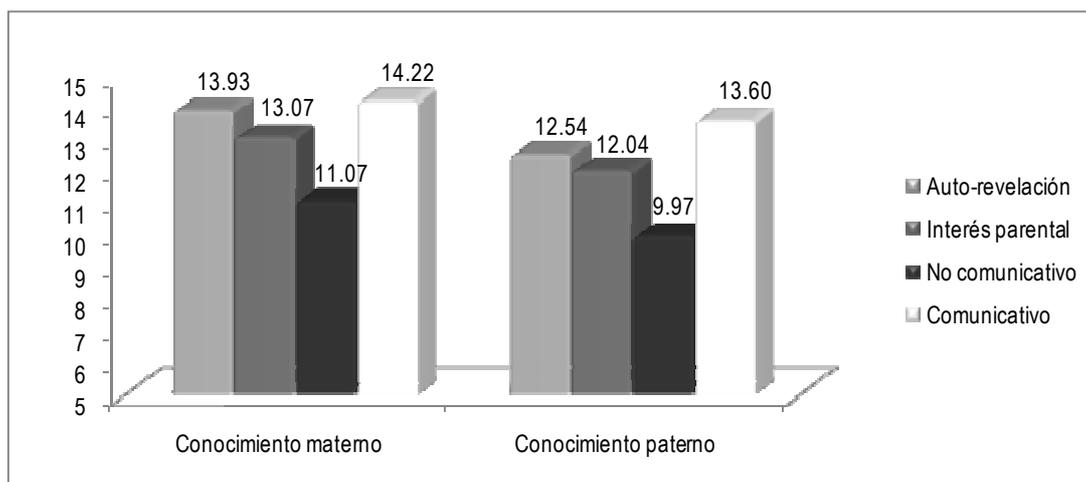
Nota. Los valores en negrita se refieren a las correlaciones que se comentan.

* $p < .05$. ** $p < .01$.

2.2. Conocimiento parental, procedimientos de obtención del conocimiento parental, consumo de sustancias y bienestar psicológico

La Figura 15 muestra los valores medios del conocimiento materno y paterno según sus diferentes procedimientos de obtención del conocimiento parental.

Figura 15. Valores medios del conocimiento parental en función de los procedimientos



Como se observa en la Figura 15, tanto para la madre como para el padre, el procedimiento comunicativo bidireccional tuvo el valor medio más alto de conocimiento materno y paterno; también, en el conocimiento materno, la auto-revelación tuvo un valor cercano al comunicativo bidireccional. Mientras que el valor más bajo de conocimiento parental se dio en el procedimiento no comunicativo. Además, los valores medios fueron ligeramente mayores en todos los casos para la madre. La Tabla 17 detalla los datos descriptivos (tamaños de las muestras, medias y desviaciones típicas) del conocimiento parental en función de los procedimientos de obtención del conocimiento.

Tabla 17. Descriptivos del conocimiento parental en función de los procedimientos

	Conocimiento materno			Conocimiento paterno		
	N	Media	Desviación Típica	N	Media	Desviación Típica
Auto-revelación	1414	13.93	1.50	1757	12.54	2.25
Interés parental	5471	13.07	1.80	4425	12.04	2.25
No comunicativo	1236	11.07	2.46	3587	9.97	2.79
Comunicativo bidireccional	7088	14.22	1.23	4917	13.60	1.76

Al llevar a cabo las pruebas de significación, se encontró que las diferencias entre los distintos procedimientos fueron significativas, en el caso de la madre con una $F(3, 15204) = 1573.59$, $p < .001$ y tamaño de efecto grande $\eta^2 = .24$; y, en el caso del padre $F(3, 14682) = 1821.51$, $p < .001$ y tamaño de efecto igualmente grande $\eta^2 = .27$.

Por otro lado, respecto a la relación entre los procedimientos de obtención del conocimiento parental con el consumo de sustancias y con el bienestar psicológico, en las Tablas 18 y 19 se muestran detalladamente los datos descriptivos, para el caso materno y paterno, respectivamente.

En cuanto al consumo de sustancias, tanto en la madre como en el padre: los valores medios más bajos de consumo de tabaco, alcohol y cannabis se dieron en el procedimiento comunicativo bidireccional; mientras que los valores medios más altos de consumo sucedieron ante el procedimiento no comunicativo. La auto-revelación fue el procedimiento con valores medios más bajos de consumo después del procedimiento comunicativo bidireccional, seguido por el interés parental. Todas estas diferencias fueron significativas, para la madre en tabaco con una $F(3, 15229) = 76.27$, $p < .001$; en alcohol con $F(3, 14972) = 107.72$, $p < .001$; y en cannabis con una $F(3, 15121) = 99.54$, $p < .001$; aunque con tamaños de efecto pequeños: $\eta^2 = .02$ para tabaco, $\eta^2 = .02$ para alcohol y para cannabis $\eta^2 = .02$. Para el padre también fueron significativas: $F(3, 14724) = 72.96$, $p < .001$ en consumo de tabaco; $F(3, 14471) = 63.81$, $p < .001$ en alcohol; y $F(3, 14622) = 47.46$, $p < .001$ en cannabis; y con tamaños de efecto pequeños: para tabaco $\eta^2 = .02$, para alcohol $\eta^2 = .01$ y para cannabis $\eta^2 = .01$.

Tabla 18. Descriptivos del consumo de sustancias y del bienestar psicológico en función de los procedimientos maternos

	Consumo de tabaco			Consumo de alcohol			Consumo de cannabis			Bienestar psicológico		
	N	Media	Desviación Típica	N	Media	Desviación Típica	N	Media	Desviación Típica	N	Media	Desviación Típica
Auto-revelación	1411	4.21	9.99	1390	2.11	4.11	1398	1.26	5.44	1386	48.18	9.64
Interés parental	5485	4.54	10.19	5416	3.07	5.20	5443	2.02	6.98	5336	46.99	9.20
No comunicativo	1256	7.60	12.24	1231	4.19	6.78	1231	3.97	10.06	1180	44.48	10.51
Comunicativo bidireccional	7081	3.22	8.89	6939	1.97	4.07	7053	0.91	4.51	6841	49.75	9.50

Tabla 19. Descriptivos del consumo de sustancias y del bienestar psicológico en función de los procedimientos paternos

	Consumo de tabaco			Consumo de alcohol			Consumo de cannabis			Bienestar psicológico		
	N	Media	Desviación Típica	N	Media	Desviación Típica	N	Media	Desviación Típica	N	Media	Desviación Típica
Auto-revelación	1731	3.78	9.56	1688	2.38	4.67	1733	1.51	6.16	1714	48.38	9.45
Interés parental	4424	4.29	9.94	4403	2.80	4.92	4381	1.78	6.56	4305	47.65	8.99
No comunicativo	3619	5.82	11.21	3572	3.27	5.45	3582	2.39	7.68	3484	45.31	9.60
Comunicativo bidireccional	4955	2.71	8.21	4812	1.87	4.18	4931	0.82	4.21	4756	50.79	9.65

Las Figuras 16 y 17 presentan los valores medios de los diferentes consumos de sustancias en función de los procedimientos de obtención del conocimiento materno y paterno, respectivamente. Como muestran, los valores medios de consumo de sustancias, salvo en el caso de auto-revelación con consumo de alcohol y cannabis, fueron mayores para los procedimientos de obtención del conocimiento materno que del paterno.

Figura 16. Valores medios del consumo de sustancias en función de los procedimientos maternos

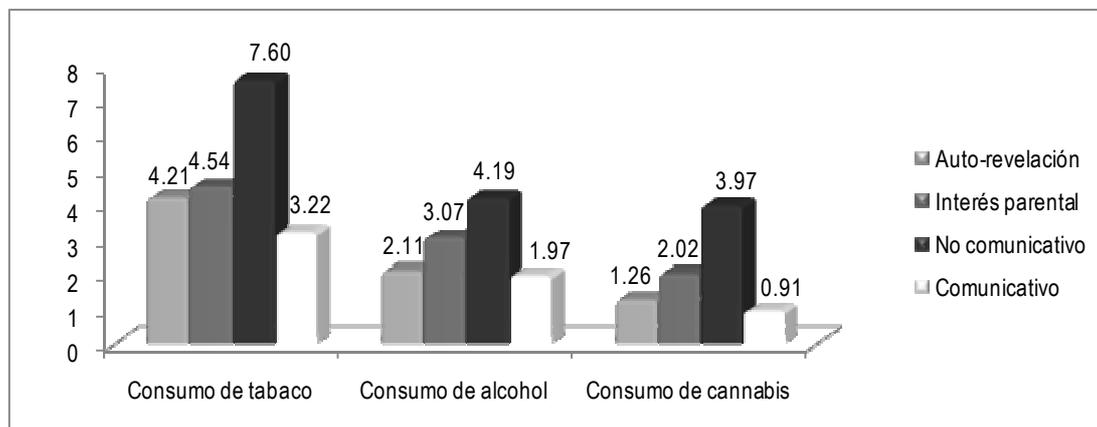
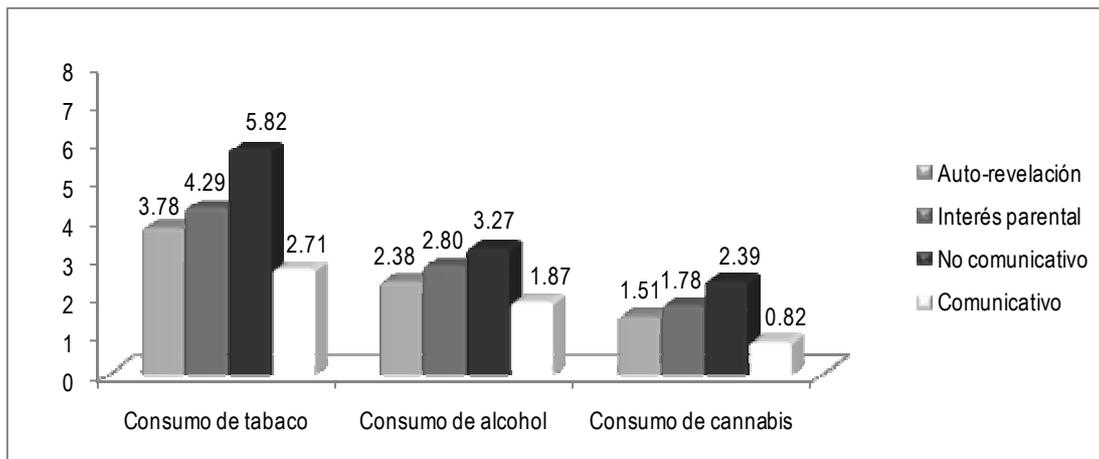
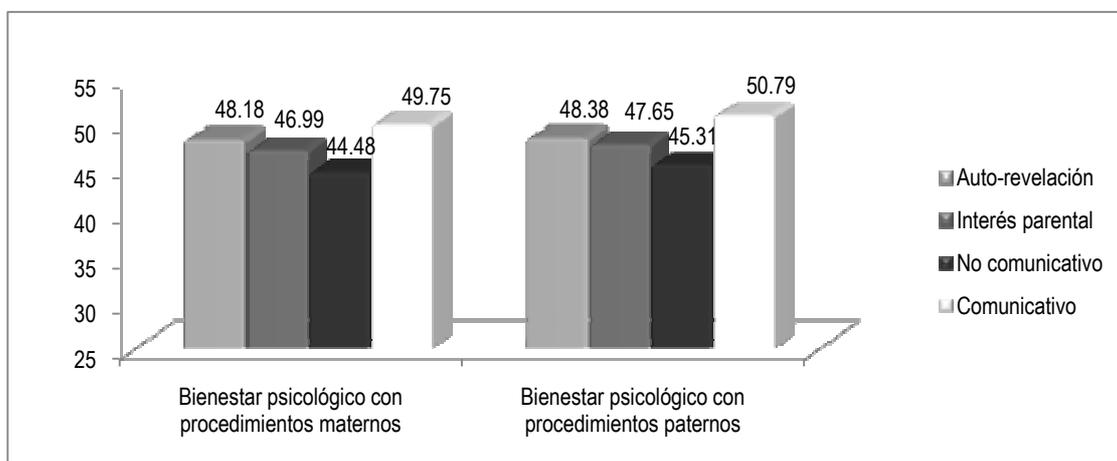


Figura 17. Valores medios del consumo de sustancias en función de los procedimientos paternos



En el bienestar psicológico, las diferencias fueron igualmente significativas, con una $F(3, 14739) = 150.47, p < .001$, para la madre y para el padre con $F(3, 14255) = 234.45, p < .001$, y con tamaños de efecto medio-bajos $\eta^2 = .03$ en el caso de la madre y en el del padre, $\eta^2 = .05$. En ambos progenitores, los valores medios más bajos de bienestar se dieron con el procedimiento no comunicativo; y los valores más altos fueron los correspondientes al procedimiento comunicativo bidireccional; valores intermedios de bienestar tuvieron la auto-revelación y el interés parental, el primero ligeramente superior al segundo, tanto en el padre como en la madre. En la Figura 18 se muestran los valores medios de bienestar psicológico en función de los procedimientos de obtención del conocimiento maternos y paternos; como se observa en la figura, los valores medios de bienestar fueron ligeramente más bajos para la madre que para el padre.

Figura 18. Valores medios del bienestar psicológico en función de los procedimientos maternos y paternos



En resumen...

- El conocimiento materno y paterno se relacionaron entre ellos de forma positiva, así como con el afecto materno y paterno, de forma que a más conocimiento parental más afecto parental.
- Un mayor conocimiento parental se relacionó con un menor consumo de sustancias: tabaco, alcohol y cannabis, siendo los valores maternos más altos que los paternos.
- Un nivel más alto de conocimiento parental se asoció a un mejor bienestar psicológico, teniendo el conocimiento paterno y materno valores de correlación similares.
- Los valores medios más altos de conocimiento materno y paterno se dieron en presencia del procedimiento comunicativo bidireccional y los valores medios más bajos ante el no comunicativo; siendo los valores de conocimiento materno más altos en todos los procedimientos.
- El procedimiento comunicativo bidireccional conllevó valores medios de consumo de sustancias (tabaco, alcohol y cannabis) más bajos; mientras que el procedimiento no comunicativo implicó un mayor consumo. Ello sucedió tanto en el caso de la madre como del padre; si bien en la madre, salvo para auto-revelación en consumo de alcohol y cannabis, los valores medios de consumo fueron ligeramente más altos.
- Los mejores niveles de bienestar psicológico se dieron con el procedimiento comunicativo bidireccional y los peores con el no comunicativo, tanto en el padre como en la madre, siendo en esta los valores medios de bienestar ligeramente más bajos.

3. ANÁLISIS DE MODERACIÓN PARA EL CONSUMO DE SUSTANCIAS

En el tercer apartado de resultados se analiza la relación entre conocimiento parental y consumo de sustancias (tabaco, alcohol y cannabis), así como el efecto de moderación del afecto parental y los procedimientos de obtención del conocimiento parental. Los análisis de regresión se realizan separadamente para la madre y para el padre.

3.1. Variables maternas

3.1.1. Consumo de tabaco

La Tabla 20 presenta el análisis de regresión correspondiente al consumo de tabaco.

Tabla 20. Análisis de regresión para consumo de tabaco con variables maternas

	<i>B</i>	<i>Error típ.</i>	<i>Beta</i>	<i>R</i> ²	ΔR^2	<i>gl</i>	ΔF
Paso 1				.08	.08	2	618.83**
Sexo	-1.44	.16	-.07**				
Edad	1.53	.05	.27**				
Paso 2				.13	.05	5	158.95**
Conocimiento materno	-1.08	.05	-.20**				
Afecto materno	.45	.21	.02*				
Auto-revelación	.45	.27	.01				
Interés parental	.24	.18	.01				
No comunicativo	1.83	.33	.05**				
Paso 3				.13	.00	4	0.44
Conocimiento materno x Afecto materno	.08	.09	.01				
Conocimiento materno x Auto-revelación	-.12	.19	-.01				
Conocimiento materno x Interés parental	-.09	.12	-.01				
Conocimiento materno x No comunicativo	.00	.16	.00				

* $p < .05$. ** $p < .01$.

Como se observa en la Tabla 20, las variables demográficas contribuyeron significativamente a la predicción del consumo de tabaco: por un lado, a mayor edad, mayor consumo de tabaco ($t = 33.44$, $\beta = .27$, $p < .001$); por otro, los chicos consumieron menos tabaco que las chicas ($t = -9.20$, $\beta = -.07$, $p < .001$). Un alto conocimiento materno también influyó en un menor consumo ($t = -21.78$, $\beta = -.20$, $p < .001$), si bien el afecto materno contribuyó a aumentarlo ($t = 2.15$, $\beta = .02$, $p = .03$), no obstante lo hizo con valores muy bajos. En cuanto a los procedimientos de obtención del conocimiento materno, con respecto al procedimiento comunicativo bidireccional, solo el no comunicativo aumentó significativamente el consumo de tabaco ($t = 5.48$, $\beta = .05$, $p < .001$).

Por último, como muestra la Tabla 20, ninguna de las interacciones fue significativa y su inclusión no supuso un incremento en la R^2 del modelo; en cambio, el paso 2 con la introducción del conocimiento, el afecto y los procedimientos de obtención del conocimiento maternos, supuso un incremento del coeficiente de determinación que, aunque no muy alto ($R^2 = .13$), permite concluir que, sobre todo, el conocimiento materno y el procedimiento no comunicativo tuvieron un papel importante en la predicción del consumo de tabaco.

3.1.2. Consumo de alcohol

Para el consumo de alcohol, la Tabla 21 muestra que las dos variables demográficas contribuyeron significativamente a la predicción de este consumo. Así, chicos y chicas mayores tuvieron un mayor consumo de alcohol ($t = 42.43$, $\beta = .33$, $p < .001$) y los chicos consumieron más que las chicas ($t = 7.44$, $\beta = .06$, $p < .001$). En el caso del conocimiento materno, niveles más altos influyeron en un menor consumo ($t = -20.97$, $\beta = -.19$, $p < .001$), mientras que el afecto materno, aunque con menor peso, predijo un consumo más alto ($t = 2.93$, $\beta = .03$, $p = .003$). En cuanto a los procedimientos de obtención del conocimiento materno, con respecto al procedimiento comunicativo bidireccional, tanto el interés parental ($t = 4.58$, $\beta = .04$, $p < .001$) como el no comunicativo ($t = 5.36$, $\beta = .05$, $p < .001$) conllevaron un consumo de alcohol más elevado.

Tabla 21. *Análisis de regresión para consumo de alcohol con variables maternas*

	<i>B</i>	<i>Error típ.</i>	<i>Beta</i>	<i>R</i> ²	ΔR^2	<i>gl</i>	ΔF
Paso 1				.11	.11	2	913.85**
Sexo	.56	.08	.06**				
Edad	.94	.02	.33**				
Paso 2				.16	.05	5	154.65**
Conocimiento materno	-.50	.02	-.19**				
Afecto materno	.29	.10	.03**				
Auto-revelación	-.04	.13	-.003				
Interés parental	.40	.09	.04**				
No comunicativo	.86	.16	.05**				
Paso 3				.16	.001	4	3.13*
Conocimiento materno x Afecto materno	.08	.04	.02				
Conocimiento materno x Auto-revelación	.20	.09	.02*				
Conocimiento materno x Interés parental	.05	.06	.01				
Conocimiento materno x No comunicativo	-.04	.08	-.01				

* $p < .05$. ** $p < .01$.

A diferencia de lo que ocurría con el consumo de tabaco, en el consumo de alcohol fue significativa la interacción de conocimiento con auto-revelación ($t = 2.16$, $\beta = .02$, $p = .03$), lo que implicó una atenuación en el efecto del conocimiento sobre el consumo de alcohol (-.30) con respecto a los otros procedimientos. Sin embargo, la inclusión de las interacciones, aunque significativa, no supuso apenas cambio para el modelo, manteniéndose con una $R^2 = .16$, producida por las variables introducidas en el paso 2 y relevantes en la explicación del consumo de alcohol.

3.1.3. Consumo de cannabis

En la Tabla 22 se observa que tanto el sexo como la edad predijeron significativamente el consumo de cannabis: chicos y chicas más mayores ($t = 22.7$, $\beta = .18$, $p < .001$) y más los chicos que las chicas ($t = 4.28$, $\beta = .04$, $p < .001$) tuvieron un mayor consumo de esta sustancia. Al igual que sucedía con el consumo de tabaco y alcohol, un alto conocimiento materno influyó en un menor consumo ($t = -22.02$, $\beta = -.21$, $p < .001$), si bien el afecto materno contribuyó a aumentarlo ($t = 2.65$, $\beta = .02$, $p = .01$), no obstante lo hizo con valores muy bajos. Respecto a los procedimientos de obtención del conocimiento materno que aparecen en la Tabla 22, tanto el interés parental ($t = 2.03$, $\beta = .02$, $p = .04$), como el no comunicativo ($t = 4.86$, $\beta = .05$, $p < .001$), con respecto al procedimiento comunicativo bidireccional mostraron consumos de cannabis más elevados.

En cuanto a las interacciones, y a diferencia de lo que ocurría en los consumos anteriores, tanto el interés parental ($t = -2.13$, $\beta = -.03$, $p = .03$) como el procedimiento no comunicativo ($t = -3.84$, $\beta = -.06$, $p < .001$), potenciaron el efecto del conocimiento sobre el consumo de cannabis en -.87 y -1.10 respectivamente. Sin embargo, la inclusión de las interacciones no produjo cambio en la variación explicada por el modelo ($R^2 = .09$), la cual aunque no fue alta, permite concluir que, especialmente, el conocimiento materno y los procedimientos no comunicativo e interés parental, tuvieron cierta relevancia para determinar el consumo de cannabis.

Tabla 22. Análisis de regresión para consumo de cannabis con variables maternas

	B	Error típ.	Beta	R ²	ΔR ²	GI	ΔF
Paso 1				.04	.04	2	262.69**
Sexo	.43	.10	.04**				
Edad	.67	.03	.18**				
Paso 2				.09	.05	5	158.71**
Conocimiento materno	-.71	.03	-.21**				
Afecto materno	.36	.13	.02*				
Auto-revelación	.05	.18	.003				
Interés parental	.24	.12	.02*				
No comunicativo	1.05	.22	.05**				
Paso 3				.09	.001	4	4.63**
Conocimiento materno x Afecto materno	.01	.06	.002				
Conocimiento materno x Auto-revelación	-.11	.12	-.01				
Conocimiento materno x Interés parental	-.16	.08	-.03*				
Conocimiento materno x No comunicativo	-.39	.10	-.06**				

* $p < .05$. ** $p < .01$.

3.2. Variables paternas

3.2.1. Consumo de tabaco

En la Tabla 23 se observa que las variables demográficas contribuyeron significativamente a la predicción del consumo de tabaco. Así, a mayor edad mayor consumo de tabaco ($t = 32.35$, $\beta = .26$, $p < .001$) y las chicas consumieron más tabaco que los chicos ($t = -8.73$, $\beta = -.07$, $p < .001$). Un alto conocimiento paterno influyó en un menor consumo ($t = -15.06$, $\beta = -.15$, $p < .001$); sin embargo, el afecto paterno, aunque con un peso muy bajo, supuso un aumento del consumo de tabaco ($t = 2.17$, $\beta = .02$, $p = .03$). En cuanto a los procedimientos de obtención del conocimiento paterno mostrados en la Tabla 23 solo el no comunicativo, con respecto al procedimiento comunicativo bidireccional ($t = 2.67$, $\beta = .03$, $p = .01$), contribuyó significativamente a un aumento del consumo de tabaco.

El paso 3 muestra que la única interacción significativa fue la de afecto por conocimiento paterno ($t = 3.20$, $\beta = .03$, $p = .001$), implicando una disminución del efecto del conocimiento sobre el consumo de tabaco (de $-.57$ a $-.38$). Si bien, la inclusión de las interacciones no supuso apenas ganancias para el modelo, quedando con una proporción de variación explicada ($R^2 = .10$) similar a la producida por la introducción en el paso 2 del conocimiento y el afecto paterno, así como de los procedimientos de obtención del conocimiento paterno. Aunque dichos datos no mostraron una variación alta, se puede decir que, especialmente, el conocimiento paterno y el procedimiento no comunicativo fueron importantes en la determinación del consumo de tabaco.

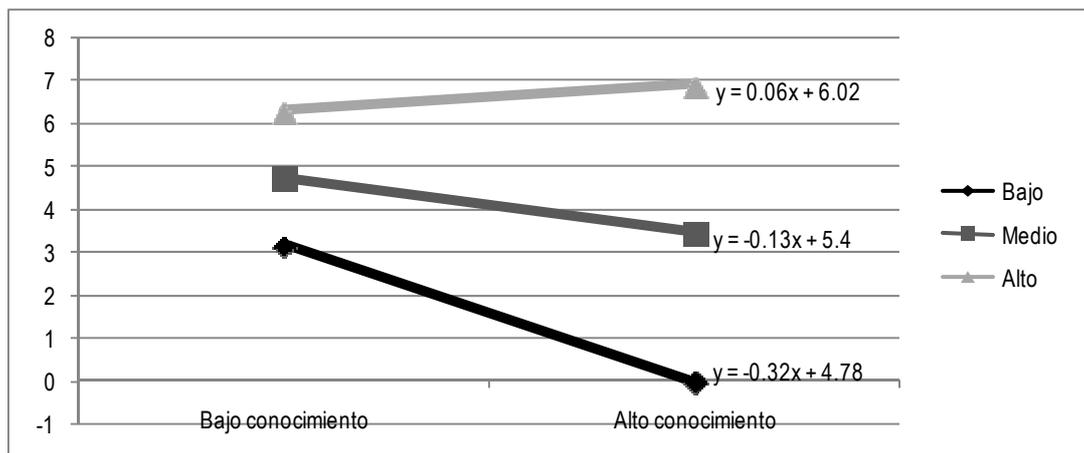
Tabla 23. Análisis de regresión para consumo de tabaco con variables paternas

	B	Error típ.	Beta	R ²	ΔR ²	gl	ΔF
Paso 1				.07	.07	2	577.93**
Sexo	-1.39	.16	-.07**				
Edad	1.50	.05	.26**				
Paso 2				.10	.03	5	77.46**
Conocimiento paterno	-.57	.04	-.15**				
Afecto paterno	.41	.19	.02*				
Auto-revelación	-.01	.27	.00				
Interés parental	.21	.21	.01				
No comunicativo	.67	.25	.03*				
Paso 3				.10	.001	4	3.37*
Conocimiento paterno x Afecto paterno	.19	.06	.03**				
Conocimiento paterno x Auto-revelación	-.02	.13	-.002				
Conocimiento paterno x Interés parental	-.08	.10	-.01				
Conocimiento paterno x No comunicativo	.00	.11	.00				

* $p < .05$. ** $p < .01$.

A pesar de la escasa contribución de las interacciones al modelo de regresión, se analizó la significación de las pendientes simples de la interacción del conocimiento con afecto, encontrándose que solo fue significativa la pendiente cuando el afecto paterno fue bajo, $t(14207) = -3.58$, $p < .001$. Como se observa en la Figura 19, ante un nivel de afecto paterno alto, un mayor conocimiento conllevó ligeramente un mayor consumo de tabaco, si bien con afecto bajo, el incremento en el conocimiento paterno produjo significativamente un menor consumo.

Figura 19. Interacción de conocimiento paterno con afecto paterno para consumo de tabaco



3.2.2. Consumo de alcohol

La Tabla 24 muestra que tanto la edad como el sexo, contribuyeron significativamente a la predicción del consumo de alcohol, así los chicos y chicas de más edad tuvieron un mayor consumo ($t = 41.20$, $\beta = .33$, $p < .001$) y más los chicos que las chicas ($t = 7.68$, $\beta = .06$, $p < .001$).

.001). Acerca del conocimiento paterno, niveles más altos influyeron en un menor consumo ($t = -12.72$, $\beta = -.13$, $p < .001$), mientras que el afecto, aunque con efecto más bajo, lo aumentó ($t = 3.64$, $\beta = .04$, $p < .001$). Respecto a los procedimientos de obtención del conocimiento paterno, tanto interés parental ($t = 3.19$, $\beta = .03$, $p = .001$) como no comunicativo ($t = 4.06$, $\beta = .04$, $p < .001$), mostraron valores medios de consumo de alcohol superiores estadísticamente a los del grupo de procedimiento comunicativo bidireccional.

En el paso 3 se observa que ninguna de las interacciones fueron significativas, no conllevando ganancias para el modelo, que se mantuvo significativo y con una varianza explicada ($R^2 = .13$) que, aunque no muy alta, permite concluir que, sobre todo, el conocimiento parental y los procedimientos no comunicativo e interés parental tuvieron su papel en la predicción del consumo de alcohol.

Tabla 24. Análisis de regresión para consumo de alcohol con variables paternas

	<i>B</i>	<i>Error típ.</i>	<i>Beta</i>	<i>R</i> ²	ΔR^2	<i>gl</i>	ΔF
Paso 1				.11	.11	2	863.85**
Sexo	.60	.08	.06**				
Edad	.94	.02	.33**				
Paso 2				.13	.02	5	58.96**
Conocimiento paterno	-.24	.02	-.13**				
Afecto paterno	.34	.09	.04**				
Auto-revelación	.08	.13	.01				
Interés parental	.32	.10	.03**				
No comunicativo	.50	.12	.04**				
Paso 3				.13	.00	4	0.40
Conocimiento paterno x Afecto paterno	.02	.03	.01				
Conocimiento paterno x Auto-revelación	.03	.06	.01				
Conocimiento paterno x Interés parental	.01	.05	.001				
Conocimiento paterno x No comunicativo	.05	.05	.02				

* $p < .05$. ** $p < .01$.

3.2.3. Consumo de cannabis

Como se presenta en la Tabla 25, las dos variables demográficas (sexo y edad) predijeron significativamente el consumo de cannabis: chicos y chicas más mayores ($t = 21.80$, $\beta = .18$, $p < .001$) y más los chicos que las chicas ($t = 4.66$, $\beta = .04$, $p < .001$) tuvieron niveles más altos de consumo de esta sustancia. Al igual que sucedía con consumo de tabaco y de alcohol, un alto conocimiento paterno influyó en un menor consumo ($t = -13.44$, $\beta = -.14$, $p < .001$), y un alto afecto paterno contribuyó a aumentar el consumo ($t = 3.91$, $\beta = .04$, $p < .001$), no obstante lo hizo con un peso muy bajo. Respecto a los procedimientos de obtención del conocimiento paterno, tanto el interés parental ($t = 2.78$, $\beta = .03$, $p = .01$) como el procedimiento no comunicativo ($t =$

2.85, $\beta = .03$, $p = .004$) contribuyeron a un consumo de cannabis más elevado en relación al procedimiento comunicativo bidireccional.

El paso 3 muestra el efecto moderador que tanto el interés parental ($t = -2.20$, $\beta = -.03$, $p = .03$) como el no comunicativo ($t = -3.37$, $\beta = -.06$, $p = .001$) ejercieron sobre el conocimiento. En ambos casos potenció el efecto que el conocimiento paterno tuvo en la reducción del consumo con respecto al procedimiento comunicativo bidireccional, en un $-.47$ y $-.56$ respectivamente. Esta inclusión de las interacciones en el modelo, no produjo una ganancia en la variación explicada producida por el paso 2 ($R^2 = .05$), que, aunque fue baja, se puede decir que, sobre todo, el conocimiento parental y los procedimientos no comunicativo e interés parental, fueron relevantes en la predicción del consumo de cannabis.

Tabla 25. Análisis de regresión para consumo de cannabis con variables paternas

	<i>B</i>	<i>Error típ.</i>	<i>Beta</i>	<i>R</i> ²	ΔR^2	<i>gl</i>	ΔF
Paso 1				.03	.03	2	244.03**
Sexo	.48	.10	.04**				
Edad	.65	.03	.18**				
Paso 2				.05	.02	5	57.09**
Conocimiento paterno	-.33	.02	-.14**				
Afecto paterno	.48	.12	.04**				
Auto-revelación	.32	.17	.02				
Interés parental	.37	.13	.03*				
No comunicativo	.46	.16	.03**				
Paso 3				.05	.001	4	5.11**
Conocimiento paterno x Afecto paterno	.01	.04	.003				
Conocimiento paterno x Auto-revelación	.01	.08	.001				
Conocimiento paterno x Interés parental	-.14	.07	-.03*				
Conocimiento paterno x No comunicativo	-.23	.07	-.06**				

* $p < .05$. ** $p < .01$.

Por último, en cuanto a los supuestos del modelo de regresión, cuya comprobación se realizó conforme se llevaron a cabo los análisis, se encontró que: los residuos fueron independientes (en todos los casos el estadístico *DW* tomó valores entre 1.5 y 2.5), no se dio colinealidad (los valores de tolerancia no fueron muy pequeños) y las variaciones en los gráficos mostraron cierta tendencia al cumplimiento de los supuestos de homocedasticidad, normalidad y linealidad.

En resumen...

En los tres casos de consumo de sustancias: tabaco, alcohol y cannabis

- Las variables más relevantes y con más peso en el modelo de regresión fueron la edad y el conocimiento parental, mientras que el afecto parental tuvo un peso pequeño.
- Un alto conocimiento parental predijo niveles más bajos de consumo de sustancias.
- No se hallaron diferencias entre el procedimiento de auto-revelación y el comunicativo bidireccional en la predicción del consumo de sustancias.
- Aunque en algunos casos las interacciones entre las variables fueron significativas, la ganancia que, para los modelos, supuso su inclusión fue muy pequeña.
- Tanto en la madre como en el padre las tendencias fueron similares, si bien en el caso de la madre los valores de las variables tuvieron mayor peso en los modelos.

Consumo de tabaco

- El procedimiento de obtención del conocimiento parental que se asoció con un mayor consumo de tabaco, con respecto al resto de procedimientos, fue el no comunicativo, tanto en el padre como en la madre.
- En el caso de la madre ninguna interacción fue significativa; mientras que en el padre, lo fue la interacción de conocimiento con afecto paterno, con un efecto atenuador sobre la relación entre conocimiento y consumo de tabaco.

Consumo de alcohol

- Los procedimientos de obtención del conocimiento parental que, tanto para la madre como para el padre, predijeron un mayor consumo de alcohol, fueron el interés parental y el no comunicativo.
- La interacción significativa fue la de conocimiento materno con auto-revelación, con efecto atenuador sobre la relación entre conocimiento y consumo de alcohol; en el caso del padre no hubo interacciones significativas.

Consumo de cannabis

- El interés parental y el no comunicativo con respecto al resto de procedimientos de obtención del conocimiento parental, predijeron, tanto en el caso del padre como de la madre, mayor consumo de cannabis.
- Sin embargo, las interacciones de conocimiento materno y paterno con estos dos procedimientos (interés parental y no comunicativo), tuvieron un efecto potenciador de la relación entre conocimiento parental y consumo de cannabis.

4. ANÁLISIS DE MODERACIÓN PARA EL BIENESTAR PSICOLÓGICO

En el cuarto y último apartado del capítulo de resultados, se analiza cómo la relación entre conocimiento parental y bienestar psicológico, puede verse moderada por el afecto parental y los procedimientos de obtención del conocimiento parental; diferenciando los análisis para el caso del padre y de la madre.

4.1. Variables maternas

La Tabla 26 muestra el análisis de regresión para el bienestar psicológico.

Tabla 26. *Análisis de regresión para bienestar psicológico con variables maternas*

	<i>B</i>	<i>Error típ.</i>	<i>Beta</i>	<i>R</i> ²	ΔR^2	<i>gl</i>	ΔF
Paso 1				.03	.03	2	242.09**
Sexo	1.96	.16	.10**				
Edad	-.82	.05	-.15**				
Paso 2				.13	.10	5	334.66**
Conocimiento materno	.43	.05	.08**				
Afecto materno	5.73	.20	.25**				
Auto-revelación	-.73	.27	-.02*				
Interés parental	-1.40	.18	-.07**				
No comunicativo	-1.46	.33	-.04**				
Paso 3				.14	.01	4	10.83**
Conocimiento materno x Afecto materno	.48	.09	.05**				
Conocimiento materno x Auto-revelación	.43	.19	.02*				
Conocimiento materno x Interés parental	-.14	.12	-.02				
Conocimiento materno x No comunicativo	.18	.16	.02				

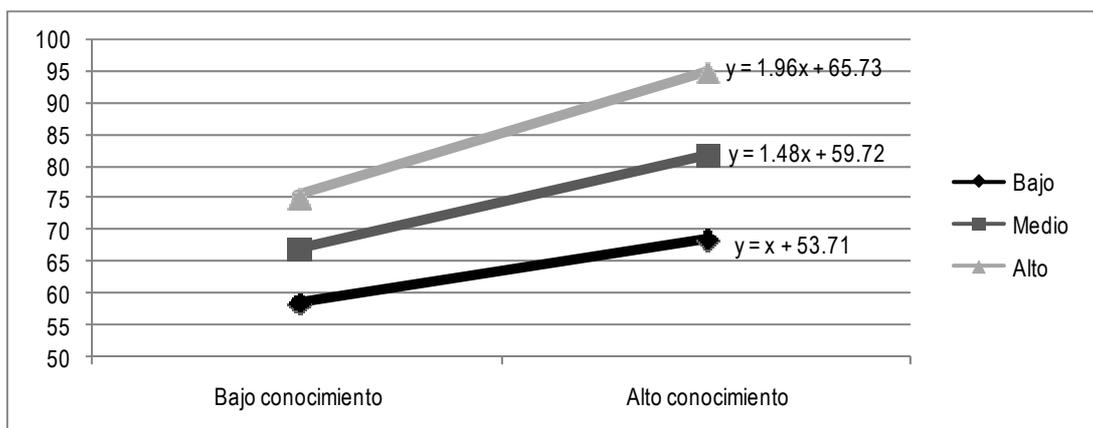
* $p < .05$. ** $p < .01$.

Como se observa en la Tabla 26, las variables demográficas, sexo y edad, predijeron (aunque de forma menos destacada que en el consumo de sustancias) el bienestar psicológico de chicos y chicas, de forma que a mayor edad peor bienestar psicológico ($t = -.17.61$, $\beta = -.15$, $p < .001$), así como que las chicas tuvieron niveles más bajos de bienestar que los chicos ($t = 12.33$, $\beta = .10$, $p < .001$). El bienestar también se relacionó positivamente con el conocimiento materno ($t = 8.86$, $\beta = .08$, $p < .001$), al igual que con el afecto ($t = 28.15$, $\beta = .25$, $p < .001$). En cuanto a los procedimientos de obtención del conocimiento materno, para auto-revelación ($t = -2.74$, $\beta = -.02$, $p = .01$) y, sobre todo, para interés parental ($t = -7.87$, $\beta = -.07$, $p < .001$) y no comunicativo ($t = -4.39$, $\beta = -.04$, $p < .001$), el bienestar medio fue significativamente inferior con respecto al procedimiento comunicativo bidireccional.

En el paso 3 se observa que el afecto materno ($t = 5.44$, $\beta = .05$, $p < .001$) ejerció un efecto moderador sobre la relación de conocimiento con bienestar, incrementando de .43 a .91 la influencia que el conocimiento materno tuvo en el bienestar. Del mismo modo, la auto-revelación ($t = 2.29$, $\beta = .02$, $p = .05$), con respecto al procedimiento comunicativo bidireccional, incrementó de .43 a .86 el efecto del conocimiento sobre el bienestar.

Tras realizar los análisis oportunos para comprobar qué pendientes simples fueron significativas en la interacción entre conocimiento y afecto materno, se halló que todas lo fueron para los valores: alto ($t(14337) = 7.21$, $p < .001$), medio ($t(14337) = 7.80$, $p < .001$) y bajo ($t(14337) = 8.45$, $p < .001$) de afecto. Así, como muestra la Figura 20, un alto conocimiento materno predijo niveles más altos de bienestar psicológico, sobre todo, cuando el afecto materno fue alto, siendo la diferencia entre bajo y alto conocimiento mayor en este caso; mientras que un bajo conocimiento conllevó niveles más bajos de bienestar, más en presencia de un bajo afecto materno.

Figura 20. Interacción de conocimiento materno con afecto materno para bienestar psicológico



Por otro lado, en cuanto a la varianza explicada por el modelo, con las interacciones incluidas, fue de $R^2 = .14$, que, aunque no muy alta, permite concluir a favor de la relevancia del conocimiento, el afecto parental, la interacción entre ambos, así como del procedimiento comunicativo bidireccional, en la predicción del bienestar psicológico de chicos y chicas.

4.2. Variables paternas

En la Tabla 27 se observa que las variables demográficas, sexo y edad, contribuyeron (aunque, igualmente que en el caso de la madre, de forma menos destacada que en el consumo de sustancias) en la predicción del bienestar psicológico de chicos y chicas, así a mayor edad

menor bienestar psicológico ($t = -17.38$, $\beta = -.15$, $p < .001$) y las chicas frente a los chicos ($t = 11.83$, $\beta = .10$, $p < .001$) mostraron niveles más bajos de bienestar. Un alto conocimiento paterno ($t = 7.89$, $\beta = .08$, $p < .001$) y un alto afecto paterno ($t = 19.75$, $\beta = .20$, $p < .001$) influyeron en un mayor bienestar; siendo el afecto, como en el caso anterior, la variable más relevante para predecir mejores niveles de bienestar psicológico.

Tabla 27. Análisis de regresión para bienestar psicológico con variables paternas

	<i>B</i>	<i>Error típ.</i>	<i>Beta</i>	<i>R</i> ²	ΔR^2	<i>gl</i>	ΔF
Paso 1				.03	.03	2	231.63**
Sexo	1.91	.16	.10**				
Edad	-.82	.05	-.15**				
Paso 2				.12	.09	5	260.91**
Conocimiento paterno	.30	.04	.08**				
Afecto paterno	3.65	.19	.20**				
Auto-revelación	-1.04	.26	-.04**				
Interés parental	-1.43	.20	-.07**				
No comunicativo	-1.74	.25	-.08**				
Paso 3				.13	.01	4	19.48**
Conocimiento paterno x Afecto paterno	.39	.06	.07**				
Conocimiento paterno x Auto-revelación	-.49	.13	-.04**				
Conocimiento paterno x Interés parental	-.36	.10	-.05**				
Conocimiento paterno x No comunicativo	-.06	.11	-.01				

* $p < .05$. ** $p < .01$.

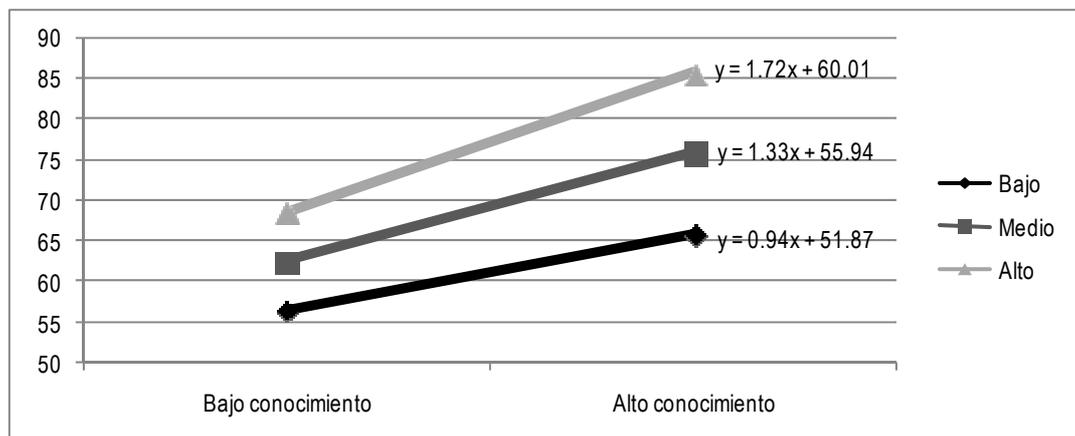
En cuanto a los procedimientos de obtención del conocimiento paterno, al igual que sucedía con la madre, todos disminuyeron el bienestar con respecto al procedimiento comunicativo bidireccional: auto-revelación ($t = -3.95$, $\beta = -.04$, $p < .001$) y, sobre todo, interés parental ($t = -7.05$, $\beta = -.07$, $p < .001$) y no comunicativo ($t = -7.02$, $\beta = -.08$, $p < .001$).

Como muestra el paso 3, con la inclusión de las interacciones, se dio un efecto moderador del afecto paterno sobre la relación del conocimiento con el bienestar ($t = 6.69$, $\beta = .07$, $p < .001$), de modo que el efecto del conocimiento paterno sobre el bienestar aumentó de .30 a .69 unidades con el incremento del afecto. Sin embargo, tanto auto-revelación ($t = -3.91$, $\beta = -.04$, $p < .001$) como interés parental ($t = -3.63$, $\beta = -.05$, $p < .001$), atenuaron el efecto que el conocimiento paterno ejerció sobre el bienestar.

La comprobación de la significación estadística de las pendientes simples de la interacción entre conocimiento y afecto paterno, mostró que todas fueron significativas para los valores: alto ($t(13792) = 10.47$, $p < .001$), medio ($t(13792) = 11.24$, $p < .001$) y bajo ($t(13792) = 11.24$, $p < .001$) de afecto. De este modo, al igual que sucedió con la madre y como muestra la

Figura 21, un mayor conocimiento paterno predijo niveles más altos de bienestar psicológico, siendo la diferencia entre bajo y alto conocimiento mayor cuando el afecto paterno fue alto.

Figura 21. Interacción de conocimiento paterno con afecto paterno para bienestar psicológico



En cuanto a la varianza explicada por el modelo con las interacciones incluidas, fue de $R^2 = .13$, que, a pesar de no tener un valor muy alto (al igual que sucedía en el caso de la madre) se puede decir que el conocimiento paterno, el afecto paterno, la interacción entre ambos, así como el procedimiento comunicativo bidireccional, fueron relevantes en la predicción del bienestar psicológico de chicos y chicas.

Por último, y como sucedía en el caso del consumo de sustancias, la comprobación de los supuestos del modelo de regresión se realizó conforme se llevaron a cabo los análisis, encontrándose que: los residuos fueron independientes (en los dos casos el estadístico *DW* tomó valores entre 1.5 y 2.5), no se dio colinealidad (los valores de tolerancia no fueron muy pequeños) y las variaciones en los gráficos mostraron una distribución normal, homocedasticidad y linealidad.

En resumen...

- La variable más relevante y con mayor peso en el modelo de regresión fue el afecto paterno y materno.
- Un mayor conocimiento y afecto parental influyeron en un mejor bienestar psicológico.
- La auto-revelación, el interés parental y el no comunicativo predijeron niveles más bajos de bienestar que el procedimiento comunicativo bidireccional.
- La interacción de conocimiento con afecto parental tuvo un efecto potenciador de la relación entre conocimiento y bienestar psicológico.
- La interacción de conocimiento materno con auto-revelación tuvo el mismo efecto que el afecto parental; sin embargo, las interacciones del conocimiento paterno con auto-revelación y con interés parental atenuaron la relación entre conocimiento y bienestar.
- La ganancia que para el modelo materno y paterno supuso la inclusión de las interacciones fue muy pequeña, si bien fueron significativas.
- Las tendencias de las relaciones en el caso del padre y de la madre fueron similares, sin embargo los valores fueron de mayor magnitud para el modelo materno.

CAPÍTULO 7. DISCUSIÓN

Una vez descritos los resultados obtenidos en el estudio empírico, en este último capítulo, se reflexiona y ofrecen las principales conclusiones acerca de estos resultados. Para ello, la discusión se dividirá en cuatro apartados. El primer apartado se centrará en describir la evolución de los estilos de vida relacionados con el consumo de sustancias (tabaco, alcohol y cannabis) y el bienestar psicológico a lo largo de la adolescencia. En un segundo apartado, se abordará la evolución del conocimiento parental, de los procedimientos de obtención de dicho conocimiento y del afecto parental en la adolescencia; así como, se reflexionará en torno a las relaciones entre el conocimiento parental y el resto de variables relevantes en este trabajo. En el tercer apartado se analizará la influencia del conocimiento, de los procedimientos de obtención del mismo y del afecto en el desarrollo adolescente, concretamente en el consumo de sustancias y el bienestar psicológico. A continuación, en un cuarto apartado se tratarán las limitaciones y fortalezas de este estudio, haciendo propuestas de mejora para futuras investigaciones. Finalmente, se resumirán las principales conclusiones e implicaciones prácticas de esta investigación.

Antes de comenzar la discusión y como resumen de los principales resultados obtenidos, las Figuras 22 y 23 representan los modelos de las relaciones más relevantes encontradas para el consumo de sustancias y el bienestar psicológico, respectivamente. En el caso de los procedimientos, solo se representan los procedimientos comunicativos bidireccionales materno y paterno, al ser los que predijeron los resultados más positivos en el desarrollo. Como puede verse, en líneas continuas se presentan las relaciones de las variables maternas y en líneas discontinuas las correspondientes a las paternas, que, como se dijo, tuvieron menos peso en los modelos. Además, las líneas se diferencian por su nivel de grosor, las más gruesas revelan las relaciones con mayor peso (como las del conocimiento parental en el caso del consumo de sustancias), mientras que las más delgadas hacen referencia a las relaciones más débiles en el modelo (como las relaciones de bienestar psicológico y conocimiento parental).

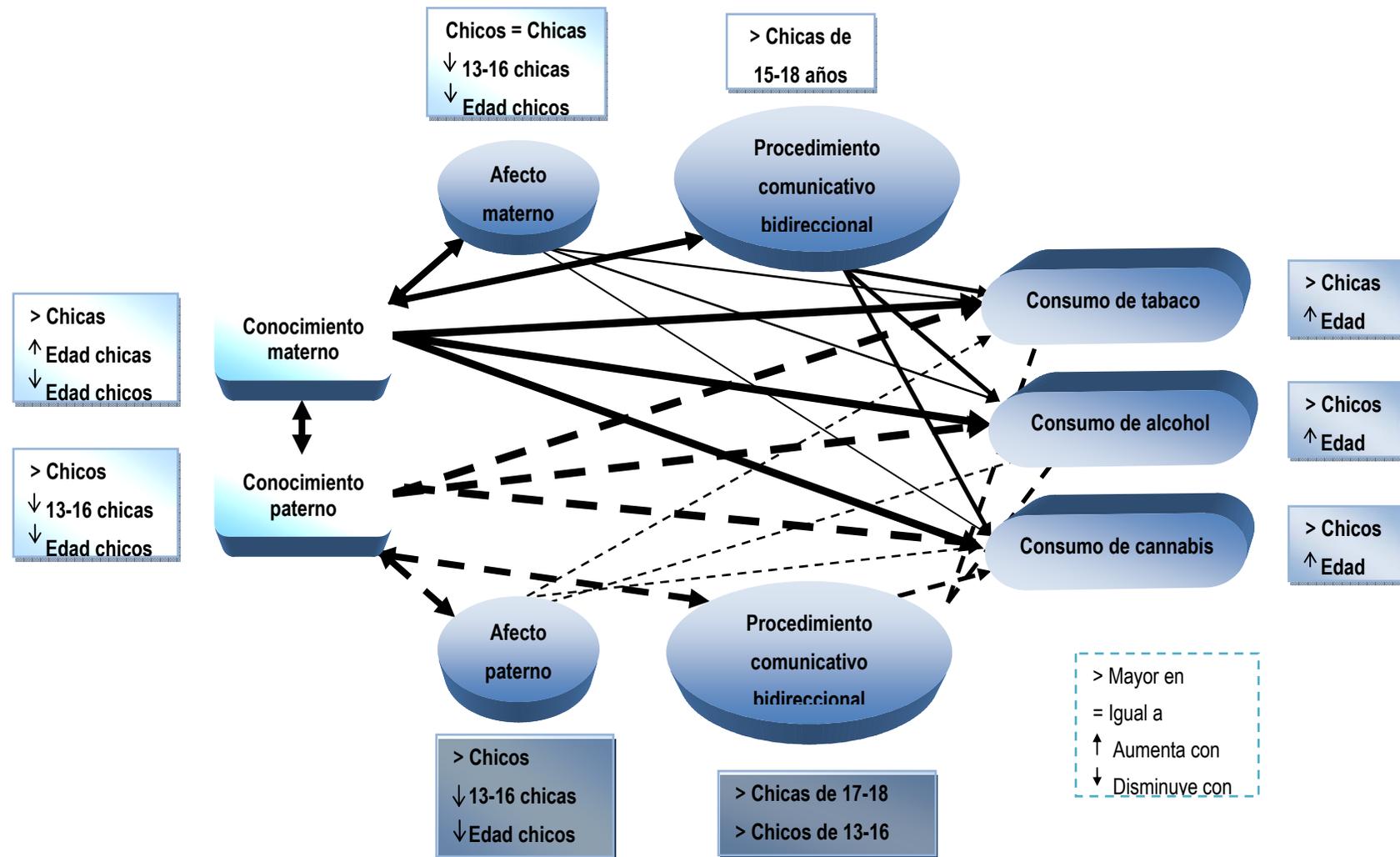


Figura 22. Modelo de las relaciones más relevantes para el consumo de sustancias

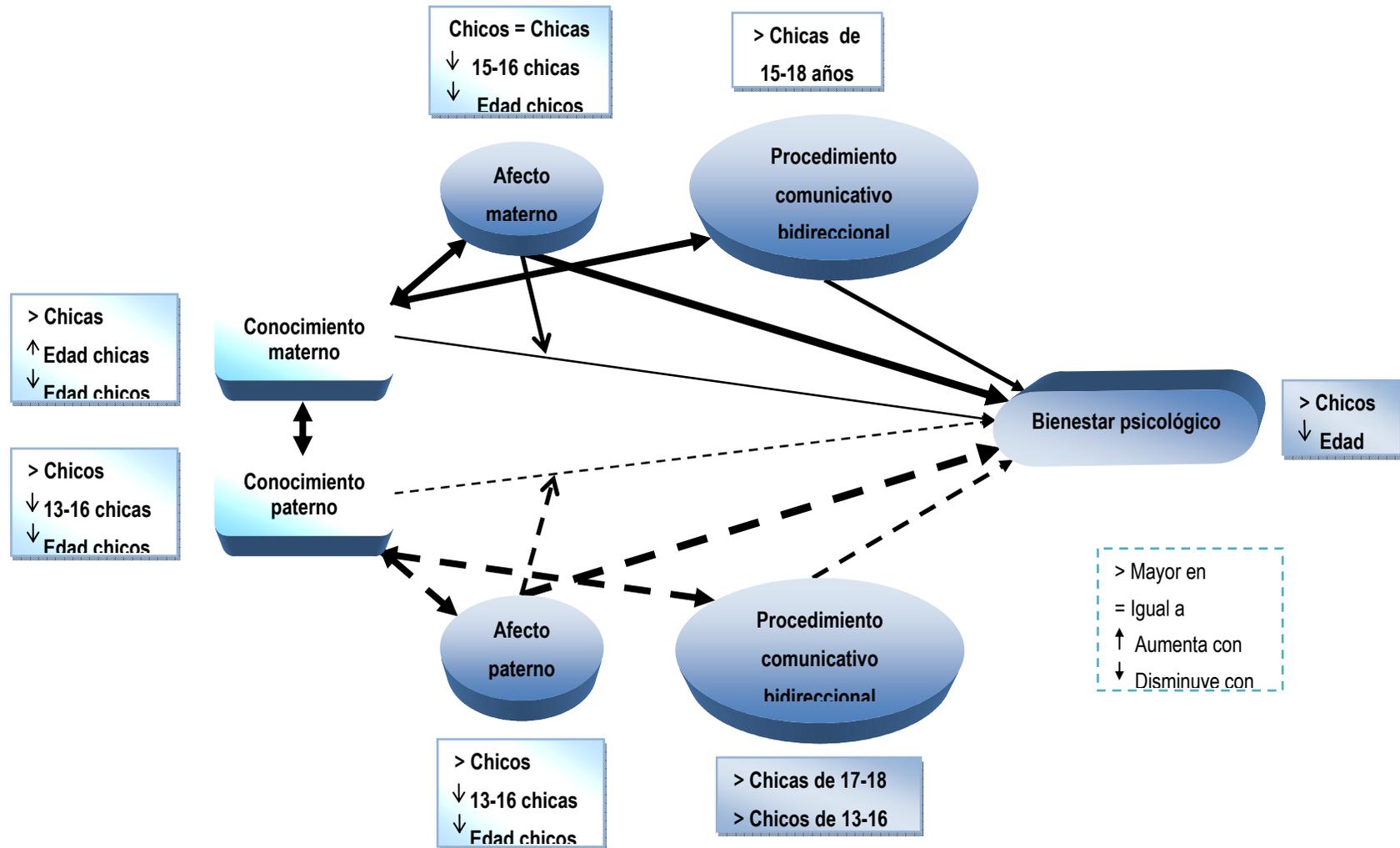


Figura 23. Modelo de las relaciones más relevantes para el bienestar psicológico

1. EVOLUCIÓN DE LOS ESTILOS DE VIDA RELACIONADOS CON EL CONSUMO DE SUSTANCIAS Y EL BIENESTAR PSICOLÓGICO EN CHICOS Y CHICAS ADOLESCENTES

Como ya se comentó al inicio de este trabajo, la adolescencia es una etapa especialmente complicada por los numerosos cambios que conlleva (biológicos y físicos, avances en el desarrollo cognitivo y cambios en las expectativas sociales). Los nuevos retos y situaciones a los que los adolescentes han de enfrentarse les llevarán a tomar decisiones que podrán afectar a su salud, positiva o negativamente, a corto y a largo plazo. Es decir, en esta etapa podrán implicarse en conductas positivas y saludables, pero también aumenta el riesgo de que tomen bebidas alcohólicas, fumen, consuman drogas ilegales, así como que lleven a cabo otras conductas de riesgo que les conduzcan a adoptar un estilo de vida no saludable o de riesgo para su salud (Arnett, 1999).

1.1. Consumo de sustancias

Los resultados de este estudio en relación a los hábitos de vida no saludables, concretamente al consumo de sustancias, muestran niveles más altos de consumo de tabaco en las chicas, mientras que en los chicos fue mayor el consumo de alcohol y cannabis, lo cual es acorde con lo encontrado en otros estudios (Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas, 2007; Martínez Álvarez et al., 2003). No obstante, también es importante hacer notar que, desde el punto de vista estadístico, los tamaños de efecto de los resultados fueron pequeños, lo cual puede ser indicativo de que chicos y chicas son más parecidos que diferentes. El hecho de que las chicas consuman más tabaco y que en otros consumos se estén igualando rápidamente a los patrones de consumo de los chicos (Moreno et al., en prensa), resulta preocupante. Tal vez ello esté motivado posiblemente por los cambios que se están sucediendo en nuestra sociedad hacia una mayor igualdad entre hombres y mujeres, lo cual resulta muy positivo; sin embargo, existe el riesgo de que las chicas, en un intento de equipararse a los chicos, se impliquen en conductas poco saludables que hasta hace unos años eran más comunes y casi exclusivas en los chicos, como es el caso del consumo de sustancias.

Respecto a la evolución con la edad, tal y como se predijo, los consumos de tabaco, alcohol y cannabis aumentaron progresivamente a lo largo de la adolescencia, además dicho aumento sucedió tanto en chicos como en chicas y, en mayor grado, de los 13-14 a los 15-16 años; este resultado se obtuvo igualmente en la Encuesta Estatal sobre Uso de Drogas en Estudiantes de Enseñanzas Secundarias (ESTUDES) 2006-2007 (Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas, 2007). Quizás sea debido a que, dado que la muestra de este estudio es solo de escolares, el hecho de que los chicos y chicas de 17-18 años continúen en el sistema educativo como una opción

personal, puede ser indicativo de que con más probabilidad estén más ajustados, tengan expectativas de formación a largo plazo y se encuentren implicados en actividades estructuradas que les alejan de problemas y conductas poco saludables.

A pesar de que chicos y chicas consumieron tabaco, alcohol y cannabis, y que fueron las drogas más consumidas en la adolescencia, el consumo de drogas suele ser experimental u ocasional (Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas, 2007), no abusivo, transitorio con la llegada a la adultez (Steinberg y Morris, 2001), e incluso predictor de mejores resultados en el desarrollo (Oliva, Parra y Sánchez-Queija, 2008; Shedler y Block, 1990) porque puede facilitar el desarrollo de la identidad, creatividad e iniciativa personal (Oliva, 2004). Además, al observar los datos concretos, se encuentra que el consumo de sustancias se dio en niveles más bien bajos. Ello puede estar relacionado con lo que diversos estudios han encontrado, acerca de que el consumo de sustancias ha descendido y, en la actualidad, chicos y chicas consumen menos sustancias que en años anteriores (Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas, 2007).

Esta perspectiva de análisis nos devuelve una imagen más positiva de nuestros chicos y chicas adolescentes, sin que con ello se estimule un estilo de vida no saludable caracterizado por conductas de consumo, sino más bien lo contrario. Sin embargo, resulta complicado evitar el consumo de sustancias cuando su uso es tan generalizado y cuando se pretende realizar en una etapa caracterizada por la asunción de riesgos. Así, quizás resulte más positivo que las políticas educativas y de intervención se centren en fomentar un consumo moderado y ocasional de sustancias, que muestre las verdaderas consecuencias que puede llevar un consumo abusivo, no solo a corto sino también a largo plazo, así como en promover en padres y madres actitudes negativas hacia el consumo de sustancias y conductas consecuentes con sus actitudes.

1.2. Bienestar psicológico

Continuando con la visión positiva de la adolescencia, este trabajo también se centra en el análisis del bienestar psicológico de chicos y chicas. Los resultados mostraron, al igual que en otros estudios (Currie et al., 2008; Petersen et al., 1991; Rask et al., 2003), niveles medios de bienestar, más altos en chicos que en chicas. Quizás porque en las chicas sean más probables los problemas interiorizados (Liu et al., 2001), debido a que son más sensibles y emocionales (Millstein, 1993), también porque se exponen antes a los cambios puberales, en momentos que tal vez no están preparadas para ello y que han de hacer frente a otros cambios (Petersen et al., 1991), como es el paso de la educación primaria a la secundaria, etc. Todo ello puede afectar negativamente a su bienestar, dando lugar a resultados como los encontrados, que colocan a las chicas en una situación

de peor ajuste psicológico. Sin embargo, es importante señalar que, al igual que sucedía en el consumo de sustancias, chicos y chicas son más similares al tener las diferencias entre ambos tamaños de efecto pequeño.

En relación con la evolución del bienestar psicológico a lo largo de la adolescencia, tal y como se predijo, en el grupo de edad más pequeño se dio un mayor bienestar psicológico y, tanto en chicos como en chicas, el bienestar psicológico disminuyó progresivamente con la edad, algo que también ha sido encontrado en diferentes estudios (Currie et al., 2008; Rask et al., 2002). Tal vez porque a medida que chicos y chicas van siendo mayores van asumiendo más roles y responsabilidades adultas que sin duda pueden resultarles difíciles de afrontar, son más conscientes de sus propias limitaciones y defectos, siendo más críticos con su entorno y consigo mismos, etc.; también, puede ser debido a su gran autoconciencia, introspección y atención a su estado corporal, que les puede llevar a exagerar sus síntomas (Millstein, 1993) y a que se dé un incremento en la frecuencia de emociones negativas (por ejemplo, sentirse triste o enfadado), y, por otro, a experimentar una gran variabilidad emocional (Goossens, 2006).

A pesar de las variaciones hacia un menor bienestar psicológico a lo largo de la adolescencia, sobre todo en chicas, resulta importante señalar que los valores de bienestar en los chicos y chicas adolescentes de esta investigación se encuentran situados en torno a la media, lo cual está mostrando un bienestar emocional medio positivo.

Sin embargo, ello no hace que se pueda prescindir de políticas educativas y de intervención centradas en este ámbito, que fomenten y promuevan un mejor ajuste psicológico en una etapa llena de tantos cambios, riesgos y oportunidades que pueden hacer mermar el bienestar adolescente.

1.3. Algunas propuestas para la intervención

Con todo, resulta necesario resaltar la relevancia de las intervenciones en la etapa de la adolescencia ya que, como se dijo, es un momento en que chicos y chicas pueden iniciarse en estilos de vida no saludables, como el consumo de sustancias, y resulta importante intentar modificarlos antes de que se establezcan de forma definitiva (Elliot, 1993; Heaven, 1996; Sinha, 1993); así como, pueden ver disminuida su buena salud mental. Ello ha de hacerse asumiendo un modelo de competencias (Morgan y Ziglio, 2007) encaminado a prevenir los problemas (como el consumo de sustancias) y a fomentar el desarrollo de capacidades y aptitudes positivas (como el bienestar psicológico) (Oliva, 2007). Además, se ha de ser sensible a las características de la población a la que se dirige, ello implica tener en cuenta resultados como los obtenidos en esta investigación. Así, aunque son necesarias intervenciones igualitarias para chicos y chicas, deben considerar y mostrar las debilidades

y fortalezas, lo positivo y negativo de unos y otras, etc. para promover las características que lleven a un mejor desarrollo en ambos; de igual manera, se ha de actuar a edades tempranas para evitar el aumento progresivo en el consumo de sustancias y la disminución en el bienestar psicológico. Todo ello llevará a favorecer un desarrollo más positivo y saludable de los chicos y chicas adolescentes.

2. LA MONITORIZACIÓN FAMILIAR A LO LARGO DE LA ADOLESCENCIA

En la adolescencia, a pesar de que otros contextos empiezan a tomar importancia (como el grupo de iguales), la familia continúa teniendo gran relevancia para chicos y chicas (Ary et al., 1999), constituyendo su contexto principal de socialización y de influencia en el desarrollo.

2.1. Afecto parental

En primer lugar, y en relación con el afecto parental, debe destacarse que es la dimensión considerada como la más relevante del estilo democrático (Oliva, 2006) y de gran importancia para el desarrollo adolescente. En este trabajo, el afecto materno percibido por los adolescentes tuvo niveles medios más altos en todas las edades y, tanto en chicos como en chicas, muy relacionado con el hecho de que las madres suelen ser más cercanas, pasan más tiempo con ellos y ellas (Smetana, Campione-Barr, et al, 2006) y se perciben más a menudo como figuras de apoyo emocional, mientras que los padres como figuras de apoyo material y de información “objetiva” (Steinberg y Silk, 2002); además, dicho apoyo emocional permite que la persona se sienta querida (Musitu et al., 2001). Quizás, esto también explique que para el afecto materno las diferencias de género fueran más pequeñas que para el afecto paterno, con valor más alto para los chicos; tal vez debido a que, al ser las madres más cercanas y pasar, en general, más tiempo con sus adolescentes (Dubas y Gerris, 2002), no diferencien el afecto que muestran a sus hijos e hijas; mientras que al padre puede que le resulte más fácil mostrar más afecto al chico, con el que puede sentir que comparte más cosas, como el género, aficiones, etc., o también porque pase más tiempo con él (Dubas y Gerris, 2002).

Sin embargo, el hecho de que las chicas perciban ligeramente en menor grado el afecto parental, contradice otros estudios que muestran lo contrario, indicando que las chicas suelen percibir más afecto que los chicos (Oliva, 2006; Parra y Oliva, 2006); tal vez ello suceda por su menor bienestar emocional y las razones que llevan a ello (comentados anteriormente), que la hagan más vulnerables y críticas con el sistema familiar.

A lo largo de la adolescencia, parece ser que el afecto físico parento-filial y la cercanía emocional disminuyen (Collins y Laursen, 2004; Laursen y Collins, 2004; McGue et al., 2005), tal y como muestran los resultados de este trabajo (acordes con lo hipotetizado), si bien en el caso de la

madre solo disminuye de los 13-14 a los 15-16 años; y, tomando en consideración el género de los adolescentes, en los chicos el afecto parental percibido desciende progresivamente a lo largo de la adolescencia, mientras que en las chicas solo lo hace de los 13-14 a los 15-16 años. Tal vez porque ellas, aunque perciban en menor grado el afecto, sobre todo el paterno, suelen mantener unas relaciones más cercanas con la familia (Parra y Oliva, 2006) y a los 17-18 años, tras los conflictos familiares característicos de la adolescencia temprana (Arnett, 1999), perciban antes cierta recuperación del clima afectivo familiar.

No obstante, los adolescentes de este estudio perciben niveles medios de afecto parental relativamente altos y a pesar de las diferencias señaladas, los tamaños de efecto son pequeños. Lo cual parece indicar que, a lo largo de la adolescencia, las relaciones afectivas familiares continúan siendo relevantes y que los cambios que en ellas se producen pueden estar más relacionados con cambios cualitativos que cuantitativos, que muestren una disminución del afecto físico (besos, abrazos, etc.), pero un aumento de las conversaciones en las que se comparten y se expresan informaciones y sentimientos (Collins y Laursen, 2004; Larson et al., 1996; Laursen y Collins, 2004). Así, parece que hay cierta continuidad, con pequeños cambios, en las relaciones afectivas durante la adolescencia (Parra y Oliva, 2006; Steinberg y Silk, 2002).

2.2. Conocimiento parental

En segundo lugar, se trata el conocimiento parental, el aspecto familiar central en este trabajo, consecuencia de la monitorización parental, es decir de los esfuerzos que hacen padres y madres para conseguir información de sus hijos e hijas acerca de dónde van cuando salen, de sus actividades de tiempo libre, amistades, etc., así como de la información que los hijos e hijas espontáneamente les cuentan (auto-revelación). En este trabajo, siguiendo a Stattin y Kerr (Kerr y Stattin, 2000; Stattin y Kerr, 2000), tras comprobar que lo que medía el cuestionario del estudio HBSC no era monitorización sino conocimiento parental, se decidió etiquetar como tal a este concepto, considerando que el conocimiento parental es el resultado de conductas previas parentales (monitorización parental) y adolescentes (auto-revelación) (Smetana, Campione-Barr, et al., 2006).

En este trabajo, las chicas percibieron en mayor grado el conocimiento materno, mientras que los chicos el paterno, al igual que se halló en otros estudios (Moreno et al., 2005b; Shek, 2005), lo cual puede estar relacionado con lo que sucedía en el caso del afecto parental percibido y con el hecho de que las madres suelen pasar más tiempo con sus hijas y los padres con sus hijos (Dubas y Gerris, 2002). Además, el conocimiento parental disminuyó de los 13-14 a los 15-16 años, para a los 17-18 años aumentar, lo cual cumple lo predicho parcialmente, ya que no disminuye progresivamente a lo

largo del tiempo; no sucediendo lo mismo que en la edición 2002 del estudio HBSC, en la que conforme chicos y chicas fueron más mayores, el conocimiento parental percibido disminuyó progresivamente (Moreno et al., 2005b).

Sin embargo, lo comentado varía cuando se tiene en cuenta el sexo del adolescente, ya que en los chicos el conocimiento parental percibido sí disminuyó a lo largo de la adolescencia; mientras que en las chicas aumentó el conocimiento materno percibido y el paterno disminuyó hasta los 15-16 años, aumentando a los 17-18 años. Esto puede estar relacionado con lo encontrado en otros estudios acerca de que las chicas perciben en mayor grado el conocimiento parental que los chicos (Li, Feigelman, et al., 2000; Oliva, 2006; Richards et al., 2004), aunque se hace más notorio a los 17-18 años y no a los 13 años, como se ha encontrado en otros estudios (Rai et al., 2003). Ello sucede a esta edad dado que es cuando tanto el conocimiento materno como el conocimiento paterno, son más altos en las chicas que en los chicos.

Estas diferencias de género posiblemente tengan que ver no solo con el hecho de que los progenitores suelen monitorizar más a sus hijas, tal vez por su mayor cercanía, sensibilidad, también porque tiendan a hablar más con sus progenitores de sus experiencias o consideren más conveniente hacerlo (Laird, Pettit, Dodge, et al., 2003), resultando en que padres y madres conozcan más de sus hijas (Waizenhofer et al., 2004). Y, quizás, los chicos, considerados más autónomos, conforme van siendo mayores se vean como menos obligados a informar sobre sus conductas y oculten información o incluso mientan a sus progenitores (Engels et al., 2006; Finkenauer et al., 2002; Smetana, Metzger, et al., 2006), o bien por su mayor probabilidad de implicarse en problemas de conducta, sean más independientes y menos tendentes a proveer información (Laird, Pettit, Bates, et al., 2003), es decir menos dados a la auto-revelación.

Además, probablemente las variaciones que se han encontrado en este trabajo sobre la evolución del conocimiento parental percibido expliquen los resultados diversos que las investigaciones han encontrado en torno a ello. Así, algunas afirman que la monitorización y el conocimiento disminuyen (Li, Feigelman, et al., 2000; Richards et al., 2004; Yang et al., 2007), mientras que otras que permanecen estables (Li, Stanton, et al., 2000; Rai et al., 2003).

Por otro lado, al igual que sucedía en el caso del afecto parental percibido, y a pesar de las variaciones comentadas, los valores medios del conocimiento parental percibido fueron altos, mayores en el caso de la madre que en el padre; lo cual también ha sido encontrado en diferentes investigaciones (Crouter et al., 2005; Moreno et al., 2005b; Waizenhofer et al., 2004). Quizás, debido muy probablemente a lo comentado anteriormente en el caso del afecto y relacionado estrechamente

con la percepción de las madres como más afectivas que promueven que chicos y chicas sientan confianza en contarles sus experiencias.

Otra posible explicación al hecho de que las madres suelen tener mayor conocimiento de sus hijos e hijas y que no se examina concretamente en este estudio, se deba a cómo les influyen al padre y a la madre sus experiencias laborales en la vida familiar, ya que como han encontrado otros estudios (Barnett y Gareis, 2007; Bumpus et al., 2006), parece que para las madres resulta más complicado que cualquier acontecimiento o situación laboral afecte negativamente a su labor familiar, lo cual podría hacerse extensible a cualquier otro acontecimiento que les suceda fuera del contexto familiar. Así, puede que las madres, independientemente de sus experiencias o sentimientos, ejerzan su labor con pequeñas variaciones; mientras que en el caso de los padres puedan ser más vulnerables en este sentido y hacerse más notorio en su labor como padres cualquier problema que les suceda. No obstante, ello no se analiza en este estudio, aunque sería interesante conocer cómo otras variables extra-familiares puedan afectar a la labor de padres y madres con sus hijos e hijas y, concretamente, al conocimiento que poseen aquellos de las experiencias de estos y estas.

2.3. Procedimientos de obtención del conocimiento parental

En tercer lugar, caben mencionar los procedimientos de obtención del conocimiento parental que, en este trabajo, son los siguientes: auto-revelación, interés parental, procedimiento comunicativo bidireccional y procedimiento no comunicativo, tanto para el caso del padre como de la madre. Los dos primeros similares a los utilizados por Stattin y Kerr (Kerr y Stattin, 2000; Stattin y Kerr, 2000) en sus trabajos, y los dos últimos suponen, respectivamente, la presencia o la ausencia simultánea de auto-revelación e interés parental. Resulta importante recordar que estos procedimientos son excluyentes, es decir que, por ejemplo, los chicos y chicas que perciben auto-revelación no observan ninguno de los otros procedimientos; además, es interesante que, siguiendo con la lógica de este trabajo, se diferencie, también en este caso, los procedimientos de obtención del conocimiento materno de los que permiten el conocimiento paterno.

La principal motivación de incluir los procedimientos de obtención del conocimiento parental en este trabajo, fue por un lado, porque se considera necesario, cuando se mide el conocimiento parental, saber cómo se consigue dicho conocimiento, y, por otro, porque no cualquier forma de obtención del conocimiento será igualmente efectiva.

Los resultados más interesantes de este trabajo relacionados con este aspecto son los que tienen en cuenta el sexo y la edad de chicos y chicas. Así, los datos mostraron que en las chicas (en el caso de la madre en todas las edades y en el del padre, sobre todo, a los 13-14 años) el

procedimiento más percibido fue el comunicativo bidireccional (como se predijo), tal vez porque ellas, suelen ser más proclives a contar a sus progenitores sus experiencias, algo que también suscite en padres y madres cierta tendencia a preguntarles más, ya que saben que muy probablemente obtendrán respuestas a sus preguntas, lo cual también se ha encontrado de forma similar en otros estudios (Kerr y Stattin, 2000; Parra y Oliva, 2006; Stattin y Kerr, 2000; Waizenhofer et al., 2004). Además, el hecho de que el procedimiento comunicativo bidireccional en la madre sea más percibido en toda la adolescencia pueda ser debido a que madres e hijas pasan más tiempo juntas y comparten más información, revelando más a sus madres, como han hallado otras investigaciones (Smetana, Metzger, et al., 2006) y sintiéndose más monitorizadas por ellas (Webb et al., 2002); relacionándose esto con que, en ningún momento de la adolescencia de las chicas, se percibiera el procedimiento no comunicativo como forma de obtención del conocimiento materno, el cual disminuyó claramente a lo largo de la adolescencia.

En el caso de los padres, a los 15-16 años el procedimiento no comunicativo es el más percibido por las chicas, quizás porque, como se vio anteriormente a esta edad el conocimiento paterno disminuye; y a los 17-18 años de edad es el interés parental el más percibido. Sin embargo, al contrario que sucedía con las madres, la auto-revelación como procedimiento de obtención del conocimiento paterno es el menos percibido a lo largo de la adolescencia, tal vez porque comparten menos tiempo juntos, o bien porque las chicas solo tienden a revelar a los padres cuando aprecian que ellos también se interesan por sus experiencias.

Y, en los chicos, la mayor percepción del procedimiento comunicativo bidireccional en el caso del padre de los 13 a los 16 años, pueda ser debido, como ya se dijo, a que se sientan más cercanos a ellos, lo que puede llevar a los chicos a revelar más en estas edades y a ser preguntados por sus padres. En el caso de las madres, el procedimiento comunicativo bidireccional se da en mayor grado solo a los 13-14 años. Quizás, la menor tendencia de los chicos a contar cosas y la mayor autonomía que adquieren a lo largo de la adolescencia, como ya se comentó, les lleve a percibir en mayor grado el interés parental (como se predijo) en los grupos de mayor edad, a los 17-18 años en el caso del padre y de los 15 a los 18 en el de la madre, así como a apreciar en menor grado la auto-revelación como procedimiento de obtención de los conocimientos materno y paterno.

Tal vez estas diferencias de género, como apuntaron Parra y Oliva (2006), reflejan unas prácticas educativas diferenciadas para chicos y chicas, que fomenten en ellas unas relaciones familiares más cercanas y comunicativas y en ellos una mayor autonomía e independencia.

Por otro lado, al comparar los porcentajes obtenidos en los diferentes procedimientos maternos y paternos, resulta interesante comentar que en la obtención del conocimiento materno,

tanto en chicos como en chicas, se percibe en mayor grado el procedimiento comunicativo bidireccional y el interés materno (salvo a los 17-18 años en chicas); mientras que en los padres, con respecto a las madres, el procedimiento de obtención del conocimiento paterno más elegido fue el no comunicativo y, curiosamente, la auto-revelación (aunque con porcentajes bajos), tal vez porque la menor utilización de otros métodos, como el comunicativo bidireccional, en comparación con la madre, aumente el porcentaje de uso de este método. Estos resultados se relacionan con lo encontrado en otros estudios que afirman que las madres son más probables que consigan información a través de formas activas, como el interés parental, y la auto-revelación que, aunque es ligeramente superior en el caso de los padres, en las madres es mayor el procedimiento comunicativo bidireccional que combina el interés con la auto-revelación (Crouter et al., 2005; Waizenhofer et al., 2004).

2.4. Las relaciones entre las variables familiares analizadas

Por último, respecto a las relaciones entre las diferentes variables del contexto familiar comentadas se cumplió lo planteado en la hipótesis. Así, se halló que el conocimiento materno y paterno se relacionaron entre ellos, de forma que un mayor conocimiento materno estuvo asociado a un mayor conocimiento paterno y viceversa; así como, un mayor conocimiento parental se relacionó con el afecto parental, sobre todo el conocimiento con el afecto de un mismo progenitor. Esta coherencia entre el afecto y el conocimiento del padre con el de la madre, aunque no resulte tan relevante en la adolescencia (Steinberg, 2001), puede ser predictora de un mejor desarrollo adolescente.

Además, la relación tan estrecha encontrada entre afecto y conocimiento parental percibidos va en consonancia con lo hallado en otros estudios (Dallago et al., 2008; Oliva et al., 2007). Tal vez, porque unas relaciones afectuosas y cálidas promuevan una mejor monitorización parental, así como mayor confianza en chicos y chicas para auto-revelar, dando lugar todo lo anterior a un mayor conocimiento parental (Bugental y Grusec, 2006; Crouter y Head, 2002; Kerr y Stattin, 2000; Stattin y Kerr, 2000) y, a su vez, el conocimiento parental así obtenido fomentará un mejor clima afectivo en la familia. De este modo, el afecto también puede ser considerado una estrategia de monitorización parental más (al igual que el interés parental en este estudio), dado que permite a padres y madres crear un clima de confianza favorecedor de la auto-revelación de chicos y chicas. Por su parte, dicha auto-revelación, aunque sea un acto espontáneo, de alguna forma ha sido propiciada por el contexto familiar creado previamente.

En cuanto a los procedimientos de obtención del conocimiento parental, los conocimientos materno y paterno fueron claramente más altos ante el procedimiento comunicativo bidireccional y, en el caso de la madre, también con auto-revelación. Así, en este trabajo no se encuentra lo que Stattin y

Kerr (Kerr y Stattin, 2000; Stattin y Kerr, 2000) hallaron acerca de que la auto-revelación de chicos y chicas fue la que más y mejor predijo el conocimiento parental, mientras que el interés parental añadió una pequeña cantidad.

Tal vez, porque al considerar un procedimiento que ellos no tuvieron en cuenta y que supone la conjunción de la auto-revelación con el interés parental, al que en esta investigación se ha llamado procedimiento comunicativo bidireccional, esté mostrando la relevancia que tiene que se tengan en cuenta tanto a los progenitores como a los hijos e hijas, y no solo a uno de ellos, en el proceso de obtención del conocimiento parental. Así, el mayor conocimiento es obtenido cuando, conjuntamente, tanto los progenitores se interesan por sus hijos e hijas, como cuando estos y estas les revelan espontáneamente información. De esta forma parece que se multiplica el conocimiento y se fortalecen los canales de comunicación bidireccionales en la familia, sugiriendo un mayor tiempo familiar compartido, al menos en lo que se refiere a conversaciones parento-filiales, y mayor confianza para intercambiar información.

Y es que el conocimiento parental de las actividades de los hijos e hijas parece en gran parte predicho por la implicación parental (Bumpus et al., 2006), por el tiempo compartido, por la creencia de los chicos y chicas acerca de la conveniencia del conocimiento parental (Laird, Pettit, Dodge, et al., 2003; Smetana, Metzger, et al., 2006), por una mejor comunicación (Hayes et al., 2004), etc., es decir que en el conocimiento parental son importantes tanto los progenitores como los hijos e hijas. Por lo tanto, el interés parental y la auto-revelación adolescente, son procesos centrales en la obtención del conocimiento parental (Patrick et al., 2005).

2.5. Algunas propuestas para la intervención

En definitiva, y en consonancia con lo encontrado en este trabajo, un mayor y mejor conocimiento parental es fruto de la capacidad e interés de padres y madres para requerir información del hijo o hija, de la disposición del chico o chica para revelar espontáneamente información sobre sus actividades, y de una relación parento-filial cálida y afectiva.

Estas tres características de las relaciones familiares deberían ser tenidas en cuenta en intervenciones que deseen fomentar un mayor conocimiento parental. Además, siguiendo los resultados obtenidos, resulta importante que las intervenciones consideren las diferencias de género encontradas, tanto las referidas a padres y madres como a hijos e hijas. Así, resulta importante que los padres adquieran cualidades de las madres que las hacen tener valores superiores en todas las variables de este estudio (lo mismo se encuentra en los trabajos ya comentados de Oliva et al., 2007); y que adquieran habilidades para educar de manera no diferencial a sus hijos e hijas, destacando las

características positivas de unas y otros, lo que llevaría a que tanto chicos como chicas fueran igualmente autónomos y mantuvieran relaciones familiares estrechas, así como, muy probablemente, a que cuando fueran padres y madres tuvieran la misma relevancia en las relaciones parento-filiales.

3. LA INFLUENCIA DE LA MONITORIZACIÓN EN EL DESARROLLO ADOLESCENTE: CONSUMO DE SUSTANCIAS Y BIENESTAR PSICOLÓGICO

El objetivo central de esta investigación consistía en conocer si el conocimiento parental percibido afecta al desarrollo adolescente, concretamente al consumo de sustancias y al bienestar psicológico, así como analizar si dicha influencia puede verse potenciada o atenuada en función del afecto parental percibido y del procedimiento de obtención del conocimiento que se utilice. Todo ello bajo el supuesto de que un mayor conocimiento parental fomentará un menor consumo de sustancias y un mejor bienestar psicológico, y que lo anterior se verá potenciado ante un clima de afecto en el que el procedimiento comunicativo bidireccional o la auto-revelación sean utilizados. Además, el hecho de que se aborde el consumo de sustancias junto con el bienestar psicológico, se debe a la escasa existencia de estudios en monitorización y conocimiento parental que traten este último aspecto del desarrollo psicológico.

3.1. Consumo de sustancias

Una de las áreas en la que ha sido considerada la relación entre monitorización parental y problemas de conducta en el chico o chica adolescente es la del consumo de sustancias (Dishion y McMahon, 1998). Y es que parece ser que la monitorización parental y el conocimiento que, en parte, conlleva, son dos factores claves que influyen y, a su vez, previenen, entre otros problemas de conducta, el consumo de sustancias (Bray et al., 2001; Chilcoat y Anthony, 1996; Graber et al., 2006; Steinberg et al., 1994).

En esta línea, una gran cantidad de estudios han demostrado que chicos y chicas que percibieron un mayor conocimiento parental acerca de sus experiencias, actividades de tiempo libre, etc., se vieron implicados en menor grado en conductas de consumo en general (Forehand et al., 1997; Li, Feigelman, et al., 2000; Li, Stanton, et al., 2000; Rai et al., 2003; Richards et al., 2004; Soenens et al., 2006); o en consumos particulares, ya sea de tabaco (Mott et al., 1999), alcohol (Barnes y Farrell, 1992; Webb et al., 2002), cannabis (L. Cottrell et al., 2003; DiClemente et al., 2001); e, incluso, chicos y chicas implicados en conductas de este tipo, disminuyeron su consumo a niveles más bajos (Steinberg et al., 1994).

En general, los resultados de este trabajo señalan (como se predijo al hilo de otras investigaciones) que los conocimientos maternos y paternos percibidos afectan negativamente al consumo de sustancias: tabaco, alcohol y cannabis, teniendo mayor peso el conocimiento materno. Además, el conocimiento parental percibido tuvo más importancia en la predicción del consumo que el sexo del adolescente, siendo, junto con la edad, las variables más relevantes en el consumo de sustancias. Ello resulta de gran importancia, en tanto en cuanto el conocimiento parental es una variable que se puede modificar y potenciar en políticas de intervención dirigidas a la prevención del consumo de sustancias adolescente. Más aún cuando se ha demostrado en tantas ocasiones la relación entre un alto conocimiento y un menor consumo de sustancias, muy probablemente como consecuencia de que padres y madres posean conocimientos de las actividades, experiencias, etc., de sus hijos e hijas, porque algo hayan hecho para conseguirlo, ya sea por iniciativa propia o propiciando que sus adolescentes les cuenten.

Lo anterior permite a los progenitores conocer y darse cuenta antes de la implicación de sus hijos e hijas en conductas de consumo, así como posibilita que puedan frenar trayectorias preocupantes y estimular que se impliquen en actividades de tiempo libre positivas que, a su vez, disminuirán la probabilidad de que se involucren en conductas de riesgo (Sharp et al., 2006). Esto es de gran relevancia en una etapa en la que, como se dijo, disminuye la supervisión directa de los progenitores, chicos y chicas tienden a pasar más tiempo en otros contextos y, por diversos motivos, aumenta el riesgo de que se impliquen en conductas poco saludables, como el consumo de sustancias (Jacobson y Crockett, 2000).

El conocimiento parental, como se expuso, parece ser debido a la monitorización parental (como el interés parental tratado en este trabajo) y a la auto-revelación del hijo o hija, así como a diferentes características del clima familiar y las relaciones parento-filiales. Además, y como se propone analizar este estudio, un contexto de relaciones afectivas, que promueva entre progenitores y adolescentes confianza para preguntar y contar, serán importantes moderadores de la relación entre conocimiento y consumo de sustancias.

Así, diferentes estudios resaltan que la calidez, el apoyo y el afecto parental, una cercana monitorización, la confianza del hijo o hija en hacer partícipes a sus progenitores en sus experiencias, se relacionan con niveles más altos de conocimiento parental y menos problemas de conducta (Barnes et al., 2006; Guo et al., 2002; Martínez Álvarez et al., 2003; McCrystal et al., 2007; Wetherill y Fromme, 2007). Sin embargo, los resultados de esta investigación no mostraron relaciones de moderación importantes, como se esperaban, más bien indicaron que tanto el conocimiento parental, como el afecto parental percibido y los procedimientos de obtención del conocimiento parental

tuvieron efectos independientes en el consumo de sustancias. Algo parecido sucedió en el estudio de Cohen et al. (1994), en el que el conocimiento parental y unas positivas relaciones parento-filiales, constituyeron dos patrones independientes de influencia en el consumo de sustancias y la susceptibilidad a su uso en los adolescentes.

En el caso del afecto parental percibido, su efecto en el consumo de sustancias fue muy bajo, quizás porque aunque se ha encontrado que un ambiente familiar afectuoso lleva a un menor consumo de sustancias (Buelga et al., 2006; Parra y Oliva, 2006), no sea tan importante como lo será para el bienestar psicológico, como se comenta más adelante.

En cuanto a los procedimientos de obtención del conocimiento parental, tanto en el caso del padre como de la madre, el procedimiento comunicativo bidireccional predijo menor consumo de tabaco, alcohol y cannabis, mientras que el procedimiento no comunicativo conllevó un mayor consumo de estas tres sustancias; además, parece que, especialmente en el caso del consumo de alcohol y cannabis, el interés parental también llevó a un mayor consumo. Por otro lado, la auto-revelación pareció ser el procedimiento más similar al comunicativo bidireccional en la predicción del consumo de las tres sustancias analizadas (ello es acorde con la hipótesis de que el procedimiento comunicativo bidireccional y la auto-revelación supondrían más bajos niveles de consumo de sustancias y el no comunicativo más altos).

El hecho de que la auto-revelación tenga efectos similares al procedimiento comunicativo bidireccional puede estar relacionado con lo que diferentes investigaciones han encontrado acerca de que la revelación de chicos y chicas mostró una relación negativa con los problemas de conducta (Engels et al., 2005; Stattin y Kerr, 2000), así como el secreto influyó en mayores problemas (Engels et al., 2006; Frijns et al., 2005; Smetana, Metzger, et al., 2006); llegando a considerar la auto-revelación como la mejor estrategia para prevenir problemas exteriorizados en chicos y chicas adolescentes (Oliva et al., 2007). En relación a los intentos de los progenitores por conocer las actividades de sus hijos e hijas (monitorización), algunos trabajos han encontrado que no se relacionaron con problemas, como el consumo (Engels et al., 2005; Stattin y Kerr, 2000), mientras que en otras investigaciones estos esfuerzos parentales, conllevaron un menor consumo de sustancias (Abar y Turrisi, 2008; Romero y Ruiz, 2007) e implicación en problemas de conducta en general (Fletcher et al., 2004).

No obstante, los resultados de este trabajo mostraron que el procedimiento realmente relevante en la predicción de un menor consumo de sustancias fue el comunicativo bidireccional, que implica que tanto adolescentes como progenitores poseen un rol activo en este aspecto, potenciándose las influencias positivas y los beneficios que el interés parental y la auto-revelación

tienen cada uno independientemente. Tal vez, porque se toman conjuntamente y suponen que en el desarrollo adolescente de problemas de conducta, concretamente del consumo de sustancias, padres, madres, chicos y chicas tienen una labor que realizar en su prevención. Resultados similares han sido encontrados, por ejemplo, en el estudio de Barnett y Gareis (2007), en el que los adolescentes con progenitores que conocieron sus actividades y auto-revelaron más manifestaron menos conductas de riesgo. Además, parece que una buena comunicación parento-filial resulta ser la mejor forma de monitorizar el comportamiento adolescente (L. Cottrell et al., 2007; Oliva, 2006).

Al mismo tiempo, deben destacarse los valores de consumos ante el procedimiento no comunicativo materno, los cuales son notablemente más altos que en el caso del paterno. Probablemente como una muestra de la gravedad que tiene para chicos y chicas que las madres no hagan nada para conseguir conocimiento, ni que ellos o ellas les revelen sobre sus actividades; todo ello, como ya se dijo, bastante habitual en el caso de las madres, por lo que si no se dan, las consecuencias parecen ser más graves que en el caso del padre.

3.2. Bienestar psicológico

Por otro lado, en cuanto al bienestar psicológico, como se vio en la introducción, pocos han sido los estudios que han tratado este aspecto del desarrollo en relación a la monitorización y al conocimiento parental, salvo cuando lo han tomado conjuntamente con los problemas de conducta, como el consumo de sustancias, ya abordado. Quizás porque aunque el conocimiento parental influye positivamente en un mejor bienestar psicológico, como han encontrado otros estudios (Fröjd et al., 2007; Graber et al., 2006; Jacobson y Crockett, 2000; Supple y Small, 2006), parece estar más relacionado con los problemas conductuales que con los emocionales, más dependientes del afecto y la comunicación familiar (Bray et al., 2001) y, así, en ocasiones, el conocimiento no se relaciona con un buen ajuste psicológico (Waizenhofer et al., 2004).

Por tanto, en la predicción del bienestar psicológico los resultados de esta investigación (como se predijo) muestran que el afecto parental percibido, tanto materno como paterno, tiene un mayor peso. Además, cuando el afecto modera la relación entre conocimiento y bienestar psicológico, potencia el efecto que tiene un mayor conocimiento sobre un mejor bienestar psicológico (tal y como se predijo, salvo en lo que se refiere a la moderación de los procedimientos), sobre todo cuando el afecto es alto; tal vez porque si el afecto impregna las relaciones parento-filiales, aumenta la probabilidad de que chicos y chicas acepten la influencia de sus padres y madres en su desarrollo (Oliva y Parra, 2004; Steinberg y Silk, 2002), fomentando, en este caso, un mejor bienestar psicológico. Ello está en consonancia con el hecho de que diferentes investigaciones hayan

encontrado que unas relaciones familiares cálidas y afectivas están asociadas con una mayor satisfacción vital (Dallago et al., 2008), menos síntomas depresivos, mejor autoestima y bienestar (Canetti et al., 1997; Helsen et al., 2000; McCauley et al., 1998; Oliva y Parra, 2004; Steinberg y Silk, 2002). Y es que padres y madres son la primaria fuente de apoyo para sus hijos e hijas, teniendo efectos positivos en su desarrollo psicológico (Gardner y Cutrona, 2004).

En cuanto a los procedimientos de obtención del conocimiento parental fueron relevantes sus efectos principales en la predicción del bienestar psicológico, indicando que el procedimiento no comunicativo fue el que conllevó niveles más bajos de bienestar, mientras que el mejor bienestar psicológico se dio ante el procedimiento comunicativo bidireccional (relacionado con lo que se predijo), destacando ligeramente el valor del procedimiento comunicativo bidireccional paterno; quizás, porque, como ya se apuntó, es menos probable que los padres pregunten a sus hijos e hijas a la vez que estos y estas les cuentan, por lo que, cuando sucede, ejerce un efecto muy positivo en el desarrollo psicológico adolescente.

En este aspecto del desarrollo, al igual que sucedió con el consumo de sustancias, parece más relevante el procedimiento comunicativo bidireccional que considera conjuntamente que tanto los progenitores (por medio de su interés en las experiencias de sus hijos e hijas), como el chico o chica (a través de la auto-revelación) tienen un rol activo en el desarrollo del conocimiento parental, así como en el bienestar psicológico; lo cual, como sucedía, anteriormente, parece multiplicar los efectos de unos y otros redundando en un mejor desarrollo. De este modo, en este trabajo la auto-revelación fue importante en el desarrollo psicológico, como ha sido demostrado en otros estudios (Engels et al., 2006; Finkenauer et al., 2002; Frijns et al., 2005; Kerr y Stattin, 2000; Smetana, Metzger, et al., 2006), sin embargo fue más positivo su efecto unida al interés parental de padres y madres.

Finalmente, como sucedió en el apartado anterior y como se predijo, la influencia de las variables maternas fueron más relevantes que las paternas, aunque las tendencias en unas y otros fueron similares.

3.3. Algunas propuestas para la intervención

Por último, como se ha realizado en apartados anteriores, resulta importante tomar de esta investigación aspectos relevantes que permitan elaborar intervenciones sociales fundamentadas y necesarias durante esta etapa del desarrollo.

En este caso, como se ha visto, resulta importante destacar la relevancia que la familia continua teniendo en la adolescencia, en la que otros contextos comienzan a tener más importancia en la vida de chicos y chicas, como es el caso de los iguales (Lila et al., 2006). Por ello, los padres y

las madres deben seguir teniendo un papel en la vida de sus hijos e hijas (Moreno et al., 2004), siendo sensibles a sus características cambiantes durante la adolescencia, de forma que satisfagan sus necesidades evolutivas de cada momento (Oliva, 1999); así, resulta importante que padres y madres muestren afecto, se preocupen por obtener información de sus hijos e hijas, estableciendo una buena comunicación que fomente que estos y estas les revelen experiencias de su vida diaria, ayudándoles a hacer frente a las diferentes tareas evolutivas que, durante la adolescencia, llevarán a cabo (Oliva y Parra, 2004).

De este modo, de acuerdo a lo obtenido en esta investigación, resulta importante que se promuevan intervenciones dirigidas a potenciar el conocimiento parental, sobre todo para prevenir el consumo de sustancias y mejorar el bienestar psicológico en presencia de relaciones afectivas positivas; así como, a fomentar estrategias de obtención del conocimiento parental en las que progenitores y adolescentes tengan un rol activo, como es el caso del procedimiento comunicativo bidireccional. Además de, como ya se dijo, estimular en los padres habilidades que les hagan adquirir la importancia que las madres poseen en las relaciones familiares y en la influencia del desarrollo adolescente. Todas estas intervenciones resultan interesantes que sean impulsadas en etapas tempranas del desarrollo que permitan adquirir habilidades parentales que vean su continuidad de forma exitosa en la adolescencia.

4. LIMITACIONES Y FORTALEZAS DEL ESTUDIO

La presente investigación muestra diferentes limitaciones, a la vez que fortalezas, que resultan relevantes para ser comentadas.

4.1. Limitaciones

La primera limitación se relaciona con la forma de evaluación: mediante auto-informes de un solo informante. Respecto al auto-informe, aunque como se comentó, es el modo de evaluación más usado, utilizarlo sin ninguna otra medida (como entrevistas en el hogar u observaciones) impide realzar los hallazgos obtenidos con él y darles mayor validez (Engels et al., 2005; Hayes et al., 2003), lo cual podría ser considerado para investigaciones futuras en este ámbito; además, en este trabajo, salvo las cuestiones relacionadas con el consumo de sustancias y el bienestar psicológico, el resto no preguntan teniendo en cuenta un marco de tiempo específico, por lo que las respuestas pueden ser imprecisas y no referirse a lo actual; más aún cuando las diferentes cuestiones conforman un amplio cuestionario que puede producir cansancio en chicos y chicas durante su cumplimentación. El hecho de que toda la información proceda de la misma fuente, el chico o chica adolescente, puede

magnificar las relaciones existentes entre las distintas variables consideradas, y solo permite obtener la percepción adolescente, prescindiendo de la información de otras personas relevantes de los contextos de desarrollo del adolescente, como pueden ser sus padres y madres. No obstante, como ya se comentó, el adolescente es la fuente de información más fiable y menos influenciada por la deseabilidad social (Parra y Oliva, 2006).

Y, a pesar de que no se tiene en cuenta la información del padre y de la madre, las cuestiones referidas a la percepción adolescente de uno y otra se examinan de forma separada, analizándose del mismo modo en este trabajo. Y, en el caso de la monitorización, aunque no se mide como vigilancia o seguir la pista, sino como conocimiento parental percibido, también se evalúan, como proponían Kerr y Stattin (Kerr y Stattin, 2000; Stattin y Kerr, 2000), los procedimientos de obtención del conocimiento parental.

Una segunda limitación se refiere al contexto en el que se lleva a cabo la evaluación, la escuela, lo que implica que los adolescentes participantes de este estudio están escolarizados, pudiendo suponer cierto sesgo positivo cuando se evalúa al grupo de edad de 17-18 años, referido a chicos y chicas que permanecen voluntariamente en el sistema educativo, tras haber dejado de ser obligatorio para ellos y ellas, siendo una opción de adolescentes que suelen estar más ajustados y viven en contextos de desarrollo más saludables.

Otra limitación se refiere a la escasa variabilidad que muestran las diferentes variables utilizadas en esta investigación, ya que chicos y chicas de todas las edades, tuvieron los valores más positivos en el rango de respuestas de las variables. Así como, a la baja varianza explicada de los análisis de regresión, tal vez porque, dentro de una perspectiva ecológico-sistémica que tiene en cuenta múltiples contextos de influencia, el consumo de sustancias y el bienestar psicológico son predichos por una variedad de factores, no solo familiares. De este modo, este trabajo podría ampliarse con la adición de otras variables, del contexto familiar, como la satisfacción o la estructura familiar, referidas a otros contextos, como el de iguales, o relacionadas con características socio-demográficas, como la etnia o el estatus social, etc.

Una última limitación se debe al diseño de esta investigación de carácter transversal, de validez más limitada que un diseño de tipo longitudinal, puesto que: impide examinar directamente el inicio de un comportamiento y cuánto tiempo se permanece en un determinado estatus; confunde las causas con los efectos, imposibilitando el establecimiento de relaciones de causalidad y conocer la dirección de las relaciones entre las variables. Así, por ejemplo, en el caso de este trabajo, impide conocer si el conocimiento parental influye en un menor consumo, como se supone, o si más bien,

chicos y chicas menos consumidores permiten mayor conocimiento de sus experiencias a sus padres y madres, o si pueden darse ambos casos.

4.2. Fortalezas

Por último, aun siendo conscientes de las diferentes limitaciones comentadas, proponiendo en algunos casos mejoras factibles, resulta necesario resaltar la relevancia del estudio HBSC en nuestro país. Este estudio, gracias a su amplio instrumento, permite obtener una visión bastante completa y una mejora de la comprensión de los estilos de vida relacionados con la salud y los contextos de desarrollo de chicos y chicas adolescentes, con el objetivo de actuar en esta etapa. Además, el muestreo que se realiza posibilita extraer una muestra representativa de la población adolescente española desde los 11 hasta los 18 años, permitiendo la generalización de los resultados. A ello se añade que, en esta última edición, el muestreo ha sido, además de nacional, por comunidad autónoma, lo que mejora el alcance de las conclusiones, haciendo posible, a todos los gobiernos autonómicos que tienen competencias en sanidad y educación, el diseño de intervenciones ajustadas a sus necesidades y enfocadas en la etapa de la adolescencia.

Finalmente, respecto a esta investigación en concreto, posee cierta relevancia social al tratar aspectos de las relaciones familiares (de forma separada para el caso del padre y de la madre), el conocimiento parental conjuntamente con los procedimientos de obtención del mismo y el afecto parental, de los que se ha comprobado su importancia en el desarrollo adolescente, analizando tanto el consumo de sustancias como el bienestar psicológico.

5. PRINCIPALES CONCLUSIONES E IMPLICACIONES PRÁCTICAS

Las principales conclusiones derivadas de los resultados de esta investigación se pueden resumir en tres puntos que han sido los centrales en la discusión. En primer lugar, ofrece una visión positiva de la adolescencia, en la que las conductas de consumo de sustancias (tabaco, alcohol y cannabis) son moderadas y el bienestar psicológico se sitúa en torno a la media. En segundo lugar, la familia continúa siendo un contexto de importancia, el conocimiento y el afecto parental percibidos se dan en niveles medios-altos y los procedimientos de obtención del conocimiento de carácter comunicativo bidireccional suelen ser los utilizados; sin embargo, parece que las variables maternas poseen una mayor relevancia que las paternas. Y, en tercer lugar, la familia influye en el desarrollo adolescente, así se ha de resaltar que, sobre todo, el conocimiento parental favorece un menor consumo de sustancias, el afecto parental fomenta un mejor bienestar psicológico y el procedimiento comunicativo bidireccional ayuda a un menor consumo de sustancias y un mayor bienestar psicológico.

Tras estas conclusiones, fruto de esta investigación y como se ha venido haciendo a lo largo de la discusión, merece la pena resumir las principales implicaciones prácticas que se desprenden de este trabajo y que pueden ser aplicadas en futuras estrategias de intervención.

Dichas estrategias sería interesante que estuvieran basadas en el modelo de competencias (Morgan y Ziglio, 2007) ya comentado, que ofrecieran una formación experiencial, vivencial y participativa que fomentara que las personas tengan un rol activo y autónomo en su propio desarrollo, siendo sensible a sus propias características y necesidades. Además, sería deseable que tuvieran cierto carácter preventivo, de forma que actuaran en la infancia de los hijos e hijas para capacitar a padres y madres y a chicos y chicas de mejores habilidades y competencias que les permitan hacer frente a las complicadas tareas que supone la etapa de la adolescencia, tanto para los progenitores como para sus hijos e hijas.

Por otro lado, resulta importante que las intervenciones consideren factores del exosistema y el macrosistema relacionados con las circunstancias sociales, económicas y políticas del momento histórico en que se desarrolle, así como las relaciones entre diferentes contextos relevantes, como el familiar y el escolar (por ejemplo, según Taylor (1996), la implicación parental en la escuela ejerce un efecto muy positivo en el desarrollo). De esta forma, se potenciarán los efectos de las intervenciones (Dishion y McMahon, 1998) y permitirán obtener resultados no solo a nivel individual, sino también comunitarios (Steinberg et al., 1994).

Los programas de educación para padres y madres constituyen una de las formas de intervención por medio de las cuales puede apoyarse a la familia desde dos vertientes: una psicopedagógica, por la que se ayuda a padres y madres a mejorar y optimizar el contexto de desarrollo familiar, y otra comunitaria, que potencia las redes de apoyo formal e informal de la familia (Máiquez, Rodríguez y Rodrigo, 2004). Además, como el Family Check-Up (FCU), breve intervención desarrollada por Dishion et al. (2003), resulta importante añadir un componente de motivación parental para implicarse en prácticas apropiadas de monitorización del desarrollo de su adolescente y mantenerlas a lo largo del tiempo.

En la intervención con chicos y chicas, no solo resultan interesantes los programas de educación y prevención, también se hace necesario que se destinen recursos a la creación de actividades de tiempo libre saludables desde la infancia, así como se promueva desde los centros educativos y las propias familias su participación en ellas. De alguna forma, como se ha dicho, lo anterior reducirá la posibilidad de que chicos y chicas adolescentes se impliquen en hábitos de vida no saludables, potenciándose un mejor desarrollo (Sharp et al., 2006).

En relación a los datos que aporta esta investigación y como resumen de lo ya comentado, el contenido formativo de las intervenciones incluiría la promoción de un mayor conocimiento parental, dentro de un clima afectivo y de comunicación abierto, en el que los progenitores y sus hijos e hijas tuvieran confianza para hablar libremente de sus experiencias y escuchar, redundando en un mayor conocimiento. Además, unas relaciones así caracterizadas irían dirigidas a prevenir problemas de conducta, como el consumo de sustancias, y a fomentar una mejor salud positiva, como el bienestar psicológico, considerando su evolución a lo largo de la adolescencia. Todo ello, teniendo en cuenta las diferencias de género encontradas tanto en progenitores como en adolescentes, de manera que se intentaran mitigar, fomentando en unos y otras las habilidades y características positivas para un buen desarrollo.

Con todo, las variables familiares tenidas en cuenta en esta investigación: conocimiento y afecto parental y procedimientos de obtención del conocimiento parental pueden ser consideradas importantes componentes de una efectiva paternidad y maternidad durante la niñez y la adolescencia; además de ser factores relevantes que potencian un desarrollo físico, psicológico y social más saludable de chicos y chicas, así como el bienestar de toda la familia.

REFERENCIAS

- Abar, C. & Turrisi, R. (2008). How important are parents during the college years? A longitudinal perspective of indirect influences parents yield on their college teens' alcohol use, *Addictive Behaviors*, 33 (10), 1360-1368.
- Adamczyk-Robinette, S.L., Fletcher, A.C. & Wright, K. (2002). Understanding the authoritative parenting–early adolescent tobacco use link: The mediating role of peer tobacco use. *Journal of Youth and Adolescence*, 31 (4), 311–318.
- Aguilera del Pino, A.M. (2001). *Tablas de contingencia bidimensionales*. Madrid: La Muralla.
- Aiken, L. S., & West, S. G. (1996). *Multiple regression: Testing and interpreting interactions*. California: Sage.
- Alsaker, F.D. & Flammer, A. (2006). Pubertal maturation. En S. Jackson & L. Goossens (Ed.), *Handbook of Adolescent Development* (pp. 30-50). New York: Psychology Press.
- Amato, P.R. & Fowler, F. (2002). Parenting practices, child adjustment, and family diversity. *Journal of Marriage and Family*, 64 (3), 703-716.
- Arnett, J.J. (1999). Adolescent storm and stress, reconsidered. *American Psychologist*, 54 (5), 317-326.
- Ary, D.V., Duncan, T.E., Duncan, S.C. & Hops, H. (1999). Adolescent problem behavior: The influence of parents and peers. *Behaviour Research and Therapy*, 37 (3), 217-230.
- Aunola, K., Stattin, H. & Nurmi, J.E. (2000). Parenting styles and adolescents' achievement strategies. *Journal of Adolescence*, 23 (2), 205-222.
- Aymericha, M., Berraa, S., Guillamóna, I., Herdmanb, M., Alonsoc, J., Ravens-Sieberer, U. & Rajmila, L. (2005). Desarrollo de la versión en español del KIDSCREEN, un cuestionario de calidad de vida para la población infantil y adolescente. *Gaceta Sanitaria*, 19 (2), 93-102.
- Barber, B.K., Olsen, J.E. & Shagle, S.C. (1994). Associations between parental psychological and behavioral control and youth internalized and externalized behaviors. *Child Development*, 65 (4), 1120-1136.
- Barnes, G.M. & Farrell, M.P. (1992). Parental support and control as predictors of adolescent drinking, delinquency, and related problem behaviors. *Journal of Marriage and the Family*, 54 (4), 763-776.

- Barnes, G.M., Hoffman, J.H., Welte, J.W., Farrell, M.P. & Dintcheff, B.A. (2006). Effects of parental monitoring and peer deviance on substance use and delinquency. *Journal of Marriage and Family*, 68 (4), 1084-1104.
- Barnett, R.C. & Gareis K.C. (2007). Shift Work, Parenting Behaviors, and Children's Socioemotional Well-Being. A Within-Family Study. *Journal of Family Issues*, 28 (6), 727-748.
- Biglan, A., Duncan, T.E., Ary, D.V. & Smolkowski, K. (1995). Peer and parental influences on adolescent tobacco use. *Journal of Behavioral Medicine*, 18 (4), 315-330.
- Bisegger, C., Cloetta, B., von Rueden, U., Abel, T., Ravens-Sieberer, U. & the European Kidscreen group (2005). Health-related quality of life: Gender differences in childhood and adolescence. *Sozial- und Präventivmedizin*, 50 (5), 281-291.
- Borawski, E.A., levers-Landis, C.E., Lovegreen, L.D. & Trapl, E.S. (2003). Parental monitoring, negotiated unsupervised time, and parental trust: The role of perceived parenting practices in adolescent health risk behaviors. *Journal of Adolescent Health*, 33 (2), 60-70.
- Bowman, M.A., Prelow, H.M. & Weaver, S.R. (2007). Parenting behaviors, association with deviant peers, and delinquency in African American adolescents: A mediated-moderation model. *Journal of Youth and Adolescence*, 36 (4), 517-527.
- Bray, J.H., Adams, G.J., Getz, J.G. & Stovall, T. (2001). Interactive effects of individuation, family factors, and stress on adolescent alcohol use. *American Journal of Orthopsychiatry*, 71, (4), 436-449.
- Bronfenbrenner, U. (1979). *The Ecology of human development*. Cambridge: Harvard University Press. [Trad. cast: *La ecología del desarrollo humano*. Barcelona: Paidós, 1987].
- Brown, B. B., Mounts, N., Lamborn, S. D. y Steinberg, L. (1993). Parenting practices and peer group affiliation in adolescence. *Child Development*, 64 (2), 467-482.
- Buelga, S., Ravenna, M., Musitu, G. & Lila, M. (2006). Epidemiology and psychosocial risk factors associated with adolescent drug consumption. En S. Jackson & L. Goossens (Ed.), *Handbook of Adolescent Development* (pp. 337-364). New York: Psychology Press.
- Bugental, D.B. & Grusec, J.E. (2006). Socialization processes. En N. Eisenberg, *Handbook of child psychology. Volume 3: Social, Emotional and Personality Development* (pp. 366-428). New Jersey: John Wiley & Sons.
- Bumpus, M.F., Crouter, A.C. & McHale, S.M. (2006). Linkages Between Negative Work-to-Family Spillover and Mothers' and Fathers' Knowledge of Their Young Adolescents' Daily Lives. *The Journal of Early Adolescence*, 26 (1), 36-59.

- Canetti, L., Bachar, E., Galili-Weisstub, E., Kaplan De-Nour, A. & Shalev, A.Y. (1997). Parental bonding and mental health in adolescence. *Adolescence*, 32 (126), 381-394.
- Ceballos, E. & Rodrigo, M.J. (2004). Las metas y estrategias de socialización entre padres e hijos. En M.J. Rodrigo y J. Palacios (coords.), *Familia y desarrollo humano* (pp. 225-243). Madrid: Alianza Editorial.
- Cheng, H. & Furnham, A. (2004). Perceived parental rearing style, self-esteem and self-criticism as predictors of happiness. *Journal of Happiness Studies*, 5 (1), 1–21.
- Chilcoat, H.D. & Anthony J.C. (1996). Impact of parent monitoring on initiation of drug use through late childhood. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 35 (1), 91-100.
- Cleveland, M.J., Gibbons, F.X., Gerrard, M., Pomery, E.A. & Brody, G.H. (2005). The impact of parenting on risk cognitions and risk behavior: a study of mediation and moderation in a panel of African American adolescents. *Child Development*, 76 (4), 900-916.
- Cohen, D.A., Richardson, J. & LaBree, L. (1994). Parenting behaviors and the onset of smoking and alcohol use: A longitudinal study. *Pediatrics*, 94 (3), 368-375.
- Collins, W.A. & Laursen, B. (2004). Parent-adolescent relationships and influences. En R.M. Lerner & L. Steinberg, *Handbook of Adolescent Psychology* (pp. 331-361). New Jersey: John Wiley & Sons.
- Collins, W.A. & Steinberg, L. (2006). Adolescent development in interpersonal context. En N. Eisenberg, *Handbook of Child Psychology. Volume 3: Social, Emotional and Personality Development* (pp. 1003-1067). New Jersey: John Wiley & Sons.
- Compass, B.E. (1993). Promoting positive mental health during adolescence. En S.G. Millstein, A.C. Petersen & E.O. Nightingale, *Promoting the health of adolescents [recurso electrónico]: New directions for the twenty-first century* (pp. 159-179). New York: Oxford University Press.
- Cottrell, L., Li, X., Harris, C., D'Alessandri, D., Atkins, M., Richardson, B. & Stanton, B. (2003). Parent and adolescent perceptions of parental monitoring and adolescent risk involvement. *Parenting: Science & Practice*, 3 (3), 179-195.
- Cottrell, L., Yu, S., Liu, H., Deveaux, L., Lunn, S., Bain, R.M. & Stanton, B. (2007). Gender-based model comparisons of maternal values, monitoring, communication, and early adolescent risk behavior. *Journal of Adolescent Health*, 41 (4), 371–379.
- Cottrell, S.A., Branstetter, S., Cottrell, L., Harris, C.V., Rishel, C. & Stanton, B.F. (2007). Development and validation of a parental monitoring instrument: Measuring how parents monitor adolescents' activities and risk behaviors. *The Family Journal*, 15 (4), 328-335.

- Crouter, A.C., Bumpus, M.F., Davis, K.D. & McHale, S.M. (2005). How do parents learn about adolescents' experiences? Implications for parental knowledge and adolescent risky behavior. *Child Development*, 76 (4), 869-882.
- Crouter, A.C. & Head, M.R. (2002). Parental monitoring and knowledge of children. En M.H. Bornstein (Ed.), *Handbook of Parenting. Vol. 3: Being and becoming a parent* (pp. 461-483). New Jersey: LEA.
- Crouter, A.C., MacDermid, S.M., McHale, S.M. & Perry-Jenkins, M. (1990). Parental monitoring and perceptions of children's school performance and conduct in dual- and single-earner families. *Developmental Psychology*, 26 (4), 649-657.
- Currie, C., Nic Gabhainn, S., Godeau, E., Roberts, C., Smith, R., Currie, D., et al. (Eds.) (2008). Inequalities in young people's health: International Report from the HBSC 2006/06 Survey. *WHO Policy Series: Health policy for children and adolescents, Issue 5*. WHO Regional Office for Europe, Copenhagen.
- Dallago, L., Altoè, G.M., Moreno, C., Granado Alcón, M.C., Kuntsche, E. & Örkényi, Á. (2008). The cross-cultural generalizability and validity of a parental bonding scale among early and middle adolescents. Manuscrito en preparación.
- Darling, N., Cumsille, P., Caldwell, L.L. & Dowdy, B. (2006). Predictors of adolescents' disclosure to parents and perceived parental knowledge: Between- and within-person differences. *Journal of Youth and Adolescence*, 35 (4), 667-678.
- Darling, N. & Steinberg, L. (1993). Parenting style as context: An integrative model. *Psychological Bulletin*, 113 (3), 487-496.
- Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas (2007). *Informe de la Encuesta Estatal sobre Uso de Drogas en Estudiantes de Enseñanzas Secundarias (ESTUDES) 2006-2007*. Madrid: Ministerio de Sanidad y Consumo. Secretaría General de Sanidad.
- Dick, D.M., Viken, R., Purcell, S., Kaprio, J., Pulkkinen, L. & Rose, R.J. (2007). Parental monitoring moderates the importance of genetic and environmental influences on adolescent smoking. *Journal of Abnormal Psychology*, 116 (1), 213-218.
- DiClemente, R. J., Wingood, G. M., Crosby, R., Sionean, C., Cobb, B. K., Harrington, et al. (2001). Parental monitoring: Association with adolescents' risk behaviors. *Pediatrics*, 107 (6), 1363-1368.
- Diener, E. (2000). Subjective Well-Being. The Science of Happiness and a Proposal for a National Index. *American Psychologist*, 55 (1), 34-43.

- Dishion, T.J. & Kavanagh, K. (2003). *Intervening in adolescent problem behavior: A family-centered approach*. New York: Guilford Press.
- Dishion, T.J. & McMahon, R.J. (1998). Parental monitoring and the prevention of child and adolescent problem behavior: A conceptual and empirical formulation. *Clinical Child and Family Psychology Review*, 1 (1), 61-75.
- Dishion, T.J., Nelson, S.E. & Kavanagh, K. (2003). The family check-up with high-risk young adolescents: Preventing early-onset substance use by parent monitoring. *Behavior Therapy*, 34 (4), 553-571.
- Dubas, J.S. & Gerris, J.R.M. (2002). Longitudinal changes in the time parents spend in activities with their adolescent children as a function of child age, pubertal status, and gender. *Journal of Family Psychology*, 16 (4), 415-427.
- Duncan, T.E., Tildesley, E., Duncan, S.C. & Hops, H. (1995). The consistency of family and peer influences on the development of substance use in adolescence. *Addiction*, 90 (12), 1647-1660.
- Elliot, D.S. (1993). Health-enhancing and health-compromising lifestyles. En S.G. Millstein, A.C. Petersen & E.O. Nightingale, *Promoting the health of adolescents [recurso electrónico]: New directions for the twenty-first century* (pp.119-150). New York: Oxford University Press.
- Engels, R.C.M.E., Finkenauer, C., Kerr, M. & Stattin, H. (2005). Illusions of parental control: Parenting and smoking onset in Dutch and Swedish adolescents. *Journal of Applied Social Psychology*, 35 (9), 1912-1935.
- Engels, R.C.M.E., Finkenauer, C. & van Kooten, D.C. (2006). Lying behavior, family functioning and adjustment in early adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 35 (6), 949-958.
- Estévez López, E., Musitu Ochoa, G. & Herrero Olaizola, J. (2005). El rol de la comunicación familiar y del ajuste escolar en la salud mental del adolescente. *Salud Mental*, 28 (4), 81-89.
- Etxebarria, J. (1999). *Regresión múltiple*. Madrid: La Muralla.
- Finkenauer, C. Engels, R.C.M.E. & Meeus, W. (2002). Keeping secrets from parents: advantages and disadvantages of secrecy in adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 31 (2), 123-136.
- Flannery, D.J., Williams, L.L. & Vazsonyi, A.T. (1999). Who are they with and what are they doing? Delinquent behavior, substance use, and early adolescents' after-school time. *American Journal of Orthopsychiatry*, 69 (2), 247-253.
- Fletcher, A.C., Steinberg, L., & Williams-Wheeler, M. (2004). Parental influences on adolescent problem behavior: Revisiting Stattin and Kerr. *Child Development*, 75 (3), 781-796.

- Forehand, R., Miller, K.S., Dutra, R. & Watts Chance, M. (1997). Role of parenting in adolescent deviant behavior: replication across and within two ethnic groups. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 65 (6), 1036-1041.
- Frijns, T., Finkenauer, C. Vermulst, A.A. & Engels, R.C.M.E. (2005). Keeping secrets from parents: Longitudinal associations of secrecy in adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 34 (2), 137-148.
- Fröjd, S., Kaltiala-Heino, R. & Rimpelä, M. (2007). The association of parental monitoring and family structure with diverse maladjustment outcomes in middle adolescent boys and girls. *Nordic Journal of Psychiatry*, 61 (4), 296-303.
- Gardner, K.A. & Cutrona, C.E. (2004). Social support communication in families. En A.L. Vangelisti, *Handbook of family communication* (pp.495-512). Mahwah, New Jersey: LEA.
- Goossens, L. (2006). Affect, emotion, and loneliness in adolescence. En S. Jackson & L. Goossens (Ed.), *Handbook of Adolescent Development* (pp. 51-70). New York: Psychology Press.
- Graber, J.A., Lewinsohn, P.M., Seeley, J.R. & Brooks-Gunn, J. (1997). Is psychopathology associated with the timing of pubertal development? *Journal of American Academy Child and Adolescent Psychiatry*, 36 (12), 1768-1776.
- Graber, J.A., Nichols, T., Lynne, S.D., Brooks-Gunn, J. & Botvin, G.J. (2006). A longitudinal examination of family, friend, and media influences on competent versus problem behaviors among urban minority youth. *Applied Developmental Science*, 10 (2), 75-85.
- Granado-Alcón, M.C., Pérez, P., Ramos, P., Rivera, F. & Moreno, C. (2008). *Child disclosure information and family satisfaction*. Póster presentado a la XIth European Association for Research on Adolescence (EARA) Conference. Torino, Italia.
- Gray, M.R. & Steinberg, L. (1999). Unpacking authoritative parenting: Reassessing a multidimensional construct. *Journal of Marriage and the Family*, 61 (3), 574-587.
- Griffin, K.W., Botvin, G.J., Scheier, L.M., Diaz, T. & Miller, N.L. (2000). Parenting practices as predictors of substance use, delinquency, and aggression among urban minority youth: Moderating effects of family structure and gender. *Psychology of Addictive Behaviors*, 14 (2), 174-184.
- Guo, J., Hill, K.G., Hawkins, J. D., Catalano, R.F. & Abbott, R.D. (2002). A developmental analysis of sociodemographic, family, and peer effects on adolescent illicit drug initiation. *Journal of American Academy Child and Adolescent Psychiatry*, 41 (7), 838-845.
- Halperin, S.H., Bass, J.L., Mehta, K.A. & Betts, K.D. (1983). Unintentional injuries among adolescents and young adults. A review and analysis. *Journal of Adolescent Health Care*, 4 (4), 275-281.

- Hayes, L., Hudson, A. & Matthews, J. (2003). Parental monitoring: A process model of parent-adolescent interaction. *Behaviour Change*, 20 (1), 13-24.
- Hayes, L., Hudson, A. & Matthews, J. (2004). Parental monitoring behaviors: A model of rules, supervision, and conflict. *Behavior Therapy*, 35 (3), 587-604.
- Heaven, P.C.L. (1996). *Adolescent health: The role of individual differences*. London: Routledge.
- Helsen, M., Vollebergh, W. & Meeus, W. (2000). Social support from parents and friends and emotional problems in adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 29 (3), 319-335.
- Hibell, B., Andersson, B., Bjarnason, T., Ahlström, S., Balakireva, O., Kokkevi, A. & Morgan, M. (2004). The ESPAD Report 2003. Alcohol and Other Drug Use Among Students in 35 European Countries. The Swedish Council for Information on Alcohol and Other Drugs (CAN) and the Pompidou Group at the Council of Europe. Stockholm: Sweden.
- Hopkins, K.D., Hopkins, B.R. & Glass, G.V. (1997). *Estadística básica para las ciencias sociales y del comportamiento*. México: Prentice-Hall Hispanoamericana.
- Jacobson, K. C. & Crockett, L. J. (2000). Parental monitoring and adolescent adjustment: An ecological perspective. *Journal of Research on Adolescence*, 10 (1), 65-97.
- Kerr, M. & Stattin, H. (2000). What parents know, how they know it, and several forms of adolescent adjustment: further support for a reinterpretation of monitoring. *Developmental Psychology*. 36 (3), 366-380.
- Kerr, M., Stattin, H., Biesecker, G. & Ferrer-Wreder, L. (2003). Relationships with parents and peers in adolescence. En R. Lerner, M.A. Easterbrooks & J. Mistry (Eds.), *Handbook of Psychology. Vol. 6: Developmental Psychology* (pp. 395-419). New York: Wiley.
- Kerr, M., Stattin, H. & Trost, K. (1999). To know you is to trust you: parents' trust is rooted in child disclosure of information. *Journal of Adolescence*, 22 (6), 737-752.
- Klimidis, S., Minas, I.H. & Ata, A.W. (1992). The PBI-BC: A brief current form of the parental bonding instrument for adolescent research. *Comprehensive Psychiatry*, 33 (6), 374-377.
- Klimidis, S., Minas, I.H., Ata, A.W. & Stuart, G.W. (1992). Construct validation in adolescents of the brief current form of the parental bonding instrument. *Comprehensive Psychiatry*, 33 (6), 378-383.
- Kuczynski, L. & Grusec, J.E. (1997). Future directions for a theory of parental socialisation. En J.E. Grusec & L. Kuczynski (Eds.), *Parenting and children's internalization of values: a handbook of contemporary theory* (pp.399-414). New York: John Wiley & Sons.
- Kuendig, H. & Kuntsche, E. (2006). Family bonding and adolescent alcohol use: moderating effect of living with excessive drinking parents. *Alcohol & Alcoholism* 41 (4), 464-471.

- Laird, R.D., Criss, M.M., Pettit, G.S., Dodge, K.A. & Bates, J.E. (2008). Parents' monitoring knowledge attenuates the link between antisocial friends and adolescent delinquent behavior. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 36 (3), 299-310.
- Laird, R.D., Pettit, G.S., Bates, J.E. & Dodge, K.A. (2003). Parents' monitoring-relevant knowledge and adolescents' delinquent behavior: Evidence of correlated developmental changes and reciprocal influences. *Child Development*, 74 (3), 752-768.
- Laird, R.D., Pettit, G.S., Dodge, K.A. & Bates, J.E. (2003). Change in parents' monitoring knowledge: Links with parenting, relationship quality, adolescent beliefs, and antisocial behavior. *Social Development*, 12 (3), 401-419.
- Lamborn, S.D., Mounts, N.S., Steinberg, L. & Dornbusch, S.M. (1991). Patterns of Competence and Adjustment among Adolescents from Authoritative, Authoritarian, Indulgent, and Neglectful Families. *Child Development*, 62 (5), 1049-1065.
- Larson, R.W. (2000). Toward a Psychology of Positive Youth Development. *American Psychologist*, 55 (1), 170-183.
- Larson, R.W., Richards, M.H., Moneta, G., Holmbeck, G. & Duckett, E. (1996). Changes in adolescents' daily interactions with their families from ages 10 to 18: Disengagement and transformation. *Developmental Psychology*, 32 (4), 744-754.
- Laursen, B. & Collins, W.A. (2004). Parent-child communication during adolescence. En A.L. Vangelisti, *Handbook of Family Communication* (pp. 333-348). Mahwah, New Jersey: LEA.
- Li, X., Feigelman, S. & Stanton, B. (2000). Perceived parental monitoring and health risk behaviors among urban low-income African-American children and adolescents. *Journal of Adolescent Health*, 27 (1), 43-48.
- Li, X., Stanton, B. & Feigelman, S. (2000). Impact of perceived parental monitoring on adolescent risk behavior over 4 Years. *Journal of Adolescent Health*, 27 (1), 49-56.
- Lila, M., van Aken, M., Musitu, G. & Buelga, S. (2006). Families and adolescents. En S. Jackson & L. Goossens (Ed.), *Handbook of Adolescent Development* (pp. 154-174). New York: Psychology Press.
- Liu, X., Sun, Z., Neiderhiser, J.M., Uchiyama, M., Okawa, M. & Rogan, W. (2001). Behavioral and emotional problems in Chinese adolescents: Parent and teacher reports. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 40 (7), 828-836.
- MacDonald, K. (1992). Warmth as a developmental construct: An evolutionary analysis. *Child Development*, 63 (4), 753-773.

- Mahoney, J.L. & Stattin, H. (2000). Leisure activities and adolescent antisocial behavior: The role of structure and social context. *Journal of Adolescence*, 23 (2), 113-127.
- Máiquez, M.L., Rodríguez, G. & Rodrigo, M.J. (coords.) (2004). Intervención psicopedagógica en el ámbito familiar: los programas de educación para padres (Psycho-educational intervention within the family context: Education programmes for parents). *Infancia y Aprendizaje*, 27 (4), 403-406.
- Marshall, S.K. Tilton-Weaver, L.C. & Bosdet, L. (2005). Information management: Considering adolescents' regulation of parental knowledge. *Journal of Adolescence*, 28 (5), 633-647.
- Martín Martín, Q. (2001). *Contrastes de hipótesis*. Madrid: La Muralla.
- Martínez Álvarez, J.L., Fuertes Martín, A., Ramos Vergeles, M. & Hernández Martín, A. (2003). Consumo de drogas en la adolescencia: importancia del afecto y la supervisión parental. *Psicothema*, 15 (2), 161-166.
- Matarazzo, J. D. (1994). Health and behavior: the coming together of science and practice in psychology and medicine after a century of benign neglect. *Journal of Clinical Psychology in Medical Settings*, 1 (1), 7-39.
- McCrystal, P., Percy, A. & Higgins, K. (2007). Frequent cannabis use among 14/15 years old in Northern Ireland. *Drug and Alcohol Dependence*, 88 (1), 19-27.
- McGue, M., Elkins, I., Walden, B. & Iacono, W.G. (2005). Perceptions of the parent-adolescent relationship: A longitudinal investigation. *Developmental Psychology*, 41 (6), 971-984.
- Millstein, S.G. (1993). A view of health from the adolescent's perspective. En S.G. Millstein, A.C. Petersen & E.O. Nightingale, *Promoting the health of adolescents [recurso electrónico]: New directions for the twenty-first century* (pp. 97-118). New York: Oxford University Press.
- Moreno, C., Borup, I., Smith, B., Kuzman, M., Massa, M., Zaborskis, A., et al. (2005). *HBSC Research Protocol for 2005/06 Survey. Section 2, Scientific Rationales for Focus Areas: Family Culture*.
- Moreno, C., Muñoz-Tinoco, V. & Pérez Moreno, P.J. (2004). Hábitos de vida y empleo del tiempo libre en adolescentes y jóvenes sevillanos. En Delegación de Educación y Universidades del Ayuntamiento de Sevilla (Eds.), *Educación y ciudadanía* (pp. 53-66). Sevilla: Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento de Sevilla.
- Moreno, C., Muñoz-Tinoco, V., Pérez Moreno, P.J. & Sánchez-Queija, I. (2005a). La transición a la adolescencia en la familia. Simposium *Hombres y mujeres a lo largo del ciclo familiar dentro del X Congreso Internacional de Educación Familiar: Fortalezas y debilidades de la familia en una sociedad en cambio*. Las Palmas de Gran Canaria.

- Moreno, C., Muñoz-Tinoco, V., Pérez Moreno, P.J. & Sánchez-Queija, I. (2005b). *Los adolescentes españoles y su salud. Resumen del estudio Health Behaviour in School Aged Children (HBSC – 2002)*. Madrid: Ministerio de Sanidad y Consumo.
- Moreno, C., Ramos, P., Rivera, F., Muñoz-Tinoco, V., Sánchez-Queija, I., Granado, M.C. & Jiménez-Iglesias, A. (en prensa). *Desarrollo adolescente y salud en España. Resumen del estudio Health Behaviour in School-aged Children (HBSC – 2006)*. Madrid: Ministerio de Sanidad y Consumo.
- Morgan, A. & Ziglio, E. (2007). Revitalising the evidence base for public health: an assets model. *Promotion & Education, Supplement (2)*, 17-22.
- Mott, J.A., Crowe, P.A., Richardson, J. & Flay, B. (1999). After-school supervision and adolescent cigarette smoking: Contributions of the setting and intensity of after-school self-care. *Journal of Behavioral Medicine*, 22 (1), 35-58.
- Musitu, G., Buelga, S., Lila, M. & Cava, M.J. (2001). *Familia y adolescencia. Un modelo de análisis e intervención psicosocial*. Madrid: Síntesis.
- Myers D.G. & Diener E. (1995). Who is happy? *Psychological Science*, 6 (1), 10–19.
- Nash, S.G., McQueen, A. & Bray, J.H. (2005). Pathways to adolescent alcohol use: family environment, peer influence, and parental expectations. *Journal of Adolescent Health*, 37 (1), 19–28.
- Ohannessian, C.M., Lerner, R.M., Lerner, J.V. & von Eye, A. (1998). Perceived parental acceptance and early adolescent self-competence. *American Journal of Orthopsychiatry*, 68 (4), 621-629.
- Oliva, A. (1999). Desarrollo social durante la adolescencia. En J. Palacios, A. Marchesi & C. Coll (Comp.), *Desarrollo psicológico y educación. 1 Psicología Evolutiva* (pp. 493-517). Madrid: Alianza Editorial.
- Oliva, A. (2003). Adolescencia en España a principios del siglo XXI. *Cultura y Educación*, 15 (4), 373-383.
- Oliva, A. (2004). La adolescencia como riesgo y oportunidad. *Infancia y Aprendizaje*, 27 (1), 115-122.
- Oliva, A. (2006). Relaciones familiares y desarrollo adolescente. *Anuario de Psicología*, 37 (3), 209-223.
- Oliva, A. (2007). Adolescencia en positivo. *Apuntes de Psicología*, 25 (3), 235-237.
- Oliva, A. & Parra, Á. (2004). Contexto familiar y desarrollo psicológico durante la adolescencia. En E. Arranz (Ed.), *Familia y desarrollo psicológico* (pp. 96-123). Madrid: Prentice-Hall/Pearson Educación.

- Oliva, A., Parra, Á. & Arranz, E. (2008). Estilos relacionales parentales y ajuste adolescente. *Infancia y Aprendizaje*, 31 (1), 93-106.
- Oliva, A., Parra, Á. & Sánchez-Queija, I. (2008). Consumo de sustancias durante la adolescencia: trayectorias evolutivas y consecuencias para el ajuste psicológico. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 8 (1), 153-169.
- Oliva, A., Parra, Á., Sánchez-Queija, I. & López, F. (2007). Estilos educativos materno y paterno: Evaluación y relación con el ajuste adolescente. *Anales de Psicología*, 23 (1), 49-56.
- Palacios, J. & Oliva, A. (1999). La adolescencia y su significado evolutivo. En J. Palacios, A. Marchesi & C. Coll (Comp.), *Desarrollo psicológico y educación. 1 Psicología Evolutiva* (pp. 433-451). Madrid: Alianza Editorial.
- Parker, G., Tupling, H. & Brown, L.B. (1979). A parental bonding instrument. *British Journal of Medical Psychology*, 52, 1-10.
- Parra, Á. & Oliva, A. (2006). Un análisis longitudinal sobre las dimensiones relevantes del estilo parental durante la adolescencia. *Infancia y Aprendizaje* 29 (4), 453-470.
- Pastor, Y., Balaguer, I. & García Merita, M.L. (1999). *Estilos de vida y salud*. Valencia: Albatros.
- Patrick, M.R., Snyder, J., Schrepferman, L.M. & Snyder, J. (2005). The joint contribution of early parental warmth, communication and tracking, and early child conduct problems on monitoring in late childhood. *Child Development*, 76 (5), 999-1014.
- Patterson, G. R. & Stouthamer-Loeber, M. (1984). The correlation of family management practices and delinquency. *Child Development*, 55 (4), 1299-1307.
- Petersen, A.C., Sarigiani, P.A. & Kennedy, R.E. (1991). Adolescent Depression: Why More Girls? *Journal of Youth and Adolescence*, 20 (2), 247-271.
- Pettit, G.S. Bates, J.E., Dodge, K.A. & Meece, D.W. (1999). The impact of after-school peer contact on early adolescent externalizing problems is moderated by parental monitoring, perceived neighborhood safety, and prior adjustment. *Child Development*, 70 (3), 768-778.
- Pettit, G.S., Keiley, M.K., Laird, R.D., Bates, J.E. & Dodge, K.A. (2007). Predicting the developmental course of mother-reported monitoring across childhood and adolescence from early proactive parenting, child temperament, and parents' worries. *Journal of Family Psychology*, 21 (2), 206-217.
- Pettit, G.S., Laird, R.D., Dodge, K.A., Bates, J.E. & Criss, M.M. (2001). Antecedents and behavior-problem outcomes of parental monitoring and psychological control in early adolescence. *Child Development*, 72 (2), 583-598.

- Prekins, D.F. & Borden, L.M. (2003). Positive behaviors, problem behaviors, and resiliency in adolescence. En R. Lerner, M. A. Easterbrooks & J. Mistry (Ed.), *Handbook of Psychology. Vol. 6: Developmental Psychology* (pp. 373-394). New York: Willey.
- Rai, A.A., Stanton, B., Wu, Y., Li, X., Galbraith, J., Cottrell, L., et al. (2003). Relative influences of perceived parental monitoring and perceived peer involvement on adolescent risk behaviors: an analysis of six cross-sectional data sets. *Journal of Adolescent Health, 33* (2), 108-118.
- Rask, K., Astedt-Kurki, P. & Laippala, P. (2002). Adolescent subjective well-being and realized values. *Journal of Advanced Nursing, 38* (3), 254-263.
- Rask, K., Astedt-Kurki, P., Paavilainen, E. & Laippala, P. (2003). Adolescent subjective well-being and family dynamics. *Scandinavian Journal of Caring Sciences, 17* (2), 129-138.
- Ravens-Sieberer, U., Torsheim, T., Välimäa, R., Nickel, J., Erhardt, M., Holstein, B., et al. (2005). *HBSC Research Protocol for 2005/06 Survey. Section 2, Scientific rationales for focus areas: Positive Health.*
- Reitz, E., Prinzie, P., Deković, M. & Buist, K.L. (2007). The role of peer contacts in the relationship between parental knowledge and adolescents' externalizing behaviors: A latent growth curve modeling approach. *Journal of Youth and Adolescence, 36* (5), 221-233.
- Richards, M.H., Miller, B.V., O'Donnell, P.C., Wasserman, M.S. & Colder, C. (2004). Parental monitoring mediates the effects of age and sex on problem behaviors among African American urban young adolescents. *Journal of Youth and Adolescence, 33* (3), 221-233.
- Rodrigo, M.J. & Palacios, J. (2004). Conceptos y dimensiones en el análisis evolutivo-educativo de la familia. En M.J. Rodrigo y J. Palacios (coords.), *Familia y desarrollo humano* (pp. 45-70). Madrid: Alianza Editorial.
- Romero, A.J. & Ruiz, M. (2007). Does familism lead to increased parental monitoring?: Protective factors for coping with risky behaviors. *Journal of Child and Family Studies, 16* (2), 143-154.
- Sánchez-Queija, I., Moreno, C., Muñoz-Tinoco, V. & Pérez Moreno, P.J. (2007). Adolescencia, grupo de iguales y consumo de sustancias. Un estudio descriptivo y relacional. *Apuntes de Psicología, 25* (3), 305-324.
- Sharp, E.H., Caldwell, L.L., Graham, J.W. & Ridenour, T.A. (2006). Individual motivation and parental influence on adolescents' experiences of interest in free time: A longitudinal examination. *Journal of Youth and Adolescence, 35* (3), 359-372.
- Shedler, J. & Block, J. (1990). Adolescent drug use and psychological health: A longitudinal inquiry. *American Psychologist, 45* (5), 612-630.

- Shek, D.T.L. (2005). Perceived parental control and parent-child relational qualities in Chinese adolescents in Hong Kong. *Sex Roles*, 53 (9/10), 635-646.
- Simpkins, S.D. & Parke, R.D. (2002). Maternal monitoring and rules as correlates of children's social adjustment. *Merrill - Palmer Quarterly*, 48 (4), 360-377.
- Sinha, P.D. (1993). Developing positive health lifestyle in schoolchildren. Project lifestyle. Jamaica: Caribbean food & nutrition institute-Regional Office of the World Health Organization.
- Smetana, J.G., Campione-Barr, N. & Metzger, A. (2006). Adolescent development in interpersonal and societal contexts. *Annual Review of Psychology*, 57, 255-284.
- Smetana, J.G., Metzger, A., Gettman, D.C. & Campione-Barr, N. (2006). Disclosure and secrecy in adolescent-parent relationships. *Child Development*, 77 (1), 201-217.
- Soenens, B., Vansteenkiste, M., Luyckx, K. & Goossens, L. (2006). Parenting and adolescent problem behavior: An integrated model with adolescent self-disclosure and perceived parental knowledge as intervening variables. *Developmental Psychology*, 42 (2), 305-318.
- Stattin, H. & Kerr, M. (2000). Parental monitoring: a reinterpretation. *Child Development*, 71 (4), 1072-1085.
- Steinberg, L. (2001). We know some things: Parent-adolescent relationships in retrospect and prospect. *Journal of Research on Adolescence*, 11 (1), 1-19.
- Steinberg, L., Fletcher, A. & Darling, N. (1994). Parental monitoring and peer influences on adolescent substance use. *Pediatrics*, 93 (6), 1060-1064.
- Steinberg, L., Lamborn, S.D., Dornbusch, S.M. & Darling, N. (1992). Impact of Parenting Practices on Adolescent Achievement: Authoritative Parenting, School Involvement, and Encouragement to Succeed. *Child Development*, 63 (5), 1266-1281.
- Steinberg, L. & Morris, A.S. (2001). Adolescent development. *Annual Review of Psychology*, 52, 83-110
- Steinberg, L. & Silk, J.S. (2002). Parenting adolescents. En M.H. Bornstein (Ed.), *Handbook of Parenting. Vol.1: Children and parenting* (pp. 103-134). New Jersey: LEA.
- Supple, A.J. & Small, S.A. (2006). The influence of parental support, knowledge, and authoritative parenting on Hmong and European American adolescent development. *Journal of Family Issues*, 27 (9), 1214-1232
- Taylor, R.D. (1996). Adolescents' perceptions of kinship support and family management practices: Association with adolescent adjustment in African American families. *Developmental Psychology*, 32 (4), 687-695.

- Tejedor Tejedor, F.J. (1999). *Análisis de varianza: Introducción conceptual y diseños básicos*. Madrid: La Muralla.
- The KIDSCREEN Group Europe (2006). *The KIDSCREEN questionnaires. Quality of life questionnaires for children and adolescents. Handbook*. Lengerich: Pabst Science Publishers.
- Twenge, J.M. & Nolen-Hoeksema, S. (2002). Age, Gender, Race, Socioeconomic Status, and Birth Cohort Differences on the Children's Depression Inventory: A Meta-Analysis. *Journal of Abnormal Psychology, 111* (4), 578-588.
- Vacha-Haase, T. & Thompson, B. (2004). How to Estimate and Interpret Various Effect Sizes. *Journal of Counseling Psychology, 51* (4), 473-481.
- Von-Rueden, U., Bruil, J., Detmar, S.B. & Ravens-Sieberer, U. (2003). *Gender differences in health related quality of life in children and adolescents*. 10th Annual Conference of the International Society for Quality of Life Research, Prague, Czech Republic.
- Waizenhofer, R.N., Buchanan, C.M. & Jackson-Newsom, J. (2004). Mothers' and fathers' knowledge of adolescents' daily activities: Its sources and its links with adolescent adjustment. *Journal of Family Psychology, 18* (2), 348-360.
- Webb, J.A., Bray, J.H., Getz, J.G. & Adams, G. (2002). Gender, perceived parental monitoring, and behavioral adjustment: Influences on adolescent alcohol use. *American Journal of Orthopsychiatry, 72* (3), 392-400.
- Wetherill, R.R. & Fromme, K. (2007). Perceived awareness and caring influences alcohol use by high school and college students. *Psychology of Addictive Behaviors, 21* (2), 147-154.
- Wood, M.D., Read, J.P., Mitchell, R.E. & Brand, N.H. (2004). Do parents still matter? Parent and peer influences on alcohol involvement among recent high school graduates. *Psychology of Addictive Behaviors, 18* (1), 19-30.
- World Health Organization (1986). Life-styles and health. *Social Science & Medicine, 22* (2), 117-124.
- Yang, H., Stanton, B., Li, X., Cottrel, L., Galbraith, J. & Kaljee, L. (2007). Dynamic association between parental monitoring and communication and adolescent risk involvement among African-American adolescents. *Journal of the National Medical Association, 99* (5), 517-524.
- Zaborskis, A., Zemaitiene, N., Borup, I., Kuntsche, E. & Moreno, C. (2007). Family joint activities in a cross-national perspective. *BMC Public Health, 7*: 94.